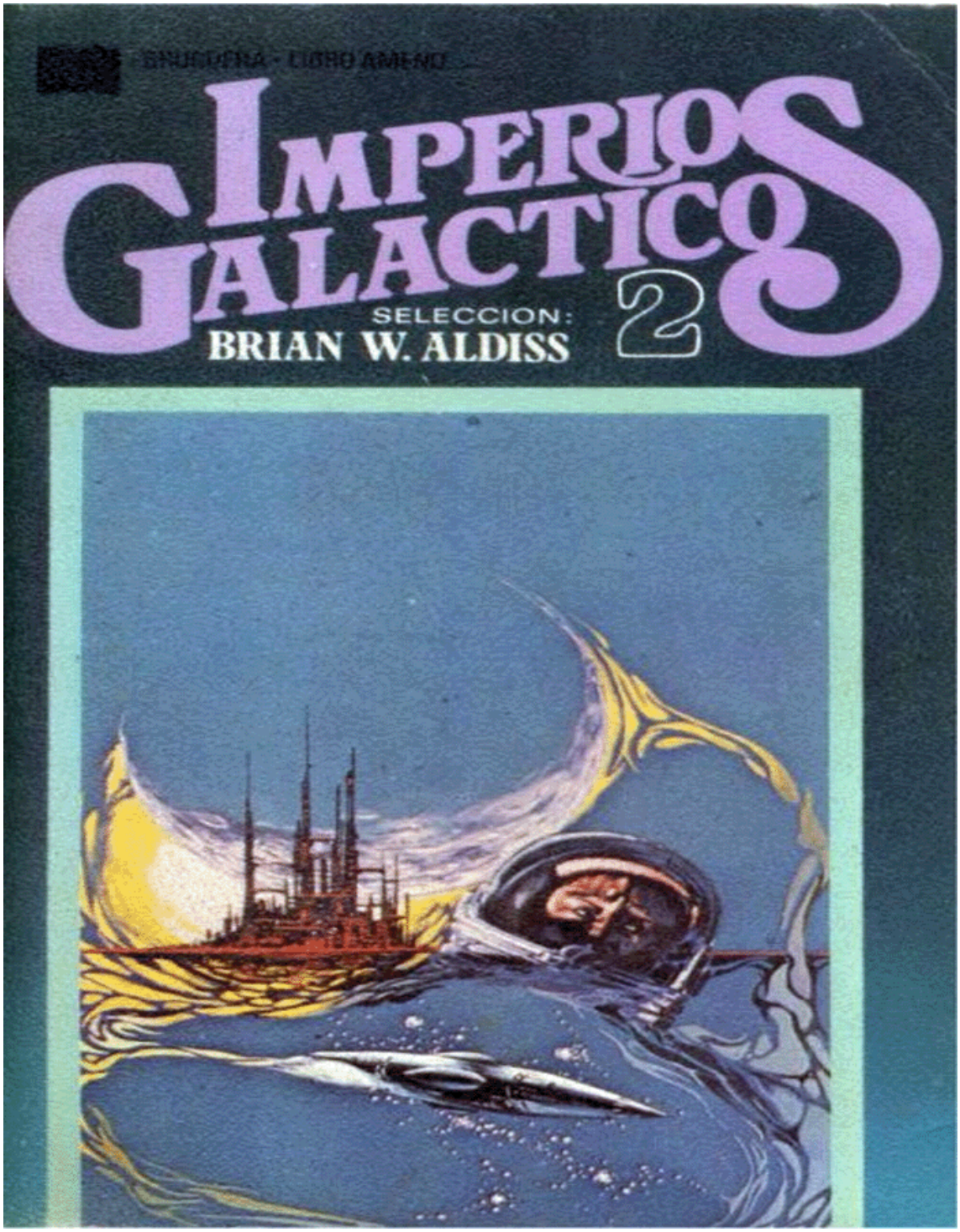
IMPERIOS GALÁCTICOS 2 – Varios Autores
Selección de Brian W. Aldiss



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Presentación

En este segundo tomo de nuestra antología en cuatro dedicada al tema de los imperios galácticos -tomos totalmente independientes entre sí, si bien juntos componen un grandioso y coherente retablo cósmico-, nos enfrentamos con dos nuevos aspectos de la cuestión, situados ya en el marco de imperios o confederaciones galácticas consolidadas.

En el primer apartado, cuyo asunto básico es la política interestelar, destacan (no precisamente por su calidad, pero sí por su representatividad) los dos primeros relatos. El de Cordwainer Smith, uno de los autores más profunda y solapadamente reaccionarios del género (no en vano fue consejero militar del nefasto Kennedy), representa con especial claridad el estancamiento de aquella rama de la ciencia ficción que, incapaz de librarse de antiguos mitos y prejuicios, se sitúa en un futuro pretextual para, con un lirismo necesariamente barato, entonar un grotesco canto a los «valores eternos». Para el lector mínimamente lúcido, el uso que hace Smith de los símbolos y recursos narrativos de la ciencia ficción resulta tan espúreo y repelente como la palabra libertad en boca del consabido político fascista disfrazado de demócrata. Y precisamente por eso es tan aleccionador como indispensable en una antología como ésta.

El relato de Coppel, típica y colorista aventura de capa y espada del espacio, lleva al límite la divertida -y, forzoso es reconocerlo, sugestiva- incongruencia de un futuro en el que las naves espaciales coexisten con los caballeros de relucientes armaduras y los señores feudales. Por cierto, al lector que recuerde la trilogía de las Fundaciones (Libro Amigo 385, 400 y 410) tal vez le asombre la referencia, al planeta Kalgan y a un desaparecido Primer Imperio, en el marco de un interregno de barbarie que sueña con un Segundo Imperio. Se trata de un claro «homenaje», recurso frecuente en el género: Coppel sitúa deliberadamente su narración en un escenario cósmico extrapolado a partir del descrito por Asimov en su trilogía.

Como acertado contrapunto, el segundo apartado de este tomo nos traslada de lo general a lo particular, de lo macrohistórico a lo cotidiano, sin que la reducción del escenario narrativo suponga en absoluto una disminución del interés o las implicaciones.

CARLO FRABETTI

Volumen II

MADUREZ

Librodot

CABALLOS EN LA BODEGA DE LA NAVE ESPACIAL

Cordwainer Smith: *El crimen y la gloria del comandante Suzdal*

Alfred Coppel: *El rebelde de Valkiria*

Idris Seabright: *La luminosidad cae del aire*

Clifford Simak: *Inmigrante*

> En un círculo tras otro, la civilización surgirá de la barbarie, la mecanización hará que la gente establezca contacto cada vez con menor facilidad, las guerras nacionales y las guerras de clase alimentarán las ansias de un mejor orden mundial, pero las alimentarán en vano. Desastre tras desastre, irá minando la fábrica de la civilización. Poco a poco, volverá a aparecer la barbarie. Y, un eón tras otro, el proceso seguirá repitiéndose...
>
> OLAF STAPLEDON: *Hacedor de estrellas*

La visión sinóptica que tiene Olaf Stapledon del universo está muy lejos de los juegos y entretenimientos de las revistas de ciencia ficción. A pesar de todo, su aproximación cíclica fue generalmente adoptada. Su respetabilidad intelectual fue garantizada por Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente.*

Las revistas de ciencia ficción, que comenzaron a aparecer con continuidad cuando Hugo Gernsback fundó su *Amazing Stories* en 1926, eran, en general, una especie de entusiastas adelantadas de la tecnología. Por mucho que los robots se volvieran locos, eran considerados como cosas buenas en sí mismas, que sólo necesitaban ser controladas para conseguir un aumento de la felicidad humana. Parece ser que la última generación de escritores que produjeron la clase de ciencia fantástica incorporada a esta antología sostenía, en general, un punto de vista diferente. Su opinión puede ser sintetizada aproximadamente en las palabras de Arnold Toynbee: «Con el aumento de nuestro poder, aumentan también nuestro sentido de la responsabilidad y nuestro sentido de la desgracia.» Toynbee ha dicho que el crecimiento de la ciencia y de la tecnología hace más aguda la disparidad entre lo real y lo ideal.

Si esto es así, el imperio galáctico ofrece una contribución a uno de los problemas centrales de nuestro tiempo, compaginando, como lo hace, lo real con lo ideal. El que lo consiga a través del juego de las espadas, los extraños seres supurantes y los artilugios mecánicos es una indicación de que los autores no se están dirigiendo a los filósofos.

La advertencia ya ha sido expresada: tómese su imperio galáctico con una pizca de sal. Es un globo llamativo lanzado por placer. Vea hasta qué altura llega antes de reventar.

Clifford Simak, sin embargo, sigue una línea recta cuando cuenta su historia de Selden Bishop, el inteligente terrestre que pasa todos sus exámenes, calificándose para un puesto en Kimon, ese planeta situado en el extremo del arco iris galáctico. Hubo un tiempo en que Simak fue el autor preferido de todos. Una narración contada por Simak era inconfundible. Guando todo el mundo parecía estar describiendo héroes grandes y duros que salían para dar a las razas extrañas lo que se merecieran, Simak prefería contarnos la historia de este pequeño y viejo terrestre, sentado en su porche, cortando tranquilamente un palo en el momento en que llegaba el tipo verde. El tipo verde tiene una divertida máquina grande que baja de los cielos. Los dos se ponen a hablar y el pequeño y viejo terrestre coge una lata de aceite y arregla la divertida máquina grande del hombre verde. A cambio, el hombre verde hace que las plantas del pequeño y viejo terrestre crezcan mucho mejor de lo que jamás consiguiera su vecino. O, si se dice con otras palabras, se consigue el mismo efecto. Simak fue el poeta del espacio rural. La gente se marchaba a Júpiter o a cualquier otra parte, dejando la Tierra tan verde y tan agradable como siempre. ¿Recuerdan Ciudad?

Inmigrante es un poco diferente. Pero tiene esa serenidad típica de Simak. Seguramente, en alguna parte de Kimon tienen sentido común suficiente como para ponerse a cortar un palo en un porche.

Librodot

Es una lástima decir algo sobre la narración de Idris Seabright. Que sea ella misma quien cuente la historia de la gente alada, que era realmente demasiado delicada para un imperio.

En general, los imperios tienen problemas. El imperio que Alfred Coppel nos describe sólo se mantiene por los pelos. En él conviven las armas lanzarrayos y los espadachines. El truco consiste en unir a los dos tipos de un modo convincente. Con un golpe audaz y temerario, Coppel nos presenta sus naves más rápidas que la luz cargadas a tope con guerreros y sus caballos, iluminados por humeantes lámparas de aceite. Apenas si se podía llevar más lejos lo pintoresco.

Cuando escribí a Coppel pidiéndole permiso para publicar aquí su relato, le mencioné su reciente novela de éxito *Treinta y cuatro Este,* y le pregunté si seguía recordando con afecto sus primeras historias de fantasía. Al parecer, así es. Más aún, aumentó *El rebelde de Valkiria* hasta convertirla en una trilogía de novelas, escritas bajo el seudónimo de Robert Cham Gilman. Si le gusta esta larga narración, puede tratar de encontrar la trilogía, cuyos volúmenes llevan los siguientes títulos: *El rebelde de Rhada, Los navegantes de Rhada* y *El Starkahn de Rhada.*

Al igual que Robert Gilman, Cordwainer Smith también es un seudónimo. Y, a propósito, también lo es Idris Seabright. Smith escribió varias historias centradas alrededor de su imperio antes de morir. Denominó a su gobierno La Instrumentalidad... un nombre apropiado, pues hay algo como de escalpelo en la extraordinaria imaginación de Smith. ¿Inventar toda una raza de gatos? ¿Arrojarlos a todos hacia atrás, en el pasado? Absurdo. Extraño. Admirable.

La mayor parte de los escritores escriben sobre la vida como ésta es, o bien como ellos creen que debería ser. Cordwainer Smith escribió sobre un cielo-e-infierno que a él le pareció más real que la vida misma.

Su bizarro comandante sale al exterior, junto con sus imaginarios compañeros...

El crimen y la gloria del comandante Suzdal

Cordwainer Smith

No lea esta historia. Vuelva la página rápidamente. La historia puede trastornarle. De todos modos, lo más probable es que ya la conozca. Es una historia muy perturbadora. Todo el mundo la conoce. El crimen y la gloria del comandante Suzdal ha sido contada de mil formas diferentes. No llegue a pensar que la historia es realmente la verdad.

No lo es. De ningún modo. No hay la menor parte de verdad en ella. No existe ningún planeta llamado Arachosia, ni gentes llamadas klopts, ni un mundo denominado Catland, o País de los Gatos. Todo es imaginario. Nada de esto ocurrió, olvídese de esta historia, continúe y lea otra cosa.

El principio

El comandante Suzdal fue enviado en una nave-cáscara para explorar las regiones más alejadas de nuestra galaxia. Su nave era denominada crucero, pero él era el único hombre que había en ella. Estaba equipado con artilugios hipnóticos y cubos para darle la sensación de compañía. Era toda una gran multitud de gente amistosa, a la que podía convocar de acuerdo con sus propias alucinaciones.

La Instrumentalidad incluso le ofreció la posibilidad de elegir sus compañeros imaginarios, cada uno de los cuales fue encarnado en un pequeño cubo de cerámica que contenía el cerebro de un pequeño animal, pero en el que se había impreso la personalidad de un verdadero ser humano.

Suzdal, un hombre robusto y bajo de estatura, con una alegre sonrisa, se mostró muy directo en cuanto a sus necesidades:

-Deme dos buenos oficiales de Seguridad. Puedo arreglármelas para manejar la nave, pero si voy hacia lo desconocido, necesitaré ayuda para enfrentarme con los extraños problemas que puedan surgir.

-Nunca he oído hablar de un comandante de crucero que pidiera oficiales de seguridad –observó el oficial de carga, sonriéndole-, la mayor parte de la gente los considera una verdadera molestia.

-Eso me parece muy bien -dijo Suzdal-. Pero yo no los considero así.

-¿No quiere algún jugador de ajedrez?

-Puedo jugar al ajedrez todo lo que quiera -contestó Suzdal- utilizando los computadores desocupados. Todo lo que tengo que hacer es rebajar la carga de energía para que empiecen a perder. Si funcionan a plena potencia, siempre me ganan.

El oficial lanzó una extraña mirada hacia Suzdal. No fue una expresión exactamente maliciosa, sino más bien íntima y desagradable al mismo tiempo.

-¿Y qué me dice de otras compañías? -preguntó, dando un divertido acento cortante a su voz.

-Tengo libros -.contestó Suzdal- algo así como un par de miles, Sólo voy a estar fuera unos dos años del tiempo terrestre.

-Eso es algo subjetivo y local. Puede tratarse de varios miles de años -observó el oficial-, aunque el tiempo volverá a girar hacia atrás a medida que se vaya aproximando de nuevo a la Tierra. Y, además, no estaba hablando de libros -repitió, con el mismo y divertido acento cortante.

Suzdal sacudió la cabeza con una momentánea preocupación, se pasó la mano por su pelo rojizo y sus ojos azules, de recto mirar, observaron directamente los ojos del oficial.

-¿A qué se refiere entonces, si no está hablando de libros? ¿Navegadores? Ya los tengo, por no hablar de los hombres-tortuga. Son una buena compañía, si se les habla lo bastante despacio y se les da el tiempo suficiente para contestar. No olvide que ya he estado fuera otras veces...

-Bailarinas -espetó por fin el oficial, expresando su oferta-. MUJERES. Concubinas. ¿No quiere nada de esto?. Hasta podemos colocar en un cubo a su propia esposa e imprimir su mente en un cubo para usted. De ese modo, ella podría estar con usted cada una de las semanas que permaneciera despierto,

La expresión de Suzdal pareció la de un hombre que está a punto de escupir en el suelo, lleno del más profundo disgusto,

-¿Alice? ¿Se refiere a si quiero viajar por ahí con un fantasma de ella? ¿Cómo se podría sentir la verdadera Alice cuando yo volviera? No me diga que va a colocar a mi esposa en un cerebro de rata. Sólo me está ofreciendo delirio. Ahí fuera tengo que mantener toda mi inteligencia, con el espacio y el tiempo rodando en grandes ondas a mi alrededor. Tal y como están las cosas, ya voy a estar bastante loco, No se olvide que ya he estado fuera otras veces. El regresar para poder ver a una Alice real va a ser uno de mis grandes factores de realidad. Eso me ayudará a volver a casa -en ese momento, la voz de Suzdal adoptó el tono de una pregunta íntima, cuando añadió-: No me diga que hay una gran cantidad de comandantes de crucero que emprenden largos viajes con esposas imaginarias. En mi opinión, eso sería bastante indecente, ¿Lo hacen muchos?

-Estamos aquí para ayudarle a cargar su nave, no para discutir lo que hacen o dejan de hacer otros oficiales, A veces, pensamos que es bueno tener una compañera femenina en la nave, con el comandante, aunque sólo sea imaginaria. Si alguna vez encontrara entre las estrellas algo que tuviera forma femenina, sería usted bastante vulnerable a ello.

-¿Mujeres entre las estrellas? ¡Tonterías! -exclamó Suzdal.

-Han sucedido cosas extrañas -dijo el oficial.

-Pero no eso -observó Suzdal-. Dolores, locuras, distorsión, pánico sin fin, un verdadero histerismo por la comida... sí, eso lo puedo concebir y me puedo enfrentar a ello. Sé que aparecerá. Pero mujeres... no. No hay ninguna. Amo a mi esposa. No sacaré a ninguna mujer de mi propia mente. Después de todo, tendré a bordo a la gente-tortuga, y esa gente procreará. Dispondré de una amplia y numerosa vida familiar que observar y en la que tomar parte, Hasta puedo organizar fiestas de Navidad para los más jóvenes.

-¿Qué clase de fiestas son ésas? -preguntó el oficial.-Sólo un divertido y pequeño ritual antiguo sobre el que oí hablar a un Piloto Exterior. Se entregan regalos a todos los jóvenes, una vez por año subjetivo local.

-Parece bonito -admitió el oficial, con un tono de voz ya cansado- ¿Sigue negándose entonces a tener una mujer-cubo a bordo? En realidad, no tendría por qué activarla al menos que no la necesitara.

-Usted no ha volado ninguna vez, ¿verdad? -preguntó Suzdal.

-No -contestó, con voz apagada, sonrojándose.

-Voy a estar pensando en cada una de las cosas que hay en esa nave, Soy una persona alegre, y muy amistosa, Así es que déjeme sólo con mi gente-tortuga. No son vivaces, pero son considerados y reposados. Dos mil o más años de tiempo subjetivo local es mucho tiempo. No me obligue a tomar decisiones adicionales, Ya tendré bastante trabajo con manejar la nave. Déjeme solo, acompañado simplemente por mi gente-tortuga. Ya me las he arreglado bien con ellos en otras ocasiones.

-Usted, Suzdal, es el comandante -dijo el oficial de carga-. Nosotros haremos lo que usted diga.

-Estupendo -sonrió Suzdal-. Puede que, en este trabajo, se encuentre usted con una gran cantidad de tipos raros, pero yo no soy uno de ellos.

Los dos hombres sonrieron, mostrándose de acuerdo, y la carga de la nave quedó completada.

La nave en sí era dirigida por los hombres-tortuga, que envejecían muy lentamente, de modo que mientras Suzdal se dirigía hacia el extremo exterior de la galaxia, dejando pasar los miles de años -según la cuenta local-, mientras dormía en su cama de hibernación los hombres-tortuga engendraban una generación tras otra, enseñaban a sus hijos a manejar la nave, les contaban historias de la Tierra, que ellos nunca volverían a ver, y leían correctamente las computadoras, despertando a Suzdal únicamemente cuando surgía la necesidad de la intervención humana y de la inteligencia del ser humano. Suzdal se despertaba de vez en cuando. hacía su trabajo y se volvía a dormir, Tenía la sensación de que sólo habían transcurrido unos pocos meses desde que saliera de la Tierra.

¡Meses! hacía ya más de diez mil años subjetivos que había emprendido el viaje cuando se encontró con la cápsula sirena.

Parecía una cápsula de socorro ordinaria. La clase de cosa que se disparaba a menudo a través del espacio para indicar alguna complicación del destino del hombre entre las estrellas. Aparentemente. esta cápsula había atravesado una inmensa distancia y, a partir. de la cápsula, Suzdal se enteró de la historia de Arachosia.

La historia era falsa. Los cerebros de todo un planeta -el genio salvaje de una raza desgraciada y malevolente- habían sido dedicados a solucionar el problema de coger en la trampa y atraer a un piloto normal de la Vieja Tierra. La historia que cantó la cápsula transmitió la rica personalidad de una maravillosa mujer con una voz de contralto. La historia era cierta, en parte. Las súplicas eran reales, en parte. Suzdal escuchó la historia y ésta se hundió, como el fragmento de una gran ópera maravillosamente orquestada, en las fibras de su cerebro. Habría sido todo muy diferente si hubiera sabido la verdadera historia.

Ahora, todo el mundo conoce la verdadera historia de Arachosia, la amarga y terrible historia del planeta que fue un paraíso y que se convirtió en un infierno. La historia de como la gente llegó a ser algo diferente de lo que es la gente. La historia de lo que sucedió allí en el lugar más terrible existente entre las estrellas.

Hubiera huido de haber conocido la verdadera historia, Pero no podía comprender lo que ahora sabemos nosotros:

La humanidad no podía encontrarse con la terrible gente de Arachosia sin que la gente de Arachosia la siguiera a casa y trajera a la humanidad un dolor mucho más grande que el dolor, una locura mucho peor que la propia locura. una plaga que superaba todas las plagas imaginables. Los arachosianos se habían convertido en no-gente y, sin embargo, seguían siendo gente en las improntas más internas de sus personalidades. Cantaban canciones que exaltaba su propia deformidad y en las que se alababan a sí mismos por aquello tan horrible

en lo que se habían convertido. Y, sin embargo, en sus propias canciones y baladas se expresaban, los matices de la abstención.

¡Y lloré la muerte del hombre!

Ellos sabían lo que eran y se odiaban a sí mismos. Al odiarse a sí mismos, perseguían a la humanidad. Quizá todavía estén persiguiendo a la humanidad. Ahora, la Instrumentalidad ha tomado sus buenas medidas para que los arachosianos no nos vuelvan a encontrar jamás. Para ello, ha tendido redes de engaño a lo largo de los límites de la galaxia, para asegurarse de que aquella gente perdida y arruinada no nos pueda descubrir. La Instrumentalidad conoce y guarda nuestro mundo y todos los otros mundos de la humanidad contra la deformidad en que se ha convertido Arachosia. No queremos tener nada que ver con Arachosia. Que traten de encontramos. No lo conseguirán nunca.

¿Cómo podía Suzdal saber eso? Era la primera vez que alguien se encontraba con los arachosianos y él se los encontró sólo con un mensaje en el que una voz mágica cantó la canción mágica de ruina, utilizando palabras perfectamente claras, en la antigua lengua común, para contar una historia tan triste, tan abominable, que la humanidad no la ha olvidado todavía. En su ausencia, la historia era muy simple. Esto es lo que escuchó Suzdal y lo que la gente supo desde entonces.

Los arachosianos eran colonizadores. Colonizadores que podían viajar en nave de vela, arrastrando las vainas tras ellos. Esa era la primera forma.

O también podían viajar en naves planoformadoras; o sea, naves pilotadas por hombres hábiles, que pasaban al espacio-dos y volvían a salir para encontrar al hombre.

O, para cubrir largas distancias, podían salir en la nueva combinación. Se trataba de vainas individuales, situadas en una enorme nave-cáscara, una versión gigantesca de la propia nave de Suzdal. Los durmientes hibernados, las máquinas despiertas, la nave disparada hasta alcanzar y superar la velocidad de la luz, volando por debajo del espacio, surgiendo al azar y dirigiéndose hacia un objetivo adecuado. Era un juego, pero los hombres valientes lo aceptaban. Si no se encontraba un buen objetivo, sus máquinas podían recorrer el espacio para siempre, mientras sus cuerpos se iban estropeando poco a poco, a pesar de estar protegidos por la hibernación, y mientras la débil luz de la vida iba desapareciendo de los cerebros individuales hibernados.

Las naves-cáscara eran la contestación de la humanidad a una superpoblación a la que no podían responder ni el viejo planeta Tierra, ni sus planetas hijos, Las naves-cáscara llevaban hacia las estrellas a los valientes, los temerarios, los románticos, los voluntarios y, en ocasiones, los criminales. La humanidad perdía una y otra vez la pista de estas naves. Los exploradores avanzados, la Instrumentalidad organizada, podían encontrarse después por casualidad con los seres humanos, ciudades y culturas, elevadas o bajas, tribus o familiares, allí donde habían llegado las naves-cáscara, lejos, mucho más allá de los límites extremos de la humanidad, allí donde los instrumentos de búsqueda habían encontrado un planeta similar a la Tierra y la naves-cáscara, como si se tratara de un enorme insecto moribundo, se había posado sobre el planeta, despertando a su gente, abriéndose y destruyéndose después a sí misma, dejando su carga de. hombres y mujeres recién nacidos de nuevo para colonizar un mundo.

Arachosia pareció un mundo bueno a los hombres y mujeres que llegaron hasta él. Hermosas playas con acantilados, como infinitas riberas. Dos grandes y luminosas lunas en el cielo; un sol que no estaba muy alejado. Las máquinas comprobaron previamente la composición de la atmósfera y analizaron el agua, y ya habían desparramado las formas de la

vida de la vieja Tierra por la atmósfera y por los mares, de modo que cuando la gente se despertara, pudiera escuchar el canto de los pájaros, y supieran que los peces de la Tierra ya se habían adaptado a los océanos para multiplicarse allí. Parecía una vida buena y rica. Las cosas marcharon bien.

Sí, las cosas marcharon bien, muy bien, para los Arachosianos.

Esta es la verdad,

Y ésta fue la historia contada por la cápsula.

Pero a partir de aquí, divergían.

La cápsula no dijo la terrible y lastimosa verdad sobre Arachosia. Inventó una serie de mentiras plausibles. La voz que surgió telepáticamente de la cápsula era la de una mujer madura, cálida y feliz...alguna mujer que se encontraba al principio de su edad media, y que poseía una excelente voz de contralto.

Suzdal casi se imaginó estar hablando con ella, de tan real como era la personalidad. ¿Cómo podía saber que estaba siendo seducido, atrapado?

Sonaba bien, *realmente* bien,

-Y entonces -dijo la voz-, la enfermedad arachosiana se ha estado cebando en nosotros. No desciendas. Mantente alejado. Habla con nosotros. Háblanos de medicina. Nuestros jóvenes mueren, sin razón alguna. Nuestras granjas son ricas, y el trigo de aquí es más dorado de lo que fue en la Tierra, las ciruelas son más púrpuras, y las flores más blancas. Todo marcha bien..., excepto la gente. Nuestros jóvenes mueren... -dijo la voz femenina, terminando con un sollozo.

«¿Hay algún síntoma?» pensó Suzdal.

Y entonces, como si hubiera escuchado su pregunta, la cápsula siguió diciendo:

-Se mueren de nada, No hay nada que nuestra medicina pueda comprobar, nada que nuestra ciencia pueda mostrar. Simplemente, mueren. Nuestra población está descendiendo. Humanidad, ¡no nos olvides! Hombre, seas quien seas, ven rápidamente, ven ahora mismo, ¡ayúdanos! Pero, por tu propio bien, no aterrices. Mantente alejado del planeta y míranos a través de las pantallas, de modo que puedas regresar al Hogar del Hombre para contar lo que sucede con los hijos perdidos de la humanidad entre las estrellas extrañas y más alejadas.

¡Extrañas, sí que lo eran!

La verdad es que eran mucho más extrañas y muy feas.

Suzdal quedó convencido de la verdad del mensaje. Había sido seleccionado para hacer este viaje debido a que era una persona de buena naturaleza, inteligente y valiente; y esta llamada hizo vibrar cada una de estas tres cualidades.

Más tarde, mucho más tarde, cuando fue detenido, se le preguntó a Suzdal :

-Suzdal, tonto de ti, ¿por qué no comprobaste el mensaje? ¡Has arriesgado la seguridad de toda la humanidad por una tonta llamada de auxilio!

-¡No fue tonta! -espetó Suzdal-, Esa cápsula de socorro tenía una maravillosa voz femenina y la historia parecía ser verdad, cuando la comprobé,

-¿Con quién? -preguntó el investigador, con monotonía y pesadez.

Cuando contestó a la pregunta, Suzdal pareció sentirse cansado y triste,

Librodot

-La comprobé con mis libros. Con mis conocimientos -y después, añadió de mala gana-: Y con mi propio juicio...

-¿Y fue bueno su juicio? -preguntó el investigador.

-No -contestó Suzdal, dejando que aquella simple palabra colgara en el aire, como si fuera la última palabra que fuera a pronunciar.

Pero fue el propio Suzdal quien rompió el silencio, cuando añadió :

-Antes de establecer el rumbo y marcharme a dormir, activé a mis oficiales de seguridad en los cubos y les hice comprobar la historia. Ellos consiguieron descubrir la verdadera historia de Arachosia, muy bien. Descifraron los modelos de actuación de la cápsula de socorro y me contaron la verdadera historia muy rápidamente, en cuanto me desperté de nuevo.

-¿Y qué hizo usted entonces?

-Hice lo que hice, Hice aquello por lo que esperaba ser castigado. Para entonces, los. arachosianos ya se encontraban caminando alrededor de la parte exterior de mi casco. Habían cogido mi nave. Me habían cogido a mí. ¡Cómo iba a saber yo que la maravillosa y triste historia que me contó la mujer sólo era cierta en lo que respecta a los primeros veinte años completos! Por otra parte, ella ni siquiera era una mujer. Sólo era una klopt, Únicamente los primeros veinte años.

Las cosas habían marchado bien para los arachosianos durante los primeros veinte años. Después, llegó el desastre, pero no fue la historia contada por la cápsula de socorro.

Ellos no lo podían comprender. No sabían por que tenía que sucederles precisamente a ellos. No sabían por qué tuvo que esperar veinte años, tres meses y cuatro días. Pero su tiempo llegó.

Creemos que tuvo que tratarse de algo existente en la radiación de su sol, O quizá fuera una combinación de la radiación particular de aquel sol y de la química, que ni siquiera habían podido analizar las máquinas más completas de la nave-cáscara. Una combinación que surgió y comenzó a extenderse desde entonces. El desastre les golpeó, Fue un desastre simple y extraordinariamente imparable.

Disponían de médicos, Tenían hospitales. Hasta tenían una capacidad limitada para la investigación.

Pero no pudieron investigar con la rapidez suficiente, al menos para enfrentarse a este desastre. Fue simple, monstruoso, enorme.

La femineidad se convirtió en cancerogénica.

Cada mujer del planeta comenzó a desarrollar el cáncer al mismo tiempo en sus labios, sus pechos, su ingle, a veces a lo largo del borde de la mandíbula, en el borde de un labio, o en las partes delicadas de su cuerpo. El cáncer tenía muchas formas y, sin embargo, siempre era el mismo. Había algo en la radiación que atravesaba la atmósfera, que llegaba al cuerpo humano y que hacía que una forma particular de la desoxicorticosterona se convirtiera en una subforma -desconocida en la Tierra- de pregnandiol, lo que, infaliblemente, producía el cáncer. El avance era rápido.

Quienes empezaron a morir primero fueron las niñas pequeñas, Las mujeres se colgaban del cuello de sus padres, de sus maridos, llorando. Las madres trataban de despedirse para siempre de su hijos.

Uno de los médicos era una mujer. Una mujer fuerte.

Con una actitud despiadada, se cortó tejido vivo de su propio cuerpo, lo colocó bajo el microscopio, tomó muestras de su propia orina, de su sangre, de su saliva, y terminó por encontrar la contestación: *no hay contestación.* Y, sin embargo, había algo mejor y peor que una respuesta.

Si el sol de Arachosia mataba todo lo que fuera hembra, si el pez hembra flotaba inerte sobre la superficie de los mares, si los pájaros hembra entonaban un canto más agudo y salvaje mientras morían sobre los huevos que nunca Podrían incubar, si los animales hembra gruñían y rugían en las guaridas donde se ocultaban, llenos de dolor, el ser humano hembra no tenía por que aceptar la muerte tan dócilmente. La doctora se llamaba Astarte Kraus.

La magia de los klopts

La hembra humana podía hacer lo que la hembra animal no podía. Podía convertirse en macho. Con la ayuda del equipo obtenido de la nave, se produjeron tremendas cantidades de testosterona y cada una de las chicas y mujeres que aún sobrevivían fue convertida en un hombre. Se administraron inyecciones masivas a todas ellas. Sus rostros se hicieron más pesados, todas ellas crecieron un poco más, sus pechos se aplanaron, sus músculos se hicieron más fuertes y en menos de tres meses, todas ellas se convirtieron en hombres.

Algunas formas inferiores de vida habían logrado sobrevivir gracias a que no estaban polarizadas con la suficiente claridad en las formas de macho y hembra que dependen de esta química orgánica particular para su supervivencia, Una vez desaparecidos los peces, las plantas llenaron los océanos; cuando desaparecieron las aves, los insectos sobrevivieron, llenándolo todo : libélulas, mariposas, versiones mutadas de saltamontes, escarabajos y otros insectos, que llegaron a inundar el planeta. Los hombres que habían perdido s las mujeres, trabajaban junto con los hombres que hablan sido convertidos en tales a partir de los cuerpos de las mujeres.

Cuando se conocían de antes, les resultaba intolerablemente triste volver a encontrarse. Esposo y esposa, ambos con barba, fuertes, pendencieros, desesperados y ocupados. De algún modo; los niños pequeños se daban cuenta de que nunca llegarían a tener novias, ni esposas, que nunca se casarían, y que nunca tendrían hijas.

¿Pero qué era un simple mundo para detener el cerebro impulsor y el ardiente intelecto del ahora doctor Astarte Kraus? Ella se convirtió en el líder de su gente, de los hombres y de los hombres-mujeres. Ella los estimuló para que siguieran, los hizo sobrevivir y utilizó la más fría inteligencia con todos ellos.

(Quizá, de haber sido una persona compasiva, les hubiera dejado morir a todos, Pero la naturaleza del doctor Kraus no era compasiva..., sólo brillante, implacable, despiadada contra el universo que había tratado de destruirla.)

Antes de morir, la doctora Kraus elaboró un sistema genético cuidadosamente programado. Pequeños fragmentos de los tejidos de los hombres podían ser implantados mediante una rutinaria operación quirúrgica en los abdómenes, justo en el interior de la pared peritoneal, ejerciendo una ligera presión contra los intestinos, De este modo, se creaba una matriz artificial. Después, la química artificial y la inseminación artificial por radiación, por calor, hizo posible que los hombres pudieran dar a luz niños.

¿De qué hubiera servido tener niñas, si todas morían? La gente de Arachosia siguió viviendo. La primera generación vivió la tragedia por completo, medio loca por el dolor y la desilusión. Enviaron cápsulas-mensaje, sabiendo que su mensaje tardaría seis millones de años en llegar a la Tierra.

Librodot

Como exploradores nuevos que eran, se habían arriesgado a ir mucho más allá de lo que fueron otras naves. Habían encontrado un buen mundo, pero no estaban muy seguros del lugar donde se encontraban. ¿Estaban todavía dentro de la galaxia familiar, o habían saltado más allá, hacia alguna de las galaxias vecinas ? No lo podían decir con seguridad. Una parte de la política de la vieja Tierra consistía en no equipar excesivamente a los grupos de exploración, por temor a que algunos de ellos, tras experimentar violentos cambios culturales o tras convertirse en imperios agresivos, pudieran revolverse contra la Tierra y destruirla. La Tierra siempre se aseguraba de conservar las ventajas adquiridas.

La tercera, cuarta y quinta generaciones de arachosianos todavía fueron gente. Todos ellos eran hombres. Tenían aún la memoria humana, disponían de libros humanos, conocían las palabras «mamá», «hermana», «novia», aunque, en realidad, ya no comprendía a que se referían aquellos términos.

El cuerpo humano, que en la Tierra había tardado cinco millones de años en desarrollarse, tiene inmensos recursos en su interior, recursos mucho mayores que el cerebro, o que la personalidad, o que las propias esperanzas del individuo, Y los cuerpos de los arachosianos decidieron cosas por ellos. Comoquiera que la química de la femineidad significaba la muerte instantánea, y como quiera que alguna niña ocasional nació muerta y fue enterrada, los cuerpos hicieron sus ajustes. Los hombres de Arachosia se convirtieron en hombres y mujeres. Y se dieron a sí mismos el feo nombre de "klopt". Como no contaban con las recompensas de la vida familiar, se convirtieron en pavoneantes gallitos, que mezclaban su amor con el asesinato, que dejaban ciegos a sus hijos en los duelos, que afilaban sus armas y se ganaban el derecho a reproducirse dentro de un sistema familiar extraño que ningún terrestre decente habría considerado comprensible.

Pero sobrevivieron.

Y el método de su supervivencia fue tan descarnado, tan feroz, que resultaba, de hecho, algo muy difícil de comprender.

En el transcurso de menos de cuatrocientos años, los arachosianos se habían civilizado, formando grupos de clanes combatientes. Seguían disponiendo únicamente de un planeta, alrededor de un solo sol. Seguían viviendo en un solo lugar. Disponían de unas pocas naves espaciales que se habían construído ellos mismos. Su ciencia, su arte y su música continuó progresando, con extrañas sacudidas de inspirado genio neurótico, ya que les faltaban los aspectos propiamente fundamentales de la propia personalidad humana, el equilibrio del hombre y la mujer, la familia, los actos de amor, de esperanza, de reproducción. Sobrevivieron, sí, pero se convirtieron en monstruos sin que ni ellos mismos se dieran cuenta.

A partir del recuerdo de la vieja humanidad, crearon una leyenda de la antigua Tierra. En ese recuerdo, las mujeres eran deformidades que debían ser matadas. Seres malformados, que debían ser exterminados. La familia, tal y como ellos querían recordarla, era inmundicia y abominación, que estaban decididos a eliminar si alguna vez se encontraban con ella.

En cuanto a ellos se convirtieron en homosexuales con barba, con los labios pintados, pendientes en las orejas; cabezas de fino cabello y muy pocos hombres viejos entre ellos, Mataban a sus hombres antes de que se hicieran viejos; aquellas cosas que no podían conseguir del amor, de la relajación o de la comodidad; las conseguían por medio de la batalla y de la muerte. Crearon canciones en las que se proclamaban a sí mismos como los últimos de los viejos hombres y los primeros de los nuevos» y cantaban su odio contra la humanidad para cuando se la encontraran, y decían : «¡Ay de la Tierra cuando la encontremos!» Sin embargo; algo dentro de ellos les hacía añadir casi a cada canción un estribillo que les preocupaba:

¡Y lloré la muerte del hombre!

Lloraban la muerte de la humanidad y, sin embargo, planeaban atacar a toda la humanidad.

La trampa

Suzdal había sido engañado por el mensaje de la cápsula, Se volvió a meter en el compartimento de hibernación y dirigió a los hombres-tortuga para llevaran el crucero hacia Arachosia» estuviera donde estuviese, No hizo esto llevado por un impulso loco o caprichoso. Lo hizo como consecuencia de un juicio deliberado . Un juicio por el que más tarde fue detenido; interrogado, juzgado y finalmente condenado a algo peor que la muerte.

Se lo merecía.

Buscó Arachosia sin detenerse a pensar en la regla más fundamental de todas: ¿cómo podía impedir que los arachosianos, monstruos cantores que eran, le siguieran a casa con la posibilidad de provocar la ruina eventual de la Tierra? ¿Acaso su condición no podía ser la de una enfermedad contagiosa, o es que su feroz sociedad no podía destruir las otras sociedades de los hombres, arruinando la Tierra y los otros mundos de los hombres? No pensó en todo esto; y por ello fue detenido, juzgado y castigado mucho más tarde. Pero ya llegaremos a eso.

La llegada

Suzdal se despertó en la órbita de Arachosia. Y se despertó sabiendo que había cometido una equivocación. Extrañas naves aparecían adheridas a su ave-cáscara, como malignos percebes de un océano desconocido adheridos a una nave marina familiar. Llamó a sus hombres-tortuga para presionar los controles, y éstos no funcionaron.

Los seres del exterior, fueran quienes fuesen, hombres o mujeres, o bestias o dioses, disponían de la tecnología suficiente como para inmovilizar su nave. Suzdal se dio cuenta inmediatamente de su error. Claro que pensó en la posibilidad de destruirse a sí mismo y a la nave, pero tenía miedo de que, habiéndose destruido a sí mismo, y habiendo fallado en la destrucción completa de la nave, existiera aún una posibilidad de que su crucero, un último modelo, con armas recientes, cayera en las manos de quienes caminaban por la estructura exterior de su nave. No podía afrontar el riesgo del simple suicidio individual. Tenia que dar un paso mucho más drástico. No era el momento adecuado para obedecer las reglas terrestres.

Su oficial de seguridad-un cubo fantasma despertado a la forma humana-, le informó de toda la historia en frases rápidas e inteligentes:

-Son personas, señor.

»Más de lo que yo lo soy.

»Yo soy un fantasma, un eco que surge de un cerebro muerto.

»Ellos son verdaderamente gente, comandante Suzdal, pero son la peor gente de entre las estrellas. ¡Tiene que destruirlos, señor!

-No puedo -.dijo Suzdal, tratando aún de despertarse por completo-. Son *gente.*

-Entonces, tiene que rechazarlos con cualquier medio, señor. Con cualquier medio de que pueda disponer, Salve a la Tierra. Deténgalos. Advierta a la Tierra.

-¿Y yo? -preguntó Suzdal y sintió inmediatamente el haber hecho aquella pregunta egoísta y personal.

-Morirá o será castigado -dijo con compasión el oficial de seguridad-, y no sé bien cuál de las dos cosas será peor.

-¿Ahora?

-Ahora mismo.,. No le queda tiempo. Ningún tiempo.

-¿Pero las reglas...?

-Ya ha ido usted mucho más allá de lo que dicen las reglas.

Sí, había reglas, pero Suzdal las había dejado atrás todas.

Reglas, reglas para momentos ordinarios, para lugares normales. para peligros comprensibles. Pero aquello era una pesadilla creada por la carne del hombre, motivada por el cerebro del hombre. Sus monitores ya le estaban proporcionando noticias sobre quién era aquella gente, aquellos aparentes maníacos, aquellos hombres que nunca habían conocido a las mujeres, aquellos chicos que habían crecido para el placer y la batalla, que poseían una estructura familiar que el cerebro humano normal no podía aceptar, no podía concebir, no podía tolerar. Aquellas cosas del exterior eran gente, y no lo eran. Aquellas cosas del exterior tenían el cerebro humano, la imaginación humana y la capacidad humana para la venganza y, sin embargo, Suzdal, un valiente oficial, se sentía tan atemorizado por su simple naturaleza, que no respondió a sus esfuerzos por comunicarse con él.

Pudo sentir a las mujeres-tortuga que había entre su tripulación, llenas de temor, al darse cuenta de quiénes eran los que rodeaban su nave y quienes eran los que cantaban en voz alta, a través de altavoces, diciendo que deseaban *entrar, entrar, entrar.*

Suzdal cometió un crimen. Uno de los orgullos de la Instrumentalidad es que permite a sus oficiales cometer crímenes, o errores, o suicidio. La Instrumentalidad hace para la humanidad aquellas cosas que no pueden hacer las computadoras. La Instrumentalidad deja el cerebro humano, la elección humana, en acción.

La Instrumentalidad informa a todo su personal de oscuros conocimientos, de cosas que normalmente no son entendidas en el mundo habitado, de cosas que están prohibidas para los hombres y mujeres normales, para que los oficiales de la Instrumentalidad, los capitanes y los subjefes y los jefes puedan conocer su trabajo. Si no lo conocieran, podría perecer toda la humanidad.

Suzdal echó mano de su arsenal, Sabía lo que estaba haciendo. La luna más grande de Arachosia era habitable. Ya podía ver plantas terrestres en ella y también insectos terrestres. Sus monitores le mostraban que los hombres-mujeres arachosianos no se hablan molestado en asentarse en el planeta. Lanzó una pregunta agonizante a sus computadoras y gritó:

-¡Leedme en la época que estamos!

-Más de treinta millones de años -contestó la máquina-.Suzdal disponía de extraños recursos. Tenía gemelos o cuadrúpletos de casi todos los animales terrestres. Los animales terrestres eran llevados en cápsulas diminutas, no mayores que una cápsula medicinal, y consistían en el esperma y el óvulo de los animales superiores, preparados para ser apareados, preparados para ser impresos; también disponían de pequeñas bombas de vida, capaces de rodear cualquier forma de vida, dándole, por lo menos, una posibilidad de supervivencia.

Se dirigió hacia el banco y cogió gatos, ocho parejas, dieciséis gatos terrestres, *felis domesticus,* la clase de gato que usted y yo conocemos, la clase de gato que a veces se cría para propósitos telepáticos, para que vayan a veces en las naves y sirvan como armas auxiliares cuando las mentes dirigen a los gatos, para que eliminen los peligros.

Codificó a estos gatos. Los codificó con mensajes tan monstruosos como los mensajes que habían convertido a los hombres-mujeres de Arachosia en verdaderos monstruos, Y esto es lo que codificó:

No reproducir verdad.
Inventar nueva química.
Serviréis al hombre.
Civilizaos.
Aprender a hablar.
Servir al hombre.
Cuando el hombre llame, serviréis al hombre.
Regresad y volved.
Servid al hombre.

Estas instrucciones no fueron simples instrucciones verbales. Quedaron impresas en la misma estructura molecular .de los animales. Fueron como cargas dirigidas hacia la codificación genética y biológica existente en esos gatos. Y entonces, Suzdal cometió su delito contra las leyes de la humanidad. Tenía a bordo de la nave un instrumento cronopático. Un distorsionador del tiempo, utilizado normalmente durante un instante, o un segundo o dos, para apartar la nave de una extrema destrucción.

Los hombres-mujeres de Arachosia ya se estaban abriendo paso a través del casco, podía escuchar sus voces altas y ululantes que gritaban con delicioso placer, dirigiéndose las unas a las otras, mientras le miraban como el primero de sus enemigos prometidos con quienes nunca se habían encontrado, con el primero de los monstruos de la vieja Tierra que había llegado finalmente hasta ellos, la verdadera y malvada gente de la que ellos, los hombres-mujer de Arachosia se vengarían.

Suzdal conservó la calma. Codificó los gatos genéticos. Los convirtió en bombas de vida. Ajustó los controles de su máquina cronopática ilegalmente, de modo que en lugar de abarcar un segundo para una nave de 80.000 toneladas, abarcara dos millones de años para una carga de menos de cuatro kilos. Y lanzó a los gatos hacia la luna sin nombre de Arachosia.

Y los lanzó en el pasado, y a tiempo.

Y sabía que no tenía que esperar.

No lo hizo.

El país de los gatos que hizo Suzdal

Los gatos llegaron. Sus naves brillaron en el cielo desnudo, sobre Arachosia. Su pequeña fuerza de combate atacó. Los gatos que no habían existido un momento antes, pero que ya habían dispuesto de dos millones de años en los que seguir un destino impreso en sus mismos cerebros, en sus mismas médulas espinales, fuertemente grabado en la química de sus cuerpos y personalidades. Los gatos se habían convertido en gente de una clase, con lenguaje, inteligencia, esperanza y una misión que cumplir. Su misión consistía en ponerse a disposición de Suzdal, de rescatarle, de obedecerle y de hacer daño a Arachosia.

Las naves de los gatos lanzaron sus señales de batalla.

-Este es el día del año de la era prometida. *¡Y ahora vienen gatos!*

Los arachosianos habían esperado una batalla desde hacía 4.000 años y ahora la tenían. Los gatos les atacaron. Dos de las naves de los gatos reconocieron a Suzdal y los gatos informaron.

-¡Oh, señor; oh, Dios; oh, Hacedor de todas las cosas; oh, Comandante del Tiempo; oh, Iniciador de la Vida! Hemos esperado desde que todo comenzó para serviros, para servir Tu Nombre, para obedecer Tu Gloria. Permítenos vivir para Ti, permítenos morir por Ti. Nosotros somos tu gente.

Suzdal gritó y lanzó su mensaje hacia todos los gatos.

-¡Ahuyentad a los klopts, pero no los matéis, a todos!

Y, después, repitió :

-¡Ahuyentadlos y detenedlos hasta que yo escape!

Y, a continuación, dirigió su crucero hacia el no-espacio y escapó,

No fue seguido por ningún gato, ni por ningún arachosiano.

Y ésta es la historia. Pero la tragedia es que Suzdal regresó. Y los arachosianos todavía están allí, al igual que los gatos. Quizá la Instrumentalidad sabe dónde están, o quizá no lo sabe. En realidad, la humanidad no desea descubrirlo. Va en contra de toda ley crear una forma de vida superior al hombre. Y quizá los gatos lo son. Quizá haya alguien que sepa si los arachosianos ganaron y mataron a los gatos y añadieron la ciencia de éstos a la suya propia, y ahora nos están buscando por alguna parte, probando como ciegos a través de las estrellas para intentar encontrarnos a los verdaderos seres humanos, para odiar y para matar. O quizá ganaron los gatos.

Quizá los gatos han sido programados para una extraña misión, para misteriosas esperanzas de servir a hombres a los que no reconocerán. Quizá piensen que todos somos arachosianos y que sólo están destinados a servir a cierto comandante de crucero, el que nunca más volverán a ver, Y no volverán a ver a Suzdal porque sabemos lo que le sucedió.

El juicio de Suzdal

Suzdal fue llevado a juicio en una gran plataforma en el mundo abierto. Su juicio fue registrado. Tuvo que someterse a él cuando no tenía que haberlo hecho. Había investigado, acudiendo en busca de los arachosiano, sin esperar y sin solicitar consejo y refuerzos. ¿Por qué tenía que aliviar él una desgracia de otra época? ¿ Por qué lo había convertido en un asunto propio?

Y además, los gatos. Disponemos de los registros de la nave para demostrar que algo surgió de aquella luna. Naves espaciales, cosas con voces, cosas capaces de comunicarse con el cerebro humano. Ni siquiera estamos seguros, puesto que transmitieron directamente a las computadoras receptoras de que hablaran un lenguaje terrestre. Quizá lo hicieran con alguna especie de telepatía directa. Pero el crimen consistía en realidad en que *Suzdal había tenido éxito.*

Al haber arrojado a los gatos hacia el pasado, haciéndoles retroceder dos millones de años, al codificarles para que sobrevivieran, para que desarrollaran una civilización, para que acudieran a rescatarle, había creado todo un nuevo mundo en menos de un segundo de tiempo objetivo,

Su instrumento cronopático había arrojado las pequeñas bombas de vida hacia la tierra de la gran luna situada sobre Arachosia y en menos tiempo del que se tarda en contarlo, las bombas regresaron en forma de una flota, construida por una raza, una raza terrestre, aunque de origen gatuno, de dos millones de años de edad.

El tribunal quitó a Suzdal su nombre y dijo:

-Ya no volverás a ser llamado Suzdal.

El tribunal también le quitó su rango.

-Ya no volverás a Ser comandante de ésta ni de ninguna otra nave, ni imperial, ni de la Instrumentalidad.

El tribunal le quitó a Suzdal la vida.

-No vivirás más, ex comandante y ex Suzdal.

Y, finalmente, el tribunal le quitó a Suzdal la muerte.

-Irás al planeta Shayol, el lugar de la máxima vergüenza, del que nadie regresa jamás. Irás allí, llevándote contigo el desprecio y el odio de la humanidad. No te mataremos, No deseamos saber nada más de ti. Seguirás viviendo, pero, para nosotros, habrás dejado de existir.

Y ésta es la historia, Es una historia triste y maravillosa. La Instrumentalidad trata de dar ánimos a las diferentes clases de humanidad, diciéndoles que no es cierta, que es sólo una balada.

Quizá existan los informes. Quizá, en alguna parte, los locos klopts de Arachosia sigan criando a sus hijos, sigan teniendo a sus niños, siempre por cesárea, sigan amamantándolos con biberón, produciendo así generaciones de hombres que no tienen padres y que no tienen la menor idea de lo que significa la palabra *madre*. Y quizá los arachosianos se pasan sus locas vidas en una batalla sin fin contra los gatos inteligentes que están sirviendo a una humanidad que puede no volver nunca.

Esta es la historia,

Todo lo demás, no es verdad,

Librodot

El rebelde de valkiria

Alfred Coppel

...El Segundo Imperio surgió de las oscuras edades del espacio... ¡regido por un niño, un usurpador y un tonto! El Gran Trono de la Tierra Imperial mandaba sobre mil mundos vasallos..., mundos poco prometedores y asolados, que se morían de hambre, y en los que se murmuraba hoscamente sobre la revuelta galáctica... Finalmente, como águilas de un nido distante, los reyes de las estrellas se reunieron, no para seguir murmurando, ¡sino para atacar...!

> El Segundo Imperio surgió de las oscuras edades del Interregno. Una vez más, en el espacio de un milenio, los estandartes de la Tierra Imperial ondearon sobre las tierras arrasadas de los mundos habitados. Cuatro generaciones de conquistadores, al servicio de la grandeza de los Mil Emperadores, habían vuelto a crear el Imperio Galáctico, por la fuerza de las armas. Pero la tecnología, la Gran Destructora, era temida y fue prohibida. Únicamente los brujos, los pacifistas y los hechiceros recordaban lo sucedido anteriormente, y las multitudes, torturadas por los recuerdos raciales de la terrible destrucción causada por las Guerras Civiles, lapidaron a estos buscadores y los quemaron en las plazas de las ciudades, construidas sobre los escombros de las antiguas guerras. Las antiguas y poderosas naves espaciales -indestructibles, eternas- transportaban a los hombres y los caballos, el fuego y la espada, a través de la galaxia ante las órdenes de los jefes militares. El Segundo Imperio -cuatro generaciones de salvajismo aislado- era feudal e inexorable; poseía una cultura sostenida por los falsos lazos de la sangre y del hierro, y la lealtad de los reyes guerreros de las estrellas...
>
> QUINTUS BLAND: *Ensayos sobre historias galácticas*

I

Kieron, jefe militar de Valkiria, paseaba enojado sobre el suelo pulimentado. Las luces parpadeantes de la cámara, ampliamente adornada con espejos, se reflejaban en las joyas de su vestimenta ceremonial y relucían a lo largo de su capa de plata. Por un momento, el rey de las estrellas se detuvo ante las altas dobles puertas de bronce, mientras sus fuertes manos jugueteaban con la empuñadura de su espada. Los enormes jenízaros de la guardia de palacio permanecieron inmóviles uno a cada lado de la entrada, en forma de arco, con sus grandes hachas descansando sobre las losas. Era como si los negros pensamientos que atravesaban la mente de Kieron fueran impensables para ellos. Los enormes guerreros de los pesados planetas de las Pléyades eran estólidos, leales, poco imaginativos. Y ni siquiera un rey de las estrellas podía soñar con asaltar las grandes puertas cerradas que daban acceso a las cámaras del emperador.

Los dedos de Kieron se abrieron y cerraron espasmódicamente sobre el pomo de su arma, incrustado de gemas; sus ojos oscuros brillaban con una furia que no sabía dónde dirigir. Murmurando un juramento, se apartó de la silenciosa puerta y reanudó su paseo. Su compañero, un hombre curtido, vestido con los sencillos arreos de combate de Valkiria, le observó tranquilamente por debajo de sus pobladas cejas amarillentas. Permanecía de pie, con

sus grandes brazos cruzados sobre las trenzas de pelo amarillo que colgaban más abajo de su cinto, con su rostro de profundas líneas enmarcado por los lazos sueltos de su casco dotado de dos alas laterales. Una espada enorme colgaba a lo largo de su muslo desnudo; era una hoja maciza con una empuñadura de gemas.

El jefe militar de Valkiria detuvo su enojado paseo para mirar a su ayudante.

-¡Por la Gran Destructora, Nevitta...! ¿Cuánto tiempo vamos a soportar esto?

-Paciencia, Kieron, paciencia -le dijo el viejo guerrero con la seguridad de una familiaridad de toda la vida-. Tratan de que suframos lo indecible, pero ya hemos esperado tres semanas. Un poco más no hará daño a nadie.

-¡Tres semanas! -exclamó Kieron, volviendo a lanzar una maldición ante Nevitta-. ¿Es que quieren impulsarnos a la rebelión? ¿Es ésa su intención? ¡Juro que no habría soportado esto ni del propio Gilmer!

-El gran emperador nunca se habría comportado con nosotros de esta manera. Los combatientes de Valkiria siempre estuvieron muy cerca de su corazón, Kieron. Esta es una forma de actuar que indica la mano de una mujer -y escupió sobre el suelo pulimentado-. ¡Que la llamen los Siete Infiernos juntos!

Kieron gruñó y se volvió de nuevo hacia la silenciosa puerta. ¡Ivane! Ivane la Hermosa... Ivane la intrigante. ¿Qué pócima infernal estaría mezclando ahora? Su arma siempre había sido la intriga... y ahora que Gilmer había muerto y ella estaba junto al Gran Trono...

Kieron la maldijo por lo bajo. Nevitta tenía razón. En esto se adivinaba la mano de Ivane, ¡ tan seguro como que las estrellas formaban galaxias!

Tres semanas perdidas. Largas semanas. Veintiún días completos desde que sus naves llegaron a la Ciudad Imperial. Días en los que tuvieron que luchar para abrirse paso por entre el enjambre de diletantes y buscadores de favores que pululaban por el palacio imperial. Hubo momentos en que Kieron habría estado dispuesto a abrirse paso con su espada, a través de aquellos petulantes dandis.

Hacía ya un año que había muerto Gilmer de Kaidor, y la nueva corte se había convertido en un manicomio de sonrientes aduladores. Se garantizaban peticiones a todos, a medida que las favoritas recogían la largamente esperada generosidad del joven emperador Toran. Y Kieron sabía muy bien que cualquier clase de favor tendría que pasar previamente por las manos ambiciosas de la consorte Ivane. A ella no se le permitía llevar la corona de una emperatriz, al no tener en sus venas la sangre de los Mil Emperadores, pero a estas alturas ya no había nadie en la corte que negara que era ella la fuente de donde procedían todos los favores imperiales. Sin embargo, Kieron sabía que aquello no parecía ser suficiente para ella. Ivane soñaba con cosas mejores. Y como consecuencia de todo este juego semioculto, a los viejos favoritos del guerrero Gilmer se les rechazaba con desdén y se les negaba audiencia. Se estaba creando un nuevo círculo interno y, era bastante evidente, Kieron de Valkiria no sería incluido en él. Se le llegó a advertir incluso que no presentara sus quejas al emperador Toran.

Se le dijo una y otra vez que otras cuestiones ocupaban la atención de Su Majestad Imperial. ¡Otras cuestiones! Kieron podía sentir el enojo pulsando en sus venas. ¿Qué otras cuestiones podían ser más importantes para un soberano que la lealtad de su mejor combatiente? Y, si Toran era un tonto, como aseguraban los cortesanos en privado, Ivane era seguramente más inteligente, como para no mantener a un jefe militar de las Marcas Externas cansándose un día tras otro, durante tres semanas, en las antecámaras. Ivane, tan

orgullosa, debía saber lo muy cerca que estaban de la rebelión las gentes guerreras de la periferia.

Bajo tales provocaciones deliberadas, resultaba difícil ignorar la invitación de Freka de Kalgan para encontrarse con los otros reyes de las estrellas en consejo de agravios. La rebelión no resultaba nada atractiva para un hombre como Kieron, que había pasado su juventud luchando al lado de Gilmer, pero toda resistencia humana tiene un límite, y él estaba *a* punto de alcanzarlo.

-Nevitta -dijo Kieron de pronto-, ¿fuiste capaz de enterarte de algo sobre la señora Alys?

-Nada, excepto lo que se dice por ahí -contestó el canoso guerrero, sacudiendo la cabeza-. Se dice que se ha recluido, llorando aún la muerte de Gilmer. Ya sabes, Kieron, lo mucho que la pequeña princesa amaba a su padre.

El señor de Valkiria frunció el ceño, reflexivamente. Sí, era muy cierto que Alys había amado mucho a su padre. La podía recordar, al lado del gran emperador, tras la batalla de Kaidor. Hasta los propios señores del interregno, conquistados en aquella batalla, afirmaron que Gilmer no habría conseguido rendir el planeta si ellos hubieran podido capturar a su hija. Los lazos existentes entre padre e hija habían sido muy estrechos. Probablemente, Alys se había recluido para seguir llorando la muerte de su padre..., pero Kieron lo dudaba. No habría sido ésa la actitud de Gilmer, ni la de su hija.

-Las cosas serían muy diferentes aquí si gobernara la pequeña princesa, en lugar de Toran -dijo Nevitta, compungido.

Sí, muy diferentes, pensó Kieron. El tonto de Toran parecía a punto de desatar lo que cuatro generaciones de leales combatientes habían construido sobre las ruinas de las edades oscuras. Alys, la princesa del guerrero, habría aumentado la gloria del imperio, en lugar de disminuirla como parecía estar sucediendo ahora. Pero quizá tenía prejuicios en su favor, reflexionó Kieron. Resultaba difícil no tenerlos.

Recordó sus ojos sonrientes y su coraje. Una niña delgada, directa en sus actitudes y comportamiento. Embarazándole ante sus rugientes valkirianos con sus francas protestas de amor. Los ejércitos la habían adorado. Una niña encantadora, con el orgullo de la raza escrito en su rostro patricio. Pero también era compasiva. Reconfortando seriamente a los moribundos y a los heridos con una caricia o una palabra.

Habían transcurrido ya ocho años desde la sangrienta batalla de Kaidor. La niña de doce sería ahora una mujer. Y, pensó Kieron con ansiedad, una amenaza para el creciente poder de la consorte Ivane.

Las elevadas puertas de bronce se abrieron de repente, y Kieron se volvió. Pero no era el emperador quien apareció en ellas, ni siquiera la consorte. Era la figura de Landor, recubierta de gemas, el Primer Señor del Espacio.

Kieron se echó a reír despreciativamente. ¡Primer Señor! Las sombras de los poderosos guerreros que habían llevado aquel título a través de las mil batallas imperiales terrestres habrían sentido verdaderas náuseas ante la elección del joven Toran... o de la propia Ivane, al fijarse en aquel remilgado cortesano que estaba ahora ante él.

Los cortesanos más cínicos decían que Landor había obtenido sus honores en el lecho de Ivane, y Kieron se lo podía imaginar muy bien. Allá fuera, en los vastos vacíos de la periferia, los hombres vivían según niveles diferentes. Allá fuera, una mujer era una mujer -algo para ser amado o golpeado, querido o disfrutado y abandonado-, pero nunca una piedra mágica que llevara a la riqueza y al poder. Kieron había despotricado de

Landor ante otros, demostrando su desprecio, y había suficientes razones para pensar que el Primer Señor le correspondía por completo. No era aconsejable para nadie, ni siquiera para un jefe militar, demostrar abiertamente el desprecio por los favoritos de la consorte..., pero el control no era una de las virtudes del señor de Valkiria, aunque hasta el propio Nevitta le advirtió que llevara cuidado, pues el asesinato era un arte muy practicado en la Ciudad Imperial y estaba ampliamente fomentado por el Primer Señor del Espacio.

-¿Y bien, Landor? -preguntó Kieron, evitando utilizar el título de Landor.

Los elegantes y suaves rasgos de Landor no mostraron expresión alguna. Sus ojos pálidos aparecían velados como los de una serpiente.

-Siento mucho que Su Majestad Imperial se haya retirado a descansar por esta noche, valkiriano -dijo el Primer Señor del Espacio con facilidad-o En estas circunstancias... -y extendió sus delicadas manos en un gesto de impotencia.

La mentira era evidente. A través de la puerta abierta de las cámaras reales llegaba el murmullo de las risas y la aguda melodía de las flautas de los juglares, cantando la antigua balada de *La Señora Greensleeves.* Kieron pudo escuchar la vacilante voz de Toran, cantando:

Greensleeves fue toda mi alegría,
Greensleeves fue toda mi alegría.
¿Y quién otra sino Greensleeves?

Kieron pudo imaginarse al chico... tontamente repantigado ante la brillante Ivane, tratando de ganar con versos lo que cualquier otro hombre podría tener como promesa de lealtad a la consorte.

El valkiriano miró fijamente a Landor.

-No voy a ser recibido, ¿verdad? ¡Por los Siete Infiernos! ¿Por qué no dices de una vez lo que se oculta detrás de todo esto?

-¡Vosotros, los de los mundos exteriores! -dijo Landor, sonriendo con desdén-. Realmente, tenéis que aprender a comportaros debidamente. Quizá más tarde...

-¡Después será demasiado tarde! -espetó Kieron-. ¡Mi gente se está muriendo de hambre, *ahora!* Vuestros mugrientos recaudadores de impuestos nos están dejando secos. ¿Durante cuánto tiempo crees que seguirán haciéndolo...? ¿Durante cuánto tiempo crees que yo Seguiré soportándolo?

-¿Amenazas, valkiriano? -preguntó el Primer Señor, con una mirada repentinamente venenosa en sus ojos-. ¿Amenazas contra tu emperador? Hay hombres que han sido azotados hasta morir por mucho menos.

-No habrán sido hombres de Valkiria -replicó Kieron.

-Los hombres de Valkiria ya no disfrutan de la posición favorita que disfrutaron antes, Kieron. Te aconsejo que lo recuerdes.

-Cierto -replicó Kieron irónicamente-. Bajo el gobierno de Gilmer, los guerreros eran el verdadero poder del imperio. Ahora, Toran gobierna con las manos de las mujeres... y con los profesores de danza.

El rostro del Primer Señor se oscureció ante el insulto. Se llevó una mano a la empuñadura de su ornamentada espada, pero los ojos del valkiriano siguieron mostrándose

Librodot

insolentes. El enorme Nevitta se agitó, midiendo con su mirada a los jenízaros de la Pléyade, que permanecían junto a la puerta, preparados para cualquier problema.

Pero Landor no tenía agallas para emprender una lucha... sobre todo con un guerrero tan joven y flexible como el jefe militar de Valkiria. Su propia lengua era un arma mucho más afilada que el acero. Sonrió, haciendo un esfuerzo. Fue una sonrisa fría, preñada de un sutil peligro.

-Eso son palabras muy duras, valkiriano... e imprudentes. No las olvidaré. Dudo mucho que puedas ver a Su Majestad, puesto que no creo que las tribulaciones de un planeta de salvajes le interesen mucho. Pierdes el tiempo aquí. Si tienes otras cosas que hacer, será mejor que te dediques a ellas.

En esta ocasión, le tocó a Rieron sentir el aguijón de la ira.

-¿Son ésas las palabras de Toran, o las del maestro de danza de Ivane?

-*La* consorte Ivane, desde luego, está de acuerdo con ellas. Si tu gente no puede pagar los impuestos, déjales que vendan a unos cuantos de sus mocosos -dijo Landor con suavidad.

Entonces, los dados estaban echados, pensó furiosamente Kieron. Había desaparecido toda esperanza de conseguir un arreglo por parte de Toran, y ahora sólo quedaba ante él un camino abierto.

-¡Nevitta! Ocúpate de que nuestros hombres y caballos sean cargados esta noche y que las naves estén preparadas para hacerse al espacio.

Nevitta saludó y se volvió para marcharse. Pero, antes de hacerlo, se detuvo, miró con insolencia al Primer Señor y escupió sobre el suelo deliberadamente. Después, se marchó, haciendo tintinear metálicamente sus espuelas mientras desaparecía por un elevado arco.

-Salvaje -murmuró Landor.

-Lo suficiente como para ser leal y digno de toda confianza -replicó Kieron-, pero tú no tienes ni la menor idea de lo que es eso.

-¿Adonde vas ahora, valkiriano...? -preguntó Landor, ignorando el comentario.

-Salgo de este mundo.

-Desde luego -y Landor sonrió débilmente, arqueando sus cejas sobre unos ojos estrechos y pálidos-. Sales de este mundo.

Kieron sintió un aguijonazo de sospecha. ¿Qué era lo que sabía Landor? ¿Acaso sus espías habían conseguido romper el cordón de contraespionaje de Freka, llevándole la noticia de la reunión de los reyes de las estrellas en Kalgan?

-No te interesa en absoluto adonde voy ahora, Landor -dijo Kieron inexorablemente-. Tú has ganado aquí. Pero... -Kieron se acercó un paso más al resplandeciente favorito- advierte a tus recaudadores de impuestos que vayan armados cuando lleguen a Valkiria. Bien armados, Landor.

Kieron dio media vuelta y salió de la antecámara, taconeando con sus botas sobre las losas de piedra y luciendo su capa de plata como una orgullosa bandera.

II

Más allá del elevado arco de la antecámara del emperador se encontraba la sala de los Mil Emperadores. Kieron la atravesó, mientras las parpadeantes llamas de los hachones de la

Librodot

pared lanzaban largas sombras detrás de él... sombras que bailaban y giraban sobre las paredes cubiertas de tapices, alcanzando los rostros sosegados de los grandes hombres de la Tierra.

Estos fueron hombres prolíficos; hombres que le miraban fijamente desde sus mil pasados. Hombres que habían tenido un planeta como trono mientras observaban su imperio pasar en ordenada gloria de un horizonte a otro a través del cielo oscuro de la Tierra..., hombres venerados como dioses en los planetas de la periferia, que vigilaban y guiaban el progreso del imperio, hasta que se estrelló rugiente sobre las playas de diez mil mundos situados más allá de Vega y de Altair. Hombres que se cubrían con pieles de cibelina con diamantes incrustados y veían cómo su civilización, construida desde el Gran Trono, iba avanzando poco a poco hasta que finalmente llegó hasta el borde y se extendió por el terrible golfo de los soles de la propia y poderosa Andrómeda...

Los últimos de aquellos hombres como dioses habían visto el desmoronamiento del Primer Imperio. Habían visto surgir la ola de aniquilación de las Marcas Externas de la periferia; y vieron su brillante civilización conmocionada por fuerzas destructivas tan terribles que el espectro de la Gran Destructora pendió como un manto de muerte sobre la galaxia, como algo a ser evitado y temido para siempre. Y así había llegado el interregno.

Kieron no tenía ojos para estos prolíficos gigantes; su mundo no era el mismo que ellos conocieran. El guerrero del mundo exterior se detuvo en cambio en la siguiente cámara. Era un lugar enorme y vacío. Allí sólo había cinco figuras, y espacio para muchas más. Este era el imperio que Kieron conocía. El había luchado por este imperio, manteniéndolo seguro; algo salvaje y misterioso se engendró en las oscuras edades del interregno, unos crecientes feudos galácticos de reyes de las estrellas y siervos, de jefes militares y naves espaciales, de luz y de sombras. Este imperio había nacido de la agonía de una galaxia, templándose en las amargas guerras internas de la reconquista.

Kieron se detuvo ante la imagen de Gilmer de Kaidor. Permaneció allí, en silencio, observando el rostro de su señor feudal muerto. Ya era tarde y la sala estaba desierta. Kieron se arrodilló, sintiéndose abrumado repentinamente por la tristeza. Iba a seguir su camino hacia la rebelión contra el imperio que él mismo había ayudado a extender y conservar, bajo la dirección de este hombre de rostro pétreo... una rebelión contra el poder de la Tierra Imperial, personificado por el muchacho de rostro débil que se encontraba envuelto en el manto de cibelina de la soberanía, en el nicho contiguo. Kieron miró al padre y al hijo. Por su actitud y su parecido con los rasgos magnéticos del gran Gilmer, el rostro del joven Toran parecía tener carácter y fortaleza. Pero Kieron sabía que aquello no era más que una ilusión.

El joven valkiriano se sentía duramente estimulado. Su gente pasaba hambre. El servicio militar ya no era suficiente para el gobierno imperial, como lo había sido durante décadas. Ahora se exigía dinero, y no había dinero en Valkiria. Así es que la gente pasaba hambre... y Kieron era su señor. No podía permanecer quieto y observar sin inmutarse la agonía en los rostros de las mujeres de sus guerreros mientras sus hijos se debilitaban, ni podía ver cómo sus orgullosos guerreros se vendían como esclavos por un puñado de monedas. El emperador no le escucharía. Así pues, a Kieron no le quedaba otro recurso que el único que conocía tan bien..., la espada.

Inclinó la cabeza y sus pensamientos pidieron a la sombra de Gilmer que supiera perdonarle.

Un ligero movimiento captó su atención, agudizada por el sentido de la batalla, cuando algo se agitó suavemente tras una columna acanalada. La espada de Kieron produjo un ligero silbido al salir de su vaina, lanzando su empuñadura cubierta de gemas destellos de luz hacia la semioscuridad de las columnas.

Librodot

Caminando con gran sigilo, Kieron ocultó su gran cuerpo entre las sombras, con el arma preparada. El pensamiento del asesinato cruzó su mente y sonrió sombríamente. ¿Acaso Landor ya había enviado tras él a sus secuaces?

Kieron vio cómo la figura borrosa salía de entre las columnas, dirigiéndose hacia la gran *terraza* en forma de curva que bordeaba todo el ala occidental del palacio. Aguzando los ojos bajo sus cejas morenas, el señor de Valkiria siguió a la figura.

Las estrellas brillaban en la noche sin luna y, allá abajo, Kieron pudo ver las parpadeantes luces de las antorchas de la Ciudad Imperial, desvaneciéndose hacia el horizonte, como los radios de una rueda fantástica y brillante. La borrosa figura que iba delante de él se había desvanecido.

Kieron enfundó la espada y sacó su puñal. Estaba todo demasiado oscuro para sostener un duelo con las espadas, y no deseaba arriesgarse a dejar escapar al asesino. Volviendo a fundirse entre las sombras de las columnas, siguió caminando paralelamente a la terraza, manteniéndose muy alerta para percibir cualquier signo de movimiento. Al fin, la figura volvió a aparecer junto a la balaustrada, y el valkiriano se movió rápidamente y en silencio, siguiéndola. Con un movimiento felino deslizó su brazo libre alrededor de la ligera figura, apretándola fuertemente contra sí mismo. El puñal brilló en su mano elevada, reflejando su hoja la luz de las estrellas.

Pero el arma no descendió...

Kieron sintió sobre su brazo una extraña suavidad y el pelo que rozaba su mejilla era cálido y estaba perfumado.

Permaneció como transfigurado. La muchacha se deshizo de su agarrón y se liberó, lanzando un grito. Instantáneamente brilló una hoja en su mano, lanzándose furiosamente contra el valkiriano. Su voz estaba llena de cólera.

-¡Asesino carnicero! ¿Cómo te atreves...?

Kieron cogió el brazo elevado, agarrándolo por la muñeca y lo dobló, haciéndole soltar el puñal. Ella le arañó, le mordió, le pateó, pero en ningún momento gritó, pidiendo auxilio. Finalmente, Kieron consiguió acorralarla contra una columna, utilizando su propio peso, y la mantuvo allí, con los brazos bien sujetos a sus lados.

-¡Gata del infierno! -murmuró contra su pelo-. ¿Quién eres?

-¡Me conoces muy bien, lacayo asesino...! ¿Por qué no me matas y vas a recoger tu paga? ¡Maldito seas! -dijo furiosamente la muchacha, rechinando los dientes-. ¿O es que también te han dado órdenes de que me maltrates?

-¡Te voy a matar! -gruñó Kieron.

Cogió a la mujer por el pelo y echó su cabeza hacia atrás, de modo que sus rasgos pudieran aparecer a la débil luz procedente de la ciudad.

-¿Quién eres, gata del infierno?

La luz puso al descubierto sus propios rasgos y las armas de Valkiria en el broche de su capa, a la altura del cuello. Los ojos de la mujer se abrieron, llenos de sorpresa. Lentamente, fue desapareciendo la tensión de su cuerpo y ella se relajó contra él.

-¡Kieron! ¡Kieron de Valkiria!

Kieron seguía permaneciendo alerta, en espera de algún truco. Landor podría haber contratado a un asesino femenino tanto como a un hombre.

-¿Me conoces? -preguntó con precaución.

-¡Conocerte! -y ella se echó a reír de repente, y su risa fue como un sonido plateado en la noche-. *¡Te amo...,* bestia!

-¡Por los Siete Infiernos, estás hablando enigmáticamente! ¿Quién eres? -preguntó el valkiriano, lleno de irritación.

-¡Y yo que pensé que habías venido a matarme! -musitó la mujer, acercándose más a él-. ¡Mi Kieron!

-Yo no soy ni tu Kieron ni el de nadie -espetó él, con bastante rigidez-, y será mejor que me expliques por qué me estabas vigilando en la Sala de los Emperadores antes de que te deje marchar.

-Mi padre ya me advirtió que me olvidarías. No creía que pudieras ser tan cruel -dijo ella con sarcasmo.

-¿Conocía yo a tu padre?

-Sí, creo que bastante.

-Me he acostado por lo menos con cien muchachas... y también he conocido a algunos de sus padres. No puedes esperar de mí que...

-¡No con *esta* muchacha, valkiriano! -explotó la mujer con furia.

El tono de su voz tenía tanto de orden que Kieron retrocedió involuntariamente, aunque siguió manteniendo los brazos de la mujer a lo largo de su cuerpo.

-¡Si hubieras hablado así en Kaidor, te habría hecho arrancar la piel de la espalda, salvaje del mundo exterior! -gritó ella.

¡Kaidor! Kieron sintió de pronto cómo la sangre desaparecía de su cara. Entonces, ésta era... Alys.

-¡Vaya! Ahora sí que recuerdas, ¿verdad? Te puedes acordar de Kaidor, pero te has olvidado de mí. Kieron, ¡siempre fuiste una bestia!

Kieron sintió cómo una sonrisa se extendía ahora por todo su rostro. Era bueno volver a sonreír. Y también era bueno saber que Alys estaba... segura.

-Alteza...

-¡No me llames «alteza»!

-Alys entonces. Perdóname. No podía haberte reconocido. Después de todo, han pasado ocho años.

-Y ha habido en medio más de cien muchachas -dijo ella, enojada, imitándole.

-En realidad, no hubo tantas -dijo Kieron con una sonrisa burlona-. Sólo estaba fanfarroneando.

-¡Hasta una ya es demasiado!

-No has cambiado nada Alys, excepto que...

-¿Que he crecido? ¡Ahórrate decir eso!

Ella se le quedó mirando fijamente, con los ojos bollándole entre las sombras. Después, de repente, volvió a echarse a reír, con aquella sonrisa plateada que colgaba sobre el suave tapiz de los sonidos de la noche como un hilo luminoso.

-¡Oh, Kieron, qué feliz me siento de volverte a ver!

-Esperaba tener noticias tuyas, Alys, cuando llegamos a la Tierra..., pero no hubo nada. Ni una sola palabra. Se me dijo que te habías recluido, llorando todavía a Gilmer.

-Nunca dejaré de llorarle -dijo Alys, inclinando la cabeza y, cuando la volvió a levantar, sus ojos brillaban con incontenibles lágrimas-. Y tampoco tú. Te vi arrodillarte ante él. Pensé entonces que podías ser tú. Ahora, nadie se arrodilla ante Gilmer, excepto sus antiguos camaradas.

Se dirigió hacia la balaustrada y permaneció allí, mirando hacia las luces de la Ciudad Imperial. Kieron observó cómo el juego de sus emociones se reflejaba en el rostro que le cautivó repentinamente por su belleza.

-Traté de llegar a ti, Kieron..., traté de hacerlo. Pero me han privado de todos mis sirvientes desde que fui descubierta cuando espiaba a Ivane. Y ahora estoy bajo vigilancia, y sólo se me permite salir cuando es de noche... y aun en tal caso sólo dentro del palacio. Ivane ha convencido a Toran de que soy peligrosa. A la gente le gusto porque fui la favorita de mi padre. ¡Mi estúpido y pobre pequeño hermano! ¡Cómo le maneja esa mujer...!

-¿Espiaste a Ivane? -preguntó Kieron, asombrado-. En el nombre del cielo, ¿por qué?

-Esa mujer es una intrigante, Kieron. No está satisfecha con la corona de consorte. Está tramando algo. Estoy segura de que ha recibido emisarios de algunos de los reyes de las estrellas y de *otros..,* -¿De otros?

-¡Uno de los hechiceros de la guerra, Kieron! -dijo Alys, bajando el tono de su voz-, Se le ha visto con Ivane durante más de un año, en privado. ¡Un hombre horrible!

La superstición se agitó como un diablo inquieto en el interior del valkiriano. Y, como una onda de negrura, surgió en su mente el horror estremecedor de las oscuras y sangrientas historias que había oído contar durante toda su vida sobre los hechiceros de la guerra, que eran quienes poseían los conocimientos de la Gran Destructora.

Alys sintió cómo aparecía en ella la misma oleada negra. Se acercó más a Kieron, temblándole ligeramente su delgado cuerpo contra el de éL -La gente destrozaría a Ivane si lo supiera -susurró.

-¿Viste *tú* a ese hechicero de la guerra? -preguntó Kieron, sintiéndose enfermo de terror, Alys asintió con un gesto de la cabeza, sin decir nada.

Kieron logró dominar sus temores y se preguntó con inquietud cuál podría ser la relación de Ivane con un ser como aquél. Los hechiceros y los brujos de la guerra eran despreciados y temidos por encima de cualquier otra criatura en la galaxia.

-¿Cómo se llama? -preguntó Kieron.

-Geller. Geller de los Pantanos. Se dice que es un conjurador de diablos... *¡y que puede crear homúnculos! ¡*De la misma porquería de los pantanos! ¡Oh, Kieron! -exclamó Alys, estremeciéndose.

Un plan terrible se estaba formando rápidamente en la mente de Kieron. Estaba pensando que Ivane debía de estar sonsacando los conjuros y poderes de este hombre-demonio. Pudiendo disponer de tales poderes, no habría nada imposible para ella. Hasta la propia corona del imperio...

-¿Dónde se puede encontrar a ese hechicero de la guerra? -preguntó Kieron con lentitud.

-En la calle de la Llama Negra, en la ciudad de Neg... en Kalgan.

Librodot

-*¡Kalgan!*

El corazón de Kieron se contrajo. ¿Había allí alguna relación? ¡ Kalgan! ¿Qué tenía que ver Ivane con aquel solitario planeta situado más allá del velo oscuro del Saco de Carbón? ¿Era una simple coincidencia? Pero, de los miles de mundos que había en el espacio... que fuera precisamente Kalgan.

-¿Ocurre algo, Kieron? ¿Conoces a ese hombre?

Kieron sacudió la cabeza. De repente, se había hecho absolutamente necesario que acudiera a Kalgan. Tenía que poner al descubierto el misterio de la relación de la consorte imperial con un hechicero de la guerra en Kalgan. Y los reyes de las estrellas se estaban reuniendo...

El valkiriano sintió de pronto un temor nuevo y diferente. Si Alys había espiado a Ivane, aquello significaba que se encontraba en peligro aquí. Ivane no toleraría nunca que la hija de Gilmer se interpusiera en sus planes.

-Alys, ¿eres una prisionera aquí?

-Me temo que algo más -dijo la mujer, con tristeza-. Soy un recuerdo para Toran de los días de nuestro padre. Y creo que es un recuerdo que a él le gustaría eliminar.

Kieron estudió su rostro a la luz de las estrellas. Sus ojos buscaron la espesa mata de pelo rubio que caía sobre los hombros, el brillante cinturón metálico que colgaba sobre sus caderas, delineando los delgados muslos. Observó la graciosa línea de su cuello sin adornos, los hombros y pechos desnudos, el pequeño talle, el estómago plano y firme... todo revelado por la estudiada desnudez de la moda de las Marcas Internas. No era ninguna niña. El pensar que ella estaba en peligro sacudió todo su cuerpo.

-Toran no se atreverá a hacerte ningún daño, Alys -dijo Kieron, con incertidumbre.

Hubo un tiempo en que podía haber dicho una cosa así con toda seguridad, pero desde la muerte de Gilmer, la Ciudad Imperial se había convertido en una especie de jungla supercivilizada... llena de bestias depredadoras.

-No, Toran no lo haría... solo -dijo Alys-, pero están Ivane y Landor -se echó a reír entonces, repentinamente alegre; sus ojos, que buscaban los de Kieron, brillaban-. ¡Pero ahora no! ¡Ahora estás tú aquí, Kieron!

El valkiriano sintió contraérsele el corazón.

-Alys -dijo con suavidad-, parto esta misma noche de la Tierra. En dirección a Kalgan.

-¿Hacia Kalgan, Kieron? -los ojos de Alys se abrieron mucho-. ¿Para buscar a ese hechicero de la guerra?

-Por otra razón, Alys.

Kieron se detuvo, sintiéndose incómodo e inquieto. Le resultaba muy difícil hablarle de rebelión a la hija de Gilmer de Kaidor. Sin embargo, no podía mentirle. Trató de buscar una salida.

-Tengo cosas que hacer con el señor de Kalgan -dijo.

El rostro de Alys se ensombreció y, cuando habló, su voz sonó triste.

-¿Se están reuniendo los reyes de las estrellas, Rieron? ¿Han llegado ya al límite de su paciencia con el tonto gobierno de Toran?

Librodot

Kieron asintió con un gesto de cabeza, en silencio.

La joven se enardeció entonces, con una repentina e imperiosa expresión de cólera.

-¡Ese tonto! ¡Está dejando que los favoritos lleven el imperio hacia la ruina! -levantó la mirada hacia Kieron, con una expresión de ruego-. Prométeme una cosa, Kieron.

-Si puedo...

-Que no te comprometerás con ninguna rebelión hasta que no hayamos vuelto a hablar.

-Alys, yo...

-¡Oh, Kieron! ¡Prométemelo! Si no existe ninguna otra posibilidad, entonces lucha contra la casa imperial. Pero dame la oportunidad de salvar aquello por lo que murieron mi padre y mi abuelo...

-Y el mío -añadió Kieron sombríamente.

-Sabes muy bien que si no hay otra forma, no trataré de disuadirte. Pero mientras tú estés en Kalgan, yo hablaré con Toran. Por favor, Kieron, prométeme que Valkiria no se rebelará hasta que lo hayamos intentado todo -sus ojos brillaban, llenos de pasión-. Después, si la guerra es inevitable, ¡yo misma estaré a tu lado!

-Hazlo, Alys -dijo Kieron lentamente-, pero ten mucho cuidado cuando hables con Toran. Recuerda que aquí corres peligro.

Se preguntó rápidamente lo que pensaría Freka el Desconocido de esta repentina negativa a añadir las cien naves espaciales y los cinco mil guerreros de Valkiria a la próxima rebelión. Se le ocurrió entonces un pensamiento, pero lo descartó rápidamente. Por un instante, se preguntó si Geller de los Pantanos y el misterioso Freka el Desconocido no podrían ser la misma persona... Habían ocurrido cosas más extrañas. Pero Alys había descrito a Geller como una persona vieja, y se sabía que Freka era un guerrero de dos metros de altura, el «tipo» perfecto de la casta de rey de las estrellas.

-Una cosa más, Alys -dijo Kieron-. Dejaré aquí una de mis naves para que la utilices si la necesitas. Nevitta y una compañía también se quedarán aquí. Mantenlos junto a ti. Ellos te protegerán con sus vidas -deslizó entonces su brazo alrededor de ella, atrayéndola hacia sí.

-¿Nevitta? -preguntó Alys con una leve sonrisa-. ¿Nevitta el de las barbas amarillas y la gran espada? Le recuerdo.

-Las barbas están encanecidas, pero la espada sigue siendo tan grande como siempre. El te puede proteger para mí, y mantenerte a salvo.

La sonrisa de la joven se hizo más profunda al escuchar las palabras «para mí», pero Kieron no se dio cuenta. Estaba profundamente enfrascado en su plan.

-Ten mucho cuidado, Alys. Y vigila a Landor.

-Sí, Kieron.

La joven se acurrucó mansamente a su lado y levantó la cabeza hacia el alto guerrero del mundo exterior, con los labios separados.

Pero Kieron estaba mirando hacia las estrellas del imperio, y había una profunda inquietud en su corazón. Rodeó a Alys con su brazo, apretándola más contra su cuerpo, como si quisiera protegerla contra la caliente mirada de aquellas feroces estrellas.

Librodot

III

La nave espacial era antigua, pero la misteriosa fuerza de la Gran Destructora, encadenada en el interior de las espirales cerradas situadas entre los cascos, la impulsó a una velocidad inimaginable a través de la oscuridad salpicada de estrellas. El interior era sofocante y humeante, pues la única luz procedía de las lámparas de aceite bajadas al mínimo para hacer más lento el enrarecimiento del aire. Antiguamente, hubo luz sin fuego en las estancias, pero los globos diminutos colocados en los techos habían fallado porque no dependían de la clase de fuerza que estaba encerrada en las espirales eternas.

En las bodegas inferiores, los caballos del pequeño grupo de guerreros valkirianos que había a bordo pateaban sobre las planchas de acero, impacientes ante aquel confinamiento; mientras tanto, en la diminuta burbuja de cristal situada en la proa de la antigua nave, dos chamanes de la casta hereditaria de los navegadores conducían la pulsante nave espacial hacia el lugar situado más allá del velo del Saco de Carbón, donde sus astrolabios y esferas armilares les decían que se encontraba el brumoso globo de Kalgan.

Muchos hombres -arriesgándose a ser condenados como hechiceros y brujos de la guerra- habían tratado de desvelar los secretos de la Gran Destructora y computar la velocidad de estas poderosas naves espaciales de la antigüedad. Algunos habían llegado a asegurar que poseían una velocidad de 160.000 kilómetros por hora. Pero como las naves espaciales hacían el viaje entre la Tierra y los mundos agrícolas de Próxima Centauri en poco menos de veintiocho horas, tales cálculos situarían al sistema estelar más cercano a la asombrosa distancia de *cuatro millones y medio de kilómetros* de la Tierra... una cifra que resultaba tan absurda para todos los navegadores como inconcebible para los legos en la materia.

La gran nave espacial que llevaba el blasón del jefe militar de Valkiria se solidificó en la realidad cerca de Kalgan cuando disminuyó su gran velocidad. Trazó círculos sobre el planeta para ir disminuyendo aún más su velocidad y se dirigió después hacia el aire vaporoso del mundo gris. Atravesó la elevada y cubierta atmósfera y siguió descendiendo hacia un aire más ligero y claro. Kalgan era un planeta no sometido a rotación: en su lenta órbita alrededor de la gigantesca estrella madre roja, el planeta daba primero una cara, y después la otra al ligero calor de su sol. Los polos estaban cubiertos por grandes océanos y la masa de tierra central era como un nudoso cinturón de roca y suelo situado alrededor del abultado ecuador. La vida sólo era posible en la zona crepuscular, y la ciudad de Neg, plaza fuerte de Freka el Desconocido, era la única agrupación urbana de todo el planeta.

Neg se encontraba sombríamente hundida en el crepúsculo eterno cuando, por fin, la nave espacial de Kieron aterrizó fuera de las puertas y comenzó el desembarque de su séquito. El puerto espacial, sin embargo, resplandecía de fuegos y antorchas, y el señor de Kalgan había enviado a un cuerpo de tambores -tributo de honores- a saludar al rey de las estrellas visitante. El aire cálido y brumoso de la noche palpitaba con el sonido de los enormes tambores y las armas y los arreos enjoyados brillaban a la luz amarillenta de las antorchas.

Finalmente, todos desembarcaron, y Kieron y sus guerreros fueron conducidos por una procesión de soldados portando antorchas hacia el interior de la ciudad fortificada de Neg. Pasaron a lo largo de antiguas calles empedradas, a través de pequeñas plazas llenas de gente, hasta penetrar finalmente en la propia ciudadela de Neg. Aquélla era la residencia de Freka el Desconocido, señor de Kalgan.

La gente que vieron formaba una muchedumbre silenciosa y hosca. Rostros embrutecidos e impávidos. Los rostros de los esclavos y siervos mantenidos en su estado por medio del temor y la fuerza. Estas gentes, pensó Kieron, se volverían locas en un carnaval de destrucción si no se cerniera sobre ellas la pesada mano de su señor.

Librodot

Desvió la atención de la gente de Neg, dirigiéndola hacia la ciudadela, de aspecto macizo. Se trataba de una poderosa construcción, con elevados muros y aberturas en forma de torretas. En cada una de sus líneas cuadradas y funcionales, reflejaba la sangrienta historia de Kalgan. Una historia de interminables rebeliones y levantamientos, de golpes de Estado y sacudidas. Un guerrero tras otro se había situado como gobernante de este mundo sombrío, sólo para caer ante los asaltos de sus propios vasallos. La política del gobierno imperial había consistido siempre en no interferir en estas cuestiones puramente locales. Se sostenía la idea de que del crisol de los forcejeos domésticos surgirían los mejores luchadores, y ellos, a su vez, podrían entonces servir al imperio. Mientras el señor de Kalgan aportara su leva de guerreros y de naves espaciales, no habría nadie en la Tierra que se preocupara por saber cómo era su gobierno local. Y así, Freka se revolcaba en la sangre.

De la última pesadilla de luchas, había surgido Freka. Se había elevado rápidamente, hasta alcanzar el poder en Kalgan... y se mantenía en él. Odiado por su gente, gobernaba con dureza, pues ésa era su forma de actuar. A Kieron le habían dicho que este guerrero que había surgido de nadie sabía donde era diferente a los otros hombres. Los cortesanos imperiales afirmaban que no le preocupaban ni el vino ni las mujeres, y que sólo le gustaba la batalla. Estudiando la ciudadela, Kieron pensó que se necesitaría un hombre así para apoderarse de un mundo como Kalgan y conservar el poder. ¡Y también se necesitaría un hombre así para desearlo!

Si Freka de Kalgan se sentía a gusto con los baños de sangre, podría sentirse feliz cuando terminara este próximo consejo de reyes de las estrellas, reflexionó de mal humor el valkiriano. Sabía muy bien lo cerca que él mismo se encontraba de la rebelión, así como los otros señores de las Marcas Externas, los señores de Auriga, de Doorn, de Quitain, de Helia... todos ellos estaban dispuestos a arrancar la corona imperial de la tonta cabeza de Toran.

Kieron fue escoltado, con sus guerreros, hacia una lujosa estancia situada en el interior de la ciudadela. Según se le informó, Freka sentía mucho no poder saludarle personalmente, pero tenía la intención de reunirse dentro de doce horas con todos los reyes de las estrellas en el gran salón. Mientras tanto, habría diversiones para los guerreros visitantes y la hospitalidad de Kalgan. Hospitalidad que, según aseguró orgullosamente el camarero de rostro de halcón, no tenía parangón en todo el universo conocido.

Un impulso de suspicacia cruzó por la mente de Kieron. Se dio cuenta de que no se fiaba por completo de Freka de Kalgan. Percibía una premeditada sangre fría en todo aquel asunto del consejo de agravios de los reyes de las estrellas. Algo que le ponía en guardia contra un posible peligro. Tendría que haber habido menos suavidad y eficacia en la forma en que fueron tratados los visitantes, pensó Kieron ilógicamente, recordando los problemas que él mismo había tenido cuando algún gobernante del mundo exterior había visitado Valkiria. Se alegró de repente de haberle advertido a Nevitta que empleara la más extrema precaución, en el caso de que necesitara traer a Alys a Kalgan. Era posible que estuviera abrigando excesivas sospechas, pero no podía olvidar que la propia Alys había visto a un hechicero de la guerra de Kalgan hablando familiarmente con la mujer que resultaba ser la verdadera culpable de todo el peligro que ahora se cernía sobre los mundos del imperio.

Los tambores advirtieron al valkiriano que el resto de los reyes de las estrellas estaban acudiendo a la cita. Las antorchas llameaban en los patios de la ciudadela, y el rugido de las naves espaciales que aterrizaban parecía indicar la reunión de las águilas.

Los sonidos continuaron produciéndose a través del largo e inexpresivo crepúsculo. Freka no apareció en ningún momento, pero la promesa de la diversión fue cumplida con abundancia. Gran profusión de comida y vino fue traída a las estancias ocupadas por los

valkirianos. También acudieron músicos y juglares para cantar y tocar las canciones de amor y las marchas de guerra de la antigua Valkiria, mientras los guerreros rugían, llenos de contento.

Kieron permanecía sentado en la elevada silla que le había sido reservada, observando el bailoteo de las amarillentas luces sobre las salas de piedra y los rudos rostros de sus hombres, mientras éstos bebían y jugaban y se peleaban.

Aparecieron entonces bailarinas y los valkirianos aullaron, llenos de placer salvaje, mientras los cuerpos desnudos, brillantes de olorosos aceites, giraban al compás de los bárbaros ritmos de los bailes de espada, con los aceros trazando amplios arcos sobre las leonadas cabezas. El largo y sombrío crepúsculo se transformó, sin que a nadie le importara, en la pesada y cálida intimidad de la ciudadela. Kieron observaba pensativamente mientras acudían más mujeres y se traía más vino a la feliz fiesta. Los vinos más finos y las mejores mujeres fueron pasando de mano en mano sobre las cabezas de los guerreros, hasta llegar al lugar donde se encontraba Kieron, que bebió profundamente de ambas. Los vinos eran pesados y los pletóricos labios de las huríes sibaríticas eran dulcemente amargos, pero Kieron sonreía por dentro... si Freka el Desconocido intentaba que acudiera borracho, saciado y dócil a las sugerencias a la reunión de los reyes de las estrellas, el señor de Kalgan conocía muy poco la capacidad de los hombres de la periferia.

Transcurrieron las horas y la tumultuosa diversión llenó la ciudadela de Neg. La vida en los mundos externos era dura y los guerreros allí reunidos hicieron un completo uso de los placeres que el señor de Kalgan puso a su disposición. El brumoso y eterno crepúsculo estaba lleno de canciones y gritos de guerra, de las peleas y los actos amorosos de los guerreros de una docena de planetas exteriores. Kieron sabía que a cada rey de las estrellas se le festejaba por separado, llenándole de vino y de carne de mujer hasta que llegara la hora de la reunión.

Las arenas habían seguido su curso cinco veces en el cristal, antes de que las trompetas sonaran por toda la ciudadela, llamando a los señores a la reunión. Kieron dejó que sus hombres siguieran divirtiéndose y, acompañado por un asistente con los arreos del señor de Kalgan, fue conducido hasta la gran sala.

Atravesaron los oscuros pasillos que olían a violencia antigua, junto a muros de los que colgaban tapices y antiguas armas, y sobre piedras que ya habían sido suavizadas por el paso de generaciones.

Este torreón ya era viejo cuando los ejércitos reconquistadores de los Mil Emperadores penetraron con sus caballos en la gran sala y dictaron sus términos de paz a los señores del interregno de Kalgan.

La sala era una vasta estancia abovedada de piedra, llena ya del calor humeante de las antorchas y de muchos cuerpos. Había allí numerosos guerreros enjoyados, reyes de las estrellas, jefes militares, ayudantes y asistentes. Por un instante, el señor de Valkiria sintió haber acudido solo a aquella impresionante reunión. Sin embargo, eso no tenía importancia. La mayor parte de aquellos hombres eran sus iguales y sus amigos; los reyes guerreros de la periferia.

Allí estaba Odo de Helia, llenando la sala con sus enormes risotadas; y Theron, el señor de Auriga; y Kleph de Quintain, y otros, muchos otros. Kieron vio la melena blanca del amigo de su padre, Eric, el jefe militar de Doorn, el gran sol rojo situado más allá de la nebulosa Cabeza de Caballo. Había allí una congregación de poder suficiente como para haber dejado pasmado al mismo emperador galáctico. Los mundos guerreros de la periferia,

reunidos en Kalgan para decidir el tema de la guerra contra la insegura corona de la Tierra Imperial.

Las preguntas atravesaban la mente de Kieron, mientras permanecía entre los reyes de las estrellas. Alys, rogándole a Toran, ¿qué éxito podría tener contra el poder insidioso de la consorte? ¿Estaría Alys en peligro? Y, además, había que contar con Geller, el misterioso hechicero de la guerra de los Pantanos. Kieron percibía que tenía la obligación de buscar a aquel hombre. Había preguntas que sólo podría contestar Geller. Sin embargo, ante el solo pensamiento de un hechicero de la guerra, una persona familiarizada con la Gran Destructora, la sangre de Kieron se enfrió en sus venas.

El valkiriano miró a su alrededor. No cabía la menor duda de que allí había suficiente poder reunido como para triturar a las fuerzas de la Tierra. ¿Pero qué harían después? Una vez arrancado el poder a Toran, ¿quién llevaría la corona? El imperio era una necesidad... sin él, volverían a caer en los oscuros tiempos del interregno. Durante cuatro generaciones, el manto de las sombras había estado suspendido sobre el naciente segundo imperio. Ni siquiera los más salvajes deseaban un retorno a los años perdidos de aislamiento. El imperio tenía que vivir. Pero el imperio necesitaría una cabeza titular. Si no era Toran, aquel muchacho débil y atontado, ¿quién sería? En el interior de Kieron comenzaron a agitarse las sospechas...

Un retumbar de tímpanos anunció la entrada del anfitrión. Los murmullos de las voces aumentaron. Freka el Desconocido acababa de penetrar en la gran sala.

Kieron permaneció mirándole fijamente, asombrado. Aquel hombre era... ¡magnífico! La alta figura poseía unos músculos como los de una estatua de la Edad Primera; con los tendones rizándose bajo la dorada piel, como maquinaria bien engrasada; con gracia y poder en cada uno de sus movimientos. Un hombre con un pelo del color del fuego que enmarcaba un rostro de pureza clásica... ascético, casi inhumano en su perfección. Los ojos pálidos que recorrieron a los reunidos eran como gotas de plata fundida. Caliente, pero con un corazón tan frío que abrasaba con su contacto helado. Kieron se estremeció. Este hombre ya era un semidiós.

No obstante, había algo en Freka que despertó recelo en el valkiriano. Una falta indefinible que veía de una forma tan emocional. Quizá, pensó el valkiriano, me estoy imaginando la frialdad. Pero no había ningún calor en el hombre.

Kieron trató de eliminar aquella irrazonable impresión. No tenía por costumbre juzgar a los hombres de una forma tan emocional. Quizá, pensó el valkiriano, me estoy imaginando la frialdad. Pero no, ¡estaba allí!

Sin embargo, cuando Freka habló, la sensación se desvaneció y Kieron se sintió transportado por el timbre y el poder resonante de la voz.

-¡Reyes de las estrellas del imperio! -gritó Freka, y el sonido de sus palabras se desplegó sobre los reunidos como una onda que adquirió potencia a medida que siguió hablando-: Durante más de cien años vosotros y vuestros padres habéis luchado por la gloria y el beneficio del gran trono. Bajo el mando de Gilmer de Kaidor llevasteis el estandarte de la Tierra Imperial hasta el borde de la periferia y lo plantasteis bajo la luz de la propia Andrómeda. ¡ Vuestra sangre fue derramada y vuestro tesoro gastado para los nuevos emperadores! ¿Y cuál es vuestra recompensa? *¡La pesada mano de un tonto!* Vuestra gente se retuerce bajo la pesada carga de unos impuestos excesivos... vuestras mujeres mueren de hambre, y vuestros hijos son vendidos en esclavitud. Estáis encadenados a un muchacho estúpido que permanece en cuclillas como un sapo sobre el gran trono...

Kieron escuchó, conteniendo la respiración, mientras Freka de Kalgan iba urdiendo un tejido de medias verdades, envolviendo a los guerreros allí reunidos. El poder de convicción de aquel hombre era asombroso.

-¡Los mundos se retuercen en el puño de un idiota! Helia, Doorn, Auriga, Valkiria, Quintain... -y fue denominando los mundos de guerreros-. ¡Sí, y también Kalgan! No existe riqueza suficiente en el universo para saciar a Toran y al gran trono. ¡Y la corte se ríe ante nuestras quejas! ¡ Se ríe de nosotros! ¡De los reyes de las estrellas, que son como los puños del imperio! ¿Durante cuánto tiempo más vamos a soportarlo? ¿Durante cuánto tiempo sostendremos a Toran en un trono que él es demasiado débil para mantener?

Toran, pensó Kieron hoscamente, siempre Toran. Nunca una sola palabra sobre Ivane o Landor o los favoritos que exprimían a Toran entre sus dedos.

La voz de Freka descendió y se inclinó sobre la primera fila de rostros vueltos hacia arriba.

-Me dirijo a vosotros, que amáis a vuestros pueblos y a vuestra libertad, para que os unáis con Kalgan y desembaracéis al imperio de este emperador débil, siempre ávido de dinero y negligente.

Alguien se agitó en la multitud. Todos los demás, excepto éste, parecían hipnotizados. Fue el viejo Eric de Doorn quien avanzó.

-¡Estás hablando de traición! Nos convocaste aquí para tratar de agravios, ¡y ahora digo que hablas de traición y de rebelión! -gritó, encolerizado.

Freka volvió sus ojos fríos hacia el viejo guerrero.

-Si esto es traición -dijo, amenazadoramente-, es la traición del emperador... pero no la nuestra.

Eric de Doorn pareció debilitarse bajo la mirada helada de aquellos ojos inhumanos. Kieron le observó retroceder hacia el círculo de sus seguidores, con el temor reflejado en su avejentada cara. El valkiriano pensó con inquietud que había en Freka un poder capaz de dominar allí mismo casi cualquier insurrección. El mismo estaba atado por la promesa hecha a Alys, pero era solamente eso lo que le impedía ponerse de lado del convincente señor de Kalgan. Sabía que aquella sensación era irrazonable, y luchó contra ella, echando mano de sus reservas de información para fortalecer su resolución de obstruir a Freka si podía. Ahora resultaba fácil comprender cómo había surgido este hombre extraño de la oscuridad, convirtiéndose en dueño de Kalgan. Freka era un ser hecho para el liderazgo.

Kieron se apartó de la multitud y se decidió a hablar, haciendo un esfuerzo. Todas sus primeras sospechas estaban creciendo ahora como una nube sofocante dentro de él. Allí, alguien estaba siendo utilizado y engañado, ¡y no era el señor de Kalgan! -¡Eh, Freka! -gritó, y el señor se volvió para escucharle-. Dices de desembarazarnos de Toran..., ¿pero qué ofreces en su lugar?

Ahora, los ojos de Freka eran como el acero, brillando pálidamente a la luz de las antorchas de la pared.

-No me ofrezco a mí mismo. ¿Es eso lo que temías? -la fina voz se retorció con una mueca irónica-. No pido a nadie que arriesgue su vida para que yo mismo pueda sentarme en el gran trono y ceñir el manto de cibelina del emperador. Yo renuncio aquí y ahora a cualquier aspiración a la corona imperial. Cuando llegue el momento, ya daré a conocer cuáles son mis deseos.

La multitud de reyes de las estrellas murmuró, aprobadoramente. Freka se los había ganado.

-¡Una votación! -gritó alguien-. ¡Aquellos que estén con Freka y contra Toran! ¡Que voten!

Las espadas surgieron de las vainas y lanzaron destellos a la luz de las antorchas, mientras en la cámara se producía un vitoreo salvaje. ¡Había guerra y botín para satisfacer los corazones salvajes!. ¡El saqueo de la propia Tierra Imperial! Hasta la espada del viejo Eric de Doorn estaba levantada de mala gana. Únicamente Kieron permaneció en silencio, con la espada enfundada.

Freka se le quedó mirando fríamente.

-¿Y bien, valkiriano? ¿Cabalgarás con nosotros?

-Necesito más tiempo para pensarlo -dijo Kieron, con precaución.

La risa de Freka fue como un latigazo.

-¡Tiempo! ¡Tiempo para preocuparse por arriesgar su piel! ¡ El valkiriano necesita tiempo para eso!

Kieron sintió cómo iba aumentando rápidamente su cólera. La sangre golpeaba en sus sienes, palpitando, pulsando, empujándole hacia la lucha. Su mano se cerró sobre la empuñadura de su espada, que llegó a medio sacar de la vaina. Pero Kieron se contuvo. Había algo siniestro en aquel deliberado intento de arruinarle... de mostrarle como un cor barde ante sus iguales. Aparentemente, un hombre se enfrentaba aquí con dos posibilidades: o seguir a Freka a la rebelión, o ser tachado de cobarde. Kieron miró fijamente los ojos fríos del señor de Kalgan. La tentación de desafiarle era fuerte... tan fuerte como lo era todo el pasado y el entrenamiento de Kieron en el duro código del guerrero de la periferia. Pero no podía hacerlo, al menos por ahora. Había demasiados hierros en el fuego que tendría que observar. Estaban Alys y su ruego a Toran. Estaba la situación de su propia gente. No podía correr el peligro de atravesar con su hoja el cuello de Freka, por mucho que su sangre hirviera de cólera.

Así pues, dio media vuelta y salió de la gran sala, mientras en sus oídos sonaban burlonamente las risotadas de Freka y de los reyes de las estrellas.

IV

Kieron se despertó en la oscuridad. Del fuego de la chimenea, sólo quedaban débiles rescoldos y las habitaciones de piedra permanecían en silencio, a excepción del sonido producido por los hombres que dormían. El único centinela valkiriano estaba junto a él, susurrándole para que se despertara. Kieron apartó de su cuerpo los cuatro cobertores y elevó los pies sobre el borde del bajo camastro.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Nevitta, señor.

-¡Nevitta! ¡Aquí! -Kieron se puso de pie, completamente despierto ahora-. ¿Ha venido una mujer con él?

-Una esclava, señor. Esperan en la cámara exterior.

Kieron se puso sus arreos y armas, abriéndose paso por entre los hombres que dormían. En la antecámara débilmente iluminada se encontraba Nevitta junto a la figura embozada de Alys. Kieron se dirigió inmediatamente hacia la joven y ella apartó la capucha, dejando desnuda su cabeza dorada a la luz de la antorcha. Sus ojos brillaban llenos de placer al ver de nuevo a Kieron, pero también había cólera en ellos. El señor de Valkiria se dio cuenta inmediatamente de que no había tenido ningún éxito con Toran.

-¿Qué ha ocurrido, Nevitta?

-Se hizo un intento de quitarle la vida a la princesa, señor.

-*¿Qué?* -Kieron sintió cómo la sangre desaparecía de su rostro.

-Tal como te lo he dicho, Kieron -el rostro del viejo valkiriano era hosco-. Tuvimos que luchar para abrirnos paso y poder salir del palacio.

-Ni siquiera tuve una oportunidad de hablar con Toran -dijo sombríamente la joven-. Todo lo que pudimos hacer fue llegar a la nave espacial. Hasta los jenízaros trataron de detenernos. Dos de tus hombres murieron por mí, Kieron.

-¿Quién lo hizo? -pregunto Kieron amenazadoramente.

-Los hombres que atacaron los alojamientos de la princesa llevaban los arreos de Kalgan -dijo Nevitta.

Aquello alcanzó a Kieron como un verdadero golpe físico... duro.

-*¡Kalgan!* ¿Y la has traído *aquí?* ¡Eres un tonto, Nevitta!

-Sí, Kieron, tonto es la palabra adecuada... -admitió el viejo valkiriano.

-¡No! -exclamó Alys imperiosamente-. Yo misma le ordené que nos trajera aquí. Insistía en ello.

-¡Por los Siete Infiernos! ¿Por qué? -preguntó Kieron-. ¿Por qué aquí? ¡Podrías haber estado segura en Valkiria! Ya sé que yo di la orden de traerte aquí, pero después de lo ocurrido...

-La princesa no quería saber nada de buscar seguridad, Kieron -dijo Nevitta-. Cuando Kalgan demostró su traición al tratar de asesinarla, sólo pensó en el peligro que tú mismo corrías aquí... sin saberlo. Habría arriesgado su vida para traerte esta noticia, Kieron.

Kieron se volvió para mirar a la joven. Ella elevó la cabeza hacia él, con los ojos luminosos y los labios abiertos.

-¿Qué podría hacer que una princesa arriesgara su vida...? -comenzó a preguntar Kieron.

-Kieron... -la joven pronunció blandamente su nombre-, tenía tanto miedo por ti.

El valkiriano extendió lentamente la mano hacia el broche de su capa y lo desabrochó. La pesada capa cayó sobre las losas del suelo. Alys permaneció quieta, sacudiéndose ligeramente, con los invitadores labios abiertos. Kieron observó el palpitar de su blanco cuello y sintió su propio golpeteo. Dio un paso hacia ella, cerrando sus brazos alrededor de su cuerpo atractivo y flexible. Su boca buscó sus labios. Sin que nadie se diera cuenta, Nevitta se deslizó sigilosamente fuera de la antecámara, cerrando sin hacer ruido la puerta tras él...

Kieron se encontraba ante la ventana arqueada, mirando fijamente hacia el crepúsculo eterno y brumoso de Kalgan, sintiendo muy pesado su corazón. Detrás de él, Alys permanecía echada en el camastro. Su brillante pelo caía revuelto sobre su rostro, mientras miraba a su amante, junto a la ventana. Kieron se volvió para mirarla, sintiendo el impacto de su cálida belleza. Comenzó a pasear de un lado a otro, estrujándose la cabeza para hallar una pista que le indicara cuál debía ser su próximo movimiento en la guerra sutil de traición e intriga que se había ido formando a su alrededor.

Había ordenado a sus hombres que estuvieran preparados para un ataque, pero, por el momento, era poca la necesidad de mantener aquella clase de vigilancia. Lo que necesitaba era más información. Cuidadosamente, fue recordando los pocos hechos que conocía.

Librodot

La relación entre Freka y los intrigantes dé la Ciudad Imperial, que él ya sospechara, quedaba demostrada por fin con el atentado contra la vida de Alys por parte de los hombres de Kalgan. Los reyes de las estrellas estaban siendo utilizados para librar una lucha que no era la suya. ¿Pero de quién era entonces? ¿De Freka... o de Ivane? No importaba. Lo cierto era que estaban siendo engañados para que ayudaran a arrancar la corona imperial de la cabeza de Toran, y su único provecho y el de su gente sería... más opresión.

Ahora cobraba sentido el tratamiento que había recibido en la Ciudad Imperial. Landor buscaba arrojarle en brazos de la revuelta organizada por Freka. Únicamente Alys lo había evitado.

Ahora tenía que advertir a los reyes de las estrellas. Pero, según el código de la periferia, Kieron tenía que demostrarles que él no era el cobarde que las risotadas de Freka habían dado a entender. Y ahora, necesitaba una *prueba.* Una prueba de la monstruosa estructura de traición e intriga surgida de la codicia de una mujer y de la fría inhumanidad de un desconocido rey de las estrellas.

Kieron se quedó mirando fija y hoscamente hacia el brumoso patio situado bajo la abierta ventana. Estaba desierto a aquella hora. Después, de repente, observó actividad en la plaza amurallada. Un oficial de la ciudadela escoltó a una figura pesadamente embozada hacia el patio, retirándose después con toda clase de señales de gran respeto. La figura solitaria anduvo nerviosamente sobre las piedras húmedas.

¿Quién podría ser tratado con una cortesía tan evidente, siendo dejado, sin embargo, en un patio trasero, en espera de la llamada de Freka de Kalgan?, se preguntó Kieron. Se le ocurrió entonces un pensamiento repentino. Sólo podía tratarse de alguien que no debía ser visto por los reyes de las estrellas y sus ayudantes, que llenaban al completo la ciudadela de Neg.

Kieron estudió al noble encapuchado con un renovado interés. Le parecía haber visto ya otra vez aquel andar afectado...

¡Landor!

Kieron abrió de golpe la puerta que daba a la cámara exterior. Sus asombrados hombres se reunieron en torno a él. Alys también se había levantado y se encontraba tras él. Hizo señales a Nevitta y a cuatro hombres para que entraran en su cámara.

-¡Nevitta! Rasga ese tapiz de la pared y córtalo en tiras... Alys, ata las tiras y haz una cuerda con ellas. Asegúrate de que los nudos son lo bastante fuertes como para soportar el peso de un hombre... ¡Ahí abajo está Landor!

Quitándose las botas con espuelas, Kieron se encaramó sobre el alféizar de la ventana. El patio estaba a unos diez metros por debajo, pero los antiguos muros de la ciudadela eran bastos y estaban llenos de relieves ornamentales, típicos de la arquitectura del interregno. Kieron se fue dejando caer, sintiendo en su cara la humedad de la neblina. En dos ocasiones, casi perdió pie, con el peligro de caer sobre las piedras del patio. Alys, pálida, le miraba fijamente desde la ventana.

Apenas estaba a tres metros del suelo cuando Landor levantó la cabeza. Le reconoció inmediatamente. Hubo un momento de asombrado silencio, y Kieron saltó la distancia que le quedaba, para alcanzar el suelo sobre sus pies, como un gato, con la espada en la mano.

-¡Kieron!

El rostro de Landor estaba gris.

El valkiriano avanzó decididamente.

Librodot

-¡Sí, Landor! ¡Soy Kieron! No se suponía que te vería aquí, ¿verdad? Y tampoco te atreves a gritar porque los otros te descubrirían. Y eso despertaría sospechas sobre las verdaderas intenciones de la consorte, ¿no es cierto?

Landor retrocedió, apartándose de la hoja que brillaba en la mano de Kieron.

-Saca tu espada, Landor -dijo Kieron con suavidad-. Saca tu espada ahora mismo, o te mataré donde estás.

Lleno de pánico, el Primer Señor del Espacio sacó su espada. Sabía muy bien que no era rival para el rey valkiriano y al primer contacto de las hojas se volvió y echó a correr hacia la puerta. Golpeó con fuerza contra los pesados paneles. La puerta estaba cerrada. Kieron le siguió.

-Grita pidiendo auxilio, Landor -le sugirió Kieron con una breve y dura sonrisa-. Este lugar está lleno de guerreros.

Landor tenía los ojos muy abiertos.

-¿Por qué quieres matarme, Kieron? -preguntó casi en un rugido-. ¿Qué mal te he hecho...?

-Has agobiado de impuestos a mi gente y me has insultado, y si eso no fuera suficiente, aún quedaría tu traición con Freka... engañándome a mí y a los otros, para impulsarnos a la rebelión, de modo que Ivane pueda ceñir la corona. Son razones más que suficientes para matarte. Además... -Kieron sonrió ceñudamente-, no me gustas, Landor. Me encantaría derramar un poco de tu lechosa sangre.

-¡Kieron! Te juro, Kieron...

-¡Ahórratelo, maestro de baile! -y Kieron tocó con su arma la espada que Landor sostenía débilmente en su mano-. ¡Ponte en guardia!

Landor lanzó un grito animal de desesperación y se lanzó torpemente contra el valkiriano. La espada de Kieron describió un relumbrante círculo y el arma del Primer Señor fue a chocar contra las piedras del pavimento, a unos metros de distancia.

La mirada de Kieron era fría en el momento de avanzar sobre el ahora aterrorizado cortesano.

-Arrodíllate, Landor. Un lacayo siempre debe morir arrodillado.

El Primer Señor se arrojó sobre el suelo, rodeando con sus brazos las rodillas del guerrero del mundo exterior. El color de su rostro era ceniciento de tanto terror como sentía y murmuraba palabras solicitando piedad, con los ojos apretadamente cerrados. Kieron le dio la vuelta a la espada y dejó caer la pesada empuñadura sobre la cabeza de Landor. El cortesano lanzó un suspiro y se desplomó hacia adelante. Kieron envainó su espada y recogió al hombre inconsciente como si fuera un saco de harina. No disponía de mucho tiempo. No tardarían en llegar los guardias para escoltar a Landor a presencia de Freka. Kieron recogió también la espada del cortesano. No debía quedar el menor rastro de pelea en el patio.

El valkiriano transportó el cuerpo de Landor hacia donde Alys y Nevitta habían hecho descender la cuerda improvisada. Ató bien a Landor, como si se tratara de un cerdo descuartizado y les dijo:

-¡Subidle!

Landor desapareció por la ventana y la cuerda volvió a bajar a continuación. Kieron subió a pulso el mismo camino seguido antes por el cortesano desvanecido. Pocos segundos después, volvía a encontrarse entre sus guerreros, y el patio de abajo estaba vacío.

-¡Landor! -Kieron roció de vino el rostro inconsciente del hombre-. ¡Landor, despierta!

El cortesano se agitó y terminó por abrir los ojos. Inmediatamente surgió en ellos una mirada de temor. Un círculo hostil de rostros le miraban desde arriba. Kieron, con sus oscuras y llameantes ojos. Alys... La gran cara roja de Nevitta, enmarcada por el casco con alas laterales. Y otros salvajes que parecían valkirianos. Para Landor aquello fue una escena del legendario Séptimo Infierno de la Gran Destructora.

-Si quieres seguir viviendo, habla -le dijo Kieron-. ¿Qué estás haciendo aquí, en Kalgan? Tiene que ser un mensaje de importancia el que traes. De no ser así, Ivane habría enviado a cualquier otro. -Yo... yo no traigo ningún mensaje, Kieron. Kieron hizo un gesto de asentimiento hacia Nevitta, quien sacó su puñal y lo situó contra el cuello de Landor.

-No tenemos tiempo para mentiras, Landor -dijo Kieron.

Y para indicar que aquello era cierto, Nevitta apretó un poco más el puñal contra la nuez del cuello del Primer Señor. Landor lanzó un grito. -¡No...!

-¡Habla... o te sacaré la molleja! -gruñó Nevitta.

-¡Está bien! ¡Está bien! Pero aparta ese puñal... -Ivane te envió aquí, ¿verdad? Landor hizo un gesto de asentimiento, sin decir nada.

-¿Por qué?

-Yo... yo... tenía que decirle a Freka que... que sus hombres fallaron al... al...

-¡Intentar matarme! -terminó Alys, encolerizada-. ¿Qué más?

-También... también tenía que decirle que el resto del plan fue... fue realizado... con éxito.

-¡Maldita sea! ¡Habla con claridad! -espetó Kieron-. ¿Qué «plan» es ése?

-El... el emperador está muerto -reveló Landor, con los ojos llenos de terror-. ¡Pero yo no lo hice! ¡Lo juro! ¡No fui yo!

Alys lanzó un grito de dolor.

-¡Toran! Pobre... Toran...

Kieron agarró al aterrorizado cortesano por el cuello y lo sacudió.

-¡Sucio puerco! ¿Quién lo hizo? *¿Quién mató al emperador?*

-*¡Ivane!* -balbució Landor-. La gente no sabe aún que está muerto y ella espera la invasión de los reyes de las estrellas para proclamarse emperatriz... En el nombre de Dios, Kieron, ¡no me mates! ¡Estoy diciendo la verdad!

-¿Y Freka ayudó a planear esto? -preguntó Kieron.

-El es el hombre de Ivane -balbució Landor-, pero no sé nada de él. ¡Nada, Kieron! El hechicero de la guerra Geller se lo trajo a Ivane hace cinco años..., ¡eso es todo lo que sé!

Geller de los Pantanos... otra vez. Kieron sintió cómo un terrible temor se filtraba por entre su cólera. Tenía que descubrir de algún modo la relación entre Geller y Freka. De algún modo...

Kieron se apartó del aterrorizado Landor. Ahora, la imagen estaba cobrando forma. Freka e Ivane. La rebelión de los reyes de las estrellas. Toran... asesinado.

-¡Mantened a este perro bajo vigilancia! -ordenó Kieron.

Landor fue alejado de allí, tembloroso y débil.

-¡Nevitta!

-¿Señor?

-Tú y la princesa os marcharéis en la nave tal y como vinisteis. Tiene que ser llevada a un lugar seguro inmediatamente. En cuanto echen de menos a ese cerdo, tendremos visitantes...

-¡No, Kieron! ¡No me marcharé! -gritó Alys.

-Tienes que hacerlo. Si eres capturada ahora en Kalgan, eso significará carta blanca para Ivane.

-¡Pues entonces tienes que venir conmigo!

-No puedo. Si tratara de marcharme ahora, Freka me detendría por la fuerza. Conozco sus planes -y, volviéndose hacia Nevitta, añadió-: Se marcha contigo, Nevitta. Por la fuerza, si es necesario.

»Regresa a Valkiria y reúne a las tribus. No podemos hacer nada sin hombres que nos respalden. Una de las naves se quedará aquí, conmigo y los hombres. Trataremos de salir de aquí cuando estemos seguros de que... -miró hacia la delgada joven, con una expresión sombría en sus ojos- Su Majestad está a salvo.

Los guerreros valkirianos que había en la sala se pusieron firmes y en la expresión de sus rostros se produjo un cambio sutil mientras observaban a Alys. Un abismo se había abierto repentinamente entre esta mujer y su capitán. Ellos también lo sentían. Uno tras otro, se fueron arrodillando ante ella. Alys hizo un gesto de protesta, con sus luminosos ojos llenos de lágrimas. Vio cómo se abría el abismo entre ellos y trató de evitarlo inútilmente. Pero cuando Kieron se arrodilló, se dio cuenta de que era *así.* En un instante, se habían transformado de amante y amado en soberana y vasallo.

Se reprimió las lágrimas que pugnaban por salir y elevó la cabeza con orgullo; como emperatriz galáctica, heredera de los Mil Emperadores, aceptó el homenaje de los guerreros.

-Mi señor de Valkiria -dijo después, con un tono de voz bajo e inseguro-, mi amor y afecto por ti... y por estos guerreros, no lo podré olvidar nunca. Si vivimos...

Kieron se levantó, con la espada desnuda extendida en sus manos.

-Su Majestad Imperial -y dijo las palabras con seriedad y lentitud, sintiendo en el fondo lo que estaba sucediendo-. Los hombres de Valkiria son vuestros. Hasta la muerte.

Kieron observó a Nevitta y Alys desvanecerse a lo largo del oscuro pasillo, fuera de las cámaras de los valkirianos... según todas las apariencias, un guerrero y su esclava se marchaban por orden de su señor. Pero, incluso así, pensó Kieron inquieto, había peligro. Les vio pasar junto a un centinela, dos... tres... Doblaron la esquina y desaparecieron, llevándose consigo las esperanzas y los temores de Kieron.

Ya se escuchaban sonidos de confusión en la ciudadela de Neg. Los hombres estaban buscando al desaparecido Landor. De momento, buscaban con tranquilidad, reflexionó Kieron con satisfacción, pues los reyes de las estrellas que estaban de visita no debían saber que Freka el Desconocido mantenía una reunión familiar con el Primer Señor Imperial del Espacio.

Kieron sopesó sus posibilidades de escapar y vio que eran escasas. No se moverían de sus habitaciones de la ciudadela hasta escuchar el rugido de la nave espacial de Nevitta,

Librodot

indicándoles que la emperatriz ya se marchaba. Mientras tanto, los buscadores de Landor se iban acercando.

Pasó una hora, y la arena del cristal se deslizaba con desesperante lentitud. En cierto momento, Kieron creyó escuchar ruido de cascos de caballo en el puente de salida de la ciudadela, pero no pudo estar seguro.

Dos horas. Kieron andaba continuamente de un lado a otro, en las habitaciones de los valkirianos, junto con sus doce hombres restantes, armados, alertas, observándole. El agarraba con nerviosismo la empuñadura de su espada.

Pasó otra hora en el gris y eterno crepúsculo. Seguía sin escuchar el sonido de la nave espacial, elevándose. La ansiedad de Kieron alcanzó enormes proporciones. Los buscadores de Landor se acercaban. Kieron podía escuchar a los soldados registrando los pasillos de piedra y los caminos de la ciudadela.

De repente, se escuchó un golpe en la puerta atrancada de las habitaciones de los valkirianos.

-¡Abrid! ¡En nombre del señor de Kalgan!

Uno de los valkirianos que se encontraba cerca de la puerta replicó lánguidamente:

-Nuestro señor está durmiendo. Marchaos.

Los golpes continuaron.

-Sentimos mucho tener que molestarle, pero se ha escapado un esclavo de la servidumbre. Tenemos que buscarle.

-¿Y vais a perturbar el reposo del señor de Valkiria por un esclavo, bárbaros? -preguntó el guerrero de la puerta con un molesto tono de voz-. Marchaos.

El oficial del pasillo empezaba a perder la paciencia.

-¡Digo que abráis! ¡O penetraremos a la fuerza!

-Hacedlo -dijo el valkiriano tranquilamente-. Aquí tengo una espada que ha permanecido seca durante demasiado tiempo.

Cómo debía estar sudando Landor en la habitación de atrás, pensó Kieron irónicamente, al imaginar que los valkiríanos preferirían matarle antes que permitir que su mensaje llegara a Freka. Pero la muerte de Landor no serviría ahora de nada. ¡Tiempo! Tiempo era lo que se necesitaba. Tiempo suficiente para que Nevitta sacara a Alys fuera de los peligros que allí la acechaban.

Kieron se dirigió hacia la puerta, con la esperanza de que algunos guerreros de las Marcas Exteriores pudieran escuchar sus palabras y captaran todas las implicaciones.

-¡Habla Kieron de Valkiria! -gritó-. ¡Tenemos aquí a Landor de la Tierra! El Primer Señor..., ¿es ése el esclavo que buscáis?

Ante esta sola respuesta se produjo el estrépito repentino de un ariete lanzado contra los paneles de la puerta de madera. Kieron se preparó para la lucha. Todavía no se oía el sonido de ninguna nave espacial elevándose...

La puerta se vino abajo y un grupo de guerreros de Kalgan irrumpió en la estancia, con las armas brillando en sus manos.

Salvajemente, los valkirianos se enfrentaron a ellos y el aire se llenó con el fragor metálico del acero. No se pedía ninguna compasión, y ninguna se daba. Kieron trazó un círculo de muerte con su larga espada del mundo exterior, cantando en sus oídos la sangre de combate de

cien generaciones de guerreros. El canto salvaje de la periferia se elevó por encima de los confusos sonidos de la batalla.

Un hombre lanzó un grito de agonía cuando su brazo fue cortado de cuajo por la hoja de un valkiriano, y movió el muñón desesperadamente, salpicando de sangre ennegrecida a los hombres que se batían a su lado. Un guerrero valkiriano cayó, encerrado en un abrazo mortal con otro guerrero de Kalgan, introduciendo su puñal en el cuerpo de su enemigo, una y otra vez, mientras moría. Kieron cruzó su acero con el de un guarda, obligándole a retroceder, hasta que el de Kalgan resbaló sobre las piedras, húmedas de sangre, con un tajo enorme que le llegó desde el cuello hasta la ingle.

Los valkirianos estaban cortando el paso a sus oponentes, pero la superioridad numérica comenzaba a producir sus efectos. Dos valkirianos se desmoronaron ante una nueva embestida. Y después otro y otro y otro. Kieron sintió el tacto ardiente de una herida de puñal. Miró hacia abajo y vio que la cuchillada de alguien de la melée le había alcanzado hasta el hueso. Su costado estaba lleno de sangre y las blancas costillas aparecían a lo largo de la cuchillada de unos veinticinco centímetros.

Ahora, Kieron permanecía espalda contra espalda, junto a los dos únicos compañeros que le quedaban. Los otros valkirianos habían caído y yacían sobre el suelo ensangrentado. Kieron vio fugazmente la elevada figura de Freka, detrás de sus guardias, y se lanzó hacia él, repentinamente ciego de furia. Dos guerreros de Kalgan le detuvieron y perdió a Freka de vista. Otro valkiriano cayó a su lado, con un enorme tajo en el cuerpo. Kieron recibió otra herida en un brazo. No podía saber lo gravemente herido que estaba, pero la debilidad causada por la pérdida de sangre empezaba a surtir sus efectos sobre él. Cada vez le era más difícil ver con claridad. La oscuridad parecía estar parpadeando a su alrededor como una llama negra, justo más allá de su ámbito de visión. Volvió a ver entonces a Freka y trató de llegar hasta él. Pero volvió a fallar, viendo su paso cortado por un soldado de Kalgan. Una espada pasó silbando junto a él y se introdujo en el cuerpo del último guerrero valkiriano. El hombre cayó al suelo, en silencio, y Kieron se quedó solo luchando.

Vio la hoja de un oficial descendiendo sobre él, pero no pudo desviarla. Y, en el instante en que bajaba la hoja, escuchó un enorme rugido más allá de la ventana abierta. Kieron casi sonrió. Alys estaba a salvo...

Elevó su espada para intentar detener el fuerte golpe que descendía sobre él. Debilitado como estaba, lo único que pudo hacer fue desviarla ligeramente. La hoja cayó plana sobre la parte lateral de la cabeza y Kieron dio un traspié, cayendo de rodillas. Trató de levantar de nuevo su arma... trató de seguir luchando... pero no pudo. Lentamente, sin querer dejarse vencer, fue desmoronándose sobre el suelo, mientras la oscuridad surgía desde las ensangrentadas piedras para rodearle por completo...

V

Kieron se agitó, con el pulsante dolor de su costado destrozando el velo enrojecido de su inconsciencia. Pudo sentir debajo de él las piedras húmedas que olían a muerte y suciedad. Se movió dolorosamente y su lacerante agonía .se agudizó, haciéndole oscilar precariamente entre la conciencia y la nueva oscuridad.

Se notaba rígido y frío. Y también debía estar gravemente herido, pensó entre las brumas. Sus heridas no habían sido curadas. Abrió los ojos con precaución. Y vio entonces lo que ya sabía. Se encontraba en una oscura mazmorra, sucia y húmeda. Un escalofrío de náuseas le estremeció. Castañeteándole los dientes, encogido sobre el suelo de piedra, Kieron volvió a hundirse en la inconsciencia.

Librodot

Cuando volvió a despertarse, estaba ardiendo de fiebre y junto a él había un cuenco lleno de grasientas gachas solidificadas. Notaba la lengua espesa e hinchada, pero la aguda agonía de la herida de su costado se había convertido en un dolor embotado.

Haciendo un gran esfuerzo, se arrastró hasta una esquina de la mazmorra y se apoyó contra el muro, de cara a la puerta claveteada con hierros.

Se palpó con las manos, dándose cuenta de que se le habían quitado sus arreos y armas. Estaba desnudo, y olía a suciedad y a sangre seca. A medida que se movió sintió una renovada fluidez de calor descendiendo por su desgarrado flanco. La herida se había abierto de nuevo. El sudor corría por la sangre endurecida de su mejilla. Su mente vaciló de un lado a otro, en un delirio febril... un sueño de pesadilla en el que la figura alta, fríamente arrogante de Freka parecía llenar todo el espacio y el tiempo. Los ojos, extraordinariamente abiertos, de Kieron brillaban, llenos de un odio animal...

De algún modo, sintió que el odiado Freka estaba cerca. Trató de mantener los ojos abiertos, pero los párpados parecían pesar excesivamente. Su cabeza se hundió y la fiebre volvió a introducirle en la negrura de ébano de alguna fantástica noche intergaláctica en la que extrañas figuras danzaban y giraban, llenas de una horrible alegría...

El traqueteo de la cerradura de la puerta le despertó. Podrían haber pasado minutos o días. Kieron no tenía forma de saberlo. Sentía la cabeza ligera y mareada. Observó con unos ojos brillantes por la fiebre cómo se abría la puerta. Un carcelero que llevaba una antorcha penetró en la mazmorra y la luz cegó a Kieron. Se protegió el rostro con una mano. Percibió el sonido de una voz, dirigiéndose a él. Una voz que él conocía... y odiaba. Haciendo un denodado esfuerzo consiguió equilibrar su mente vacilante, sintiéndose sostenido ahora por su odio. Apartó la mano de su rostro y levantó la vista... mirando directamente hacia los helados ojos de Freka el Desconocido.

-Así que, por fin, te has despertado -dijo el señor de Kalgan.

Kieron no contestó. Podía sentir la furia quemándole las entrañas.

Freka sostenía una daga enjoyada en sus manos, y jugaba ociosamente con ella. Kieron observó los fragmentos de luz que surgían de las gemas a la líquida luz de la antorcha. La delicada hoja se estremecía, azul y plateada, en las manos de Kalgan.

-Me han dicho que la señora Alys estaba contigo... aquí, en Kalgan. ¿Es cierto?

Alys... Kieron pensó en ella vagamente, por un momento, pero de algún modo, la imagen le produjo tristeza. La apartó de su mente y siguió mirando la daga de Freka, incapaz de apartar sus ojos de aquel arma brillante.

-¿Puedes hablar? -preguntó Freka-. ¿Estaba contigo la hermana de Toran?

Kieron seguía observando el arma, mientras en sus ojos oscuros aumentaba un brillo feroz, como una llama.

Freka se encogió de hombros.

-Muy bien, Kieron. Eso ya no importa. ¿Te interesa saber que los ejércitos se están reuniendo? La Tierra será nuestra dentro de cuatro semanas -su voz sonaba fría, sin emoción alguna-. Supongo que te darás cuenta de que no podrás permanecer con vida.

Kieron no dijo nada. Estaba acumulando la poca fortaleza que le quedaba, con mucho cuidado. La daga... ¡aquella daga!

-No me arriesgaré a emprender una guerra con Valkiria matándote ahora. Pero serás juzgado por un consejo de reyes de las estrellas, en la Tierra, cuando hayamos hecho lo que tenemos que hacer... Kieron miraba pertinazmente la delicada arma, y notaba cómo el odio

palpitaba en su enfebrecida mente. Respiró profunda y estremecedoramente. Freka seguía jugueteando con la hoja, haciendo brillar sus joyas.

-Tendríamos que haberte detenido desde el mismo instante en que desapareció Landor -musitó el señor de Kalgan-. Pero... ahora ya no importa...

Kieron desplegó los músculos como una serpiente, poniéndose rápidamente en movimiento. Pegó a Freka debajo de las rodillas, con toda su enfebrecida fuerza y el kalgano cayó sin pronunciar un sonido, mientras la daga chocaba con un sonido metálico sobre el suelo empedrado de la mazmorra. El guarda se inclinó hacia adelante. La mano tanteante de Kieron se cerró alrededor de la empuñadura de la daga. Lanzando un grito de pura rabia animal, la introdujo en el pecho descubierto de Freka. Su mano se elevó y cayó otras dos veces, hasta que el guarda le lanzó una patada a la boca y la luz de la antorcha volvió a desvanecerse en la oscuridad...

En la oscuridad, el tiempo pierde su significado. Kieron se despertó una docena de veces, notando el apagado dolor pulsante de sus heridas y volviendo a desvanecerse en la inconsciencia. Comió... o fue alimentado lo suficiente como para permanecer con vida, pero no lo recordaba. Flotó en un mar negro tintado de rojo, irreal y espantoso. Gritó o lloró, según le dictaron los fantasmas de sus enfermizos sueños, pero a través de todo ello corría un solo hilo de alegría. Freka, el odiado, estaba muerto. Ningún horror producido por la pesadilla o el delirio podía arrancarle aquella única sensación de vida. Freka estaba muerto. Recordaba vagamente la sensación de la daga penetrando una y otra vez en el pecho del torturador. A veces, hasta se olvidaba de por qué había odiado a Freka, pero se aferraba al conocimiento de que le había matado de la misma forma que un condenado se aferraba a su última y sofocante respiración.

Algunos sonidos se filtraron en la mazmorra de Kieron. Sonidos que le resultaban familiares. El rugido silbante de las naves espaciales. Más tarde, percibió el terrible susurro de las multitudes. Kieron permanecía tumbado sobre las piedras de su mazmorra, sin escuchar, perdido en el estupor fantasmagórico del delirio. Sus heridas, que seguían sin ser atendidas, sólo le permitían agarrarse a un hilo de vida, gracias a su magnífico cuerpo de guerrero.

Llegaron hasta él otros sonidos. El crujido de los arietes y el estruendo de las piedras que se desmoronaban. Los gritos de los hombres y las mujeres que morían. La estridente cacofonía de las armas y de las maldiciones lanzadas por los guerreros. Transcurrieron las horas y el tumulto se hizo mayor, y sonó más cerca, en el propio corazón de la ciudadela de Neg. Las antorchas de las mazmorras exteriores se apagaron y permanecieron así. Los sonidos de la lucha adquirieron un tono agudo, entrelazados con los sonidos inhumanos y animales de una muchedumbre que parecía haberse vuelto loca.

Finalmente, Kieron se agitó cuando alguno de los sonidos familiares de la batalla tañeron las cuerdas enterradas de su enfebrecida mente. Escuchó el fragor de las armas, que parecía ir avanzando hacia él, hasta que lo pudo escuchar justo al otro lado de la puerta de su mazmorra.

Volvió a acurrucarse en su rincón, quedándose allí, encogido, con la luz febril de sus ojos brillante ahora. Sus manos le picaban, con deseos de matar. Flexionó los dedos dolorosamente, y esperó.

El silencio fue repentino y completo, como el de una tumba.

Kieron esperó.

La puerta se abrió por completo y unos hombres portando antorchas penetraron en la mazmorra. Kieron se lanzó entonces salvajemente contra el primero de ellos, buscándole el cuello con las manos.

Librodot

-*¡Kieron!* -el propio Nevitta se lanzó violentamente hacia atrás, con Kieron agarrado a él y el rostro convertido en una máscara febril de odio-. ¡Kieron! ¡Soy yo... Nevitta!

Las manos de Kieron se apartaron del cuello del viejo guerrero y permaneció vacilante, de pie, parpadeando ante la luz de las antorchas.

-¿Nevitta... Nevitta?

Una salvaje risotada surgió de los labios cortados del prisionero. Miró a su alrededor, hacia los rostros tensos de sus propios hombres.

Dio un paso hacia adelante y cayó en brazos de Nevitta, que le recogió, llevándole como a un niño hacia la luz, con las lágrimas recorriendo sus encanecidas mejillas...

Alys y Nevitta cuidaron a Kieron durante tres semanas, sorbiendo el veneno de sus heridas desatendidas con sus propias bocas y bañándole para romper la ardiente presa de la fiebre. Finalmente, ganaron aquella batalla. Kieron abrió los ojos... y su mirada apareció entonces sana y clara.

-¿Cuánto tiempo...? -preguntó Kieron débilmente.

-Estuvimos ausentes de Kalgan durante veinte días... tú has permanecido aquí desde hace veintiuno -dijo Alys, con una expresión de agradecimiento. -¿Por qué habéis vuelto aquí? -preguntó Kieron, con amargura-. ¡Habéis perdido un imperio! -Vinimos por ti, Kieron -contestó Nevitta-. Por nuestro rey.

-Pero... Alys... -protestó Kieron. -No quisiera para nada el gran trono, Kieron, si eso significaba dejarte pudriéndote en una mazmorra -dijo Alys.

Kieron volvió el rostro hacia la pared. Por su culpa, los reyes de las estrellas estarían librando ahora la batalla de Ivane. Y, a estas alturas, ya habrían ganado. Lo único que había conseguido era la muerte del traicionero Freka. Ahora, se habían apoderado de Kalgan, pues los valkirianos regresaron en busca de su jefe después de que el plan de Freka dejara el planeta desguarnecido de guerreros... y las muchedumbres habían hecho por ellos el trabajo de los valkirianos. Pero dos mundos no eran un imperio de estrellas. Alys había caído en la trampa. Por culpa de él.

«¡No! -pensó Kieron-. ¡No, por los Siete Infiernos!» No podían ser derrotados con tanta facilidad. Ahora podía disponer de cinco mil guerreros. Si era necesario, lucharía contra las fuerzas armadas de todo el imperio para ganar el lugar al que Alys tenía derecho sobre el trono de Gilmer de Kaidor.

-Dejadme que me levante -pidió Kieron-. Si les atacamos en la Tierra antes de que tengan una oportunidad de consolidarse, aún nos quedaría una posibilidad.

-No hay ninguna prisa, Kieron -dijo Nevitta, manteniéndole en la cama con su gran mano-. Freka y los reyes de las estrellas ya han...

-¡ Freka! -Kieron se incorporó de un salto.

-Sí... ¿por qué, Freka? -murmuró Nevitta, lleno de perplejidad.

-¡Eso es imposible!

-Hemos recibido información de la Ciudad Imperial, Kieron. Freka está allí -aseguró Alys.

Librodot

Kieron volvió a dejarse caer sobre las almohadas. ¿Acaso había soñado que mataba a Freka? ¡No! ¡Aquello no era posible! Había introducido la hoja en su pecho tres veces... la introdujo profundamente.

Haciendo un esfuerzo, se levantó de la cama.

-¡ Ordena que preparen mi caballo, Nevitta!

-¡Pero señor!

-¡Rápido, Nevitta! ¡No hay tiempo que perder!

Nevitta saludó a regañadientes y salió de la estancia.

-Ayúdame a ponerme mis arreos, Alys -ordenó Kieron, olvidándose de que le estaba hablando a su majestad.

-¡Kieron, no puedes cabalgar!

-Tengo que hacerlo, Alys. Escúchame. Introduje una daga en el cuerpo de Freka por tres veces... ¡Y no ha muerto! Sólo un hombre puede decirnos por qué. Y tenemos que saberlo. ¡Ese hombre es Geller de los Pantanos!

Neg era un lugar arruinado. La llegada de los valkirianos había sido una señal para que la brutal población se volviera loca. Las muchedumbres se lanzaron a la calle, destrozando, matando y saqueando. Los pocos guerreros kalganos que quedaron allí para guardar la ciudad habían tenido que ayudar a los valkirianos a restaurar el orden. Mientras cabalgaba a lo largo de las ahora silenciosas calles, a Kieron le pareció que Kalgan y Neg habían sido deliberadamente abandonadas como si ya hubieran servido su propósito y no se las necesitara más. Si Freka seguía viviendo, como ellos decían, sería alguien único entre los hombres y no tan inferior como para regir un mundo tan poco importante como Kalgan.

Las tiendas y las casas aparecían destruidas por el fuego. Las mercancías de todas clases estaban extendidas todavía por las calles y aquí o allá aparecía algún cuerpo, encogido y desmembrado, en espera de los atareados pelotones de enterramiento que pululaban por la destruida megalópolis.

Kieron y Alys cabalgaron lentamente hacia los pantanosos barrios bajos de la ciudad, seguidos por Nevitta a corta distancia. Los tres caballos de guerra, criaturas creadas para la guerra y la destrucción, avanzaron tranquilamente, con las narices levantadas, notando los olores familiares de una ciudad en ruinas.

A lo largo de la calle de la Llama Oscura no quedaba nada entero. Todas las casuchas, todas las viviendas habían sido destrozadas y saqueadas por la multitud. Kieron detuvo su cabalgadura ante una chabola destrozada, situada entre dos estructuras de piedra ennegrecida por el fuego.

Nevitta se acercó a él con una protesta. -¿Por qué buscas a ese demonio, Kieron? -preguntó temerosamente-. ¡De esto no puede salir nada bueno!

Kieron se quedó mirando fijamente la chabola. Después, volvió la mirada hacia él con una expresión veladamente sádica en sus ojos. El retorcido manto neblinoso del eterno crepúsculo de Kalgan envolvía la calle grisácea. Kieron notó cómo sus manos temblaban, sosteniendo las riendas. Este era el lugar donde vivía el hechicero de la guerra.

El hedor de los pantanos era fuerte y ahora la neblina se convirtió en una suave lluvia. Kieron desmontó.

-Esperadme aquí -ordenó a Nevitta y a Alys. Mientras el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho, desenvainó la espada y se dirigió hacia la puerta que se abría como la

Librodot

boca negra de una peste. Alys le tocó el codo, sin tener en cuenta sus instrucciones. Sus ojos estaban iluminados por el miedo, pero le siguió a corta distancia. Sintiéndose secretamente contento por su compañía, Kieron rezó en silencio una oración a sus dioses de Valkiria y penetró en el interior de la vivienda.

El lugar aparecía destruido. Había viejos libros por todas partes, desgarrados y destrozados. En una esquina, alguien había tratado de encender una hoguera con un montón de manuscritos y de muebles rotos, y casi lo había conseguido.

-La multitud ha estado aquí -comentó Alys sucintamente.

Kieron se abrió paso a través de los escombros, hacia la puerta de una habitación trasera. La abrió cuidadosamente, empujándola con la punta de su espada. La puerta rechinó amenazadoramente, poniendo al descubierto otra estancia que aparecía llena de extrañas máquinas y tubos de cristal ensortijados. A lo largo de una de las paredes se veían grandes cajas negras, serpentinas de hilo brillante que se introducían en la confusa masa de máquinas destrozadas que dominaba el centro de la habitación. El aire de la fría y silenciosa estancia tenía un olor extraño y desagradable. ¡ El olor de la Gran Destructora!, pensó el valkiriano.

La punta de su espada tocó uno de los brillantes serpentines de cobre que surgía de la hilera de cajas negras situadas a lo largo de la pared, y una diminuta mancha azulada se extendió por la hoja. Kieron apartó la espada con rapidez, notando cómo le latía el corazón. Una pequeña columna de humo se elevó en el aire y el acero de la hoja quedó marcado con un hueco. Kieron venció su impulso de echar a correr, lleno de terror.

-¡Tengo miedo, Kieron! -susurró Alys, pegándose a él.

Kieron la cogió de la mano y se movió con precaución alrededor del montón de maquinaria estropeada. Fue entonces cuando encontró a Geller, y trató de evitar que Alys le viera también.

-La Gran Destructora ha terminado con él -dijo Kieron, con lentitud.

El hechicero de la guerra estaba muerto. La muchedumbre, aterrorizada, y odiando aquello que no podía comprender, le había asesinado cruelmente. Los ojos fijos miraban burlonamente a Kieron, la lengua ennegrecida colgaba estúpidamente de los labios resecos. El misterio de Geller seguía estando seguro con él, pensó Kieron.

Cuando se disponía a salir, Kieron se detuvo y recogió los restos de un libro extraño. Era increíblemente antiguo, pues los caracteres del lomo correspondían a los del legendario primer imperio.

«Deformaciones *perpetuamente regeneradoras y su aplicación en las máquinas interestelares».*

Las palabras no significaban nada para él. Dejó el libro de magia y recogió otros dos. En esta ocasión, sus ojos se abrieron mucho.

-¿Qué ocurre, Kieron? -preguntó Alys temerosamente.

-Hace mucho tiempo -contestó Kieron-, se dijo en Valkiria que los antiguos del primer imperio estaban familiarizados con los secretos de la Gran Destructora...

-Éso es cierto. Esa es la razón por la que llegó el interregno, y las edades oscuras -observó Alys. -Me pregunto ahora -dijo Kieron, mirando los libros-, ¿por qué actividad se conocía mejor a Geller?

-Por sus homúnculos -contestó Alys, temblando de pies a cabeza.

Librodot

-Se dice que los antiguos conocían muchas cosas. Hasta sabían cómo hacer... servidores artificiales. Les llamaban robots -y le tendió entonces el libro-. ¿Puedes leer esta escritura antigua? Alys leyó en voz alta, con una voz insegura. -Primeros principios de la robótica. -¿Y este otro?

-*Incubación y gestación de androides...* Kieron de Valkiria permaneció en silencio, en el destrozado laboratorio del muerto hechicero de la guerra Geller, tratando, con su mente medieval de librarse de las ataduras de un milenio de superstición e ignorancia. Ahora podía comprender... muchas cosas.

VI

Como si fueran grandes peces plateados nadando en la pecera de la noche, las naves de la flota de Valkiria se elevaron de Kalgan. En el interior de las bodegas había cinco mil guerreros, preparados para la batalla. El ejército de Valkiria no podría hacer nada contra las poderosas fuerzas de los reyes de las estrellas reunidos; pero los salvajes combatientes de la periferia llevaban consigo su más precioso talismán... la emperatriz Alys, soberana no coronada aún de la galaxia, heredera de los Mil Emperadores... hija de su querido príncipe guerrero, Gilmer, conquistador de Kaidor.

En la nave capitana, Nevitta vigilaba a los acosados navegantes, urgiéndoles a que alcanzaran mayor velocidad. En las cubiertas inferiores, los caballos de guerra bufaban y pateaban sobre el suelo de acero, percibiendo ya la tensión de la próxima batalla en el aire cerrado y humeante de las naves espaciales.

Kieron permanecía junto a la portilla delantera, con Alys, mirando hacia la noche del espacio, extrañamente distorsionada. A medida que fue aumentando la velocidad, las estrellas se desvanecieron y la noche que se apretaba contra los flancos de la rápida nave, se hizo gris e incierta. La velocidad siguió aumentando hasta que finalmente ya no hubo nada más allá del gran cristal curvado de la pantalla. Ni negrura, ni vacío. Una nada capaz de helar el alma y de retorcer la mente, y que se negaba a ser aceptada por los ojos humanos. Era el hiperespacio.

Kieron cerró las colgaduras y la sala de observación de la enorme y antigua nave se hizo más cálida y penumbrosa.

-¿Qué tenemos ante nosotros, Kieron? -preguntó la joven con un suspiro-. ¿Más luchas y más muertes ?

Una corona de estrellas que mil generaciones han reunido para vos. Eso es lo que nos espera. -Su imperio, Majestad -dijo el valkiriano sacudiendo la cabeza y empleando el título formal.

-¡Oh, Kieron! ¿Es que no puedes olvidarte del imperio aunque sólo sea durante una hora? -preguntó Alys, enfadada.

El jefe militar de Valkiria miró a su emperatriz, lleno de perplejidad. Había momentos en que las mujeres eran seres difíciles de entender.

-¡Olvídalo, te digo! -gritó la joven, brillándole repentinamente los ojos.

-Si Su Majestad lo desea así, no volveré a hablar de ella -dijo Kieron, con una actitud rígida.

Alys dio un paso hacia él.

-Hubo un tiempo en que me miraste como a una mujer. Un tiempo en el que *pensaste* en mí como una mujer. ¿Acaso soy diferente ahora?

Librodot

Kieron estudió su delgado cuerpo y su rostro patricio y sensual.

-También hubo un tiempo en el que pensé de vos que erais una niña. Pero esos tiempos han pasado. Ahora sois la emperatriz. Yo soy vuestro vasallo. Sólo tenéis que ordenarme. Lucharé por vos. Moriré por vos, si es necesario. Cualquier cosa. Pero ¡por los Siete Infiernos, Alys!, no me torturéis con favores a los que no puedo aspirar.

-¿Tengo que ordenártelo, entonces? -preguntó, dando un golpe enojado con el pie en el suelo-„ Muy bien, ¡te lo voy a ordenar, valkiriano!

-¡Nunca seré un consorte!

El rostro de la joven enrojeció.

-¿Acaso te lo he pedido? Sé que no puedo hacer de ti un perro faldero, Kieron.

-Dejémoslo, Alys -pidió Kieron, con pesadez.

-Kieron -dijo ella suavemente-, te amo desde que era una niña. Te amo ahora. ¿Es que eso no significa nada para ti?

-Lo significa todo, Alys.

El deseo de placer surgió en él al sentir la tensión de ella. Entonces, Kieron, por el espacio de este viaje, olvida el imperio. Olvídalo todo, excepto que te amo. Toma lo que te ofrezco. Aquí no hay ninguna emperatriz...

La flota plateada fue reduciendo la velocidad, descendiendo hacia la atmósfera del planeta madre. La Tierra flotaba bajo ellos como un globo azul celeste. Las naves espaciales se desparramaron en forma de cuña, mientras cortaban el aire frío, muy por encima de la extensa megalópolis de la Ciudad Imperial.

La capital yacía rodeada por las somnolientas figuras de la gran armada de los reyes de las estrellas. Kieron sabía que allá abajo, en alguna parte, le esperaba Freka. Freka el Desconocido. ¿Sería también el Inmortal? Sus únicas armas eran su espada y un poco de conocimientos. Rezó para que aquello fuera suficiente. Tenía que serlo. Cinco mil guerreros no podían derrotar a todo el poderío unido de los reyes de las estrellas.

Rehuyendo el puerto espacial, Kieron condujo su flota hacia un lugar de aterrizaje situado en la gran meseta cubierta de hierba que rodeaba la ciudad. Mientras comenzaba el apresurado desembarco de los hombres y los caballos, Kieron vio a una importante fuerza de caballería situada ante las puertas de la ciudad, dispuesta a enfrentarse a ellos. Lanzó una maldición y urgió a sus hombres a que se dieran más prisa. Los caballos reculaban y relinchaban; las armas brillaban a la luz del sol del atardecer.

Al cabo de una hora, quedó completado el desembarco y Kieron se encontró armado y montado al frente de las apretadas filas de sus guerreros. La tarde estaba llena de los destellos del acero y de la ondeante gloria de los estandartes cuando ordenó a sus filas para la batalla... una batalla que confiaba con todo corazón en poder evitar.

A través de la llanura, el valkiriano pudo distinguir el pendón de Doorn en la primera fila de los defensores que avanzaban. Kieron ordenó a Nevitta permanecer junto a la emperatriz en la retaguardia, debiendo escoltarla con todo el ceremonial hacia la vanguardia, si él así lo pedía.

Alys montaba un caballo blanco y se había vestido con las panoplias de una doncella guerrera valkiriana. Sus caderas aparecían rodeadas por un arnés de placas de acero entrelazadas, manteniendo sus largas piernas libres para poder montar a horcajadas. Sobre su pecho y sus senos se había colocado una cota de malla que brillaba a la luz sesgada del sol.

Librodot

Sobre la cabeza llevaba un casco valkiriano alado, y por debajo de él su pelo rubio en cascadas de luz sobre sus hombros. Mientras cabalgaba hacia la retaguardia de las filas valkirianas, una capa plateada ondeaba tras ella. Los guerreros la vitorearon al pasar ante ellos. Kieron, observándola, pensó que se parecía a la antigua diosa de la guerra de su propio mundo... imperiosa, regia.

Lanzando un grito, Kieron ordenó a sus hombres avanzar y las brillantes filas así lo hicieron, a través de la llanura, como una ola turbulenta, con las puntas de las lanzas brillando ante ellos y los estandartes ondeando al viento. El cabalgó muy por delante de ellos, tratando de encontrarse con el viejo Eric de Doorn, el amigo de su padre.

Hizo una señal y las dos agitadas masas de guerreros aminoraron su marcha mientras los dos reyes de las estrellas se adelantaban para encontrarse en terreno neutral, entre los dos ejércitos. Kieron elevó su mano derecha abierta, en señal de tregua, y el viejo Eric hizo lo mismo. Sus caballos engualdrapados agitaron enérgicamente las cabezas al ser refrenados en su marcha, y se miraron el uno al otro a través de los aros blancos que rodeaban sus ojos. Kieron detuvo el caballo, sujetándolo por las riendas, frente al viejo rey de las estrellas.

-Te saludo -dijo, formalmente. -¿Vienes en son de amistad o de guerra? -preguntó Eric.

-Eso dependerá de la emperatriz -contestó Kieron.

El señor de Doorn sonrió y hubo una expresión de desprecio en su rostro. Estaba recordando el enfrentamiento entre el señor de Kalgan y Rieron.

-Te agradará saber que la imperial Ivane te ofrece entrar en su ciudad en *paz*... para que puedas rendirle homenaje y someterte a su gracia por los crímenes que has cometido contra el señor de Kalgan.

Kieron lanzó una risotada breve y acerada. Así pues, Ivane ya se había enterado del saqueo valkiriano de Kalgan.

-No conozco a ninguna «Ivane imperial», Eric -dijo fríamente-. Cuando hablaba de la emperatriz, me refería a la verdadera emperatriz, Alys, la hija de tu señor y el mío, de Gilmer de Kaidor -e hizo una señal para que Alys y Nevitta se adelantaran.

Los estandartes de las filas valkirianas se inclinaron en saludo cuando Alys atravesó las huestes. Llegó junto a ellos, y detuvo su caballo, frente al extrañado Eric.

-¡Noble señora! -murmuró éste-. ¡Nos dijeron que habíais muerto!

-¡Y podría haberlo estado si Ivane se hubiera salido con la suya!

El viejo rey de las estrellas balbució, lleno de confusión. Había allí cosas que no podía comprender. Apenas una semana antes, él y los demás reyes de las estrellas habían rendido homenaje a Ivane, vitoreándola como su salvadora de las opresiones del emperador Toran y como el pariente con vida más próximo al último Gilmer. Y ahora...

-Si se han burlado de nosotros, Freka tendrá que responder de esto -dijo Eric, frunciendo el ceño.

-Y ahora -preguntó Kieron con hosquedad-, ¿entramos pacíficamente en la ciudad o nos abrimos paso a la fuerza?

Eric hizo señales a sus hombres para que se situaran al lado de los valkirianos y toda la masa de hombres armados inició su avance hacia las puertas de la Ciudad Imperial, en la tarde que ya iba muriendo.

Librodot

Ya empezaba a oscurecer cuando las tropas llegaron junto a los muros del palacio imperial. Kieron mandó hacer alto y ordenó a sus hombres que descansaran, velando armas. Llevándose únicamente a Nevitta y Alys con él, se unió a Eric de Doorn para desafiar a los jenízaros de la guardia de palacio.

Los estólidos jenízaros les dejaron pasar sin ningún comentario, pues el señor de Doorn era conocido como un vasallo de la Ivane imperial. El pequeño grupo subió por la amplia escalera que trazaba una curva y conducía hacia la sala del gran trono. Los cortesanos habían sido advertidos por los gritos de la gente en las calles de que algo estaba ocurriendo y ya comenzaban a reunirse en la sala del trono.

Habían sucedido muchas cosas, pensó Kieron, desde el día en que estuvo ante el trono, solicitando una audiencia con Toran. Ahora, todo dependía de él en demostrar sus razones, y las de Alys, ante la asamblea de nobles.

Kieron se dio cuenta con cierta preocupación que los guardias de palacio también se estaban reuniendo. Comenzaron a cubrir cada una de las salidas de la cámara, impidiendo toda retirada.

Ahora, la sala del gran trono ya estaba llena de cortesanos y reyes de las estrellas. Todos permanecían en un tenso silencio, esperando. No tuvieron que esperar mucho.

Precedida del fragor de las trompetas y del retumbar de los tímpanos, Ivane entró en la sala del trono. Algunos de los cortesanos se arrodillaron, pero otros permanecieron confundidos, pasando sus miradas de Ivane a Alys y viceversa.

Kieron estudió a Ivane con frialdad. Tenía que admitir que era una figura regia. Una mujer de elevada altura con un pelo de color azabache. Un rostro que parecía esculpido en mármol. Unos ojos oscuros y rapaces, y una figura de diosa de la edad primera. Permaneció ante el gran trono, envuelta en el manto de cibelina del imperio... una vestimenta tan negra como espaciosa, sembrada de diamantes, para que se asemejaran a las estrellas de la galaxia imperial. Sobre su cabeza descansaba la tiara de iridio de la emperatriz.

Ivane recorrió la sala con una mirada altanera que pareció restallar como un látigo. Cuando sus ojos descubrieron a Alys, situada junto a Kieron, se abrieron más, como los de una fiera.

-¡Guardias! -ordenó-. ¡Detened a esa mujer! ¡Ella es la asesina del emperador Toran!

Un murmullo se extendió por toda la sala. Los jenízaros se dispusieron a cumplir la orden. Kieron desenvainó su espada y dio un salto hacia el estrado sobre el que se encontraba Ivane. Esta no se apartó de él.

-¡Tocadla e Ivane morirá! -gritó Kieron, colocando la punta de su espada sobre el pecho de Ivane.

Los murmullos de las voces se apagaron y los jenízaros se contuvieron.

-¡Y ahora, me vais a escuchar todos! -gritó Kieron desde el estrado-. Esta mujer que tengo bajo mi espada es una asesina y una intrigante, y lo puedo demostrar.

El rostro de Ivane aparecía tenso y pálido. Kieron sabía que no era por temor a su espada.

-En las mazmorras del palacio encontraréis seguramente a Landor... -siguió diciendo Kieron-. Estará allí porque sabía mucho sobre las intrigas de Ivane y porque habló demasiado cuando se vio con un puñal ante su cuello. ¡El confirmará lo que yo diga!

»Esta mujer intrigó para usurpar el imperio, *¡desde hace cinco años!* Puede que haya sido incluso desde hace mucho más tiempo... -se volvió hacia Ivane y preguntó-: ¿Cuánto tiempo se tarda en incubar un *androide,* Ivane? ¿Un año? ¿Dos? Y después entrenarlo,

Librodot

enseñarle, de modo que cada uno de los movimientos que haga sea el adecuado para alcanzar los propósitos que se persiguen. ¿Cuánto tiempo se tarda en hacer todo eso?

Ivane lanzó entonces un grito de terror. -¡Freka! ¡Llamad a Freka!

Kieron apartó de ella la punta de su espada y retrocedió como si Ivane fuera un ser contaminado. Ahora, podía esperar muy poco peligro por parte de ella... pero aún quedaba otro.

Freka apareció en el borde del estrado, con su elevada figura sobresaliendo por entre el resto de cortesanos.

-¿Me habéis llamado, Ivane imperial?

Ivane se quedó mirando fijamente a Kieron, con unos ojos llenos de odio.

-¡Me habéis fallado! *¡Matadle ahora!*

Kieron se revolvió y contuvo la hoja de Freka con la suya. Los cortesanos se apartaron, dejándoles espacio para la lucha. Nadie hizo un solo movimiento para interponerse. Se sabía que los valkirianos habían saqueado la ciudad de Neg y, de acuerdo con el código guerrero, se tenía que permitir que los dos jefes militares lucharan hasta la muerte si así lo deseaban.

Kieron no se lanzó al ataque. En lugar de ello, retrocedió ante el inmutable Freka.

-¿Sabías, Freka -preguntó Kieron con suavidad-, que Geller de los Pantanos está muerto? El fue tu padre en cierto sentido, ¿verdad?

Freka no contestó nada y, por un momento, el único sonido que se escuchó en la cámara llena de gente fue el entrechocar de las hojas.

De repente, Kieron embistió. Su espada atravesó a Freka desde el pecho a la espalda. El valkiriano retrocedió rápidamente, volviendo a sacar la espada. La multitud quedó boquiabierta, porque Freka el Desconocido no cayó...

-¿Eres realmente inmortal..? -preguntó Kieron-. ¡No lo creo!

Una vez más, se introdujo por debajo de la guardia mecánica del kalgano. Una vez más, su espada se hundió profundamente en él. Freka retrocedió por un instante, manteniéndose alerta y sin ninguna herida.

Con un tono burlón, Rieron se dirigió a los reyes de las estrellas, diciendo:

-¡Grandes guerreros! ¿Lo veis? ¡Habéis seguido el liderazgo de un androide! ¡Es un homúnculo producido por el hechicero de la guerra Geller!

Un rugido se extendió por la sala. Fue un sonido de horror supersticioso, pero también de creciente cólera.

Kieron detuvo una estocada, y lanzó su hoja contra el brazo de Freka que sostenía el arma, haciéndola caer con fuerza desde arriba. Una espada chocó metálicamente contra las piedras del suelo... sostenida aún por una mano ligeramente relajada. No apareció sangre alguna. El androide siguió moviéndose, con sus ojos inexpresivos, extendiendo su única mano hacia su enemigo. Kieron volvió a golpear. Un tajo limpio que dio desde el hombro hasta el pecho, cortando los tendones artificiales y dejando al androide desamparado, pero aún de pie. Kieron elevó entonces su hoja, dejándola caer después, trazando arcos destellantes. Freka..., o la cosa que había sido Freka, terminó por desmoronarse en un amasijo grotesco. Seguía moviéndose. Kieron le atravesó una y otra vez con su espada, hasta que la masa palpitante quedó por fin inmóvil. En alguna parte, una mujer se desmayó.

Librodot

Un espeso silencio se hizo entonces sobre todos los reunidos. Todos los ojos se volvieron hacia Ivane. Ella permanecía mirando fijamente los restos de lo que había sido... casi... un hombre. Se llevó la mano hacia el cuello.

Entonces, la voz de Alys cortó el pesado silencio:

-¡Arrestad a esa mujer por el asesinato de mi hermano Toran!

Pero la multitud de cortesanos estaba pensando en otras cosas. Sin ningún entusiasmo y con mucho cinismo habían visto con sus propios ojos que Ivane estaba familiarizada con la temida Gran Destructora. Alguien gritó:

-¡Bruja! ¡Quemadla viva!

La masa de cortesanos y guerreros avanzó hacia ella, gritando, dispuesta al asesinato. Kieron subió al estrado de un salto, con la espada aún desenvainada.

-¡Mataré al primero que ponga el pie sobre el gran trono! -gritó.

Pero Ivane había oído los sonidos de la muchedumbre. El manto negro se deslizó de sus hombros y permaneció desnuda hasta la cintura, como una diosa de mármol... recuperando sus ojos algo de su helada altanería. Después, antes de que nadie pudiera detenerla, cogió una daga con empuñadura cubierta de joyas y se la introdujo profundamente en el pecho.

Kieron la recogió en el instante en que caía al suelo, sintiendo cómo la sangre caliente manchaba sus manos. La posó lentamente al pie del gran trono y colocó su oído junto a su pecho.

Ya no había pulso. Ivane estaba muerta.

Ante la corte reunida, el jefe militar de Valkiria se arrodilló ante su emperatriz. Los reyes de las estrellas se habían marchado ya, y los valkirianos eran los últimos guerreros del mundo exterior que permanecían aún en el palacio imperial. Ellos tampoco tardarían mucho en marcharse.

La emperatriz permanecía sentada en el gran trono, envuelta en la capa de cibelina. De algún modo, el enorme trono y la amplia sala abovedada la hacían aparecer pequeña y frágil.

-Su Majestad Imperial -preguntó Kieron- ¿tenemos vuestro permiso para marchar?

Los ojos de Alys aparecían brillantes por las lágrimas. Se inclinó hacia adelante, de modo que nadie pudiera escucharla, excepto el propio Kieron.

-Quédate un poco, Kieron. Deja al menos que nos podamos despedir solos y no... -y observó toda la multitud que abarrotaba la sala del trono-, y no aquí.

Kieron sacudió la cabeza, en silencio. Después, en voz alta, volvió a preguntar:

-¿Tengo el permiso de Su Majestad para regresar a Valkiria?

-Kieron... -murmuró Alys-. Por favor...

El levantó inmediatamente la mirada hacia ella, con una expresión de dolor en sus ojos, pero no dijo nada.

Alys se dio cuenta de que el abismo se había vuelto a abrir entre ellos, y que, en esta ocasión, sería para el resto de sus vidas. Surgieron las lágrimas, que rodaron por sus mejillas cuando ella elevó la cabeza, hablando en voz alta para que la escucharan todos los reunidos en la sala.

-Se concede el permiso, mi señor de Valkiria. Vos... vos podéis regresar a Valkiria -y a continuación, susurró-: ¡y mi amor va contigo, Kieron!

Kieron elevó las manos enjoyadas de la emperatriz, llevándoselas a los labios y besándolas.. Después, se levantó y dio media vuelta, alejándose rápidamente de la gran sala.

Librodot

La luminosidad cae del aire

Idris Seabright

Los problemas de la sociología intergaláctica son incisivamente extrapolados por Idris Seabright en este breve pero amplio estudio de una cultura inquietantemente apuntalada por el viejo principio de «pan y circo». Lo que Seabright bosqueja, con toda la luminosa belleza de su estilo narrativo, es una imagen patética: la de una civilización, antiguamente creativa, que utiliza sus triunfos para complacer su afán de derramamiento de sangre. Desde luego, les sorprenderá el paralelismo entre este imperio del futuro y otro nuestro de un pasado no tan remoto, el romano. Es de esperar que ninguna cultura del futuro olvide la lección que ignoraron los romanos del imperio: que hasta los esclavos y gladiadores son humanos y pueden amar.

Kerr solía acudir al tepidárium de la oficina de identificación para practicar el canto. El tepidárium era una gran habitación, llena casi de una pared a otra por un estanque de brillante sustancia preservadora. A él le gustaba su acústica. Los cuerpos de los seres-pájaro se agitaban un poco hacia atrás y hacia adelante en el fluido cristalino, mientras él cantaba, y le gustaba mirarlos. Si el tepidárium era un poco mórbido para practicar el canto, no era más mórbido (solía pensar Kerr) que el resto del mundo en el que estaba viviendo. Cuando había cantado el tiempo que creía bueno para su voz -pues no tenía maestro- se dirigía hacia una de las ventanas y observaba las estelas luminosas que indicaban que los seres-pájaro estaban volviendo a luchar. Las estelas flotaban, cayendo lentamente, contra el cielo nocturno, como si estuvieran hechas de polvo de estrellas. Pero Kerr dejó de hacer todo aquello después de encontrarse con Rhysha.

Rhysha llegó a la oficina una noche, justo en el momento en que él comenzaba su tarea. Había venido para reclamar un cuerpo. Los cuerpos de los seres-pájaro permanecían a menudo durante mucho tiempo en la oficina. A los seres-pájaro les estaban prohibidos los medios ordinarios de transporte, debido a su origen extraterrestre, y a ellos les resultaba difícil acudir a la oficina para identificar a sus muertos. Rhysha hizo la identificación -era su hermano-, pagó las tasas de la oficina, sacando el dinero de una gastada bolsa, e indicó la forma en que deseaba que se dispusiera del cuerpo. Se mostraba serena y controlada en su dolor. Kerr había observado en una o dos ocasiones las batallas televisadas de los seres-pájaro, pero ésta era la primera vez que veía vivo a uno de ellos frente a frente. La observó con interés y curiosidad, y después con admiración y delicia.

Lo que más le impresionó de Rhysha fue su brillante plumaje de profundo color turquesa. La cubría desde la cabeza a los talones, en lo que parecía ser una capa de terciopelo pegada al cuerpo. La coloración era mucho más intensa que la de los cuerpos existentes en el tepidárium, hasta el punto de que Kerr podría haber pensado que ella pertenecía a una especie diferente al resto.

Bajo la dorada cresta, su rostro resultaba bastante humano, como también lo eran sus delicadas manos, en forma de hoja. Pero había en sus movimientos una fantástica gracia ligera como nunca tendría ningún ser humano. Su voz era baja, con un perfecto tono de cello. Kerr pensó que todo lo que había en ella parecía raro y delicioso. Pero observó una sombra en su rostro, como si una alegría natural hubiera sido reprimida por la insuperable dureza de las circunstancias.

-¿Dónde quiere que le envíe las cenizas? -preguntó Kerr al recoger el formulario.

Ella se mordió con indecisión su rosado labio inferior.

-No estoy segura. El director con quien estamos nos ha dicho que debemos marcharnos esta noche, y no sé adonde iremos. ¿Puedo volver de nuevo a la oficina cuando estén preparadas las cenizas?

Aquello iba contra las reglas, pero Kerr asintió.

Mantendría la cápsula con las cenizas en su propio armario hasta que ella regresara. Sería agradable volver a verla.

Y, en efecto, ella regresó, varias semanas más tarde, en busca de las cenizas. Durante aquel intervalo de tiempo, se habían producido algunas batallas de los seres-pájaro, y el estanque del tepidárium estaba abarrotado. Cuando Kerr la miró, se preguntó cuánto tiempo tardaría ella también en morir.

Le pidió su nueva dirección. Se encontraba a una distancia fantástica, en la parte peor de la ciudad, y tras un momento de ligera duda, él le dijo que si podía esperar a que terminara su turno, estaría encantado de acompañarla andando.

Ella le observó con una expresión de duda.

-Es muy amable por su parte, pero..., pero un terrestre fue amable con nosotros una vez. Los niños le lapidaron, Kerr no había pensado mucho en la posición que ocupaban las razas no humanas en su mundo. Si su situación era injusta, si eran muy mal tratados, él lo había concebido simplemente como un detalle particular, dentro de la crueldad y la estupidez generales. Ahora, sintió cómo surgía la cólera en su interior.

-Eso no me importa -dijo, con dureza-. Si no tiene ningún inconveniente en esperar.

-No, no tengo ningún inconveniente -dijo Rhysha, sonriendo débilmente.

Como aún faltaban algunas horas para que terminara su turno, la llevó a una pequeña sala de recepción donde había un sofá.

-Trate de dormir -le dijo.

Un poco antes de las tres, acudió para despertarla, y la encontró tendida tranquilamente, pero despierta. Abandonaron la oficina por una puerta lateral.

La ciudad estaba tan tranquila a estas horas como siempre lo estaba. Todos los proyectores de señales y la mayor parte de las luces de las calles habían sido apagadas para ahorrar energía, y también estaban casi en silencio las amplias voces incorpóreas que llegaban desde el aire durante todo el día y la mitad de la noche. La oscuridad y quietud de la ciudad hizo que les pareciera fácil conservar mientras caminaban por las calles.

Kerr se dio cuenta más tarde de lo confiado que debió de haberse sentido con respecto a la simpatía de Rhysha, para haber hablado con ella de un modo tan franco como lo hizo. Y ella tuvo que haber sentido una confianza similar con respecto a él, porque al cabo de un rato ya le estaba contando parte de su propia historia y del pasado de su gente, sin reserva alguna.

-Después de que los terrestres se apoderaron de nuestro planeta -dijo ella-, no nos quedó nada de lo que ellos deseaban. Pero necesitábamos comida. Después, observamos que les agradaba vernos luchar entre nosotros.

-¿Luchabais ya antes de que llegaran los terrestres? -preguntó Kerr.

-Sí, pero no como luchamos ahora. En aquel entonces era una lucha muy ritual, muy formal, toda llena de amabilidad y cortesía. No luchábamos para conseguir arrancar cosas a los demás, sino para descubrir quién era el más bravo y podía dirigirnos. Pero la gente de la Tierra se mostró impaciente con nuestro ritual... querían que nos hiciéramos daño. Así es que aprendimos a luchar como lo hacemos ahora, con la esperanza de morir.

Librodot

»Hubo un tiempo, cuando abandonamos nuestro planeta por primera vez y fuimos a otros mundos en los que a la gente le gustaba observarnos, en que nosotros éramos muchos. Pero se produjeron muchas batallas desde entonces. Ahora, sólo quedamos unos pocos.

En el cruce de la calle, un mendigo se les acercó. Kerr le dio una moneda. El hombre estaba a punto de volverse, dando las gracias, cuando observó la cresta dorada de Rhysha.

-¡Maldito sea Extey! -exclamó, lleno de una cólera repentina-. ¿Y tú, un hombre, vas con eso? ¡Toma!

Y arrojó la moneda a Kerr.

-¡Hasta los mendigos...! -observó Rhysha-. ¿Cómo es que nos odiáis tanto, Kerr?

-Porque os hemos hecho mucho daño -contestó, sabiendo que era la verdad-. Sin embargo, ¿somos siempre tan crueles?

-¿Como lo ha sido el mendigo? A menudo... es peor.

-Rhysha, tienes que marcharte de aquí.

-¿Adonde? -preguntó, simplemente-. ¡Nuestra gente lo ha discutido tantas veces! No hay ningún planeta en el que no existan ya miles de millones de personas de la Tierra. ¡Aumentáis de una forma tan rápida!

»Y, además, no importa. No nos necesitáis; no hay ningún lugar para nosotros. Antes nos preocupábamos por eso, pero ahora ya no lo hacemos. Estamos tan cansados... todos nosotros, incluso los jóvenes que yo... ¡estamos tan cansados de intentar vivir!

-No tienes que hablar así -dijo Kerr con dureza-. No te permito que hables así. Tienes que marcharte. Si ahora no te necesitamos, Rhysha, algún día lo haremos.

Desde el bloque situado ante ellos les llegó el brillo de una telepantalla municipal. A pesar de lo tarde que era, estaba rodeada por un denso grupo de espectadores. Sus ojos permanecían fijos ávidamente sobre el combate que se libraba locamente en la pantalla.

Rhysha tocó suavemente la manga de Kerr.

-Será mejor que nos marchemos -dijo, en un susurro.

Kerr se dio cuenta con un súbito dolor de que habría problemas si los espectadores veían a un «hombre» con una mujer de Extey. Se dio media vuelta obedientemente.

Habían avanzado otra manzana más cuando Kerr, que había estado pensando, dijo:

-Mi gente ha seguido un camino equivocado, Rhysha, desde hace unos doscientos años. Eso se produjo cuando el consejero se negó a aceptar cualquier forma de control de la población, ni siquiera en principio. Ahora, nos vemos sofocados bajo la presión de nuestro propio número, y nos encontramos como apretujados, sin forma, bajo la multitud. Todo ha tenido que dar paso a nuestro problema básico: cómo alimentar a un número siempre creciente de bocas hambrientas. La moralidad ha quedado reducida a alimentarnos nosotros mismos. Y disponemos de los deportes de las batallas, a través de la televisión, para mantenernos ocupados.

»Pero creo... que alguna vez conseguiremos seguir el camino correcto. He leído libros de historia, Rhysha. No es ésta la primera vez que nos hemos equivocado. Llegará un día en el que también habrá espacio para tu gente, Rhysha, aunque sólo sea -dudó un instante y terminó diciendo-: aunque sólo sea porque eres tan bella.

La miró, con una expresión de honradez. El rostro de Rhysha aparecía remoto y crudo. Se le ocurrió una idea.

-¿Has oído cantar a alguien alguna vez, Rhysha?

Librodot

-¿Cantar? No, no conozco la palabra.

-Entonces, escucha.

Rebuscó en su repertorio y decidió que, aun cuando la música no era realmente adecuada para su voz, cantaría la canción de Tamirio al retrato de Pamina. La estuvo cantando para ella, mientras seguían caminando.

Poco a poco, el rostro de Rhysha se fue relajando.

-Me gusta eso -dijo, una vez terminada la canción-. Canta más, Kerr.

-¿Has comprendido lo que estaba tratando de decirte? -preguntó él al fin, después de haber cantado muchas canciones-. Si pudiéramos hacer canciones como ésa, Rhysha, ¿no crees que habría alguna esperanza para nosotros?

-Quizá para ti. Pero no para nosotros -replicó Rhysha, con un matiz de cólera en su voz-. Déjalo Kerr.

Pero cuando se separaron, ella se cogió a él de las manos y le dijo dónde podrían volver a encontrarse.

-Eres realmente un amigo nuestro -le dijo, sin coquetería.

Cuando volvieron á verse, Kerr dijo:

-Te he traído un regalo. Toma -y le entrega un paquete-. Y también tengo ciertas noticias.

Rhysha abrió el pequeño paquete. Una exclamación de placer surgió de sus labios.

-¡Oh, qué maravilloso! ¡Qué cosa tan bonita! ¿Dónde lo has conseguido, Kerr?

-En una tienda que vende cosas viejas.

No le dijo que había pagado el equivalente a diez días de salario para conseguir el pequeño medallón turquesa.

-Pero las piedras son más claras de lo que me había dado cuenta. Quería algo que tuviera el mismo color que tu plumaje.

-No -dijo Rhysha, sacudiendo la cabeza-, éste es el color que debería tener. Está muy bien -se colocó el medallón alrededor del cuello y después, bajando la cabeza, lo miró, llena de placer-. Y ahora, ¿cuáles son las noticias que tienes que darme?

-Tengo un amigo que trabaja en la ciudad de los registros. Me ha dicho que se está abriendo un nuevo planeta a la colonización. Está situado cerca de Gamma de Casiopea.

»He llenado los formularios y todo está en orden. La sesión se celebrará el viernes. Voy a aparecer en nombre de los ngayir, tu gente, para pedir que se les conceda espacio en ese nuevo mundo.

Rhysha se puso blanca. El se la quedó mirando fijamente, pero ella le rechazó. Una de sus manos seguía agarrada al medallón que tenía casi el mismo color que su plumaje.

La sesión se celebró en un pequeño auditorio situado en la planta baja del edificio de la Colonización. Los representantes de una docena de grupos hablaron antes de que le tocara el turno a Kerr.

-Apareciendo en nombre de los ngayir -dijo el arbitro, leyendo de un formulario que sostenía en su mano-, S 3687 Kerr. ¿Y quiénes son los ngayir, S-Kerr? ¿Algún grupo indio?

-No, señor -contestó Kerr-. Son conocidos generalmente como seres-pájaro.

Librodot

-¡Oh, un conservador! -el arbitro se quedó mirando a Kerr con una expresión no muy amable-. Lo siento, pero su petición se sale de las reglas. No tendría que haberla presentado nunca. La inmigración está restringida a los grupos terrestres, por orden ejecutiva...

Kerr temía contarle a Rhysha su fracaso, pero ella se lo tomó con toda calma.

-Después de que te marcharas, me di cuenta de que era totalmente imposible -le dijo.

-Rhysha, quiero que me prometas algo. No puedo decirte hasta qué punto estoy seguro de que la humanidad vaya a necesitaros alguna vez. Es cierto, Rhysha. Voy a seguir intentándolo. No voy a abandonar.

«Prométeme esto, Rhysha: prométeme que ni tú ni los miembros de tu grupo volveréis a tomar parte en las batallas hasta que volváis a tener noticias mías.

-Muy bien, Kerr -asintió Rhysha, sonriendo.

El conservar los cuerpos de la gente que ha muerto de toda una serie de enfermedades es un trabajo que no deja de tener sus riesgos. Aquella noche, Kerr no fue a trabajar. Ni a la noche siguiente ni durante muchas noches. Después de escucharle, su jefe de dormitorio, llamó inmediatamente a un médico, quien llenó un formulario de entrada en un hospital.

Se encontraba gravemente enfermo y su recuperación fue lenta. Transcurrieron casi cinco semanas antes de que pudiera salir del hospital.

Deseaba encontrar a Rhysha por encima de todas las cosas. Acudió al lugar donde ella vivía y se enteró de que había marchado, y nadie sabía adonde. Al final, acudió a la oficina de identificación y volvió a solicitar su antiguo trabajo allí. Estaba seguro de que Rhysha pensaría en acudir a la oficina para volver a ponerse en contacto con él.

Aún se sentía tembloroso y débil cuando se presentó a trabajar, a la noche siguiente. Penetró en el tepidárium hacia las nueve, durante una inspección de rutina. Y allí estaba Rhysha.

Por un momento, no la reconoció. El maravilloso color turquesa de su plumaje se había desvanecido, convirtiéndose en un gris sucio. Pero aún conservaba el pequeño medallón que le había dado, alrededor del cuello.

Cogió las grandes tenazas unidas que utilizaban para sacar los cuerpos del gran estanque y las colocó en posición. La elevó muy cuidadosamente, y la dejó sobre el borde del estanque. Abrió el medallón. En su interior había una nota.

«Querido Kerr -leyó en la letra elegante y clara de Rhysha-, tienes que perdonarme por haber roto mi promesa contigo. No me dejaron verte cuando estabas tan enfermo, y todos nosotros estábamos tan hambrientos... Además, te equivocabas al pensar que tu gente nos necesitaría alguna vez. No hay lugar para nosotros en vuestro mundo.

»Hubiera querido volver a oírte cantar. Me gustaría mucho oírte cantar, Rhysha.» Kerr observó el rostro de Rhysha y después volvió a mirar la nota. Le dolió mucho. No deseaba darse cuenta de que ella estaba muerta.

En el exterior, una de las vastas voces que resonaban profundamente, cayendo del cielo, durante la mitad de la noche, comenzó a hablar:

«No se pierdan el más reciente y rápido deporte de la batalla. Vean las batallas Durga, los combates más sangrientos jamás televisados. Mucho más divertidos que las batallas de los seres-pájaro, más emocionantes que una guerra Anda. Ustedes verán...» Kerr lanzó un grito. Echó a correr hacia la ventana y la cerró. Aún seguía escuchando la voz. Pero fue todo lo que pudo hacer.

Librodot

Inmigrante

Clifford Simak

Después de muchos años de trabajo, el niño se gradúa en la escuela... y se convierte en un estudiante de primer año en la escuela superior. Después de más años de trabajo... vuelve a convertirse en un estudiante de primer año. Y si es muy, muy sabio, hasta puede llegar a convertirse de nuevo en un estudiante del jardín de infancia...

I

Era el único pasajero para Kimon, y quienes iban a bordo de la nave le trataron como a todo un personaje por el hecho de que iba allí.

Para desembarcarle en su lugar de destino, la nave se desvió dos años-luz de su ruta normal, un inconveniente que no quedaba compensado ni con el doble de lo que le costó su pasaje, aunque la cantidad le pareció enorme cuando lo pagó en la Tierra.

Pero el capitán no gruñó. Según él mismo le dijo a Selden Bishop, era un honor llevar a un pasajero a Kimon.

Los hombres de negocios que había a bordo le buscaron para estar con él y le trajeron bebidas y comida y hablaron expansivamente sobre los mercados que estaban abriendo en los sistemas solares recién descubiertos.

Pero a pesar de todo lo que hablaron, miraban a Bishop con una semioculta envidia en los ojos, y le dijeron:

-El hombre que domine la situación en Kimon será el único que se haga grande.

Uno tras otro, cada uno de ellos le llevó aparte, a un rincón, para mantener conversaciones privadas con él y, después de la primera copa, siempre hablaban de miles de millones, por si alguna vez necesitaba respaldo.

Miles de millones... mientras él permanecía allí sentado, con menos de veinte créditos en su bolsillo, viviendo lleno de terror en espera de que llegara el día en que quizá se viera en la obligación de pagar una ronda de copas. Porque no estaba seguro de que sus veinte créditos alcanzaran para pagar una ronda.

Las viudas iban detrás de él y trataron de comportarse como madres; las jóvenes, en cambio trataron de seducirle y no se comportaron como madres. Y allí donde iba, escuchaba el susurro detrás de la mano medio extendida.

-¡A Kimon! -decían los susurros-. Querido, ¿pero sabe usted lo que se tarda en llegar a Kimon? Un coeficiente intelectual que debe ser positivamente fabuloso y años y años de estudio, y un examen que no pasa ni uno entre mil.

Y así fue durante todo el viaje a Kimon.

II

Kimon era una El Dorado galáctica, el lugar en el extremo del arco iris. Había muy pocos que no soñaran con ir allí y muchos que aspiraban a conseguirlo, pero los elegidos

representaban un pequeñísimo porcentaje con respecto a todos los que lo intentaban y fracasaban.

Kimon había sido alcanzado -decir «descubierto» o «contactado» sería incorrecto- más de cien años antes por una nave espacial estropeada de la Tierra que aterrizó en el planeta, perdida e incapaz de seguir su camino.

Hasta el presente, nadie sabía con exactitud lo que había sucedido, pero se sabía que, al final, la tripulación destruyó la nave y se asentó en Kimon, escribiendo después cartas a casa, diciendo que se quedaban allí.

Quizá el envío de aquellas cartas, más que cualquier otra cosa, convenció a las autoridades de la Tierra de que Kimon era la clase de lugar que las cartas decían que era... aunque más tarde hubo otras pruebas que pesaron tanto o más en la balanza.

Naturalmente, no existía servicio de correos entre Kimon y la Tierra, pero las cartas fueron enviadas de la forma más fantástica, aunque si se piensa un poco detenidamente, resultó ser la forma más lógica. Fueron liadas en un rollo y colocadas en una especie de tubo, como los tubos neumáticos que son utilizados en la industria para la comunicación entre diversos departamentos, y el tubo fue enviado así, con bastante limpieza, hacia la mesa de despacho del jefe Postal Mundial, en Londres. No, no crean que fue a parar a la mesa de un subordinado, sino a la mesa del propio jefe. El tubo no estaba allí cuando se marchó a almorzar; pero se lo encontró al regresar, y por lo que pudo determinar, y a pesar de una investigación bastante laboriosa, no se había visto a nadie colocarlo allí.

Con el tiempo, convencido todavía de que tenía que haber existido alguna clase de truco, el servicio postal envió las cartas a los destinatarios mediante mensajes especiales cuyo trabajo habitual se desarrollaba en la Oficina de Investigación Mundial.

Los destinatarios fueron unánimes en su creencia de que las cartas eran verdaderas, pues en la mayor parte de los casos se reconoció la letra, y en cada una de las cartas se hablaba de ciertas cuestiones que parecían demostrar su *bona fide.*

Así pues, cada uno de los destinatarios escribió una carta de contestación y todas ellas fueron introducidas en el tubo en el que habían llegado las cartas originales y éste fue colocado meticulosamente en el mismo lugar donde fuera encontrado, sobre la mesa del jefe postal.

Después, todo el mundo se quedó observando y nada sucedió durante algún tiempo, pero, de repente, el tubo desapareció y nadie supo cómo había sido... estaba allí en un momento determinado, y al instante siguiente dejó de estar.

Quedaba una cuestión por solucionar, pero no tardó en ser contestada. Al cabo de una semana o dos, el tubo volvió a aparecer de nuevo, justo poco antes de que terminara el horario de oficina. El jefe postal había estado trabajando fuera, sin prestar mucha atención a lo que estaba pasando y, de pronto, vio que el tubo había regresado de nuevo.

Una vez más, contenía cartas, pero en esta ocasión las cartas estaban llenas de fajos de billetes de cien créditos, un regalo de los llorados hombres del espacio a sus parientes, aunque se debe hacer notar inmediatamente que lo más probable era que los hombres del espacio no consideraran que estaban siendo llorados por sus parientes.

Las cartas acusaban recibo de las contestaciones enviadas desde la Tierra y contaban más cosas sobre el planeta Kimon y sus habitantes.

Y cada carta explicaba cuidadosamente cómo es que ellos disponían de billetes de cien créditos en Kimon. Según afirmaban las cartas, los billetes eran simples falsificaciones hechas a partir de los billetes que los hombres del espacio conservaban en sus bolsillos, aunque cuando los expertos fiscales de la Tierra y los hombres de la oficina

de investigación les echaron un vistazo, no hubo forma de distinguirlos de los billetes reales.

Pero, según decían las cartas, el gobierno de Kimon deseaba arreglar la cuestión de la falsificación. Para apoyar la moneda, los kimonianos harían un depósito en el término de poco tiempo en el Banco Mundial, a base de materiales no sólo equivalentes a su valor, sino lo bastante elevado como para disponer de un balance a su favor contra el que podrían emitirse más billetes.

Según explicaban las cartas, en Kimon no había dinero como tal, pero puesto que Kimon estaba deseosa de emplear a hombres de la Tierra, tenía que haber una forma de pagarles, así es que si el Banco Mundial no tenía nada que objetar y todos aquellos que tuvieran algo que ver con la cuestión tampoco...

El Banco Mundial estudió la cuestión y habló sobre profundas cuestiones fiscales y complicados principios económicos, pero todas estas conversaciones se disolvieron en la nada cuando al cabo de un día o dos quedaron depositados sobre el despacho del presidente del banco, duraste la hora del café de la tarde, varias toneladas de uranio cuidadosamente protegido y un par de bolsas llenas de diamantes.

Ante pruebas de esta clase, la Tierra no podía hacer gran cosa, excepto aceptar el hecho de que el planeta Kimon iba a ser una preocupación más de allí en adelante, de que los terrestres que aterrizaron allí se iban a quedar donde estaban y de que no existía otra salida que tomar la situación tal y como ésta se presentaba.

Según afirmaban las cartas, los kimonianos eran humanoides, poseían poderes parapsicológicos y habían creado una cultura que se encontraba muy por delante de la cultura de la Tierra o de cualquier otro planeta descubierto hasta entonces en la galaxia.

La Tierra preparó una nave, designó a un grupo de sus diplomáticos más expertos, cargó la nave de los regalos más caros y envió a toda la expedición hacia Kimon.

Pocos minutos después de su aterrizaje, los diplomáticos fueron muy poco diplomáticamente expulsados del planeta. Al parecer, Kimon no sentía el menor deseo de aliarse con un planeta bárbaro de segunda fila. Cuando deseara establecer relaciones diplomáticas, así lo haría saber. La gente de la Tierra podría acudir a Kimon si así lo deseaba, pudiendo asentarse allí incluso, pero este permiso no se concedía a cualquier terrestre. Para llegar a Kimon, el individuo tendría que poseer no sólo un determinado coeficiente de inteligencia, sino que también debería poseer unos impresionantes estudios universitarios.

Y así fue como se dejaron las cosas.

No iba uno a Kimon simplemente por el hecho de que deseara ir allí, sino que se había de trabajar con mucha dureza para ir.

En primer lugar, se tenía que poseer el coeficiente de inteligencia especificado, lo que dejaba ya totalmente descartado al noventa y nueve por ciento de la población terrestre. Una vez pasada la prueba de inteligencia se tenían que afrontar penosos años de estudio al final de los cuales se pasaba un examen en el que, una vez más, la mayor parte de los aspirantes volvían a ser rechazados. Estos exámenes no los pasaba más de una persona por cada mil que se presentaban.

Año tras año, los hombres y las mujeres terrestres fueron llegando lentamente a Kimon, se asentaron allí, prosperaron y escribieron sus cartas a casa.

De aquellos que se marcharon, ninguno regresó. Una vez se había vivido en Kimon, no se podía soportar siquiera el pensamiento de regresar a la Tierra.

Librodot

Y, sin embargo, a través de todos aquellos años era muy poco el conocimiento que se había logrado reunir sobre Kimon, sus habitantes y su cultura. Lo único que se sabía procedía de las cartas enviadas meticulosamente una vez a la semana a la mesa del jefe postal en Londres.

Las cartas hablaban de sueldos cien veces superiores a los pagados en la Tierra, de magníficas oportunidades para los negocios, de la cultura kimoniana, y de los propios kimonianos, pero no daban ningún detalle específico sobre la cultura, la clase de negocios que se podían hacer o cualquier otro factor.

Y quizá a los destinatarios de las cartas no les importaba demasiado aquella falta de información específica, porque casi cada una de las cartas iba acompañada de un fajo de billetes, todos ellos crujientes y nuevos, y muy, muy legales, respaldados por toneladas de uranio, bolsas de diamantes, barras de oro y otras chucherías similares, que eran depositadas de vez en cuando junto a la mesa del presidente del Banco Mundial.

Con el transcurso del tiempo, la ambición de cada una de las familias de la Tierra consistió en poder enviar por lo menos a uno de sus parientes a Kimon, pues un pariente en Kimon significaba virtualmente el poder contar con unos ingresos seguros y suficientes para el resto de la familia, durante el resto de sus vidas.

Naturalmente, la leyenda de Kimon aumentó con todo esto. Aunque, desde luego, la mayor parte de lo que se decía al respecto no era cierto. Las cartas aseguraban que Kimon no tenía calles pavimentadas con oro sólido, pues no había calles en absoluto. Las damiselas de Kimon tampoco llevaban vestidos de polvo de diamantes..., porque las damiselas de Kimon no llevaban casi nada.

Pero aquellos cuyo entendimiento iba mucho más allá de las calles de oro y de los vestidos de diamantes comprendieron muy bien que en Kimon había posibilidades mucho mayores que el oro o los diamantes. Pues, al fin y al cabo, había allí un planeta con una cultura mucho más avanzada que la de la Tierra, una gente que había aprendido o desarrollado de forma natural poderes parapsicológicos. En Kimon se podían aprender las técnicas que revolucionarían la industria y las comunicaciones galácticas. En Kimon se podía descubrir una filosofía capaz de situar a la humanidad, de la noche a la mañana, en un camino nuevo y mejor... ¿y más provechoso?

La leyenda aumentó, interpretada por cada cual de acuerdo con su intelecto y su forma de pensamiento, y siguió creciendo y creciendo...

El gobierno de la Tierra se mostraba muy servicial con todos aquellos que deseaban ir a Kimon, pues el gobierno, al igual que los individuos, podía apreciar las oportunidades que Kimon representaba para la revolución de la industria y para la evolución del pensamiento humano. Pero como no se había producido ninguna invitación para garantizar el reconocimiento diplomático, el gobierno de la Tierra permaneció sentado, esperando, planeando, haciendo todo lo posible para colocar en Kimon a la mayor cantidad de gente posible. Pero únicamente lo mejor, porque hasta el más espeso de los burócratas reconoció que la Tierra debía situar su mejor pie en Kimon.

El porqué los kimonianos permitían a la Tierra enviar a su gente, era un misterio para el que no se encontraba respuesta. Pero, al parecer, la Tierra era el único otro planeta de la galaxia al que se le había permitido enviar a su gente. Tanto los terrestres como los kimonianos eran humanoides, desde luego, pero ésta no era una contestación adecuada, pues las dos razas no eran los únicos humanoides existentes en la galaxia. Para tranquilizarse a sí misma, la Tierra supuso que una cierta comprensión común, un aspecto similar, una cierta tendencia evolutiva paralela -con la Tierra algo retrasada, desde luego- entre la Tierra y Kimon, podrían ser las causas de la cualificada hospitalidad de Kimon.

Librodot

Pero, fuera como fuese, Kimon era como un El Dorado galáctico, el país del no va más, un planeta que iba por delante, el lugar más adecuado para vivir, el territorio situado en uno de los extremos del arco iris.

III

Selden Bishop permaneció en el lugar similar al aparcamiento, donde le había dejado la chalupa, pues Kimon no tenía puertos espaciales, como tampoco tenía otras muchas cosas.

Permaneció allí, rodeado de su equipaje, y observó cómo la chalupa desaparecía hacia el espacio para encontrarse con la nave espacial de línea, en órbita.

Cuando ya no pudo seguir viendo la chalupa, se sentó sobre una de sus maletas y esperó.

El parque se parecía algo a uno de la Tierra, pero la similitud sólo era abstracta, pues en cada uno de los detalles se notaba una sutil diferencia. Y aquello indicaba que éste era un planeta extraño. Los árboles eran demasiado delgados y las flores eran de una tonalidad demasiado fuerte, mientras que la hierba era más oscura que la de la Tierra. Los pájaros, si es que eran pájaros, parecían más bien lagartos antes que aves de la Tierra, y sus plumas no eran exactamente del color que uno suele asociar con el plumaje. La brisa poseía un débil perfume que no era ningún perfume de la Tierra, pero con una fragancia extraña que olía como el aspecto que tiene un color, y Bishop trató de determinar, sin conseguirlo, qué color podría ser.

Sentado sobre su maleta, en medio del parque, trató de sacar de sí mismo un poco de entusiasmo, trató de silbar algo, como muestra de triunfo por encontrarse finalmente en Kimon, pero lo mejor que pudo hacer fue dar gracias por el hecho de haber conseguido llegar allí con sus veinte créditos aún intactos.

Necesitaría algo de dinero para salir adelante hasta que pudiera encontrar un trabajo. Pero, se dijo a sí mismo, no tendría que esperar mucho tiempo hasta encontrar un trabajo. La cuestión, desde luego, consistía en no aceptar el primero que se le ofreciera, sino ir por ahí un poco hasta hallar el que mejor le conviniera. Y sabía que eso le podría costar un poco de tiempo.

Pensando en ello, hubiera deseado tener algo más que aquellos veinte créditos. Tendría que haberse permitido un margen algo mayor, pero eso habría significado algo menos que el mejor equipaje que pudo comprar y quizá no suficiente, pues había tenido que comprar trajes confeccionados y no hechos a medida, con todas las demás cosas en consonancia.

Se dijo que era importante causar la mejor impresión, y sentado allí, pensándolo, no conseguía sentir lástima por el dinero que había gastado en sus intentos de causar una buena impresión.

Quizá debía haberle pedido un préstamo a Morley. Morley le habría entregado cualquier cosa que le pidiera, y él podría haberle pagado en cuanto encontrara un trábalo. Pero no le gustaba tener que pedir porque, ahora lo admitía, el pedir le habría restado valor a su recién adquirida importancia como hombre seleccionado para hacer el viaje a Kimon. Todo el mundo, hasta el propio Morley, consideraba muy bien a un hombre que había sido enviado a Kimon, y no se podía ir por ahí pidiendo un préstamo o cualquier otra clase de favor.

Librodot

Recordó la última visita hecha a Morley y, ahora que lo pensaba, comprendió que aun cuando Morley era su amigo, aquella última visita tuvo más o menos el sabor de una tarea diplomática que Morley tuvo que llevar a cabo.

Morley había llegado lejos, y aún llegaría más, dentro del servicio diplomático. Tenía el aspecto de un diplomático y hablaba como tal y, según decían las viejas cabezas del departamento, poseía una mayor capacidad de comprensión que cualquier otro de los jóvenes sobre la política y las cuestiones económicas del Sector Diecinueve. Llevaba un bigote cortado que tenía un aspecto francamente cultivado y su pelo siempre estaba perfectamente en su lugar, así como su cuerpo cuando andaba, pareciendo su caminar el de una pantera.

Habían permanecido sentados en el apartamento de Morley, en un ambiente muy cómodo y amistoso, y después Morley se había levantado, recorriendo la estancia de arriba abajo, con su caminar de pantera.

-Hemos sido amigos durante mucho, mucho tiempo -dijo Morley-. Hemos estado juntos en montones de apuros.

Y los dos habían sonreído, recordando algunos de los líos en que se vieron envueltos juntos.

-Cuando me enteré de que te marchabas a Kimon -dijo Morley-, me sentí muy contento por ello, claro está. Me alegra todo aquello que pueda favorecerte. Pero también me alegré por otra razón. Me dije a mí mismo: he aquí por fin a un hombre capaz de hacer un trabajo y descubrir lo que deseamos.

-¿Qué quieres? -le había preguntado Bishop.

Y, según lo recordaba ahora, hizo la pregunta como si le hubiera estado planteando a Morley si quería beber whisky o bourbon. Aunque, pensándolo bien, nunca habría hecho aquella pregunta en particular, pues lo único que bebían los jóvenes religiosamente en la sección de relaciones extranjeras era escocés. De todos modos, le hizo la pregunta de una forma casual, aun teniendo la sensación de que no había nada de casual en toda aquella situación.

Pudo percibir una atmósfera de disimulo y captó una repentina mirada de preocupación oficial y, por un instante, se sintió un poco frío y sobresaltado.

-Debe de haber alguna forma de explotar comercialmente ese planeta -le había dicho Morley-, pero nosotros no la hemos encontrado todavía. Por lo que se refiere a los kimonianos, no parecemos existir ninguno de nosotros, y ninguno de los otros planetas. No existe un solo planeta que no haya acordado un status diplomático. En Kimon no existe ni una sola representación oficial de ningún otro pueblo. Parece que no comercian con nadie y, sin embargo, tienen que hacerlo con alguien, pues ningún planeta, ninguna cultura, puede existir en un completo régimen de autosuficiencia. Han de tener relaciones diplomáticas en alguna parte, con alguien. Tiene que existir alguna razón que explique el porqué no reconocen a la Tierra, aparte de la razón más evidente de que somos una cultura inferior. Pues, hasta en los tiempos más bárbaros de la Tierra, hubo reconocimiento oficial de muchos gobiernos y pueblos que eran culturalmente inferiores a la nación que les reconocía.

-¿Y quieres que yo descubra todo eso?

-No -contestó Morley-, no se trata de eso. Todo lo que queremos son pistas. La pista que estamos buscando debe de estar en alguna parte; en algún lado debe de encontrarse la indicación que nos hará comprender cuál es la verdadera situación. Todo lo que necesitamos es la brecha de apertura... el pie en la puerta. Proporciónanos eso, y nosotros nos encargaremos del resto.

Librodot

-Ha habido otros -le dijo Bishop-. Miles de otros. Yo no soy el único que se ha marchado a Kimon.

-Durante los últimos cincuenta años o más -admitió Morley-, la sección ha hablado con todos los demás, antes de que se marcharan, exactamente del mismo modo que yo te estoy hablando a ti ahora. -¿Y no habéis conseguido nada? -Nada -contestó Morley-. O casi nada. O, en cualquier caso, nada que tuviera importancia o cierto sentido.

-Fracasaron...

-Fracasaron porque una vez se encontraron en Kimon, se olvidaron de la Tierra -le dijo Morley-. Bueno, no se olvidaron por completo, no ha sido exactamente así. Pero perdieron todo sentido de la lealtad para con la Tierra. Se dejaron cegar por Kimon.

-¿Crees eso?

-No lo sé -contestó Morley-. Es la mejor explicación que tenemos. El problema consiste en que sólo hablamos con ellos una vez. Y ninguno de ellos regresó. Les podemos escribir cartas, claro está. Podemos tratar de estimularles... indirectamente, desde luego. Pero no les podemos plantear ninguna pregunta de una forma directa. -¿Censura?

-No, no se trata de censura -dijo Morley-, aunque puede que también la tengan; se trata más bien de telepatía. Los kimonianos se enterarían si tratáramos de influir con demasiada fuerza sobre sus mentes. Y no podemos correr el riesgo de que un solo pensamiento se ponga al descubierto, destrozando todo el trabajo que hemos estado haciendo. -Pero ahora me lo estás diciendo. -Lo olvidarás -dijo Morley-. Dispondrás de varias semanas en las que podrás olvidarlo... empujándolo hacia el fondo de tu mente. Pero no por completo... no del todo.

-Comprendo -le había dicho Bishop. -No me malinterpretes -dijo Morley-. No se trata de nada siniestro. No tienes que buscar nada de eso. Puede tratarse incluso de algo muy sencillo. La forma como nos peinamos. Hay alguna razón... quizá se trate de muchas razones pequeñas. Y tenemos que conocer esas razones.

Morley abandonó el tema con la misma rapidez con que lo había iniciado, sirvió otra ronda de bebidas, se volvió a sentar y habló de los días de la escuela y de las chicas que habían conocido y de los fines de semana pasados en el campo.

Después de todo, había sido una tarde agradable.

Pero eso había sucedido hacía ya varias semanas y desde entonces apenas si lo había recordado. Ahora, se encontraba aquí, en Kimon, sentado sobre una de sus maletas, en medio del parque, esperando que apareciera algún kimoniano para darle la bienvenida.

Durante todo el tiempo que permaneció sentado, se estuvo preparando para la llegada de algún kimoniano. Sabía qué aspecto tendría y no debería haberse sorprendido.

Pero cuando llegó el nativo, se sorprendió.

Porque el nativo medía dos metros de altura y era un ser parecido a un dios, como un humanoide esculpido que, para su mayor sorpresa, resultó ser mucho más humano de lo que él se había imaginado.

En un momento determinado se encontraba sentado solo en el pequeño claro del parque y al momento siguiente se encontró con que el nativo estaba a su lado.

Bishop se levantó y el kimoniano dijo:

-Nos alegramos de que esté aquí. Bien venido a Kimon, señor.

Librodot

La inflexión del nativo fue tan precisa y hermosa como su cuerpo de escultura.

-Gracias -dijo Bishop.

Se dio cuenta inmediatamente de que aquella palabra era inadecuada, y de que su voz sonaba vacilante y de que pronunciaba mal en comparación con el nativo. Mirando al kimoniano, tuvo la sensación de que, en comparación, tenía una figura arrugada y desaseada.

Se metió la mano en el bolsillo, en busca de sus papeles, y notó todos los dedos desmañados, de modo que tuvo que rebuscar los papeles hasta que al final los encontró y los sacó -más bien los extrajo- y se los tendió al ser que estaba esperando.

El kimoniano los hojeó -no hizo otra cosa, simplemente hojearlos-, y después dijo:

-Selden Bishop. Mucho gusto en conocerle. Su coeficiente de inteligencia, 160, es muy satisfactorio. Los resultados de sus exámenes son extraordinarios, si me permite decirlo. Las recomendaciones son buenas. El visto bueno de la Tierra está en orden. Y ya veo que ha llegado bien. Me alegro de tenerle aquí.

-Pero... -balbució Bishop.

Y se apresuró a cerrar la boca. No podía decirle a aquel ser que se había limitado a hojear las páginas y que no podía haberlas leído. Porque, evidentemente, lo había hecho.

-¿Ha tenido un vuelo agradable, señor Bishop?

-El más agradable de todos -contestó Bishop y se sintió lleno de orgullo al poder contestar de un modo tan educado y fácil.

-Su equipaje muestra un gusto excelente -dijo el nativo.

-¡Oh, gracias!

Y después se sintió lleno de rabia. ¿Qué derecho tenía aquella persona a emitir un juicio sobre su equipaje?

Pero el nativo no pareció darse cuenta de aquello.

-¿Quiere ir al hotel? -preguntó.

-Si no le importa -dijo Bishop, hablando de un modo tirante, controlándose a sí mismo.

-Permítame -dijo el nativo.

Bishop vio las cosas borrosas a su alrededor durante un solo segundo -con una sensación brumosa definitiva-, como si el universo hubiera desaparecido rápidamente de su enfoque. Después, se encontró de pie, no en el claro del parque, sino en un nicho unipersonal en el vestíbulo de un hotel, con sus maletas perfectamente ordenadas a su lado.

IV

Mientras permaneció sentado en el claro, esperando al nativo, después de que le dejara la chalupa, había pasado por alto la sensación de triunfo, pero ahora se sintió como golpeado por ella; era una sensación pesada y casi de borrachera de triunfo la que le recorrió todo el cuerpo y se elevó por su cuello para sofocarle.

¡Esto era Kimon! ¡Finalmente estaba en Kimon! Después de todos aquellos años de estudio, se encontraba por fin aquí... en el lugar fabuloso por el que tanto había trabajado durante tantos años, para poder llegar.

Librodot

Un elevado coeficiente de inteligencia... sí, un elevado coeficiente de inteligencia y muchos años de estudio y unos exámenes rígidos que sólo pasaba uno entre mil.

Se mantuvo en el nicho, con la sensación de permanecer oculto, dándose un momento para recuperarse del esplendor de lo que finalmente tenía que pasar y tratando de controlar el momento en el que el triunfo irrazonable se abriera camino y surgiera.

El triunfo era algo que no se debía dejar manifestarse. Era algo que no debía mostrar. Se trataba de algo personal y, como tal, debía ocultarlo profundamente en su interior.

Podía haber sido uno de los mil que se quedaron en la Tierra, pero aquí estaba, al mismo nivel que todos aquellos que le habían precedido. Quizá no se encontrara todavía al mismo nivel, pues ellos conocerían ya las costumbres mientras que él aún tendría que aprenderlas.

Los observó en el vestíbulo -aquellas personas fabulosas, con suerte, que le habían precedido; la brillante compañía con la que había soñado durante todos aquellos pesados años-; era la compañía con la que no tardaría en unirse, los oriundos de la Tierra que fueron juzgados aptos para venir a Kimon.

Porque sólo los mejores podían venir... los mejores y los más astutos y rápidos. La Tierra tenía que dirigir hacia allí a sus mejores hombres porque, en caso contrario, ¿cómo convencería jamás a Kimon de que era un planeta hermano?

Al principio, la gente que estaba en el vestíbulo no fue más que una multitud. Una multitud que brillaba y se movía, pero con esa curiosa falta de personalidad que acompaña a toda multitud. Pero ahora, mientras observaba, la multitud se disolvió en individuos y él los vio, no como un grupo, sino como los hombres y mujeres que no tardaría en conocer.

No vio al encargado hasta que el nativo se encontró frente a él. El encargado parecía aún más alto y elegante que el nativo que le había salido al encuentro en el claro.

-Buenas tardes, señor -dijo el encargado-. Bien venido al Ritz.

-¿El Ritz? -preguntó Bishop, mirándole fijamente-. ¡Oh, sí, se me había olvidado! Este lugar es el Ritz.

-Nos alegramos mucho de tenerle con nosotros -dijo el encargado-. Esperamos que. su estancia entre nosotros sea muy larga.

-Claro -dijo Bishop-. Yo también lo espero.

-Se nos había notificado su llegada, señor Bishop -dijo el encargado-. Nos hemos tomado la libertad de reservarle habitaciones. Confío en que serán satisfactorias.

-Estoy seguro de que lo serán -dijo Bishop.

¡Como si en Kimon pudiera haber algo que no fuera satisfactorio!

-Quizá quiera vestirse -dijo el encargado-. Todavía queda tiempo para la cena.

-¡Oh, claro! -exclamó Bishop-. Claro que lo haré.

Y no había dicho que lo deseara.

-Enviaremos su equipaje arriba -dijo el encargado-. No hay necesidad de registrarse. De eso ya nos encargamos. Si me permite, señor.

V

Las habitaciones eran satisfactorias.

Librodot

Había tres en total.

Sentado en una silla, Bishop se preguntó cómo podría pagarlas.

Al recordar sus únicos veinte créditos, se sintió lleno de un pánico momentáneo.

Tendría que conseguir un trabajo antes de lo que había planeado, pues los veinte créditos no le durarían mucho con un alojamiento como éste. Aunque suponía que, si solicitaba algún crédito, se lo darían.

Pero renunció a "la idea de solicitar un crédito, de verse obligado a admitir que le quedaba poco dinero. Hasta el momento, lo había hecho todo del modo más correcto. Había llegado a bordo de una nave de línea, y no de un destartalado carguero; su equipaje -¿qué era lo que había dicho el nativo?- era de un gusto espléndido; su guardarropa era todo lo bueno que se podía esperar; y esperaba no haber comunicado a nadie el pánico y la consternación sentidos ante el lujo de la suite.

Se levantó de la silla y deambuló por la habitación. No había alfombra, pues el propio suelo era blando y cedía ligeramente y uno dejaba huellas momentáneas al caminar; huellas que desaparecían, volviendo a dejar el piso suave y liso casi inmediatamente después de haber pasado.

Se dirigió hacia una ventana y estuvo mirando por ella. La tarde estaba muriendo y el paisaje aparecía cubierto por un color azulado... y no había nada, absolutamente nada, excepto campo. No podía ver desde allí ninguna carretera y ninguna luz que hubiera podido indicarle la presencia de otros habitantes.

«Quizá me encuentre en la parte posterior del edificio», pensó. Al otro lado tendrían que haber calles y carreteras y casas y tiendas.

Volvió a la habitación y la miró... los muebles terrestres, de una elegancia tan serena que casi gritaba; la maravillosa chimenea de mármol veteado; las estanterías de libros; el brillo de la madera antigua; las pinturas sin igual que colgaban de las paredes, y la gran vitrina que llenaba casi por completo uno de los extremos de la habitación.

Se preguntó qué podría ser aquella vitrina. Era algo maravilloso, con un aspecto antiguo y pulimentado... no a causa de la cera, no, sino que el brillo había sido hecho por las manos humanas y el tiempo.

Se dirigió hacia ella.

-¿Algo de beber, señor? -preguntó la vitrina. -No me importaría -contestó Bishop. Entonces se detuvo, rígido, dándose cuenta de que la vitrina había hablado y de que él había contestado.

Se abrió un panel en la vitrina y la bebida apareció allí.

-¿Música? -preguntó la vitrina. -Por favor -dijo Bishop. -¿Tipo?

-¿Tipo? ¡Oh!, comprendo. Algo alegre, pero también un poco melancólico. Como el crepúsculo de la tarde extendiéndose sobre París. ¿Quién había empleado aquella misma frase? Uno de los antiguos escritores... Fitzgerald. Estoy seguro de que fue Fitzgerald.

La música le hizo recordar aquella hora crepuscular sobre la ciudad, muy lejos, en la Tierra, y percibió el aroma de abril y distantes risas femeninas y el brillo del pavimento bajo la lluvia recién caída.

-¿Desea alguna otra cosa, señor? -preguntó la vitrina.

-Nada más, por el momento. -Muy bien, señor. Dispone de una hora para vestirse para la cena.

Librodot

Abandonó la habitación, sorbiendo la bebida mientras lo hacía... y ésta tenía un cierto sabor peculiar.

Entró en el dormitorio y probó la cama, que era satisfactoriamente suave. Examinó el aparador y el cristal que cubría la pared. Echó un vistazo al cuarto de baño y vio que estaba equipado con una afeitadora y con un masajeador automático, y que disponía igualmente de ducha y bañera, de una máquina para hacer ejercicios y de toda una serie de otros artilugios que no conocía.

Después, echó un vistazo a la tercera habitación.

Se encontraba casi vacía, teniendo en cuenta cómo estaban las otras dos. En el centro había una silla con grandes brazos planos, y en cada uno de los brazos había muchas filas de botones.

Se aproximó a la silla con precaución, preguntándose qué era... qué clase de trampa sería aquélla. Aunque aquel pensamiento resultaba tonto, pues no había ninguna clase de trampas en Kimon. Estaba en Kimon, el país de la oportunidad, donde un hombre podía hacer una fortuna y vivir lleno de lujo con una inteligencia y una cultura que era la mejor encontrada en toda la galaxia.

Se inclinó sobre los anchos brazos de la silla y descubrió que cada uno de los botones estaba etiquetado. Los nombres decían: «Historia», «Poesía», «Drama», «Escultura», «Literatura», «Pintura», «Astronomía», «Filosofía», «Física», «Religiones» y otras muchas cosas. Y había unos cuantos botones que estaban etiquetados con palabras que nunca había visto y que no tenían ningún significado para él.

Permaneció en la habitación y miró a su alrededor, observando su rigidez, y se dio cuenta entonces de que no tenía ventanas, sino que era simplemente una especie de caja, como un teatro o una sala de lectura. Se sentaba uno en la silla, apretaba uno de los botones, y...

Pero no quedaba tiempo ahora para eso. La vitrina le había dicho que disponía de una hora para vestirse para la cena, y ya había transcurrido una parte de ese tiempo.

El equipaje estaba en el dormitorio y abrió la maleta que contenía su ropa para cenar. La chaqueta estaba muy arrugada.

Permaneció con ella en las manos, mirándola fijamente. Quizá desaparecieran las arrugas al llevarla puesta. Quizá...

Pero sabía que no.

La música se detuvo y la vitrina preguntó:

-¿Hay algo que desee, señor?

-¿Puede planchar una chaqueta para cenar?

-Claro que puedo, señor.

-¿Cuánto tardará?

-Cinco minutos -contestó la vitrina-. Deme también los pantalones.

VI

Sonó el timbre y se dirigió hacia la puerta.

Un hombre estaba al otro lado.

-Buenas noches -saludó el hombre-. Me llamo Montague, pero me llaman Monty.

Librodot

-¿Quiere entrar, Monty?

El hombre entró y observó la habitación.

-Un lugar bonito -dijo.

Bishop asintió con un gesto de cabeza.

-Yo no había pedido nada. Simplemente, me lo dieron.

-Son muy inteligentes estos kimonianos -dijo Monty-. Sí, señor, muy inteligentes.

-Me llamo Selden Bishop.

-¿Acaba de llegar? -preguntó Monty.

-Hace aproximadamente una hora.

-Supongo que estará asombrado por lo maravilloso de este lugar, ¿verdad?

-No sé nada de él -le dijo Bishop-. Lo he estudiado, desde luego.

-Lo sé -dijo Monty, mirándole de soslayo-. Sólo estoy siendo amistoso. Nueva víctima y todo eso, ya sabe.

Bishop sonrió porque, en realidad, no sabía muy bien lo que debía hacer.

-¿Cuál es su trabajo? -preguntó Monty. -Negocios -dijo Bishop-. Aspiro a la administración.

-Muy bien -dijo Monty-. Supongo que eso le deja fuera. No estará interesado.

-¿En qué?

-En el fútbol. O en el béisbol. O en el críquet. Pero no parece usted del tipo atlético.

-Nunca dispuse de tiempo para eso.

-Lástima -dijo Monty-. Tiene una buena constitución para ello.

En aquel momento, la vitrina preguntó:

-¿Desea alguna bebida el señor?

-Sí, por favor -contestó Monty.

-¿Y otra para usted, señor?

-Sí, por favor -contestó Bishop.

-Vaya a vestirse -aconsejó Monty-. Yo me sentaré aquí, a esperarle.

-Su chaqueta y sus pantalones, señor -dijo la vitrina.

Se abrió una puerta y allí estaban, limpios y planchados.

-No sabía que practicaran deportes por aquí -comentó Bishop.

-¡Oh! En realidad no lo hacemos -dijo Monty-. Esto es sólo una aventura de negocios.

-¿Una aventura de negocios?

-Claro. Dé a los kimonianos algo por lo que apostar. Acudirán. Al menos durante algún tiempo. Es que, ¿sabe?, no pueden apostar...

-No veo por qué no pueden hacerlo...

-Bueno, considérelo por un momento. No tienen ninguna clase de deportes de competición, ya sabe. No sería posible. Por la telepatía. Sabrían con tres movimientos de

antelación lo que se proponían hacer sus contrincantes. Por la telequinesis. Pueden mover un objeto, o un balón, o cualquier otra cosa sin mover un dedo. Ellos...

-Creo que ya comprendo -dijo Bishop.

-Así es que hemos planeado crear varios equipos y celebrar partidos de exhibición. Pondremos todo el entusiasmo que podamos. Ellos acudirán en tropel para verlo. Pagarán entrada. Harán apuestas. Nosotros, desde luego, haremos las entradas y cobraremos nuestras comisiones. Será algo muy bueno mientras dure.

-No durará mucho, claro.

Monty dirigió una larga mirada a Bishop.

-Comprende usted con rapidez -dijo-. Saldrá adelante.

-Las bebidas, caballeros -dijo la vitrina.

Bishop tomó las bebidas y tendió una de ellas a su visitante.

-Será mejor que le diga unas cuantas cosas -dijo Monty-. Así también examinaré lo que puede hacer. No necesita saber mucho para ello.

-Está bien -le dijo Bishop agradablemente- Adelante, dígame unas cuantas cosas.

-No tiene usted mucho dinero -dijo Monty.

-¿Y cómo lo sabe?

-Está sobresaltado ante esta habitación -comentó Monty.

-¿Telepatía? -preguntó Bishop.

-Se ha dado cuenta por casualidad -dijo Monty-. Pero sólo por los márgenes. Nunca logrará ser tan bueno como lo son ellos. Nunca. Pero se recogen cosas de vez en cuando... una especie de otro sentido que se introduce en uno. Después de haber permanecido aquí el tiempo suficiente.

-Había esperado que nadie se diera cuenta.

-Muchos de ellos se darán cuenta, Bishop. No pueden evitar el darse cuenta por la forma en que usted mismo lo está transmitiendo. Pero no se preocupe. Todos nosotros somos amigos. Se podría decir que estamos aliados contra el enemigo común. Si necesita un préstamo...

-Todavía no -dijo Bishop-. Ya se lo haré saber cuando lo necesite.

-A mí -dijo Monty-, o a cualquier otro. Todos nosotros somos amigos. Tenemos que serlo.

-Gracias.

-De nada. Y ahora, vaya a vestirse. Me quedaré aquí sentado esperándole. Le llevaré abajo, conmigo. Todo el mundo está esperando para encontrarse con usted.

-Es bueno saberlo -dijo Bishop-. Me siento bastante extraño aquí.

-¡Oh, no! -dijo Monty-. No tiene por qué sentirse así. Ya sabe que no son muchos los que vienen.

Los que estamos aquí, todos queremos saber cosas de la Tierra.

Hizo rodar la copa de cristal entre sus dedos.

-¿Qué hay de la Tierra? -preguntó.

-¿Qué hay...?

Librodot

-Sí, continúa estando allí, desde luego. ¿Pero cómo van las cosas? ¿Cuáles son las noticias?

VII

No había visto el hotel antes. Había tenido una visión confusa del mismo desde el nicho del vestíbulo, con su equipaje ordenadamente colocado junto a él, antes de que el encargado le acompañara arriba y le mostrara sus habitaciones.

Pero ahora se dio cuenta de que se trataba de un lugar sustancialmente extraño, con fuentes y música oculta en ellas, con el trazo de los arco iris suspendidos en el aire, con brillantes columnas de cristal que captaban, reflejaban y duplicaban muchas veces toda la construcción del vestíbulo, de modo que uno se veía inmediatamente atrapado en la ilusión de que aquel lugar se extendía más y más allá, y al mismo tiempo se podía cortar una sección del mismo en la mente, como una esquina íntima para un grupo de amigos.

Era ilusión y sustancialidad, belleza y una sensación de hogar... y Bishop sospechó que también era todas las cosas para todos los hombres y lo que uno quisiera hacer con ello. Un lugar de magia extraordinaria que le divorciaba a uno del mundo y de las crudezas del mundo, con una alegría que no era frágil, con un sentimentalismo que se detenía antes de convertirse en algo barato, y que transmitía una sensación de bienestar y de autoimportancia por el simple hecho de saberse parte de un lugar así.

No había ningún lugar así en la Tierra, no podía haber un lugar así en la Tierra, porque Bishop sospechaba que en este edificio había algo más que planificación humana, algo más que habilidad arquitectónica humana. Se penetraba en un lugar encantado y se hablaba como con magia y se sentía cómo el centelleo y el brillo del lugar vivían dentro del propio cerebro.

-Esto cautiva -comentó Monty-. Siempre observo los rostros de los recién llegados cuando entran aquí por primera vez.

-Se acostumbrará uno al cabo de un tiempo -observó Bishop, sin llegar a creérselo.

-Amigo mío -dijo Monty, sacudiendo la cabeza-, uno nunca se acostumbra a esto. En realidad, no es que le sorprenda mucho a uno, pero permanece con uno durante todo el tiempo. Un ser humano no vive el tiempo suficiente como para acostumbrarse por completo a un lugar como éste.

Había tomado la cena en el comedor, que era de estilo antiguo y solemne, con una antigüedad de otro mundo y una atmósfera silenciosa, como la de esos sitios donde se camina de puntillas, con camareros kimonianos siempre junto a uno, preparados para recomendar un plato determinado o para ofrecer alguna indicación sobre el vino que debía probarse.

Monty tomó café mientras él comió y hubo otros muchos que acudieron presurosos para detenerse un momento y darle la bienvenida y preguntarle por la Tierra, utilizando siempre una casualidad estudiada, mostrando siempre un afán en sus ojos que negaba aquella casualidad.

-Le hacen sentirse a uno como en casa -dijo Monty-, y lo que dicen, lo dicen de verdad. Se sienten muy alegres cuando llega alguien nuevo.

El se sentía en casa, mucho más de lo que jamás se había sentido en toda su vida, como si ya empezara a adaptarse. No había esperado poder adaptarse con tanta rapidez y se sentía ligeramente asombrado por ello... pues aquí estaba toda la gente con la que había soñado encontrarse y ahora, finalmente, él también estaba con ellos. Se podía sentir su

Librodot

fuerza magnética, el magnetismo personal que les había convertido en seres grandes, lo bastante grandes como para merecer estar en Kimon, y ahora, mirándolos, se preguntaba a cuál de ellos iría a conocer, cuáles de entre ellos serían sus amigos, Se sintió aliviado cuando descubrió que no se esperaba que pagara su cena o sus bebidas, sino que sólo debía firmar una nota, y una vez introducido en esta modalidad, todo le pareció más luminoso, pues la cena en sí habría sido suficiente para arrancarle un buen pellizco de los veinte créditos que aún conservaba en el bolsillo.

Una vez terminada la cena y cuando Monty se había alejado para hablar con otros, se encontró en el bar, sentado en una silla y saboreando una bebida que el barman kimoniano le recomendó como algo especial.

La muchacha surgió de ninguna parte, flotó hasta la silla que había junto a él y dijo:

-¿Qué es lo que estás bebiendo, amigo?

-No lo sé -contestó Bishop, y haciendo un gesto hacia el hombre que estaba detrás de la barra, añadió-: Pídele que te ponga uno.

El barman le escuchó y se puso a trabajar inmediatamente con las botellas y la coctelera.

-Eres un recién llegado de la Tierra, ¿verdad? -preguntó la chica.

-Sí, recién llegado -contestó Bishop.

-No es tan malo -comentó ella-. Quiero decir, si no lo piensas.

-No lo pensaré -prometió Bishop-. No pensaré en nada.

-Claro, que te irás acostumbrando -dijo la chica-. Al cabo de un tiempo no te importa la falta de diversión. Y llegas a pensar, ¡qué demonios!, que se rían todo lo que quieran mientras a mí me vaya bien. Pero llegará el día en que...

-¿De qué estás hablando? -preguntó Bishop-. Aquí está tu bebida. Llévate eso a los labios y...

-Llegará el día en que seamos viejos para ellos, cuando ya no les divirtamos más. Cuando hayamos pasado de moda. No podemos estar pensando siempre en nuevos trucos. Fíjate en mis pinturas, por ejemplo...

-Mira -le dijo Bishop-, estás hablándome de cosas que no comprendo.

-Ven a verme dentro de una semana -dijo ella-. Me llamo Maxine. Sólo tienes que pedir ver a Maxine. Dentro de una semana podremos hablar. Hasta luego, Buster.

Flotó por encima de la silla y, de repente, desapareció.

Ni siquiera había tocado su bebida.

VIII

Subió a sus habitaciones y se quedó largo rato mirando por una ventana, hacia el monótono paisaje iluminado por una luna.

Su cerebro estaba lleno de extrañeza. La extrañeza y la novedad y las muchas preguntas, el asombro de encontrarse finalmente aquí, de ir dándose cuenta lentamente y por completo de que estaba aquí, de que él era una de esas personas brillantes y fabulosas en cuya compañía había soñado estar durante años.

Los largos y pesados años parecieron haber desaparecido de él, aquellos años de libros y estudios, los años de un afán decidido, los años hambrientos, ansiosos y duros en

Librodot

los que llevó una vida monacal, mortificando el cuerpo y el alma para impulsar más su intelecto.

Los años desaparecieron y sintió la novedad de sí mismo, así como la novedad de la propia escena. Se sentía rodeado de limpieza, novedad y de una repentina sensación de gloria.

Finalmente, la vitrina se dirigió a él.

-¿Por qué no prueba el «Vívalo», señor?

Bishop giró con rapidez, observando a su alrededor.

-¿Te refieres...?

-A la tercera habitación -dijo la vitrina-. La encontrará muy divertida.

-¡El vívalo!

-Eso es -confirmó la vitrina-. Se coge y se vive.

Algo que sonaba como si se hubiera extraído del libro de Alicia en el país de las maravillas.

-Es seguro -dijo la vitrina-. Es perfectamente seguro. Puede regresar en cualquier momento que lo desee.

-Gracias -dijo Bishop.

Penetró en la habitación y se sentó en la silla, estudiando los botones que había en los brazos.

¿Historia?

Podría venir muy bien, se dijo a sí mismo. Sabía un poco de historia. Había estado interesado en ella, asistió a varios cursos y también a numerosas conferencias suplementarias.

Y entonces apretó el botón de «Historia».

Delante de la silla se encendió un panel y apareció un rostro; era el rostro de un kimoniano, con ese tono bronceado y dorado y esa belleza clásica de la raza.

«¿Es que no habrá ninguno de ellos que sea feo? -se preguntó Bishop-. ¿No hay ninguno feo, o lisiado, como en el resto de la humanidad?» -¿Qué tipo de historia, señor? -le preguntó el rostro de la pantalla.

-¿Tipo?

-Galáctica, kimoniana, Tierra... casi cualquier lugar que usted desee.

-Tierra, por favor -contestó Bishop.

-¿Especificaciones ?

-Inglaterra -dijo Bishop-. El 14 de octubre de 1066. En un lugar llamado Senlac.

Y se encontró allí.

Ya no estaba en la habitación, sentado en aquella única silla y rodeado por las cuatro paredes desnudas, sino que se encontraba sobre una colina, con un soleado tiempo otoñal, con el dorado y el rojo de los árboles y el color azulado de la neblina y los gritos de los hombres.

Librodot

Permaneció como enraizado sobre la hierba que se movía impulsada por el viento, sobre la ladera de la colina, y vio que la hierba se había convertido en heno con el tiempo y el brillo del sol... y más allá de la hierba y de la colina, agrupados en la llanura, vio a un desordenado grupo de hombres montados a caballo, con el sol brillando sobre sus cascos y reflejándose en sus escudos, y con los estandartes del leopardo ondeando al viento.

Era el sábado 14 de octubre y sobre la colina se encontraban las huestes de Harold, detrás de sus escudos y antes de que el sol cobrara más fuerza se pondrían en movimiento para configurar el destino del imperio.

Taillefer, pensó. Taillefer cabalgará en la vanguardia de la carga de Guillermo, cantando la *Chanson de Roland* y haciendo girar su espada en el aire para convertirla así en una rueda de fuego con la que dirigir a los otros.

Los normandos se lanzaron a la carga y allí no apareció Taillefer. No hubo nadie que hiciera girar su espada en el aire. No hubo canciones. Sólo se escucharon gritos y el terrible rugido de los hombres cabalgando hacia su muerte.

Los hombres montados a caballo estaban cargando directamente hacia él y él se dio media vuelta y trató de echar a correr, pero no pudo alejarse mucho y ellos se abalanzaron sobre él. Vio el brillo de los cascos de los caballos y el acero cruel de las herraduras, la brillante punta de las lanzas, las vacilantes vainas de las espadas, vacías, el rojo y el verde y el amarillo de las capas, lo deslustrado de las armaduras, las abiertas y rugientes bocas de los hombres... y estaban ya sobre él. Y pasaron a través de él y sobre él, como si no estuviera allí.

Dejó de correr, con el corazón martilleándole en el pecho y, como si lo sintiera desde algún lugar muy lejano, notó el viento producido por los caballos lanzados a la carga, que corrían a su alrededor.

Sobre la colina se escuchaban fuertes gritos de «¡Ut! ¡Ut!» y el agudo y nítido choque del acero. A su alrededor se levantaban nubes de polvo y en alguna parte, a su izquierda, un caballo estaba agonizando. Por entre el polvo, distinguió la figura de un hombre, que bajaba corriendo la colina. Tropezó y cayó y se levantó y echó a correr de nuevo y Bishop pudo ver que de su armadura desgarrada surgía la sangre que se deslizaba por el metal, rociando a los muertos, salpicando la hierba seca mientras corría colina abajo.

Los caballos regresaron de nuevo, algunos de ellos sin jinete, cabalgando con sus cuellos estirados hacia adelante, con las riendas sueltas al viento, con la espuma surgiendo de sus bocas.

Un hombre se dobló sobre la silla y cayó, pero su pie quedó enganchado del estribo y su caballo, tirando de él, le arrastró a su lado.

Arriba, sobre lo más alto de la colina, los guerreros sajones estaban gritando, llenos de júbilo y a través del polvo que ya iba cayendo, vio los cuerpos destrozados caídos junto al muro protector.

¡Dejadme salir de aquí!, estaba gritándose Bishop a sí mismo. *¿Cómo salgo de aquí? ¡Dejadme salir...!*

Y se encontró fuera, de nuevo en la habitación, con su única silla y las cuatro paredes desnudas.

Se sentó allí tranquilamente y pensó:

Allí no estaba Taillefer.

No había nadie cabalgando y cantando y haciendo girar su espada en el aire.

Librodot

La historia de Taillefer no era más que la imaginación de algún copista que había improvisado sobre la misma historia, mientras permanecía ajeno a la escena durante todo el tiempo.

Pero los hombres habían muerto. Habían bajado cabalgando por la colina, vacilantes a causa de sus heridas, y habían muerto. Se habían caído de sus caballos, siendo arrastrados hasta la muerte por sus enloquecidas monturas. Habían bajado arrastrados por la colina, quedándoles sólo unos pocos minutos de vida y con un susurro en sus gargantas.

Se levantó y se dio cuenta de que le temblaban las manos.

Se dirigió, con paso vacilante, hacia la habitación contigua.

-¿Se va a acostar, señor? -preguntó la vitrina.

-Sí, creo que lo haré -contestó Bishop.

-Muy bien, señor. Cerraré y apagaré. -Eso es muy amable por tu parte. -Simple rutina, señor -dijo la vitrina-. ¿Desea alguna cosa más?

-Nada más -contestó Bishop-. Buenas noches. -Buenas noches -dijo la vitrina.

IX

A la mañana siguiente se dirigió a la agencia de empleo que encontró en un rincón del vestíbulo del hotel.

No había nadie allí excepto una chica kimomana, una rubia alta, perfectamente configurada. Una mujer, pensó Bishop, extraída de algún mito griego clásico, una diosa rubia traída a la vida y a la belleza. No llevaba puesta la fluida vestimenta griega, pero podría haberla llevado. Para decir la verdad, llevaba puesta muy poca cosa, y así era mucho mejor.

-Es usted nuevo -dijo ella.

El asintió con un gesto.

-Espere, ya lo sé -dijo ella, mirándole-. Selden Bishop, edad, veintinueve años terrestres; coeficiente de inteligencia, 160.

-Sí, señora -admitió él.

Le hizo sentirse como si tuviera que inclinarse y restregarse por el suelo.

-Administración de negocios, ¿verdad? -preguntó ella.

Y volvió a asentir con un gesto.

-Por favor, siéntese, señor Bishop, y hablaremos al respecto.

Se sentó y estuvo pensando: no es correcto que una mujer tan hermosa sea tan grande y fornida. Ni tan competente.

-A usted le gustaría empezar a hacer algo -dijo la chica.

-Eso es lo que pensaba.

-Se especializó usted en administración de negocios. Me temo que no hay muchas salidas en ese campo en particular.

-En realidad, no espero demasiado para empezar -le dijo Bishop con lo que esperaba fuese una actitud modesta y realista-. Casi me conformaría con cualquier cosa, hasta que pueda demostrar mi valor.

Librodot

-Tendrá que empezar desde el principio. Y eso le costará dos años de entrenamiento. No sólo en métodos, sino también en actitudes y filosofía.

-Yo no...

Dudó Había querido decir que no le importaría. Pero le importaría. Si, le importaría mucho.

-Pero me he pasado años... -dijo-. Sé.., -¿Negocios kimonianos?

-¿Hay tanta diferencia?

-Supongo que lo sabe todo sobre, por ejemplo, contratos.

-Claro que lo sé.

-En todo Kimon no hay nada que se *parezca a* un contrato.

-Pero...

-No hay necesidad de ninguno.

-¿Integridad?

-Eso, y también otras cosas.

-¿Otras cosas?

-Ahora no lo comprendería.

-Inténtelo.

-Sería inútil, señor Bishop. Se trata de conceptos completamente nuevos para usted. Conceptos de comportamiento, de motivaciones. En la Tierra, la motivación es el beneficio...

-¿No lo es aquí?

-En parte. En una parte muy pequeña.

-¿Y los otros motivos...?

-Desarrollo cultural, por ejemplo. ¿Puede imaginarse una necesidad de desarrollo cultural que sea tan poderosa como la motivación del beneficio?

-No, no puedo -contestó Bishop con honradez.

-Aquí, sin embargo -dijo la mujer-, es la motivación más fuerte de las dos. Pero eso no es todo. El dinero es otra cosa. En realidad, no tenemos verdadero dinero. Ninguna moneda que cambie de manos.

-Pero hay dinero. Billetes de créditos.

-Únicamente para conveniencia de su propia raza -dijo ella-. Nosotros creamos sus valores de dinero y sus pruebas de riqueza, para poder así contratar sus servicios y pagarles... y puedo añadir que les pagamos muy bien. Hemos pasado por todas las fases. El dinero que hemos creado es tan válido como cualquier otro de la galaxia. Está respaldado por depósitos efectuados en bancos terrestres y es de circulación legal en lo que a ustedes concierne. Pero los kimonianos no empleamos dinero entre nosotros.

-No lo entiendo -admitió Bishop, sin saber qué decir.

-Claro que no puede entenderlo -dijo ella-. Es algo completamente nuevo para usted. Su cultura está constituida de modo que tiene que existir una cierta seguridad física de la riqueza de cada persona, así como de su valor. Aquí no necesitamos de esa clase de seguridades físicas. Aquí, cada persona lleva en su cabeza la simple contabilidad de su debe y su haber. Está allí

Librodot

para que cada persona la sepa. Está allí para que sus amigos y socios de negocios vean en cualquier momento lo que deseen.

-Entonces, no es negocio -dijo Bishop-. Al menos, no es negocio tal y como yo pienso en él.

-Exactamente -admitió ella.

-Pero yo estoy entrenado para los negocios. Yo me pasé... .

-Años y años de estudio Pero sobre los métodos de negocios de la Tierra, no de Kimon.

-Pero aquí hay hombres de negocios. Cientos de ellos.

-¿Los hay? -preguntó ella.

Y le estaba sonriendo. No era una sonrisa de superioridad, y tampoco de sarcasmo... simplemente, le sonreía.

-Lo que necesita es establecer contacto cor kimonianos -dijo ella-. Una oportunidad para conocer lo que quiere hacer. Una oportunidad para apreciar nuestro punto de vista y comprender un poco cómo hacemos las cosas.

-Eso me parece bien -dijo Bishop-. ¿Cómo lo puedo hacer?

-Ha habido casos -dijo la mujer- en que la gente de la Tierra ha vendido sus servicios como acompañantes.

-No creo que eso me vaya muy bien. Suena... bueno como si se tratara de cuidar bebés o de leer algo a señoras viejas, o...

-¿Sabe tocar algún instrumento, o cantar? Bishop sacudió la cabeza, negando. -¿Pintar? ¿Dibujar? ¿Bailar? No sabía hacer nada de aquello. -Quizá boxear -preguntó la chica-. Combate físico. Eso es popular a veces, si no se hace demasiado a fondo.

-¿Se refiere a la lucha de competición? -Creo que es así como lo describen ustedes. -No, no sé hacerlo -dijo Bishop. -Eso no nos deja con muchas cosas -comentó ella mientras recogía algunos papeles. -¿Transporte? -preguntó él. -El transporte es una cuestión personal. Claro que lo era, se dijo. Por medio de la telequinesis se podía transportar uno mismo o cualquier cosa que uno deseara mover con la mente... sin ninguna ayuda mecánica.

-Comunicaciones -apuntó débilmente-. Pero supongo que será lo mismo, ¿verdad? Ella asintió con un gesto. Con la telepatía, no podía ser de otro modo. -¿Posee conocimientos sobre transporte y comunicaciones, señor Bishop?

-Sí, según la variedad de la Tierra -contestó Bishop-. Supongo que eso no sirve de nada aquí. -Absolutamente de nada -confirmó ella-. Pero puede que organicemos sesiones de lectura. Algunos de nosotros le ayudarán a reunir todos sus materiales.

-No sirvo para eso -dijo Bishop, haciendo un gesto negativo con la cabeza.

Ella se levantó.

-Ya le miraré algo -dijo-. Vuelva a pasarse por aquí. Encontraremos algo que se adapte a usted.

-Gracias -dijo él.

Y regresó al vestíbulo del hotel.

X

Salió a dar un paseo.

Librodot

No había carreteras ni caminos.

No había nada.

El hotel estaba en la llanura y no había nada más.

Ningún edificio a su alrededor. Ningún pueblo. Nada de carreteras. Nada.

Permanecía allí, enorme y adornado y solitario, como un pastel de bodas colocado fuera de lugar.

Se elevaba reciamente contra el horizonte, pues no había ningún otro edificio con el que pudiera armonizar o que pudiera suavizar su aspecto. Tenía el aspecto de algo que alguien había dejado caer allí, abandonándolo a causa de las prisas.

Deambuló por la llanura, dirigiéndose finalmente hacia unos árboles que, según pensó, debían de señalar el curso de un río, y se preguntó por qué no habría allí ni caminos, ni carreteras, pero, de repente, se dio cuenta del porqué no los había.

Pensó en los muchos años que se había pasado metiendo en su cerebro teoría sobre la administración de negocios, y recordó el enorme libro de extractos de las cartas enviadas a casa desde Kimon, indicando que allí se podían hacer grandes negocios y se podían ocupar puestos de responsabilidad.

Y se le ocurrió pensar entonces que había algo en común en todos aquellos extractos del libro..., que los negocios y los puestos de responsabilidad eran siempre indicados de una forma velada, pero que nadie decía con exactitud lo que estaba haciendo, en qué estaba trabajando.

¿Por qué lo hicieron así?, se preguntó. ¿Por qué nos engañaron a todos?

Aunque, desde luego, en aquella cuestión tenía que haber más de lo que él mismo sabía. Apenas si hacía algo menos de un día completo que estaba en Kimon. La rubia de aspecto griego le había dicho que echaría un vistazo. «Ya le miraré algo -había dicho-. Encontraremos algo que se adapte a usted.» Siguió andando por la llanura y llegó a la hilera de árboles y encontró la corriente. Era una corriente de pradera. El agua cristalina fluía amplia y perezosamente por entre las dos riberas cubiertas de hierba. Echándose sobre su estómago para poder mirar hacia el fondo, vio el brillo de los peces, por debajo del agua.

Se quitó los zapatos y jugueteó con los pies metidos en el agua, moviéndolos un poco para chapotear en ella, mientras pensaba:

Ellos lo saben todo sobre nosotros. Conocen nuestra vida y nuestra cultura. Conocen los estandartes de leopardo y qué aspecto tuvo que haber tenido Senlac el sábado 14 de octubre de 1066, con las huestes inglesas fortificadas sobre la colina y las huestes de Guillermo preparándose para el ataque, debajo.

Conocen todo aquello que nos atrae y nos dejan venir; y, puesto que nos dejan venir, tiene que haber algún valor en nosotros.

¿Qué había dicho aquella chica, la que estuvo flotando en la silla del bar y que después se marchó sin haber tomado siquiera su bebida? Había dicho algo sobre poca diversión. Se acostumbra uno a ello, dijo. Si no se piensa mucho al respecto, se acostumbra uno a ello.

«Venga a verme dentro de una semana -había dicho-. Usted y yo podremos hablar dentro de una semana.» Y le había llamado Buster.

Bueno, quizá tenía algún derecho a llamarle así.

El había permanecido con la mirada fija y como una especie de castor ávido. Y, probablemente, con un aspecto de ignorancia.

Librodot

Ellos nos conocen, ¿y cómo es que nos conocen?

La escena de Senlac podía haber sido representada, pero no lo creía así... Había en todo aquello una realidad extraña e inexorable que parecía meterse bajo la piel de uno; era como una especie de sensación de cosquilleo, que le decía a uno que todo aquello era cierto, que así era como había sucedido y había sido. Que no había ningún Taillefer, y que un hombre murió con las entrañas arrastradas sobre la hierba y que los ingleses gritaron: «¡Ut! ¡Ut!», lo que podría haber significado casi cualquier cosa, o nada de nada, pero que probablemente significaba Out (Fuera).

Permaneció allí, sentado, frío y solitario, preguntándose cómo diablos lo harían. Cómo habían hecho posible que un hombre apretara un botón y viviera una escena muerta desde hacía muchísimo tiempo, y pudiera ver la muerte de los hombres que ya hacía tanto tiempo que se habían convertido en polvo, mezclado con la tierra.

No había forma de saberlo, desde luego.

No valía la pena suponer nada.

Morley Reed le había dicho que la información técnica revolucionaría todo nuestro modelo económico.

Recordó a Morley, andando arriba y abajo de la habitación, diciéndole:

«Tenemos que descubrir algo sobre ellos. Tenemos que conseguirlo.» Y había una forma de descubrirlo.

Había una forma espléndida.

Sacó los pies del agua y se los secó con un puñado de hierba. Volvió a ponerse los zapatos y se dirigió hacia la oficina de empleo del hotel.

La diosa rubia todavía estaba allí.

-A propósito de ese trabajo de cuidar bebés -dijo.

Ella le miró, asombrada por un instante... terrible, casi infantilmente asombrada, pero su rostro volvió a adquirir rápidamente su expresión de máscara de diosa.

-¿Sí, señor Bishop?

-Me lo he pensado -dijo-. Si tiene esa clase de trabajo, creo que lo aceptaré.

XI

Aquella noche, permaneció largo rato en la cama, sin dormir, haciendo inventario de sí mismo y de la situación, y tomó una decisión que podía no ser tan mala como él pensaba que era.

Al parecer, había trabajos disponibles. Los kimonianos hasta parecían ansiosos de que uno consiguiera un trabajo. Y aun cuando éste no fuera la clase de trabajo que un hombre pudiera desear o para el que fuera adecuado, sería, por lo menos, un comienzo. A partir de ese primer paso, un hombre podía elevarse. Tendría que ser un hombre inteligente, claro está. Y todos los hombres y mujeres, todos los terrestres que estaban en Kimon, eran, sin duda alguna, inteligentes. De no serlo, no estarían allí para intentar empezar nada.

Todos ellos parecían ir saliendo adelante. Aquella noche no había visto ni a Monty ni a Maxine, pero había estado hablando con otros y todos ellos parecían sentirse satisfechos... o al menos mantenían el aspecto de personas que se sienten satisfechas. Bishop se dijo que si hubiera una insatisfacción general, ni siquiera existiría la apariencia de sentirse satisfecho, pues

Librodot

no hay nada que le guste más a un terrestre que absorber la atención de otro con sus problemas. Y él no había oído decir nada de aquello... absolutamente nada.

Había oído decir algunas cosas más sobre el comienzo de la actuación de los equipos atléticos, y estuvo hablando con varios hombres que se mostraron entusiasmados con ello, como fuente de ingresos.

También habló con otro hombre llamado Thomas que era un experto en jardinería en una de las grandes fincas kimonianas, y que le estuvo hablando durante una hora o más del crecimiento de las flores exóticas. También conoció a un hombre pequeño llamado Williams que permaneció sentado en el bar, junto a él, y que le habló con entusiasmo de su misión de escribir un libro de baladas basado en la historia kimoniana, y a otro hombre llamado Jimson que estaba esculpiendo una estatua para una de las familias nativas.

Si un hombre podía conseguir un trabajo satisfactorio, pensó Bishop, la vida podría ser agradable aquí, en Kimon.

Podía considerar, por ejemplo, las habitaciones que tenía. Un mobiliario maravilloso, mucho mejor que el que hubiera podido esperar en casa. Una vitrina-robot siempre dispuesta, que preparaba bebidas y bocadillos, que planchaba las ropas, se apagaba y se encendía sola y se anticipaba a cualquier deseo apenas semiformado en la mente. Y la habitación..., la habitación con las cuatro paredes desnudas y la única silla en el centro, con los botones en sus brazos. Allí, en esa habitación, podía encontrar instrucción, entretenimiento y aventura. Había elegido muy mal al escoger la batalla de Hastings para su primera prueba. Ahora se daba cuenta. Pero había otros muchos lugares y tiempos y otros muchos incidentes que uno podía experimentar y que serían más agradables y menos sangrientos.

Porque se trataba también de experiencia... y no simplemente de observación. El había estado realmente andando sobre aquella colina. Había tratado de evitar la carga de caballería, aunque, en realidad, no habría tenido por qué hacerlo ya que, al parecer, incluso en medio del acontecimiento se encontraba uno, gracias a alguna dispensa especial, como algo aparte, como un observador interesado, pero inalcanzable.

Y ahora se dijo a sí mismo que habría muchos acontecimientos que valdría la pena observar. Podía uno vivir toda la historia de la humanidad, desde el amanecer prehistórico hasta anteayer... y no sólo la historia de la humanidad, sino también la historia de otras cosas, pues también se le ofrecieron otras categorías de experiencia -kimoniana y galáctica-, además de la de la Tierra.

Algún día, pensó, daré un paseo con Shakespeare. Otro día podré navegar con Colón. O viajar con el Preste Juan y descubrir la verdad sobre él.

Porque aquello era la verdad. Uno podía sentirla.

¿Y cómo es que era la verdad?

Eso no lo podía saber.

Pero todo ello se reducía al hecho de que aun cuando las condiciones pudieran ser extrañas, podía uno hacer una vida de ellas.

Y las condiciones serían extrañas, pues éste era un país extranjero que, además, se encontraba inconmensurablemente más avanzado que la Tierra, tanto en cultura como en tecnología. Aquí no había necesidad de establecer comunicaciones artificiales, ni transportes de tipo mecánico. Aquí no había necesidad de discusiones, puesto que el simple hecho de la telepatía revelaría una persona a la otra, de modo que tampoco había necesidad de establecer contratos.

Tienes que adaptarte, se dijo Bishop.

Librodot

Tienes que adaptarte y jugar el juego de Kimon, pues son ellos los únicos que pueden establecer las reglas. Sin que nadie se lo pidiera, había llegado a su planeta y ellos le habían permitido quedarse y, desde el momento en que se quedaba, necesariamente tenía que conformarse.

-¿No puede usted descansar, señor? -preguntó la vitrina desde la otra habitación.

-No es que no pueda descansar -dijo Bishop-, es que estoy pensando.

-Le puedo suministrar un sedante. Un sedante muy suave y agradable.

-No, no quiero un sedante -dijo Bishop.

-Entonces -dijo la vitrina-, quizá me permita cantarle una canción de cuna.

-¡Estupendo! -exclamó Bishop-. Una canción de cuna es precisamente lo que necesito.

Y así, la vitrina le cantó una canción de cuna y, al cabo de un rato, Bishop se quedó dormido.

XII

La diosa kimoniana de la oficina de empleo le dijo a la mañana siguiente que había un trabajo para él.

-Una familia nueva -le dijo. Bishop se preguntó si debería sentirse contento por el hecho de que se tratara de una familia nueva, o si habría sido mejor que fuera una familia ya madura.

-Nunca han tenido antes a un ser humano -dijo ella.

-Es muy bueno por su parte que se decidan finalmente a tener uno -comentó Bishop.

-El salario es de cien créditos diarios -dijo la diosa.

-¡Cien...!

-Sólo trabajará durante el día -siguió diciendo ella-. Yo le teletransportaré allí cada mañana y, por la tarde, ellos le teletransportarán de regreso.

-¡Cien...! -Bishop tragó saliva-. ¿Qué tengo que hacer?

-Simple compañía -contestó la diosa-. Pero no se preocupe. Les vigilaremos, y si le maltratan...

-¿Maltratarme ?

-Hacerle trabajar demasiado duro o...

-Señorita -dijo Bishop-, por cien créditos diarios yo...

-¿Aceptará el traba]o? -le preguntó ella, cortándole.

-Encantado -contestó Bishop.

-Permítame...

El universo desapareció, como si se contrajera, y después volvió a aparecer, como si se desplegara.

Se encontró de pie en un nicho y frente a él vio una cañada de bosque, con una cascada, y desde donde estaba podía oler el fresco y húmedo aroma del agua que caía. Había helechos y árboles. Árboles enormes, como esos nudosos robles que a los ilustradores les encanta dibujar para ilustrar las historias del rey Arturo y de Robín Hood y otras de la antigua Inglaterra... la clase de robles de los que los druidas habrían cortado el muérdago.

Un camino corría a lo largo de la corriente, subiendo por el descarpado inclinado seguido por la cascada, y notó el ligero soplo del viento que traía consigo música y perfume.

Una chica bajó por el camino. Era kimoniana, pero no parecía tan alta como las otras que había visto, y era algo menos similar a una diosa.

Contuvo la respiración y la observó. Por un momento, se olvidó de que ella era kimoniana y la consideró únicamente como una bonita muchacha que iba andando por un camino, en el país de las maravillas. Era hermosa, se dijo, era encantadora.

Ella le vio y aplaudió con las manos.

-Usted debe de ser él -dijo.

Bishop salió del cubículo.

-Le estábamos esperando -le dijo-. Esperábamos que no hubiera ningún retraso y que le enviaran inmediatamente.

-Me llamo Selden Bishop. y me han dicho...

-Claro que es usted -dijo ella, cortándole-. Ni siquiera necesitaba decírmelo. Está escrito en su mente.

»¿Qué le parece nuestra casa? -preguntó ella, haciendo girar una mano a su alrededor.

-¿Casa?

-Desde luego. Esto. Naturalmente, sólo es la sala de estar Nuestras habitaciones están arriba, en las montañas. Pero cambiamos esto ayer mismo. Todos trabajamos muy duro. Espero que le guste. Porque, ¿sabe?, es de su planeta. Pensamos que eso le haría sentirse como en su casa.

-Casa... -volvió a decir él.

Ella extendió una mano y la colocó sobre su brazo.

-Se siente usted muy trastornado -dijo ella-. No empieza usted a comprender.

-Acabo de llegar -dijo Bishop, sacudiendo su cabeza.

-¿Pero le gusta?

-Claro que sí -confirmó Bishop-. Es un paisaje que parece sacado de la antigua leyenda del rey Arturo. En cualquier momento podría esperar uno ver a Lancelot o a Ginebra, o a cualquiera de los otros caballeros, cabalgando a través de los bosques.

-¿Conoce usted las historias?

-Claro que las conozco. He leído a Tennyson.

-¿Y nos las contará?

El la miró, un poco sorprendido.

-¿Quiere decir que desea escucharlas?

-¡Oh! Claro que sí. ¿Para qué otra cosa le habríamos traído aquí, si no?

Y así era, desde luego.

¿Para qué le habían traído?

-¿Quiere que empiece ahora mismo? -preguntó.

-Todavía no -contestó-. Tiene que encontrarse también con los demás. Me llamo Elaine. No es así exactamente, desde luego. Es algo más, pero Elaine es lo más aproximadamente que llegará usted a decirlo.

Librodot

-Podría intentar con el otro nombre. Soy bastante bueno en idiomas.

-Elaine ya está bien -dijo ella con descuido-. Venga.

Echó a andar por el camino y él la siguió por la inclinación.

Y, mientras caminaba, vio que, en efecto, era una casa... que los árboles eran pilares que sostenían un cielo artificial que, de algún modo, no parecía tan artificial, y que las zonas entre los árboles terminaban en grandes ventanas que daban a la llanura pelada.

Pero la hierba y las flores, los helechos y el musgo eran reales, y tenía la sensación de que los árboles también tenían que serlo.

-No importa si son reales o no -le dijo Elaine-. En realidad, no podría usted decir cuál es la diferencia.

Llegaron a la parte superior de la inclinación, a una zona similar a un parque, donde la hierba estaba cortada tan a ras de suelo y tenía un aspecto tan aterciopelado que se preguntó por un instante si se trataba realmente de hierba.

-Lo es -le dijo Elaine.

-Capta usted todo lo que pienso -dijo él-. ¿No es...?

-Todo -dijo Elaine, volviendo a interrumpirle.

-Entonces, no tengo que pensar.

-¡Oh! Pero nosotros queremos que lo haga -le dijo-. Eso forma parte de todo.

-¿Parte de la razón por la que me han traído?

-Exactamente -contestó ella.

En medio de la zona similar al parque había una especie de pagoda, algo frágil y ligero que parecía estar hecho de luz y sombra antes que de cualquier cosa con sustancia, y a su alrededor había media docena de personas.

Estaban riendo y charlando, y el sonido que producían era como el sonido de la música... muy feliz, pero, al mismo tiempo, música sofisticada.

-Ahí están -dijo Elaine-. Vamos -añadió, dirigiéndose a él.

Ella echó a correr y la forma en que lo hizo fue como volar. Bishop contuvo la. respiración ante la esbeltez y la gracia de la mujer.

Echó a correr detrás de ella y no hubo ninguna gracia en la forma como lo hizo. Pudo sentir la pesadez al hacerlo. Fue un brinco antes que una carrera, un salto torpe en comparación con la carrera de Elaine.

Como un perro, pensó. Como un gran cachorro tratando de mantenerse a nivel, cayendo, tropezando con sus propios pies, con la lengua colgándole y jadeando.

Trató de correr con mayor gracia y de eliminar este pensamiento de su mente.

No tengo que pensar. No tengo que pensar nada. Ellos lo captan todo. Se reirán de ti.

Se *estaban* riendo de él.

Podía sentir sus risas, la silenciosa y graciosa diversión que se abría paso en sus mentes.

Ella llegó hasta donde estaba el grupo y esperó.

Librodot

-¡Dese prisa! -le gritó, y aunque sus palabras fueron pronunciadas con amabilidad, pudo sentir el tono de diversión en ellas.

Se dio más prisa. Se abalanzó hacia ellos. De algún modo, llegó, jadeante. Se sentía sin aliento, sudoroso y extremadamente grosero.

-Este es el que nos han enviado -dijo Elaine-. Se llama Bishop. ¿No os parece un nombre maravilloso?

Ellos le observaron, asintiendo con expresión seria.

-Nos contará historias -dijo Elaine-. Conoce las historias que corresponden a un lugar como éste.

Le estaban mirando con amabilidad, pero él podía sentir la diversión encubierta, que aumentaba por momentos.

-Este es Paul -le dijo ella a Bishop-. Y ese que está ahí es Jim. Betty. Jane. George. Y la que está al final es Mary.

-Comprenderá que éstos no son nuestros nombres -dijo Jim.

-Son aproximaciones -añadió Elaine-. Lo mejor que puedo hacer.

-Se acercan todo lo que él las puede pronunciar -dijo Jane.

-Si al menos me dieran una oportunidad para intentarlo -dijo Bishop, deteniéndose de pronto.

Eso era lo que ellos deseaban. Querían que protestara y que se avergonzara. Deseaban que se sintiera incómodo.

-Pues claro que no -dijo Elaine.

No tengo que pensar. Tengo que intentar evitar pensar. Ellos lo captan todo.

-Sentémonos -dijo Betty-. Bishop nos contará historias.

-Quizá nos describa su vida en la Tierra -le dijo Jim-. Me gustaría mucho conocerla.

-Creo que tienen ustedes un juego llamado ajedrez -dijo George-. Nosotros no podemos jugar, claro. Ya sabe que no podemos hacerlo. Pero me gustaría mucho discutir con usted la técnica y la filosofía del ajedrez.

-Uno detrás de otro -dijo Elaine-. Primero nos contará historias.

Se sentaron sobre la hierba, en un apretado círculo.

Todos le estaban mirando, esperando que empezara a hablar.

-En realidad, no sé por dónde empezar -dijo entonces él.

-Eso es evidente -contestó Betty-. Debe empezar por el principio.

-Muy bien -admitió Bishop.

Y respiró profundamente.

-Una vez, hace mucho tiempo, en la isla de Bretaña, hubo un gran rey llamado Arturo...

-Ycelpt -dijo Jim.

-¿Ha leído usted las historias?

-La palabra estaba en su mente.

-Se trata de una palabra antigua, muy arcaica. En algunas versiones de los cuentos...

Librodot

-Me gustará discutir alguna vez esa palabra con usted -dijo Jim.

-Siga contando su historia -dijo Elaine.

Volvió a respirar profundamente.

-Una vez, hace mucho tiempo, en la isla de Bretaña, hubo un gran rey llamado Arturo. Su reina se llamaba Ginebra, y Lancelot era su más fiel caballero...

XIII

Encontró el escritorio en la mesa situada en la sala de estar. Se sentó a escribir una carta.

Escribió el saludo en la máquina:

Querido Morley:

Se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

¿Qué le diría?

¿Qué le podía decir?

¿Que había llegado sano y salvo y que ya tema un trabajo?

¿Que en aquel trabajo ganaba cien créditos diarios... diez veces más de lo que un hombre en su puesto podría ganar haciendo cualquier trabajo en la Tierra?

Se dirigió de nuevo hacia el escritorio.

Y escribió:

Solo *una nota para hacerte saber que llegué sano y salvo y que ya tengo un trabajo. Quizá no sea un trabajo muy bueno, pero cobro cien créditos diarios y eso es mucho mejor de lo que podría haber conseguido en la Tierra.*

Se levantó y volvió a pasear por la habitación.

Tenía que decirle algo más que aquello. Algo más que unas simples frases.

Empezó a sudar, mientras andaba.

¿Qué le podía decir?

Regresó de nuevo al escritorio.

Para enterarme con mayor rapidez de las condiciones y costumbres de aquí, he aceptado un trabajo que me mantendrá en contacto con los kimonianos. Creo que son una gente estupenda, aunque a veces algo difíciles de comprender. No me cabe la menor duda de que, dentro de no mucho tiempo, llegaré a comprenderles y a quererles de veras.

Apartó la silla hacia atrás y se quedó mirando lo que había escrito.

Se dijo a sí mismo que aquélla era como cualquier otra de las miles de cartas que había leído.

Se imaginó mentalmente aquellas otras miles de cartas, escritas por otras tantas personas, sentadas para escribir su primera carta desde Kimon, buscando en sus mentes para encontrar pequeñas fábulas amables, buscando la mentira ligeramente coloreada, el bálsamo que pudiera salvar su orgullo. Ansiando encontrar las palabras que no revelarían toda la verdad:

Mi tarea consiste en entretener y divertir a una determinada familia. Les cuento historias y dejo que se rían de mí. Lo hago porque no estoy dispuesto a admitir que la fábula de Kimon es una trampa para bobos y que yo he caído en ella...

No, nunca haría ningún bien escribir así.

Tampoco podía escribir:

Continúo a pesar de ellos mismos. Mientras gane cien créditos diarios, pueden reírse de mí todo lo que quieran. Me quedo aquí, sacando mis ganancias, sin importarme lo que...

Pero allí, en la Tierra, él era uno de los mil. Allí hablaban de él en susurros, porque había conseguido pasar las pruebas.

Y ahora recordaba a los hombres de negocios de la nave, diciéndole: «El que consiga solucionar este asunto de Kimon es el que conseguirá hacer grandes negocios», y hablaban a continuación en términos de miles de millones, si es que alguna vez necesitaba respaldo económico.

Recordaba a Morley, paseando de un lado a otro de la habitación. Poner un pie en la puerta, había dicho: «Alguna forma de descubrirles. Alguna forma de comprenderles. Cualquier pequeña cosa..., nada grande, sino pequeño. Cualquier cosa, excepto el rostro inexpresivo que Kimon vuelve hacia nosotros.» Tenía que terminar la carta de algún modo. No podía dejarla pendiente y tenía que escribirla.

Volvió de nuevo al escritorio:

Te escribiré más adelante con mayor amplitud. Por el momento tengo prisa.

Frunció el ceño al leer lo escrito.

Pero, escribiera lo que escribiese, sería incorrecto. Eso no era nada peor que cualquier otra docena de cosas que podía haber escrito.

Tengo que darme prisa para asistir a una conferencia.

Tengo una cita con un cliente. He de estudiar una serie de documentos. Todas estas frases eran incorrectas. ¿Qué se suponía que debía hacer un hombre? Escribió:

Pienso a menudo en ti. Escríbeme cuando puedas.

Morley le escribiría. Una carta entusiasta. Una carta en la que se podría descubrir una fina sombra de envidia. La carta propia de una persona que desearía estar en Kimon, pero que no podía estar allí.

Porque todo el mundo deseaba ir a Kimon. Había una enorme cantidad de personas que lo deseaban.

No podía uno decir la verdad, cuando todo el mundo estaría dispuesto a dejarse cortar su brazo derecho por ir.

No podía uno decir la verdad cuando se era un héroe y cuando la verdad le convertiría a uno en un paria galáctico.

Y las cartas recibidas de casa, esas cartas llenas de orgullo, envidiosas, cartas en las que se reflejaba la felicidad al saber que a uno le iban tan bien, las cosas... todas esas cartas serían únicamente otras tantas cadenas que le atarían a uno a Kimon y a la mentira de Kimon.

-¿Qué tal una copa? -preguntó a la vitrina.

-Sí, señor -contestó ésta-. La preparo en seguida, señor.

-Una bien grande -dijo Bishop-, y que sea fuerte.

Librodot

-Será grande y fuerte, señor.

XIV

Se la encontró en el bar.

-¡Que me cuelguen si no es Buster! -exclamó ella, como si se encontraran allí con frecuencia.

Se sentó en la silla, junto a ella.

-Esa semana ya casi ha pasado -dijo.

-Te hemos estado observando -dijo ella, asintiendo-. Lo estás soportando bastante bien.

-Trataste de decírmelo.

-Olvídalo -dijo ella-. Sólo fue una equivocación por mi parte. Es una pérdida de tiempo el decírselo a cualquiera de ellos. Pero parecías inteligente y con unos oídos no demasiado secos. Sentí lástima de ti.

Ella le miró, por encima del borde de su vaso.

-No tendría que habértela tenido -dijo ella.

-Y yo tendría que haber escuchado.

-Nunca lo hacen -dijo Maxine.

-Hay otra cosa -comentó él-. ¿Por qué no ha trascendido? ¡Oh, claro! Yo también he escrito cartas. No he llegado a admitir a qué se parecía esto. Ni tampoco tú. Ni el hombre que está cerca de ti. Pero durante todos estos años que hemos estado aquí, alguno...

-Todos somos iguales -dijo ella-. Tan iguales como guisantes en la vaina. Somos los ungidos, los elegidos, tenaces, llenos de vanidad, poco comunes. Todos nosotros hemos conseguido llegar aquí. A pesar del infierno y de las inundaciones, hemos conseguido llegar aquí. No dejamos que nada se interpusiera en nuestro camino y logramos recorrerlo hasta el final. Hemos derrotado a los otros. Ellos están esperando, allá, en la Tierra... me refiero a los que derrotamos. Ellos nunca volverán a ser los mismos de antes. ¿No lo comprendes? Ellos también tenían orgullo y su derrota les dolió. Ninguna otra cosa les gustaría más que saber lo que es esto en realidad. Y en eso es precisamente en lo que todos nosotros pensamos cuando nos sentamos a escribir una carta. Pensamos en las grandes carcajadas que lanzarían aquellos otros miles. Las tranquilas sonrisas de satisfacción. Pensamos en nosotros mismos como personas que se esconden para no ser vistas, haciéndonos pequeños para que nadie se dé cuenta de nuestra presencia...

Ella cerró una mano y lanzó el puño contra la camisa de él.

-Esa es la contestación, Buster. Esa es la razón por la que nunca escribimos la verdad. Y ésa es también la razón por la que nunca regresamos.

-Pero esto ha continuado así durante años. Casi durante cien años. Durante todo ese tiempo, alguien tendría que haberse desmoronado...

-¿Y perder todo esto? -preguntó ella-. ¿Perder así una vida tan fácil? Las buenas bebidas. La camaradería de las almas perdidas. Y la esperanza. No te olvides de eso.

Siempre queda la esperanza de poder desenmascarar a Kimon, de que todo esto se venga abajo.

-¿Puede suceder?

-No lo sé. Pero si yo estuviera en tu lugar, Busier, no contaría con ello.

-Pero esto no es ninguna clase de vida para una persona decente...

-No lo digas. Nosotros no somos gente decente. Somos gente poco común y débil. Cada uno de nosotros. Y con buenas razones.

-Pero la vida...

-No se lleva una vida decente, si es eso lo que ibas a decir. No hay ninguna estabilidad en nosotros. ¿Niños? Unos cuantos de nosotros tienen hijos y a ellos no les va tan mal como a nosotros, porque no conocen ninguna otra cosa. Un niño que ha nacido esclavo se siente mentalmente mejor que un hombre que en otros tiempos conoció la libertad.

-Nosotros no somos esclavos -dijo Bishop.

-Claro que no -dijo Maxine-. Podemos marcharnos en cualquier momento que queramos. Todo lo que tenemos que hacer es dirigirnos a un nativo y decirle: «Quiero volver a la Tierra.» Eso es todo lo que necesitas hacer. Cualquiera de ellos te puede hacer regresar, con la simpleza con que se lanza un silbido, del mismo modo que envían las cartas, o que te envían a realizar tu trabajo o te devuelven a tu habitación.

-Pero nadie ha regresado.

-Claro que no lo ha hecho nadie -dijo ella.

Permanecieron allí, sentados, tomando sus bebidas.

-Recuerda lo que te he dicho -añadió ella-. No pienses. Esa es la única forma de superarlo. No pienses nunca en ello. Las cosas te van bien. Nunca te han ido tan bien como ahora. Una vida suave. Una vida fácil. Nada de lo que preocuparte. La mejor clase de vida que puede haber.

-Claro -admitió Bishop-. Claro, ésa es la mejor forma de superarlo.

Ella le miró de reojo.

-Estás comprendiéndolo -dijo.

Tomaron otra copa.

En el rincón, un grupo se había reunido y estaban cantando algo. A un par de sillas de distancias, una pareja discutiendo.

-Hay demasiado ruido en este lugar -dijo Maxine-. ¿Quieres ver mis pinturas?

-¿Tus pinturas?

-Es la forma en que me gano la vida. Son bastante malas, pero en realidad nadie se da cuenta de la diferencia.

-Me gustaría verlas.

-Agárrate, entonces.

-¿ Agarrarme... ?

-A mi mente, ya sabes. No hay nada físico en esto. No vale la pena utilizar ascensores.

Librodot

El se la quedó mirando con la boca abierta, asombrado.

-Es algo que se aprende -dijo Maxine-. Nunca se llega a ser muy bueno. Pero se llegan a aprender un par de trucos.

-¿Pero cómo lo puedo hacer?

-Relájate -dijo ella-. Déjate en suspenso. Mentalmente, claro. Así es como se hace. Trata de llegar mentalmente hasta mí. No trates de ayudarme. No puedes.

Se dejó caer en suspenso y se extendió mentalmente hacia ella, preguntándose si lo estaba haciendo de la forma en que debía hacerse.

El universo se contrajo y después volvió a desplegarse.

Ahora se encontraban en otra habitación.

-Eso que he hecho ha sido algo bastante tonto -dijo Maxine-. Algún día me fallará algo y me daré un buen batacazo contra una pared o algo.

Bishop respiró profundamente.

-Monty me pudo leer un poco la mente -comentó-. También me dijo que es algo que se puede lograr hacer... sólo superficialmente.

-Nunca se llega a ser bueno -observó Maxine-. Los humanos no somos... bueno, no somos adecuados para ello, supongo. Se necesitan milenios para desarrollarlo.

Bishop echó un vistazo a su alrededor y emitió un silbido.

-¡Qué lugar tan fantástico! -exclamó.

Lo era, en efecto.

No parecía tratarse de una habitación, aunque disponía de muebles. Las paredes aparecían confusas en la distancia y hacia el oeste había montañas, con los picos llenos de nieve, mientras que por el este corría un río muy silvestre; también había flores y arbustos por todas partes, creciendo del suelo. La estancia aparecía llena de una profunda penumbra azul y en alguna parte, en la distancia, sonaba una orquesta.

-¿Alguna cosa, señora? -preguntó la voz de una vitrina.

-Bebidas -dijo Maxine-. No muy fuertes. Ya hemos estado bebiendo antes.

-No muy fuertes -repitió la vitrina-. Un momento, señora.

-Ilusión -observó Maxine-. Cada uno de los aspectos. Pero se trata de una agradable ilusión. ¿Deseas una playa? Te está esperando. Sólo tienes que pensar en ella. O un casquete polar. O un desierto. O un castillo antiguo. Todo está esperando en las paredes.

-Tu pintura debe de estar dándote buenos beneficios -comentó Bishop.

-No mi pintura, sino mi irritación. Es mejor empezar a sentirse irritado, Buster. Empieza a sentir angustia. Empieza a pensar en el suicidio. Esa es una forma segura de conseguirlo. No tardarán en enviarte más arriba, a una mejor suite de habitaciones. Harán cualquier cosa por mantenerte feliz.

-¿Quieres decir que los kimonianos te cambian automáticamente?

-Claro. Eres un bobo conformándote con las habitaciones inferiores que ahora tienes.

-Me gusta el lugar en el que estoy -le dijo-. Pero esto...

-Ya irás comprendiendo -dijo ella, echándose a reír.

Llegaron las bebidas.

-Siéntate -invitó Maxine-. ¿Quieres una luna?

Y apareció una luna.

-Podría tener dos o tres -dijo ella-, pero eso sería realmente demasiado. Si sólo se tiene una luna, esto se parece un poco más a la Tierra. Parece más cómodo.

-Tiene que haber un límite en alguna parte -observó Bishop-. No pueden estar elevándole a uno indefinidamente. Tiene que llegar un momento en que hasta los kimonianos sean incapaces de producir algo nuevo y desconocido.

-No vivirías el tiempo suficiente -le dijo ella- para que eso se produzca. Eso es lo que sucede siempre con todos los recién llegados. Se subestima a los kimonianos. Se piensa en ellos como si fueran personas, como si se tratara de gente de la Tierra con la única característica de que saben un poco más que nosotros. Pero no son así, en absoluto. Son extraños. Son tan extraños como un hombre-araña.

a pesar de su forma humana. Se adaptan para mantener contacto con nosotros.

-¿Pero para qué quieren mantener contacto con nosotros? ¿Por qué...?

-Buster -dijo ella-, ésa es la pregunta que nunca hacemos. Esa es la pregunta que puede llegar a volverte loco.

XV

Les había contado algo sobre la costumbre humana de salir al campo, de meriendas, y resultó que la idea nunca se les había ocurrido, así es que la aceptaron con un encanto infantil.

Escogieron un lugar agreste, una zona montañosa, llena de profundos barrancos, cubierta de árboles v flores y con un arroyo de montaña con un agua tan clara como el cristal y tan fría como el hielo.

Estuvieron jugando y retozando. Nadaron y tomaron baños de sol y escucharon sus historias, sentados en círculo, estimulándole e interrumpiéndole, aportando argumentos a la discusión.

Pero él se rió de ellos. No lo hizo abiertamente, sino en lo más profundo de su ser, porque ahora sabía que no querían hacer ningún daño, sino que únicamente buscaban diversión.

Semanas antes, había sido insultado y humillado y encolerizado, pero a medida que pasaron los días se fue adaptando a la situación... se obligó a sí mismo a adaptarse. Si deseaban un payaso, entonces sería un payaso para ellos. Si querían hacerle aparecer como un tonto, con campanitas y ropas multicolores, llevaría las ropas y haría sonar alegremente las campanillas.

Había una cierta malicia ocasional en ellos, y también crueldad, pero nada que hiciera daño duradero. Y podía uno arreglárselas muy bien con ellos si se sabía cómo hacerlo, se dijo.

Al llegar la noche, encendieron un fuego y se sentaron a su alrededor, y se pusieron a hablar, reír y juguetear, dejándole solo por una vez. Elaine y Betty habían estado nerviosas. Y Jim se rió de ellas por su nerviosismo.

-Ningún animal se acercará al fuego -dijo.

Librodot

-¿Hay animales? -preguntó Bishop.

-Unos pocos -contestó Jim-. No quedan ya muchos.

El había permanecido allí, mirando fijamente el . fuego, escuchando sus voces, contento por el hecho de que le dejaran en paz por una vez. Tal y como debía sentirse un perro en un momento así, pensó. Como un muñeco escondido en un rincón, a cubierto de un grupo de ruidosos chiquillos que siempre lo están maltratando.

Observó el fuego y recordó otros tiempos -salidas al campo y largas caminatas cuando encendían un fuego y se sentaban a su alrededor, mirando hacia el cielo, observando los viejos y familiares cielos de la Tierra.

Y aquí, también ahora otro fuego.

Y aquí, también había ahora otra salida al campo.

El fuego era terrestre, como también lo era la excursión... pues la gente de Kimon no conocía esta clase de excursiones campestres. Del mismo modo, habría seguramente otras muchas cosas que no sabrían. Muchas otras cosas, quizá. Cosas bárbaras, populares.

«No busques las grandes cosas -le había dicho Morley-. Observa los pequeños detalles, las claves pequeñas».

A ellos les gustaban las pinturas de Maxine porque eran primitivas. Quizá lo fueran, pero tampoco eran muy buenas. ¿Sería que las pinturas también eran algo no conocido por los kimonianos, hasta que no llegaron los terrestres?

¿No habrían, después de todo, puntos débiles en la armadura de los kimonianos? Pequeños puntos débiles, como aquella excursión campestre y pinturas y otras muchas pequeñas cosas por las que valoraban a los visitantes de la Tierra.

En alguna parte de aquellos puntos débiles debía encontrarse la respuesta que él buscaba para Morley.

Permaneció allí, echado, pensando, olvidándose de proteger su mente, olvidándose de que no debía pensar porque sus pensamientos estaban completamente abiertos a ellos.

Sus voces se habían desvanecido y se produjo una solemne quietud nocturna. No tardarían en regresar todos, pensó, ellos a sus casas y él a su hotel. ¿A qué distancia estaría?, se preguntó. ¿A medio mundo o menos? Y, sin embargo, ellos conseguían estar allí con la velocidad instantánea del pensamiento.

Alguien debería poner algo más de leña en el fuego, pensó.

Se levantó él mismo, dispuesto a hacerlo.

Y fue precisamente entonces cuando se dio cuenta de que se encontraba solo.

Se quedó allí, de pie, tratando de tranquilizar su terror.

Ellos se habían marchado, dejándole.

Se habían olvidado de él.

Pero eso no podía ser. Lo más probable era que se hubieran metido en la oscuridad, tratando quizá de hacer alguna travesura, de asustarle. Habían hablado de los animales y después habían desaparecido de la vista mientras él estaba allí, soñando junto al fuego. Ahora estarían esperando, fuera del círculo de luz del fuego, observándole, bebiendo sus pensamientos que revelaban el terror que sentía.

Encontró madera y la puso en el fuego, que chisporroteó y lanzó llamaradas.

Se sentó de mala gana, pero notó que sus hombros estaban instintivamente hundidos, y que el terror de la soledad en un mundo extraño estaba sentado al lado del fuego, junto a él.

Ahora, por primera vez, se dio cuenta del mundo tan extraño que era Kimon. No le había parecido tan extraño antes, excepto durante aquellos pocos minutos que permaneció solo, esperando en el parque, después de que la chalupa le dejara. Pero ni siquiera entonces había sido algo tan extraño como un planeta extranjero debería serlo, porque sabía que alguien saldría a recibirle, que aparecería alguien que se haría cargo de él. De eso se trata, pensó. Alguien para hacerse cargo de mí. Ellos se hacen cargo de nosotros... bien y lujosamente. Somos protegidos, y guardados y mimados... eso era, *mimados.* ¿Y por qué razón?

Dentro de cualquier momento, se cansarían de su juego y regresarían al círculo de luz del fuego.

Quizá debiera recompensarles por el dinero que me dan, pensó. Quizá debiera actuar ahora como si estuviera asustado... quizá debiera gritar, llamarles, pedirles que regresaran y me llevaran consigo; quizá debiera mirar por ahí, en la oscuridad, como si tuviera miedo de esos animales de los que ellos han hablado. No estuvieron hablando mucho de ellos, cierto. Eran demasiado inteligentes para hacerlo; sí, demasiado inteligentes. Sólo una observación de pasada sobre la existencia de animales, para pasar después a cualquier otro tema. Sin hacer hincapié, sin convertir la cuestión en algo demasiado evidente. No había que extralimitarse. Sólo tenían que hacer la sugerencia de que existían animales ante los que uno podía sentir miedo.

Se sentó y esperó, no sintiéndose tan asustado como lo estuvo antes, habiendo racionalizado ya el temor sentido al principio. Como el fuego de un campamento en la Tierra, pensó. Sólo que éste es un planeta extraño.

Escuchó un susurro entre los arbustos.

Vendrían ahora, pensó. Ya habrían descubierto que aquello no funcionaba con él. Regresarían ahora.

Los arbustos volvieron a susurrar y escuchó el sonido de una piedra desprendida.

No se movió.

No pueden asustarme, pensó.

No me pueden asustar...

Sintió la respiración sobre su nuca y pegó un salto en el aire, girando mientras saltaba, tropezando al caer, cayendo casi sobre el fuego, poniéndose después de pie y corriendo a toda prisa para situar el fuego entre él y aquella cosa que había lanzado su respiración sobre su nuca.

Se acurrucó al otro lado del fuego y vio los dientes en las mandíbulas abiertas. Aquella cosa levantó la cabeza e hizo sonar los dientes, entrechocándolos, como si se tratara de una pantomima, v él pudo escuchar el choque de los dientes cuando se juntaron y el pequeño gemido surgido del enorme cuello.

Sé le ocurrió entonces un pensamiento salvaje: no se trata de un animal. Esto es simplemente una parte del juego. Algo que ellos han imaginado. Si pueden construir una casa como si se encontrara en un bosque inglés, utilizarla durante un día o dos y hacerla desaparecer después como algo que ya no tiene mayor utilidad, seguramente sería muy sencillo para ellos imaginar a un animal.

Librodot

El animal avanzó un poco y él pensó: los animales deben tener miedo del fuego. Todos los animales tienen miedo del fuego. No me hará nada si permanezco cerca del fuego.

Se inclinó y agarró un leño ardiendo por una de sus puntas.

Los animales tienen miedo del fuego.

Pero aquél no.

Avanzó, rodeando el fuego. Extendió su cuello y husmeó.

No parecía tener prisa, como si estuviera muy seguro de sí.

El sudor comenzó a brotar sobre la frente de Bishop, bajándole por las sienes.

El animal se acercó con mayor rapidez, moviéndose siempre alrededor del fuego.

El dio un salto sobre el fuego para alcanzar el otro lado.

El animal se contuvo y se volvió, poniéndose de cara a él.

Bajó su hocico hacia el suelo y arqueó su lomo. Movió la cola de un lado a otro. Produjo un ruido sordo.

Ahora se sentía verdaderamente asustado. Notaba una mezcla de frío y terror de la que no se podía desprender.

Debía tratarse de un animal.

Tenía que ser un animal.

Allí no había juego alguno; aquello era un animal.

Se acercó más al fuego. Se puso a bailotear sobre la punta de sus pies, preparado para echar a correr, para evitarlo, para luchar si tenía que hacerlo. Pero sabía que no le quedaba ninguna oportunidad de lucha contra aquella cosa que se encontraba frente a él, al otro lado del fuego. Y, sin embargo, si se trataba de luchar, no podría hacer otra cosa que luchar.

El animal cargó.

El echó a correr.

Se deslizó y cayó y rodó sobre el fuego.

Una mano cayó sobre él y lo apartó del fuego, haciéndole rodar hacia un lado, y una voz gritó. Fue un grito de rabia y de advertencia.

Entonces, el universo se contrajo y se sintió volando, como en trozos y, de repente, volvió a sentirse todo junto de nuevo.

Se encontró tendido sobre un suelo y se puso en pie de un salto. Se había quemado la mano y sentía el dolor producido por la quemadura. Sus ropas estaban chamuscadas y «e las fue apagando con la mano sana.

-Lo siento, señor -dijo una voz-. Esto no tendría que haber sucedido.

El hombre era alto, mucho más alto que los kimonianos que él había visto antes. Quizá medía dos metros y medio. Y, sin embargo, no tenía esa altura. No más de dos metros. Probablemente, no era más alto que los hombres más altos de la Tierra. Era la forma en que estaba lo que le hacía verlo tan alto; la forma en que estaba y miraba y también la forma en que sonaba su voz.

Y el primer kimoniano que mostraba algunos rasgos propios de la edad, pensó Bishop. Porque había un brillo plateado en los cabellos de las sienes y su rostro mostraba arrugas, como el rostro de los cazadores o de los marineros que tienen arrugas cerca de los ojos, de tanto escudriñar largas distancia?.

Se quedaron el uno frente al otro en una habitación que, cuando Bishop la observó, casi le cortó la respiración. No había descripción, ninguna forma de describirla... se la sentía, al mismo tiempo que se la veía. Formaba parte de uno mismo y parte del universo y parte de todo lo que uno había conocido o soñado. Parecía extender las extensiones hacia un espacio y un tiempo insospechados y tenía una sensación de vida y de toque de comodidad, así como una sensación de hogar.

Sin embargo, cuando volvió a mirar, percibió una simplicidad que no concordaba con sus primeras impresiones. Simplicidades básicas conectadas con el hecho simple de vivir la propia vida personal, como si la habitación y las personas que vivieran dentro de sus paredes estuvieran integradas, como si la habitación tratara de hacer todo lo posible por no ser una habitación, sino una parte de la misma vida, hasta el punto de que pudiera pasar desapercibida.

-Estuve en contra desde el principio -dijo el kimoniano-. Ahora sé que tenía razón. Pero los niños le querían...

-¿Los niños?

-Desde luego. Yo soy el padre de Elaine.

Sin embargo, no dijo Elaine. Dijo el otro nombre... el nombre que, según la propia Elaine, ningún terrestre podría pronunciar.

-¿Y su mano? -preguntó el hombre.

-Está bien -contestó Bishop-. Sólo se ha quemado un poco.

Y fue como si él no hubiera hablado, como si no hubiera pronunciado las palabras... como si las hubiera dicho otro hombre, un hombre que se encontrara a un lado y que hubiera hablado por él.

No habría podido moverse de allí aunque le hubieran pagado un millón.

-Esto es algo que tiene que ser recompensado -dijo el kimoniano-. Ya hablaremos más tarde de ello.

-Por favor, señor -dijo el hombre que hablaba por Bishop-. Por favor, señor, sólo una cosa. Envíeme a mi hotel.

Sintió la rapidez con que el otro comprendió... la compasión y la piedad que sintió.

-Desde luego -dijo el hombre alto-. Con su permiso, señor.

XVI

Hubo una vez unos niños (niños humanos, juguetones) que desearon tener un perro... un cachorrillo pequeño y juguetón. Pero su padre les dijo que no podrían tener un perro porque no sabrían cómo tratarlo. Sin embargo, ellos lo deseaban tanto y rogaron tanto a su padre que éste, finalmente, les trajo un perro a casa, un divertido y pequeño cachorro, una pequeña bolita de mantequilla, con un vientre panzudo y cuatro patitas poco firmes y unos ojos que se deshacían al mirar, llenos de inocencia y de naturaleza juguetona y alegre.

Librodot

Los niños no le trataron tan mal como podía uno imaginarse que lo harían. Fueron crueles, como son todos los niños. Fueron rudos con él; le estiraron de las orejas y del rabo; le engañaron. Pero el cachorrillo estaba lleno de una gran alegría. Le gustaba jugar y siempre volvía a jugar con ellos, sin importarle lo que le hicieran. Porque, sin duda alguna, se sentía muy presumido con aquello de saberse asociado a una raza humana inteligente, una raza tan adelantada a los perros en cuanto a cultura e inteligencia que no era posible establecer ninguna comparación.

Pero un día, los niños hicieron una excursión al campo y cuando terminó el día se sintieron muy cansados y se olvidaron de todo, como suelen hacer siempre los niños. Así es que se marcharon y dejaron abanderado al cachorrillo.

En realidad, no fue nada malo. Porque los niños son olvidadizos, independientemente de lo que uno haga, y el cachorro no era nada más que un perro.

-Ha llegado muy tarde, señor -dijo la vitrina.

-Sí -contestó Bishop en voz baja.

-Se ha herido en alguna parte, señor. Puedo sentir la herida.

-Mi mano -dijo Bishop-. Me la he quemado en un fuego.

En la vitrina se abrió un panel.

-Colóquela aquí -dijo la vitrina-. Se la curaré en un momento.

Bishop introdujo la mano por la abertura. Sintió unos apéndices, como unos dedos, que recorrieron su mano muy suave y dulcemente.

-No es una quemadura grave, señor -dijo la vitrina-. Pero supongo que será dolorosa.

Juguetes, pensó Bishop.

Este hotel es una perrera... o una casa de muñecas.

Es una chabola, una chabola apenas capaz de sostenerse, como las que hacen los niños de la Tierra con cajas de embalar y trozos de madera suelta, y pintura y señales místicas pintadas en ella.

Comparada con aquella otra habitación no es más que una casucha, aunque, pensándolo bien, se tratara de una casucha muy llamativa.

Adecuada para los humanos, suficientemente buena para ellos, pero, de todos modos, una casucha.

¿Y nosotros?, se preguntó.

¿Y nosotros?

Los animales domésticos de los niños. Los cachorrillos de Kimon.

Cachorrillos importados.

-Perdóneme, señor -dijo la vitrina-, pero ustedes no son cachorrillos.

-¿Qué es eso?

-Perdóneme, señor. No debería haber hablado. Pero no habría deseado que llegara a pensar que...

-Si no somos animales domésticos, ¿qué somos?

-Perdóneme, señor. Ha sido un desliz, se lo aseguro. No tendría que haber...

Librodot

-Nunca haces nada sin haberlo calculado todo con anterioridad -dijo Bishop con amargura-. Tú o cualquiera de ellos. Porque tú eres uno de ellos. Tú has hablado porque ellos deseaban que hablaras.

-Le puedo asegurar que no ha sido así.

-Lo negarás, claro -dijo Bishop-. Sigue adelante y haz tu trabajo. No me has dicho aún todo lo que ellos deseaban que me dijeras. Sigue adelante y termina.

-Para mí es irrelevante lo que piensan ustedes -le dijo la vitrina-. Pero si se consideran a sí mismos como compañeros de juego...

-Eso sí que está bien -comentó Bishop.

-Es infinitamente mejor que considerarse como un cachorrillo -dijo la vitrina.

-Así que eso es lo que desean que piense.

-No les importa -dijo la vitrina-. Todo depende de usted mismo. Fue una simple sugerencia, señor.

Muy bien, fue una simple sugerencia. Muy bien, ellos eran compañeros de juego y no cochorrillos.

Los pequeños de Kimon invitando a los sucios desarrapados pilluelos de sucias narices a jugar con ellos.

Quizá fuera mejor ser un niño invitado que un perro importado.

Pero aunque fuera así, eran los niños de Kimon quienes lo habían organizado todo... los que habían impuesto las reglas para quienes desearan acudir a Kimon, los que habían construido el hotel, haciéndolo funcionar y amueblándolo con las habitaciones progresivamente más lujosas y atrayentes, ellos eran quienes habían encontrado los llamados «trabajos» para los humanos, y ellos quienes se las habían arreglado para imprimir los créditos.

Y, si todo eso era así, quería decir que no sólo la gente de Tierra, sino hasta el propio gobierno terrestre había negociado o había intentado negociar con los niños de otra raza. Y eso sería lo que establecería la diferencia, pensó, la diferencia existente entre nosotros.

Aunque pudiera ser que todo aquello no fuera completamente cierto, pensó.

Quizá se había equivocado al pensar que era un cachorro, llevado por el primer impulso de su amargura.

Quizá *fuera* realmente un compañero de juego, un terrestre adulto degradado al status de un niño...y de un niño estúpido, además.

Si se había equivocado al considerar la cuestión de ser un cachorro para ellos, quizá se equivocara también en la creencia de que habían sido los niños de Kimon los que habían organizado la inmigración de gentes de la Tierra.

Y si no había sido una simple cuestión de niños pidiendo a otros niños de otros planetas que se unieran a ellos para jugar, y si los adultos de Kimon habían participado en todo esto, ¿cuál era entonces la situación? ¿Un proyecto escolar, una cierta fase de educación progresiva? ¿O una especie de proyecto de campamento de verano, destinado a proporcionar a los desarrollados terrestres unas merecidas vacaciones fuera de la miseria de su planeta nativo? ¿O se trataba simplemente de una forma segura con la que los niños de Kimon podían divertirse y mantenerse ocupados?

Librodot

Tendríamos que haberlo imaginado hace ya mucho tiempo, pensó Bishop. Pero aun cuando algunos de nosotros hubieran podido abrigar el pensamiento de que éramos cachorros o compañeros de juego, los habríamos apartado de nosotros, nos habríamos negado a reconocerlo, pues nuestro orgullo es demasiado grande y tierno como para soportar un pensamiento como ése.

-Ya está, señor -dijo la vitrina-. Está casi como nuevo. Mañana podrá quitarse el vendaje.

Permaneció delante de la vitrina, sin contestar. Sacó la mano y la dejó colgando a un costado, como si se tratara de un peso muerto.

Sin preguntar siquiera si lo deseaba, la vitrina sacó una bebida.

-La he hecho grande y fuerte -dijo la vitrina-. He pensado que la necesitaría.

-Gracias -contestó Bishop.

Tomó la bebida y permaneció allí con ella, sin llevársela a los labios, sin desear hacerlo hasta que terminara por concluir el pensamiento.

Y el pensamiento no terminaría.

Había algo erróneo. Algo que no se ajustaba.

Nuestro orgullo es demasiado grande y tierno...

Allí había algo, unas palabras extras que no necesitaban ser dichas.

-¿Ocurre algo malo, señor?

-Nada malo -dijo Bishop.

-Pero su bebida.

-Ya me la beberé...

Aquel sábado por la tarde, los normandos habían permanecido sentados sobre sus caballos, con los estandartes del leopardo ondeando al viento, con los pendones estremeciéndose en sus lanzas, con el sol sobre sus armaduras y las vainas de las espadas oscilando mientras los caballos galopaban. Se habían lanzado a la carga, tal y como lo decía la historia, y fueron rechazados. Eso era completamente correcto, pues el muro sajón de contención no fue roto hasta bien entrada la tarde y el combate final alrededor del estandarte del dragón no se produjo hasta que ya fue casi de noche.

Pero allí no estuvo Taillefer, cabalgando al frente de sus tropas, haciendo girar la espada sobre su cabeza y cantando.

La historia se había equivocado en aquello.

Un par de siglos más tarde, algún copista habría pasado probablemente alguna tarde aburrida introduciendo en la historia prosaica de la batalla el romance y el brillo de la carga de Taillefer. Escribiendo aquello quizá en protesta contra las cuatro paredes desnudas, contra su comida espartana, contra el aburrimiento diario cuando la primavera se notaba en el aire y un hombre debería encontrarse en los campos o en los bosques en lugar de entre cuatro paredes, inclinado sobre sus plumas y tinteros.

Y ésa es la misma forma en que está sucediendo con nosotros, pensó Bishop. Escribimos medias verdades y medias mentiras en las cartas que enviamos a casa. Ocultamos una verdad, o bien oscurecemos un hecho, o añadimos una línea o dos que, si bien no es una mentira directa, es algo que, sin duda alguna, favorece la mala interpretación.

Librodot

No nos enfrentamos con los hechos. Glosamos al hombre que se arrastra sobre la hierba, con las entrañas fuera, tropezando con las zarzas. Escribimos e introducimos a Taillefer en la historia.

Y si al menos lo hiciéramos únicamente en nuestras cartas, no sería algo tan malo. Pero lo hacemos incluso con nosotros mismos. Protegemos nuestro orgullo mintiéndonos a nosotros mismos. Protegemos nuestra dignidad mediante la indignidad deliberada.

-Toma -le dijo a la vitrina-, tómate una copa a mi .salud.

Y dejó el vaso, todavía lleno, sobre la parte superior de la vitrina.

La vitrina produjo un ruido de gorgoteo, llena de sorpresa.

-Yo no bebo -dijo.

-Entonces, vuelve a colocarla en la botella.

-No puedo hacer eso -dijo la vitrina, horrorizada-. Ya está mezclada.

-Sepárala entonces.

-No puede ser separada -se lamentó la vitrina-. Seguramente no esperará que yo...

Se produjo un pequeño susurro y Maxine apareció en el centro de la habitación.

Sonrió, mirando a Bishop.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Quiere que deshaga la mezcla de una bebida -se quejó la vitrina, dirigiéndose a ella-. Quiere que la separe, que separe el licor de la mezcla. El sabe que no puedo hacer eso.

-Vaya, vaya -dijo ella-, pensaba que lo podías hacer todo.

-No puedo hacer eso con una bebida -dijo la vitrina, con cierto remilgo-. ¿Por qué no la coge de mis manos?

-Esa es una buena idea -dijo la mujer.

Se adelantó hacia la vitrina y cogió la bebida.

-¿Qué te pasa ahora? -le preguntó a Bishop-. ¿Te estás dejando asustar?

-Lo único que sucede es que no quiero beber -contestó Bishop-. ¿Es que un hombre no tiene derecho a...?

-Claro -admitió ella-. Claro que lo tiene.

Ella bebió, mirándole por encima del borde del vaso.

-¿Qué le ha pasado a tu mano?

-Me la quemé.

-Ya tienes edad suficiente como para no jugar con fuego.

-Y tú también tienes la edad suficiente como para no presentarte en una habitación como lo has hecho -le dijo Bishop-. Uno de estos días vas a aparecer en el lugar preciso en el que ya se encuentre alguna otra persona.

-Eso sería muy divertido -dijo ella, riéndose->. Piensa en ti y en mí...

-Sería una verdadera confusión -dijo Bishop.

-Invítame a sentarme -pidió Maxine-. Actuemos de una forma social y civilizada.

-Claro, siéntate -ofreció Bishop.

Librodot

Ella tomó asiento en un sillón.

-Estoy interesado en ese asunto de teletransportarse uno mismo -dijo Bishop-. Nunca te lo he preguntado antes, pero me dijiste...

-Simplemente, me vino -dijo ella.

-Pero tú no puedes teletransportar. Los humanos no son parapsíquicamente...

-Algún día, Buster, vas a quemar un fusible, de tanto humo como te sale de la cabeza.

El atravesó la habitación y se sentó junto a ella.

-Claro, me está saliendo humo de la cabeza, pero...

-¿Qué pasa ahora?

-¿Has pensado alguna vez... bueno, has tratado alguna vez de trabajar en el asunto? Como, por ejemplo, mover alguna otra cosa, algún objeto... otra cosa que no seas tú misma.

-No, nunca lo he hecho.

-¿Por qué no?

-Mira, Buster. He venido para tomar una copa contigo y para olvidarme de mí misma. No he venido preparada para entablar una larga discusión técnica. De todos modos, no podría hacerlo. No entiendo de esas cosas. ¡ Hay tantas cosas que no comprendemos!

Ella le miró y hubo algo muy parecido al miedo aleteando en sus ojos.

-Quieres aparentar que no te importa -dijo ella-, pero te importa. Te estás destrozando pretendiendo que no te importa en absoluto.

-Entonces, actuemos como si me importara -dijo Bishop-. Admitamos que...

Maxine había elevado su vaso para beber y ahora, de repente, se deslizó de su mano.

-¡Oh!

El vaso se detuvo antes de chocar contra el suelo. Permaneció suspendido en el aire por un instante y después se elevó lentamente. Ella extendió la mano y lo cogió.

Y entonces se deslizó de nuevo de su mano, repentinamente temblorosa.

-Vuelve a intentarlo -dijo Bishop.

En esta ocasión, el vaso cayó al suelo y se hizo pedazos.

-Nunca lo intenté -dijo ella-. No sé lo que sucedió. No quería dejarlo caer, eso fue todo. Deseé no haberlo dejado caer y entonces...

-Pero la segunda vez...

-¡Eres un tonto! -exclamó-. Te he dicho que no intenté nada. No estaba haciendo ninguna exhibición para ti. Te digo que no sé lo que sucedió.

-Pero lo hiciste. Fue un principio.

-¿Un principio?

-Detuviste el vaso antes de que chocara contra el suelo. Y lo teletransportaste de nuevo a tu mano.

-Mira, Buster -dijo ella de mal humor-, deja de engañarte a ti mismo. Ellos están observando todo el tiempo. Llevan a cabo pequeños trucos como ése. Cualquier cosa, con tal de reírse un poco:

Se levantó, riéndose de él, pero había algo extraño en su risa.

-No te concedes una sola oportunidad a ti misma -le dijo-. Te sientes terriblemente asustada ante la posibilidad de que se rían de ti. Tienes que ser una mujer muy inteligente.

-Gracias por la copa -dijo ella.

-¡Pero Maxine...!

-Ven a verme alguna vez.

-¡Maxine! ¡ Espera!

Pero ella ya se había marchado.

XVII

«Observa las claves -le había dicho Morley, andando de un lado a otro de la habitación-. Transmítenos las claves y nosotros nos encargaremos del resto. Todo lo que necesitamos es situar un pie en la puerta y eso es todo lo que esperamos de ti. Consigue que coloquemos un pie en la puerta y eso será todo lo que necesitemos».

Consideremos los hechos.

Los kimonianos son una raza culturalmente más avanzada de lo que estamos nosotros, lo que, significa, en otras palabras, que han avanzado mucho más que nosotros por el camino de la evolución, alejándose más del mono. ¿Y cuánto se tarda en avanzar a lo largo del camino de la evolución, más allá del elevado punto alcanzado por mi propia raza de la Tierra?

No simple inteligencia, pues eso no es suficiente.

¿Cuánto se tardaría entonces en dar un gran salto en la evolución?

Quizá se tratara antes de filosofía que de inteligencia... la búsqueda de un camino para emplear mejor la inteligencia de lo que ya se hacía, una mayor comprensión y una más adecuada apreciación de los valores humanos en relación con el universo.

Y si los kimonianos poseían esa mayor comprensión, si habían conseguido abrirse paso hacia una mejor comprensión y con ello hacia una más estrecha hermandad con la galaxia, entonces sería inconcebible que tomaran a los miembros de otra raza inteligente para que les sirvieran como cachorros de acompañamiento para sus hijos. O incluso como compañeros de juego para ellos, a menos que en el hecho de jugar con sus hijos hubiera algún valor mayor, y no sólo para el niño, sino también para el niño de la Tierra, un valor mayor a la felicidad y al asombro que producía tal asociación. Ellos serían conscientes del daño psíquico que podría causar esta clase de práctica, y ni por un momento correrían el riesgo de causar un daño, a menos que a través de él pudiera conseguirse alguna mejora o cambio.

Se sentó y pensó en todo esto y le pareció correcto, puesto que hasta en su planeta nativo la historia demostraba una preocupación creciente por los valores sociales, lo que había redundado en una mejora de la cultura. Y algo más.

Los poderes parapsíquicos no debían aparecer demasiado pronto en la evolución humana, pues podían ser utilizados desastrosamente por una cultura que no estuviera emocional e intelectualmente preparada para manejarlos. Ninguna cultura que no hubiera alcanzado una fase adulta podría tener poderes parapsíquicos, pues no se trataba de algo con lo que se pudiera ir tonteando por parte de una cultura adolescente.

Librodot

En ese aspecto al menos, se dijo Bishop, los kimonianos son los adultos y nosotros somos los adolescentes. En comparación con los kimonianos, no tenemos más remedio que considerarnos a nosotros mismos como niños.

Era algo difícil de aceptar. Estuvo dándole vueltas a la idea. Trágatela, se dijo a sí mismo. Trágatela. -Es tarde, señor -dijo la vitrina-. Debe usted de sentirse muy cansado.

-¿Quieres que me vaya a la cama? -Sólo es una sugerencia, señor. -Está bien -dijo él.

Se levantó y empezó a dirigirse hacia la habitación, sonriendo para sus adentros.

Enviado a la cama... pensó, del mismo modo que se envía a un niño.

Y marchándose. Sin decir: -Iré cuando esté listo. Sin escudarse en su dignidad de adulto. Sin coger una rabieta, sin dar patadas en el suelo y sin ponerse a aullar.

Marchándose a la cama... como un niño obediente cuando se le dice que lo haga.

Quizá sea ésta la forma, pensó. Quizá sea ésta la respuesta. Quizá sea ésta la *única* respuesta.

Entonces, se volvió bruscamente.

-Vitrina.

-¿Qué ocurre, señor?

-Nada -dijo Bishop-. Absolutamente nada... eso es. Gracias por haberme curado la mano.

-No hay de qué -contestó la vitrina-. Buenas noches.

Quizá sea ésta la respuesta.

Actuar como un niño.

¿Y qué hace un niño?

Se va a la cama cuando se le dice.

Obedece a sus mayores.

Va a la escuela.

El...

¡Eh, un momento!

¡Va a la escuela!

Va a la escuela porque tiene muchas cosas que aprender. Va al jardín de infancia para pasar sus primeros cursos y después va a la escuela superior, para poder ir finalmente a la Universidad. Se da cuenta entonces de que tiene muchas cosas que aprender, que antes de ocupar el lugar que le corresponde en el mundo de los adultos, tiene que ser enseñado y que él tiene que trabajar para aprender.

Pero yo ya fui a la escuela, se dijo Bishop. Fui a la escuela durante años y años. Estudié duramente y pasé un examen final en el que otros mil fracasaron. Me califiqué para venir a Kimon.

Pero, aunque sólo fuera una suposición...

Se va al jardín de infancia para poder ir después a la escuela elemental.

Se va a la escuela superior para poder ir después a la Universidad.

Se va a la Tierra para poder ir después a Kimon.

Librodot

Puede uno haberse doctorado en la Tierra y no ser más que un pequeño del jardín de infancia cuando se llega a Kimon.

Monty conocía un poco de telepatía y también algunos de los otros. Maxine podía teletransportarse a sí misma y había hecho que el vaso se detuviera en el aire, antes de chocar contra el suelo. Quizá los otros también podían hacerlo.

Y acababan de empezar a hacerlo.

Aunque la simple telepatía o el detener un vaso en el aire no lo sería todo. Habría muchísimo más. En la cultura de Kimon habría mucho más que las artes parapsíquicas.

Quizá estemos preparados, pensó. Quizá hayamos terminado ya casi con nuestra adolescencia. Quizá estemos ya a punto de estar preparados para una cultura adulta. ¿Podría ser que los kimonianos nos permitieran penetrar en ella, siendo nosotros los únicos en la galaxia a quienes se les permitía algo así?

Su cerebro se sintió aliviado ante este pensamiento.

En la Tierra, sólo uno de cada mil pasaba el examen que podía enviarle a Kimon. Quizá, aquí en Kimon, sólo uno de cada mil quedaría calificado para absorber la cultura que Kimon les ofrecía.

Pero antes de poder empezar a absorber esa cultura, antes de poder empezar a aprender, antes de poder ir a la escuela, tenía uno que admitir que no se sabía. Tenía uno que admitir que no se era más que un niño. No podía uno seguir teniendo rabietas. De ese modo, no se podría ser un tipo sabio. No podía uno seguir alimentando un falso orgullo para utilizarlo como escudo entre uno mismo y la cultura que sólo esperaba ser comprendida.

Morley, dijo Bishop, puede que ya tenga la respuesta... la respuesta que tú estás esperando en la Tierra.

Pero no te la puedo decir. Es algo que no se puede contar a nadie. Es algo que cada cual debe descubrir por sí mismo.

Y la lástima es que la Tierra no está realmente preparada para descubrirlo. No es una lección que se enseñe a menudo en la Tierra.

Los ejércitos y las armas no podrían asaltar la ciudadela de la cultura kimoniana, porque no se puede llevar adelante una guerra contra seres que poseen poderes parapsíquicos. La agresividad y el afán de negocio de la Tierra fracasarían en su intento de descubrir y dominar el rostro inexpresivo de Kimon.

Sólo hay una forma de conseguirlo, Morley, dijo Bishop, hablando con su amigo, interiormente. Sólo hay una cosa que doblegará a este planeta, y es la humildad.

Y los terrestres no son criaturas humildes.

Hace ya mucho tiempo que olvidaron el significado de la humildad.

Pero aquí es diferente.

Aquí se tiene que ser diferente.

Se empieza por decir: no lo sé.

Entonces, se dice: quiero saber.

Después, se añade: quiero trabajar duramente para aprender.

Quizá sea ésa la razón por la que nos trajeron aquí, pensó Bishop, para que el uno por mil de entre nosotros que tenga una oportunidad para aprender, pueda acceder a esa oportunidad. Quizá estén observando, con la esperanza de que pueda existir más de uno por cada mil. Quizá se sientan más ansiosos para que nosotros aprendamos de lo que nosotros

Librodot

mismos nos sentimos por aprender. Porque pueden encontrarse muy solos en una galaxia en la que no hay otros como ellos.

Incluso podría ser que quienes se encontraban en este hotel no fueran más que los fracasados, los únicos que no lo habían intentado de veras, o que lo habían intentado sin conseguir pasar la prueba.

¿Y los otros -ese otro uno por mil-, dónde estarían?

Ni siquiera lo podía suponer.

No había respuestas.

Todo eran suposiciones.

Todo aquello no era más que una premisa construida sobre un sueño imposible. Todo estaba construido sobre el pensamiento de lo que se desearía que fuera.

Se despertaría por la mañana y se daría cuenta de que estaba equivocado.

Bajaría al bar y tomaría una copa con Maxine o con Monty y se reiría de sí mismo por las cosas con las que había estado soñando.

La escuela, se dijo a sí mismo. Pero no sería una escuela... al menos no sería la clase de escuela que él había conocido antes.

Quisiera que fuera realmente así, pensó.

-Será mejor que se marche a la cama, señor -dijo entonces la vitrina.

-Supongo que debo hacerlo -dijo Bishop-. Ha sido un día muy largo y duro.

-Seguramente, mañana querrá levantarse temprano para no llegar tarde a la escuela -dijo la vitrina.

Librodot

EL SERVICIO DE SANIDAD EN LOS CIELOS

James White: *Médico residente*

Hal Lynch: *La edad de la jubilación*

Pete Adams y Charles Nightingale: *Época de siembra*

Librodot

Hay que confesar que son muchos los aspectos de un imperio galáctico que aún no han sido analizados. Los autores prefieren concentrarse en problemas tales como la forma de llegar del planeta A al planeta B cuando se encuentran a cientos de años-luz de distancia, o en hablar de quién se sienta en un consejo o en el trono. Se pone el énfasis en la fuerza, ya sea en el sentido físico o el político. Tenemos aquí tres historias que investigan aspectos secundarios muy interesantes.

Hal Lynch dirige su atención hacia la consabida Patrulla del Espacio y nos dice quién es quién, si puede ser ésta la frase apropiada. Pete Adams y Charles Nightingale -que no son todavía dos de los nombres más famosos en la ciencia ficción-, se enfrentan con los problemas sexuales de los viajeros galácticos, burlándose durante todo el rato del más cercano campo de musgo.

Parece que sólo a James White se le ha ocurrido la idea de que, con seres extraños viajando por todo el universo habitado, se necesitarán espaciosos hospitales galácticos para los heridos. De hecho, el famoso Sector General espacial de White trata principalmente a heridos civiles. El caso que nos ocupa asombraría al doctor Kildare, que nunca tuvo que arreglárselas con un paciente que poseyera cinco grandes bocas. Ese Gran Servicio de Sanidad en los Cielos se utiliza para cualquier cosa.

White muestra una gran ingenuidad con los seres extraños que pasan por el Sector General. Las aventuras de su médico, Conway, son detalladas en dos volúmenes, *Estación Hospital y Cirujano Estelar.* A diferencia de lo usual, el personaje central es un pacifista. He aquí una visión externa de la gigantesca estación.

«En los márgenes exteriores de la galaxia, donde los sistemas estelares eran escasos y la oscuridad casi absoluta, pendía del espacio el Hospital General del Sector Doce. En sus trescientos ochenta y cuatro pisos se reproducían los ambientes de todas las formas de vida inteligente conocidas en la Federación Galáctica, un espectro biológico que iba desde las formas de vida ultra-frígidas de metano, hasta los tipos más normales, de respiración de oxígeno y de cloro, pasando por los seres exóticos que vivían gracias *a* la absorción directa de radiación dura. Sus miles de portillas de visión estaban constantemente iluminados por la luz -luz que poseía la extraña variedad de color y de intensidad necesarias para el equipo visual de los pacientes y del equipo médico extraterrestre-, de modo que, para las naves que se aproximaban, el gran hospital parecía un enorme árbol de Navidad cilíndrico.»

Imagínense allí a un criminal moribundo que pesa quinientos kilos y que tiene el aspecto de una gigantesca pera y..

Librodot

Medico residente

James White

En esta nueva historia del gigantesco Hospital General del Sector, el doctor Conway se enfrenta con un problema particularmente arduo: diagnosticar y curar a un ser extraño que es inmortal y que al parecer también es un asesino.

1

El paciente que estaba siendo llevado a la sala de observación era un espécimen muy grande -aproximadamente una masa de quinientos kilos, según estimó Conway-, y parecía una pera gigantesca. Cinco gruesos apéndices tentaculares le surgían de la estrecha sección de la cabeza, y una pesada masa de músculos en su base indicaba la existencia de un método de locomoción similar al de un caracol, aunque no fuera necesariamente tan lento. Toda la superficie del cuerpo tenía un aspecto tosco y lacerado, como si alguien hubiera estado intentando despellejarle vivo con un cepillo de púas.

Para Conway no había nada excesivamente poco frecuente en el aspecto físico del paciente, o en su condición, habiéndose acostumbrado, después de haber pasado seis años en el Hospital General del Sector espacial, a visiones mucho más asombrosas, de modo que se adelantó hacia él para llevar a cabo un examen preliminar. Inmediatamente se acercó también el teniente del Cuerpo de Vigilancia que había acompañado la camilla drl paciente a) interior de la sala. Conway trató de ignorar la sensación de una respiración en su nuca y observó con mayor detenimiento al paciente.

Debajo de la raíz de cada tentáculo había cinco grandes bocas, cuatro de las cuales estaban abundantemente dotadas de dientes, mientras que en la quinta se alojaba el aparato vocal. Los propios tentáculos mostraban un elevado grado de especialización en sus extremidades; tres de ellos eran simplemente manipuladores, uno contenía el equipo visual del paciente y el restante terminaba en una masa huesuda, parecida a un cuerno. El rostro no poseía rasgos distintivos, pues sólo se trataba de una bóveda ósea que contenía el cerebro del paciente.

No se podía apreciar gran cosa más a través de un examen superficial. Conway se volvió para recoger su instrumental de observación profunda y tropezó con los pies del oficial de vigilancia.

-¿Es que ha considerado la posibilidad de tomarse la medicina en serio, teniente? -preguntó, con irritación.

El teniente enrojeció, formando su rostro un horrible contraste de color con respecto al verde oscuro del cuello de su uniforme. Tras un momento de duda, dijo rígidamente:

-Este paciente es un criminal. Fue descubierto en circunstancias que indican la posibilidad de que matara y se comiera a los otros miembros de la tripulación de su nave. Ha permanecido inconsciente durante el viaje hasta aquí, pero se me ha ordenado que permanezca vigilándole constantemente, por si acaso. Trataré de no interponerme en su camino, doctor.

Librodot

Conway tragó saliva, dirigiendo sus ojos hacia la cachiporra córnea, de maligno aspecto, que, sin duda alguna, era lo que había permitido a la especie a la que pertenecía el paciente abrirse paso hasta la parte más elevada del árbol evolutivo.

-No trate de hacer las cosas más difíciles, teniente -dijo, con un tono de voz duro.

Utilizando sus ojos y un dispositivo explorador portátil de rayos X, Conway examinó a su paciente exhaustivamente, tanto interior como exteriormente. Tomó varias muestras, incluyendo secciones de la piel afectada, y las envió al servicio de patología acompañadas de tres páginas de notas con letra apretada. Después, se echó hacia atrás y se rascó la cabeza.

El paciente era un ser de sangre caliente, que respiraba oxígeno y poseía unas exigencias bastante normales en cuanto a gravedad y presión, lo que, cuando se consideraba la configuración general de la bestia, hacía que su clasificación fisiológica fuera la de EPLH. Parecía estar sufriendo de un desarrollado y extendido epitelioma, siendo los síntomas tan aparentes que, en realidad, tendría que haber iniciado inmediatamente el tratamiento, sin esperar el informe del servicio de patología. Pero, en condiciones normales, un tal estado de la piel no producía la inconsciencia del paciente.

Eso podría indicar la existencia de complicaciones psicológicas y, en tal caso, tendría que requerir la ayuda de algún especialista. Uno de sus colegas telepáticos era la elección más evidente, de no haber sido por el hecho de que los telépatas raramente podían ponerse en contacto con otras mentes que ya no fueran telepática y de la misma especie que la suya propia. Excepto en algún caso muy extraño, la telepatía había resultado ser un circuito estrictamente cerrado de comunicación. Lo que dejaba a su amigo GLNO, el empático doctor Prilicla...

Detrás de él, el teniente tosió suavemente y dijo:

-Cuando haya terminado el examen, doctor, O'Mara quisiera verle.

-Voy a hacer que envíen a alguien para vigilar al paciente -dijo Conway, asintiendo, y añadió burlonamente-: Y para que le guarde también como usted lo ha hecho conmigo.

Mientras se dirigía a la sala principal, Conway detalló a una enfermera humana terrestre -de muy buen aspecto, por cierto- las tareas que tenía que llevar a cabo en la sala de observación. Le hubiera gustado enviar a una de las FGLI de Tralthan, pertenecientes a una especie con seis piernas, y construidas de modo que, junto a ellas, un elefante terrestre habría parecido algo frágil y delicado, pero tuvo la sensación de que debía algo al teniente por su anterior descortesía.

Veinte minutos después, tras haber efectuado tres cambios de coraza protectora y de haber pasado por la sección de cloro, un pasillo perteneciente a los respiradores de agua AUGL y por las salas ultra-refrigeradas de las formas de vida de metano, Conway se encontró ante el despacho del mayor O'Mara.

Como psicólogo jefe de un hospital multiambiental que se encontraba suspendido en la negrura helada del borde exterior de la galaxia, era el responsable del bienestar mental de un equipo de diez mil entidades, que abarcaba ochenta y siete especies diferentes. O'Mara era un hombre muy importante en el Sector General. También era, según su propia opinión, el hombre a quien cualquiera se podía aproximar con mayor facilidad en todo el hospital. O'Mara se sentía orgulloso de decir que no le importaba quién se le acercaba o cuándo, pero si quien lo hacía no tenía una buena razón para molestarle con sus pequeños y tontos problemas, no podía esperar salir ileso de su lado. Para O'Mara, el personal médico eran pacientes y era creencia general que el elevado nivel de estabilidad existente entre aquella abigarrada y a menudo susceptible masa de personal sanitario se debía a lo asustados que se

Librodot

sentían ante la posibilidad de que O'Mara se volviera loco. Pero hoy se encontraba en un estado de ánimo casi sociable.

-Esto nos llevará algo más de cinco minutos, así es que será mejor que se siente, doctor -dijo agriamente cuando Conway se detuvo ante su mesa de despacho-. Tengo entendido que le ha echado usted un vistazo a nuestro caníbal, ¿no es cierto?

Conway hizo un gesto de asentimiento y se sentó. Expuso brevemente lo que había descubierto sobre el paciente EPLH, incluyendo su sospecha de que podrían presentarse complicaciones de naturaleza psicológica. Al terminar su exposición, preguntó:

-¿Dispone usted de alguna otra información sobre su pasado, aparte de lo del canibalismo?

-Muy poco -contestó O'Mara-. Fue encontrado por una nave de vigilancia, en una nave que, aun cuando no había recibido ningún daño, estaba emitiendo señales de desastre. Evidentemente, se puso demasiado enfermo como para manejarla. No había ningún otro ocupante, pero como el EPLH era una especie nueva para el equipo de rescate, éste pasó a su nave con grandes precauciones, descubriendo que tuvo que haber habido otra persona a bordo. Lo descubrieron gracias a una especie de diario personal de navegación de la nave, mantenido en una grabación por el EPLH, así como mediante el estudio de las grabaciones de las esclusas de aire y de otros instrumentos protectores similares, cuyos detalles no nos interesan por el momento. Sin embargo, todos los hechos señalan que se produjeron dos entradas a bordo de la nave, mientras que las cintas grabadas sugieren con gran fuerza que el otro ser sucumbió horriblemente a manos y dientes de su paciente.

O'Mara se detuvo para colocar sobre su regazo una delgada carpeta de papeles, y Conway vio que se trataba de una transcripción mecánica de las partes más importantes de todo lo registrado. Sólo tuvo tiempo para descubrir que la víctima del EPLH había sido el doctor de la nave. Después, O'Mara volvió a hablar.

-No sabemos nada sobre su planeta de origen -dijo con expresión taciturna-, excepto que se encuentra en alguna parte de la otra galaxia. Sin embargo, cuando sólo hemos explorado una cuarta parte de nuestra propia galaxia, nuestras posibilidades de encontrar su mundo de origen son bastante escasas...

-¿Qué me dice de los ianos? -preguntó Conway-. Quizá ellos puedan ayudar.

Los ianos pertenecían a una cultura que tenía su origen en la otra galaxia y que habían organizado una colonia en el mismo sector de galaxia en el que se encontraba el hospital. Se trataba de especies poco usuales -de clasificación GKNM-, que pasaban por una fase de crisálida durante la adolescencia y que a partir de un ser que se arrastraba sobre diez patas, se metamorfoseaban para convertirse en una forma de vida bella y alada. Tres meses antes, Conway había tenido a uno de aquellos seres como paciente. Ya hacía tiempo que aquel paciente fue dado de alta, pero los dos médicos GKNM que habían acudido en principio para ayudar a Conway con el paciente, terminaron por quedarse en el Sector General para estudiar y enseñar.

-Una galaxia es un lugar muy grande -dijo O'Mara, con una evidente falta de entusiasmo-, pero hay que ponerla a prueba a través de todos nuestros medios. Sin embargo, y volviendo a su paciente, nuestro mayor problema se va a presentar *después* de que lo haya curado.

»Como puede ver, doctor -siguió diciendo-, este ser fue encontrado en circunstancias que indican de forma explícita que es culpable de un acto considerado como un crimen por parte de todas las especies inteligentes. Como policía de la Federación, entre otras cosas, se supone que el cuerpo de vigilancia debe tomar ciertas

Librodot

medidas contra criminales como éste. Se supone que estos criminales han de ser juzgados, rehabilitados o castigados, según los casos. ¿Pero cómo podemos celebrar un juicio con este criminal cuando no sabemos nada sobre su pasado, un pasado que puede contener en sí mismo la posibilidad de circunstancias atenuantes? Al mismo tiempo, tampoco podemos dejarlo marchar libremente...

-¿Por qué no? -preguntó Conway-. ¿Por qué no dirigirlo hacia la dirección general de la que vino y administrarle un buen puntapié judicial en el trasero?

-¿O por qué no dejar morir al paciente? -replicó O'Mara, sonriendo-. De ese modo nos ahorrariamos todos los problemas, ¿no?

Conway no dijo nada. O'Mara estaba utilizando un argumento injusto y los dos lo sabían, pero también sabían que nadie sería capaz de convencer a la fuerza de vigilancia de que curar al enfermo y castigar al malhechor no tenían la misma importancia en el esquema de las cosas.

-Lo que quiero que haga -dijo O'Mara- es que descubra todo lo que pueda sobre el paciente y su pasado, tanto hasta el momento del tratamiento como durante éste. Conociendo lo compasivo y lo bobo que es usted, espero que permanecerá con el paciente durante la curación, llegando a convertirse así en un consejero no oficial para la defensa. Bueno, no me importa si, al hacerlo así, obtiene usted la información que nos permita reunir un jurado de sus iguales. ¿Entendido? Conway asintió.

O'Mara esperó exactamente tres segundos. Después, dijo:

-Si no tiene nada mejor que hacer que holgazanear ahí sentado en esa silla...

Inmediatamente después de haber abandonado el despacho de O'Mara, Conway se puso en contacto con el servicio de patología y pidió que le enviaran el informe del EPLH antes del almuerzo. Después, invitó a almorzar a los dos GKNM de la y acordó una sesión de consulta con Prilicla para considerar la situación del paciente. Una vez tomadas todas estas medidas, se sintió libre para iniciar sus rondas. Durante las dos horas siguientes, Conway no tuvo tiempo para pensar en su nuevo paciente. Normalmente, tenía a su cargo a cincuenta y tres pacientes, además de otros seis médicos en diversas fases de entrenamiento y un adecuado equipo de enfermeras; tanto los pacientes como el equipo médico comprendía un total de once tipos psicológicos diferentes. Había instrumentos y procedimientos especiales para examinar a estos pacientes extraterrestres, y cuando estaba acompañado por un ayudante cuyas exigencias de presión y gravedad diferían tanto con respecto a él como en relación con los pacientes que tenían que ser examinados, la «rutina» de sus inspecciones podía llegar a convertirse en un asunto bastante complicado.

Pero Conway veía a todos sus pacientes, incluso a aquellos cuya convalecencia ya estaba muy avanzada, o cuyo tratamiento podía ser dejado en manos de un subordinado. Sabía muy bien que ésta era una costumbre estúpida, que sólo servía para proporcionarle una gran cantidad de trabajo innecesario; pero la verdad era que su ascenso a médico residente estaba aún demasiado reciente como para utilizar la delegación de responsabilidad a gran escala. Seguía intentando hacerlo todo por sí mismo, aunque fuera de un modo tonto.

Después de las visitas, tenía programado dar una conferencia sobre partos a una clase de enfermeras DBLF. Los oriundos de DBLF eran seres de impulso locomotor múltiple, parecidos a grandes tractores, que eran nativos del planeta Kelgian. También respiraban la misma mezcla atmosférica que él, lo que significaba que podría hacerlo sin necesidad de utilizar el traje de presión. A esta comodidad puramente física se añadía el hecho de que no necesitaba concentrarse mucho en su trabajo porque las mujeres de Kelgian sólo concebían una vez en la vida y después producían cuadrángulos que estaban invariablemente igual

Librodot

divididos en cuanto al sexo. Eso dejaba una buena parte de su mente en libertad para preocuparse por el supuesto caníbal que se encontraba en su sala de observación.

2

Media hora después estaba con los dos médicos ianos en el restaurante principal del hospital -el que abastecía a los de Tralthan, a los de Kelgian, a los humanos y a los otros miembros del personal de sangre caliente y respiración de oxígeno-, comiendo la inevitable ensalada. Eso no aburría a Conway. Al contrario, la lechuga era para él muy apetitosa, en comparación con algunas de las cosas que había tenido que comer al tener que hablar con otros colegas, pero no creía poder acostumbrarse nunca al jaleo que armaban durante la comida.

Los habitantes GKNM de la eran una forma de vida grande, delicada, alada, que tenían el aspecto de algo parecido a una libélula. A sus cuerpos, parecidos a una barra, pero flexibles, se encontraban adheridas cuatro patas de insecto, los manipuladores, los órganos sensoriales usuales y tres enormes serie de alas. La actitud que mostraban en la mesa no era del todo desagradable... lo que sucedía era que no se sentaban a comer, sino que permanecían suspendidos en el aire. Al parecer, el comer mientras se mantenían en suspenso en el aire les ayudaba a hacer la digestión, al mismo tiempo que era para ellos un reflejo bastante condicionado.

Conway colocó sobre la mesa el informé de patología y situó sobre él el azucarero, para evitar que se volara.

-Como verán por lo que les acabo de leer -dijo-, éste parece ser un caso bastante simple. Yo diría que muy poco usual, porque el paciente se encuentra notablemente libre de todo tipo de bacterias nocivas. Sus síntomas indican una forma de epitelioma. Eso y nada más. Lo que hace que su inconsciencia sea tanto más enigmática. Pero quizá las cosas podrían clarificarse si dispusiéramos de algún tipo de información sobre su medio ambiente planetario, períodos de sueño y todo eso. Y ésa es la razón por la que deseaba hablar con ustedes.

«Sabemos que el paciente procede de su galaxia -siguió diciendo-. ¿Pueden decirme algo sobre su pasado y sus condiciones de vida?

El GKNM que estaba a la derecha de Conway se echó unos pocos centímetros hacia atrás, apartándose de la mesa, y dijo a través de su equipo de traducción:

-Me temo que no domino todavía las complejidades de su sistema de clasificación fisiológica, doctor. ¿Qué aspecto tiene el paciente?

-Lo siento. Me olvidaba -dijo Conway.

Estaba a punto de explicar con todo detalle lo que era un EPLH, cuando empezó a dibujar en el dorso del informe de patología. Pocos minutos después, levantó su dibujo y dijo:

-Tiene un aspecto parecido a esto.

Los dos ianos cayeron al suelo.

Conway, que nunca había visto a los GKNM dejar de comer o de volar durante una comida, quedó muy impresionado por la reacción.

-Entonces, ¿saben algo de ellos? -preguntó.

Librodot

El GKNM produjo unos sonidos que el equipo de traducción de Conway interpretó como una serie de ladridos, los equivalentes terrestres de un ataque de tartamudeo. Finalmente, dijo:

-Sabemos algo de ellos. Nunca les hemos visto, tampoco conocemos su planeta de origen, y hasta este momento ni siquiera estábamos seguros de que tuvieran una verdadera existencia física... Ellos... son dioses, doctor.

¡Otro VIP[1]!, pensó Conway, sintiendo un repentino decaimiento de ánimo. Su experiencia con los pacientes VIP era que sus casos *nunca* resultaban simples. Aun cuando el estado de un paciente muy importante no fuera nada serio, siempre había complicaciones, y ninguna de ellas de tipo médico.

-Mi colega está siendo demasiado emocional -interrumpió el otro GKNM.

Conway no había podido observar nunca ninguna diferencia física entre los dos ianos, pero, de algún modo, el que acababa de hablar tenía el aire de ser un poco más cínico y mundano.

-Quizá le pueda decir lo poco que se sabe y se ha deducido de ellos, antes que enumerarle todas las cosas que no sabemos...

La especie a la que pertenecía el paciente no era numerosa, siguió explicando el doctor iano, pero su esfera de influencia en la otra galaxia era realmente tremenda. Estaban muy avanzados tanto en las ciencias sociales como psicológicas, y su inteligencia y capacidad mental individual era enorme. Por razones sólo conocidas por ellos mismos, no buscaban con mucha frecuencia la compañía de otros de su misma especie, y no se sabía que ninguno de ellos permaneciera en ningún planeta al mismo tiempo que otro durante un prolongado espacio de tiempo.

Siempre eran los dirigentes supremos en los mundos que ocupaban. A veces, se trataba de un gobierno beneficioso, otras veces resultaba duro; pero esa dureza, cuando se la consideraba desde una perspectiva de un siglo o más, resultaba ser beneficiosa a la larga. Utilizaban a la gente, a poblaciones planetarias completas, e incluso a culturas interplanetarias, como medio de solucionar los problemas que ellos mismos se planteaban, y se marchaban después, una vez solucionado el problema. Esta era, al menos, la impresión recibida por los observadores, no del todo imparciales.

Con una voz monótona y falta de toda emoción, debido únicamente al proceso de traducción, el iano siguió diciendo:

-Las leyendas parecen estar de acuerdo en afirmar que, de vez en cuando, uno de ellos aterriza en un planeta sin otra cosa que su nave y una compañía que es siempre de una especie diferente. Mediante la utilización de una combinación de ciencia defensiva, psicología y una absoluta agudeza para los negocios, superan los prejuicios locales y comienzan a amasar riqueza y poder. La transición de la autoridad local al gobierno planetario absoluto es gradual, pero ellos disponen de mucho tiempo para eso. Son, desde luego, inmortales.

Débilmente, Conway escuchó el sonido de su tenedor chocando contra el suelo. Tardó unos pocos minutos antes de poder equilibrar sus manos y su mente.

Había en la Federación unas pocas especies extraterrestres que poseían períodos de vida muy prolongados, y la mayor parte de las culturas médicas avanzadas -incluida la de la Tierra-, poseían los medios necesarios para aumentar considerablemente las perspectivas de vida mediante tratamientos de rejuvenecimiento. Sin embargo, la inmortalidad era algo que no tenían, como tampoco habían dispuesto nunca de la oportunidad de estudiar a nadie

[1] Siglas de *Very* important *Person* (persona muy importante), de uso muy común en inglés.

Librodot

que la poseyera. Al menos, hasta ahora. Ahora, Conway tenía un paciente al que cuidar y curar y, lo más importante de todo, investigar. A menos que... pero el GKNM era un médico y un médico no diría la palabra «inmortal» para referirse a un ser con una vida amplia.

-¿Está seguro? -preguntó Conway.

La contestación del iano tardó algún tiempo, porque incluyó en ella los detalles de numerosos hechos, teorías y leyendas relacionadas con estos seres que se mostraban satisfechos únicamente gobernando un planeta. Al final de su contestación, Conway seguía sin estar seguro de que su paciente fuera inmortal, aunque todo lo que había escuchado parecía indicarlo así.

-Después de lo que acabo de oír -dijo, con vacilación-, quizá no debiera plantear la pregunta, pero de todos modos me gustaría conocer su opinión: ¿creen ustedes que estos seres son capaces de cometer un acto de asesinato y canibalismo...?

-¡No! -contestó uno de los ianos.

-¡Nunca! -exclamó el otro.

No hubo, desde luego, ningún matiz de emoción en las contestaciones, una vez traducidas éstas, pero su volumen de pronunciación fue suficiente como para hacer que todos los seres presentes en el comedor levantaran las cabezas.

Pocos minutos después, Conway se encontraba solo. Los ianos habían pedido permiso para ver al legendario EPLH, marchándose a continuación, llenos de temor y ansiedad. Los ianos eran gente amable, pensó Conway, pero al mismo tiempo consideró que la lechuga sólo era adecuada para los conejos. Con un gesto muy firme, apartó su ensalada ligeramente desarreglada y marcó el comunicador para pedir un filete con guarnición doble a la normal.

Este prometía ser un día largo y duro.

Cuando Conway regresó a la sala de observación, los ianos ya se habían marchado y el estado del paciente permanecía estacionario. El teniente todavía estaba vigilando, junto con la enfermera de servicio, y ésta empezaba a enrojecer por alguna razón. Conway hizo un serio gesto de asentimiento, despidiendo a la enfermera, y se encontraba leyendo de nuevo el informe de patología cuando llegó el doctor Prilicla.

Prilicla era un ser delgado, frágil, de baja gravedad y clasificación GLNO, que tenía que llevar anuladores gravitatorios continuamente para impedir ser aplastado por una gravedad que la mayor parte del resto de las especies consideraban normal. Además de ser un profesional muy competente, el doctor Prilicla era la persona más popular de todo el hospital, ya que su facultad empática hacía que al pequeño ser le resultara prácticamente imposible el mostrarse desagradable con ningún otro ser. Y aunque también poseía una serie de grandes alas iridiscentes, se sentaba en las comidas y se comía los *spaghettis* con un tenedor. A Conway le encantaba la personalidad de Prilicla.

Conway describió rápidamente la condición del EPLH, así como lo que sabía sobre él, y terminó diciendo :

-Sé que no puede conseguir mucho de un paciente inconsciente, pero me ayudaría mucho si usted pudiera...

-Aquí parece existir un malentendido, doctor -le interrumpió Prilicla, utilizando la frase que más se aproximaba a la de decirle a alguien que estaba equivocado-. El paciente está consciente...

Librodot

-¡Apártese!

Advertido tanto por la radiación emocional de Conway como por el pensamiento de lo que el mazo óseo del paciente podía hacer con el cuerpo de cáscara de huevo de Prilicla, el pequeño GLNO retrocedió, poniéndose fuera de su alcance. El teniente se acercó más, observando atentamente el tentáculo, aún inmóvil, que terminaba en aquel mazo monstruoso. Durante algunos segundos, nadie se movió ni habló, mientras que el paciente seguía pareciendo inconsciente, al menos exteriormente. Finalmente, Conway miró a Prilicla. No tuvo necesidad de decir nada.

-Detecto radiación emocional -dijo Prilicla-. Se trata de un tipo de radiación que emana únicamente de una mente consciente de sí misma. Los procesos mentales parecen ser lentos y, considerando el tamaño físico del paciente, resultan algo débiles. En detalle, se trata de radiación de sentimientos de peligro, desamparo y confusión. Existe también una indicación de un cierto sentido conjunto de propósito.

Conway suspiró.

-Así pues, está haciéndose el dormido -comentó hoscamente el teniente, hablando casi para consigo mismo.

El hecho de que el paciente fingiera estar inconsciente no preocupaba a Conway menos que al vigilante. A pesar de toda la cantidad de equipo de diagnóstico de que se disponía, él mantenía con firmeza la creencia de que la mejor guía para un médico con respecto a cualquier mal funcionamiento era un paciente comunicativo y cooperativo. ¿Pero cómo se podía iniciar una conversación con un ser que era casi una deidad...?

-Nosotros... nosotros vamos a ayudarle -dijo, sintiéndose violento-. ¿Entiende usted lo que le estoy diciendo?

El paciente permaneció inmóvil, como antes.

-No hay ninguna indicación de que le esté escuchando, doctor -dijo Prilicla.

-Pero si está consciente... -empezó a decir Conway, pero dio por terminada la frase y se encogió de hombros, impotente.

Empezó a recoger de nuevo sus instrumentos y, con la ayuda de Prilicla, volvió a examinar al EPLH, dedicando una atención especial a los órganos de la visión y del oído. Pero no se produjo ninguna reacción física o emocional mientras se llevó a cabo el examen, a pesar de las luces destellantes y de la considerable cantidad de pruebas incómodas que le hicieron. Conway no pudo descubrir ninguna prueba de mal funcionamiento físico en ninguno de los órganos sensoriales, a pesar de que el paciente permanecía completamente inconsciente en relación con los estímulos externos. Físicamente, era un ser inconsciente, insensible a todo lo que le rodeaba, aunque Prilicla insistía en que no lo estaba.

¡Qué loco y extraño semidiós!, pensó Conway -La única explicación que puedo encontrar para este particular estado de cosas -dijo en voz alta-, es que la mente que está usted percibiendo haya suspendido o bloqueado todo contacto con su equipo sensorial. El estado del paciente no es la causa de esto. En consecuencia, el problema debe tener una base psicológica. Yo diría que este ser necesita con urgencia una asistencia psiquiátrica.

»Sin embargo -terminó diciendo-, las curaciones cerebrales pueden actuar con mucho mayor efectividad en un paciente que se encuentre físicamente bien, así es que creo que debemos concentrarnos primero en aclarar el estado de su piel...

En el hospital se había desarrollado un fármaco específico contra el epitelioma del tipo que afectaba al paciente, y el servicio de patología ya había comprobado que era adecuado para el metabolismo del EPLH y que no produciría efectos secundarios nocivos. Conway sólo tardó unos pocos minutos en medir una dosis de prueba y en inyectarla por

Librodot

vía subcutánea. Prilicla se acercó rápidamente a su lado para comprobar los efectos. Los dos sabían que éste era uno de los raros milagros de acción rápida de la medicina: sus efectos se mostrarían al cabo de unos segundos, en lugar de tardar horas o días.

Diez minutos después, no había sucedido nada.

-Un tipo duro -dijo Conway, inyectando a continuación la máxima dosis de seguridad.

Casi inmediatamente, la piel situada alrededor de la zona inyectada se oscureció y perdió su aspecto reseco y agrietado. La zona oscura se fue ampliando perceptiblemente mientras ellos observaban, y uno de los tentáculos se contrajo ligeramente.

-¿Qué está haciendo su mente? -preguntó Conway.

-Más o menos lo mismo que antes -contestó Prilicla-, pero con un aparente aumento de ansiedad desde la última inyección. Detecto sensaciones propias de una mente que está tratando de tomar una decisión... o tomándola...

Prilicla comenzó a temblar violentamente, lo que era una clara señal de que la radiación emocional del paciente se había intensificado. Conway había abierto la boca para plantear una pregunta cuando un sonido agudo y desgarrador atrajo su atención hacia el paciente. El ser EPLH se estaba removiendo contra las correas que le sujetaban. Dos de las bandas de sujeción se rompieron y el ser consiguió liberar uno de sus tentáculos. Era el que tenía el mazo...

Conway se apartó rápidamente, evitando que su cabeza fuera golpeada por apenas un centímetro... tuvo la sensación de que aquel instrumento poderoso había tocado su pelo. Pero el teniente no tuvo tanta suerte. Casi al final de su oscilación, la maza ósea cayó sobre su hombro, arrojándole con tal fuerza sobre la diminuta sala de observación que casi destrozó la pared. Prilicla, cuya cobardía era una primitiva característica de supervivencia, gracias a sus patas con ventosas se había colgado del techo, que era el único lugar seguro de la habitación.

Desde su posición, echado sobre el suelo, Conway oyó cómo se rompían otras correas y vio oscilar de un lado a otro dos tentáculos más. Se dio cuenta de que, dentro de pocos minutos, el paciente estaría completamente libre de su sujeción y podría moverse con entera libertad por la habitación. Se puso rápidamente de rodillas y gateó hacia el EPLH, que parecía haber perdido los estribos. Cuando lo agarró con fuerza con sus brazos, colocándolos justo por debajo de las raíces de los tentáculos, Conway se quedó casi sordo ante una serie de rugidos procedentes del orificio de pronunciación situado junto a su oreja. El sonido quedó traducido como una llamada de socorro:

-¡Ayudadme! ¡Ayudadme!

Al mismo tiempo, vio cómo el tentáculo dotado del gran mazo óseo oscilaba hacia abajo. Se produjo un crujido y un agujero de unos siete centímetros apareció en *el* suelo, justo en el lugar donde él se encontraba unos pocos segundos antes.

El agarrar al paciente en la forma en que lo había hecho, habría podido parecer temerario, pero Conway había tratado de conservar la calma. Conway sabía que el lugar más seguro de toda la habitación era precisamente el agarrarse con fuerza al cuerpo del EPLH, justo por debajo del nivel de aquellos tentáculos que oscilaban enloquecidos de un lado a otro.

Entonces, vio al teniente...

El teniente se encontraba de espaldas a la pared, medio echado y medio sentado en el suelo. Uno de sus brazos le colgaba inerte y en la otra mano tenía su arma, firmemente sostenida entre las rodillas; uno de sus ojos estaba cerrado en un guiño diabólico, mientras

Librodot

que el otro apuntaba a lo largo del tambor. Conway le gritó desesperadamente, advirtiéndole que esperara, pero el sonido producido por el paciente apagó sus palabras. Conway esperaba en cualquier momento el destello y el choque de las balas explosivas. Se sintió tan paralizado por el miedo que ni siquiera se pudo soltar.

Entonces, de repente, todo pasó. El paciente cayó pesadamente sobre uno de sus lados, se agitó y se quedó inmóvil. Enfundando el arma que no había llegado a utilizar, el teniente se esforzó por ponerse en pie. Conway logró apartarse del paciente con no poco esfuerzo y Prilicla bajó del techo.

-¡Vaya! -exclamó Conway con dificultad-. Supongo que no iba usted a disparar, estando yo colgado de él, ¿verdad?

-Soy un buen tirador, doctor -contestó el teniente, moviendo la cabeza-. Podría haberle alcanzado sin hacerle a usted el menor daño. Pero él estuvo gritando todo el tiempo: «¡Ayudadme!» Esa especie de cosa se agita con el estilo de un hombre...

3

Unos veinte minutos después, cuando Prilicla había enviado al teniente a curarse el húmero roto y Conway y el GLNO estaban sujetando al paciente con correas mucho más fuertes, se dieron cuenta de que había desaparecido la mancha oscura de la piel. Ahora, el estado del paciente era exactamente el mismo que antes de aplicarle el tratamiento. Al parecer, la poderosa inyección administrada por Conway sólo había tenido unos efectos momentáneos, y esto resultaba algo muy peculiar. En realidad, se trataba de algo imposible.

Desde el instante en que la facultad empalica de Prilicla había sido utilizada para intervenir en el caso, Conway estuvo seguro de que la raíz del problema era psicológica. También sabía que una mente gravemente deformada podía causar un daño tremendo al cuerpo que la albergaba. Pero este daño se producía a un nivel puramente físico y su método de reparación -el tratamiento desarrollado y comprobado una y otra vez por patología-, también era un hecho físico. Y ninguna mente, al margen de su grado de mal funcionamiento o de su poder, podía negar por completo o ignorar un hecho físico. Después de todo, el universo tenía ciertas leyes fijas.

Por lo que podía ver Conway, sólo existían dos explicaciones posibles. O bien se estaban ignorando las reglas porque el Ser que las había hecho también disponía del derecho de ignorarlas, o bien, de algún modo, alguien -o alguna combinación de circunstancias o de información mal interpretada-, estaba introduciendo una nueva regla con mayor rapidez. Conway prefería con mucho la segunda teoría, porque la primera era demasiado conmocionante como para considerarla con seriedad. Deseaba desesperadamente seguir pensando en su paciente como un pequeño P...

A pesar de todo, cuando abandonó la sala de observación, hizo una visita al despacho del capitán Bryson, el jefe del cuerpo de vigilancia, y consultó con amplitud a este oficial. Conway creía en la necesidad de asegurarse al máximo. Su siguiente visita la hizo al coronel Skempton, el oficial a cargo de Suministros, Mantenimiento y Comunicaciones del hospital. Allí solicitó copias completas de las grabaciones del paciente -y no sólo las partes relacionadas con el asesinato-, junto con cualquier otro tipo de información, pidiendo que se le enviara todo a su despacho. Después, acudió al teatro AUGL para demostrar técnicas operativas sobre formas de vida submarinas, y antes de la cena aún pudo trabajar un par de horas en el departamento de patología, descubriendo entonces bastantes cosas sobre la inmortalidad de su paciente.

Librodot

Cuando regresó a su despacho había una gran cantidad de hojas mecanografiadas sobre su mesa que abultaban en total casi cinco centímetros. Conway lanzó un gruñido, pensando en su período de descanso de seis horas y en cómo se lo iba a tener que pasar. El pensamiento derivó hacia cómo le habría gustado pasárselo, lo que trajo consigo una imagen de la muy eficiente e inasequible bella enfermera Murchison, con la que últimamente se había estado citando con frecuencia y regularidad. Pero Murchison estaba ahora en la sección FGLI de Maternidad y sus períodos libres no volverían a coincidir hasta dentro de dos semanas.

Teniendo en cuenta las circunstancias quizá fuera eso lo mejor, pensó Conway, mientras se sentaba cómodamente, disponiéndose a pasar un largo período de lectura.

Los vigilantes que habían examinado la nave del paciente fueron incapaces de convertir las unidades de tiempo del EPLH en la escala humana terrestre, aunque fueron capaces de determinar de un modo definitivo que muchas de las cintas grabadas tenían varios siglos de antigüedad y que unas pocas eran de hacía por lo menos dos mil años o más. Conway comenzó con las más antiguas y estuvo leyéndolas cuidadosamente hasta que llegó a las más recientes. Descubrió casi en seguida que no se trataba tanto de una serie de diarios grabados -las referencias a las cuestiones personales eran relativamente raras-, sino que se trataba más bien de un catálogo de memorándums, la mayor parte de los cuales contenían datos muy técnicos y de difícil comprensión. La información relacionada con el asesinato, que estudió al final, fue mucho más dramática.

...Mi médico me está poniendo enfermo, decía la última grabación. Me está matando. Tengo que hacer algo. Es un mal médico al permitir que me ponga enfermo. De algún modo, tengo que desembarazarme de esto...

Conway colocó en su lugar la última hoja del montón, suspiró y se preparó para adoptar una posición más adecuada al pensamiento creador; con la silla echada hacia atrás, los pies sobre la mesa y sentado prácticamente sobre la parte posterior de la cabeza.

¡Qué lío!, pensó.

Las piezas separadas del rompecabezas -o, de todos modos, la mayor parte de ellas-, habían llegado ahora a su conocimiento y sólo necesitaban ser ajustadas correctamente. Se encontraba, por un lado, la condición del paciente, no muy grave en lo que se refería al hospital, pero definitivamente letal si no era tratada. Después, se encontraba la información suministrada por los dos ianos en relación con su naturaleza similar a la de un dios hambriento de poder, pero esencialmente beneficioso, y sobre los compañeros -que nunca eran de la misma especie- y que siempre viajaban o vivían con ellos. Estos compañeros tenían que estar sujetos a sustitución porque se hacían viejos y morían, cosa que no sucedía con el EPLH. También estaban los informes del servicio de patología, tanto los recibidos en primer lugar, antes del almuerzo, como los últimos informes verbales obtenidos durante las dos horas que pasó con Thornnastor, el diagnosticador FGLI a cargo del departamento de patología. En opinión de Thornnastor, el paciente no era verdaderamente inmortal, y la autorizada opinión de un diagnosticador era una certidumbre casi tan sólida como una roca, lo que venía a significar una seguridad casi absoluta. Pero, aun cuando la inmortalidad había sido eliminada por diversas razones fisiológicas, las pruebas demostraron la evidencia de longevidad o de tratamientos de rejuvenecimiento del tipo no selectivo.

Finalmente, se encontraban las lecturas de sentimientos suministradas por Prilicla tanto antes como durante su intento de tratamiento de la piel del paciente. Prilicla había informado sobre la existencia de un continuo modelo de radiación consistente en estado de confusión, ansiedad y desamparo. Pero cuando el EPLH recibió la segunda inyección se había puesto fuera de sí y la explosión emocional de su mente casi había destruido, según palabras del propio Prilicla, la pequeña condición empalica en su propia raíz. Prilicla había sido

Librodot

incapaz de conseguir una lectura detallada de aquella violenta erupción emocional, debido sobre todo a que había sintonizado con el nivel primero y más suave en el que estuvo emitiendo el paciente, pero estaba de acuerdo en que existían muestras de inestabilidad de tipo esquizoide.

Conway se arrellanó más profundamente en su silla, cerró los ojos y dejó que las piezas del rompecabezas se fueran deslizando lentamente en su mente, ocupando su lugar correcto.

Todo había comenzado en el planeta en el que el EPLH había sido la forma dominante de vida. Con el curso del tiempo, habían alcanzado la civilización, lo que incluía el vuelo interestelar, así como una avanzada ciencia médica. Su período de vida, ya bastante amplio desde el principio, fue extendido artificialmente, hasta el punto de que se podía disculpar a otras especies como los ianos por creer que eran inmortales. Pero habían tenido que pagar un elevado precio por su longevidad: la reproducción de su clase, el instinto normal de la raza hacia la inmortalidad en especies compuestas por individuos mortales, habría sido lo primero en ir desapareciendo; después, su civilización se habría disuelto -más bien, se habría visto forzada *a* separarse-, convirtiéndoles en una masa de individualistas escabrosos, viajeros de las estrellas; finalmente, se habría producido el peligro de la degeneración psicológica, que aparece precisamente cuando ha desaparecido el riesgo del puro deterioro físico.

«Pobres semidioses», pensó Conway. Evitaban la compañía de quienes eran como ellos por la simple razón de que ya estaban hartos de eso: siglo tras siglo de actividades iguales de unos para con los otros, de costumbres de lenguaje, de opiniones y del agudo y profundo aburrimiento de mirarse continuamente los unos a los otros. Se habían planteado a sí mismos amplios problemas sociológicos : hacerse cargo de culturas planetarias errantes o en retroceso, atándoles bien las botas, y otros actos filantrópicos por el estilo y a tan gran escala. Y esto lo habían hecho así porque disponían de mentes tremendas y de gran cantidad de tiempo, porque tenían que luchar constantemente contra el aburrimiento y porque, en el fondo, debían ser gente amable. Y también porque una parte del precio de tal longevidad era un siempre creciente temor a la muerte, por lo que tenían que disponer siempre de sus propios médicos que les atendieran constantemente, y no cabía la menor duda de que éstos tendrían que haber sido los profesionales más eficaces conocidos por ellos.

Sólo había una parte del rompecabezas que se negaba a encajar, y era la extraña forma en que el EPLH había rechazado sus intentos de tratarle. Pero a Conway no le cabía la menor duda de que aquello era un detalle fisiológico que no tardaría en quedar igualmente aclarado. Lo más importante era que ahora sabía lo que tenía que hacer.

No todas las dolencias respondían a la medicación, a pesar de las afirmaciones en contra de Thornnastor, y habría comprendido antes que la cirugía era lo más indicado en el caso del EPLH, de no haber sido porque todo el asunto estaba un tanto oscurecido por consideraciones sobre quién era el paciente y sobre lo que se suponía había llegado a hacer. El hecho de que el paciente fuera un semidiós, un asesino y, en general, el tipo de ser con el que no se puede perder tiempo ni jugar, eran aspectos que no tendrían que haberle preocupado.

Conway suspiró y bajó los pies, colocándolos sobre el suelo. Empezaba a sentirse tan cómodo que decidió marcharse a la cama, antes de quedarse dormido allí mismo.

Inmediatamente después del desayuno, al día siguiente, Conway empezó a preparar las cosas para la operación del EPLH. Ordenó que se enviaran a la sala de observaciones los necesarios instrumentos y equipo, dio instrucciones detalladas sobre su esterilización -

Librodot

se suponía que el paciente ya había matado a un médico por permitir que se pusiera enfermo, y sin duda alguna adoptaría una actitud muy poco favorable si otro médico era la causa de que enfermara de otra cosa debido a unos erróneos procedimientos asépticos-, y solicitó la ayuda de un cirujano tralthano para que le asistiera en su trabajo. Después, media hora antes de empezar, Conway fue a ver a O'Mara.

El psicólogo jefe escuchó su informe y lo que pretendía hacer, sin expresar ningún comentario hasta que hubo terminado. Después, dijo:

-Conway, ¿se da usted cuenta de lo que puede suceder a este hospital si esa cosa consigue liberarse? Y no sólo me estoy refiriendo a la liberación física. Dice usted que está gravemente perturbado desde el punto de vista mental, si es que no se trata ya de un psicótico. Por el momento, parece estar inconsciente, pero, por lo que me ha dicho, su comprensión de las ciencias psicológicas es tal que podría comernos a todos con sus apéndices manipuladores mientras nos está hablando.

«Estoy muy preocupado por lo que puede suceder cuando se despierte -terminó diciendo.

Era la primera vez que Conway había oído a O'Mara confesar que estaba preocupado por alguna cosa. Varios años antes, cuando una nave espacial errante había chocado contra el hospital, produciendo estragos y confusión en dieciséis pisos, se dijo que el mayor O'Mara había expresado en esta única ocasión una sensación de preocupación...

-Estoy tratando de no pensar en eso -dijo Conway, como disculpándose-. Eso no hace más que confundir el tema.

O'Mara aspiró profundamente y dejó salir el aire lentamente por su nariz, una actitud suya que podía representar más que diez frases mordaces.

-Alguien tiene que pensar en esas cosas, doctor -dijo con frialdad-. Supongo que no opondrá objeción alguna a que observe la operación que va a realizar, ¿verdad?

Ante lo que no era más que una orden expresada con amabilidad, no cabía otra respuesta que un igualmente amable:

-Con sumo gusto, señor.

Cuando llegaron a la sala de observación, la «cama» del paciente ya había sido elevada hasta alcanzar una cómoda altura adecuada para la operación, y el propio EPLH estaba bien sujeto y en posición. El tralthano ocupaba ya su sitio junto al equipo de registro y del instrumental de anestesia, vigilando al mismo tiempo al paciente con uno de sus ojos, observando el equipo con el otro, y dirigiendo los otros dos hacia Prilicla, con quien estaba discutiendo un asunto escandaloso que había surgido el día anterior. Como los dos seres involucrados en el caso eran respiradores de cloro del tipo PVSJ, el asunto sólo podía tener un interés académico para ellos, aunque, al parecer, su interés académico era muy intenso. Al ver a O'Mara, la conversación sobre el escándalo cesó de pronto. Conway dio la señal para empezar.

El anestésico era uno de los varios que el servicio de patología había considerado como seguro para la forma de vida EPLH, y mientras era administrado, Conway se dio cuenta de que su mente se dirigía tangencialmente hacia su ayudante tralthano.

Los cirujanos de esta especie eran en realidad dos seres en lugar de uno, formando una combinación de FGLI y de OTSB. Adherido a la correosa espalda del pesado y elefantino tralthano, había un ser diminuto y casi estúpido que vivía en simbiosis con él. A primera vista, el OTSB tenía el aspecto de una bola peluda con un larga cola de caballo surgiendo de él, pero al mirarle más de cerca se veía que la cola de caballo estaba

Librodot

compuesta por líneas de pequeños manipuladores, la mayor parte de los cuales tenían incorporados órganos visuales. Como consecuencia de la relación existente entre el tralthano y su simbiótico, la combinación FGLI-OTSB formaba los mejores cirujanos de toda la galaxia. No todos los tralthanos preferían unirse a un simbiótico, pero los médicos FGLI los llevaban como una insignia de su profesión.

De repente, el OTSB corrió rápidamente a lo largo de la espalda de su huésped y se acurrucó en la parte superior de la cabeza algo abovedada, entre los ojos, dejando colgar su cola hacia el paciente y desparramándola con rigidez. El tralthano estaba preparado para empezar.

-Se observará que ésta es únicamente una lesión superficial -dijo Conway, para el equipo de grabación-, y que toda la zona de la piel aparece muerta, seca y a punto de desprenderse en escamas. Durante el proceso de extirpación de las primeras muestras de piel, no se encontró ninguna dificultad, pero las muestras posteriores resistieron a la extirpación hasta un cierto punto y se descubrió que la razón se debía a una pequeña y diminuta raíz, de aproximadamente medio centímetro de longitud, e invisible a simple vista. Me refiero a mi propia vista, desde luego. Así pues, parece claro que la condición del enfermo está a punto de entrar en una nueva fase. La enfermedad está empezando a profundizar en lugar de permanecer en la superficie, y cuanto antes actuemos, tanto mejor.

Conway dio los números de referencia de los informes de patología, así como sus propias notas preliminares sobre el caso, y siguió diciendo:

-Como quiera que el paciente, por razones no aclaradas todavía, no responde a la medicación, he propuesto la extirpación quirúrgica del tejido afectado, irrigación, limpieza e implantación de piel sustitutiva. Se utilizará un OTSB con guía tralthano para asegurarnos de que también se extirpan las pequeñas raíces. El procedimiento resulta sencillo, excepto por la zona considerable que ha de ser cubierta, lo que hace que ésta sea una larga operación...

-Perdónenme, doctores -interrumpió entonces Prilicla-, pero el paciente aún permanece consciente.

Se entabló a continuación una discusión, mantenida de forma amable únicamente por parte de Prilicla, entre el tralthano y el pequeño empata. Prilicla sostenía que el EPLH estaba teniendo pensamientos y que irradiaba emociones, mientras que el tralthano sostenía que ya se le había administrado anestésico suficiente como para dejarle completamente insensible a cualquier cosa durante un período de, por lo menos, seis horas. Conway interrumpió la discusión cuando ésta empezaba a adquirir tonos personales.

-Ya nos hemos encontrado antes con este problema -dijo, con irritación-. El paciente ha permanecido físicamente inconsciente, excepto durante un breve período de pocos minutos, ayer, a pesar de lo cual Prilicla detectó la presencia de procesos racionales de pensamiento. Ahora se nos presenta el mismo proceso, mientras el paciente se encuentra bajo los efectos de la anestesia. No sé cómo explicar esto; probablemente, se necesitaría una investigación quirúrgica de su estructura cerebral para conseguir explicarlo, y eso es algo que tendrá que esperar. Lo más importante por el momento es que es físicamente incapaz de moverse o de sentir dolor. Y ahora, ¿podemos empezar?

»De todos modos, manténgase a la escucha, por si acaso... -añadió, dirigiéndose a Prilicla.

Librodot

4

Trabajaron en silencio durante unos veinte minutos, aunque el procedimiento no requería un elevado grado de concentración. Era más bien como cuidar un jardín, excepto por el hecho de que todo lo que crecía era cizaña y se tenía que ir quitando una planta tras otra. Actuaría sobre una parte afectada de la piel; después, los diminutos apéndices de OTSB investigarían, comprobarían y separarían las pequeñas raíces. A continuación, él seguiría otro pequeño fragmento de la piel. Conway se enfrentaba a la operación más aburrida y prolongada de su carrera.

-Detecto una creciente ansiedad, junto con un fortalecido sentido de propósito -dijo entonces Prilicla-. La ansiedad se está haciendo intensa...

Conway lanzó un gruñido. No podía pensar en ningún otro comentario o expresión.

Cinco minutos después, el tralthano dijo: -Tendremos que ir más despacio, doctor. Nos encontramos en una sección en que las raíces están a mucha mayor profundidad...

-¡Pero si las puedo ver! -exclamó Conway, dos minutos después-. ¿A qué profundidad están ahora? -A unos diez centímetros -contestó el tralthano-. Doctor, están prolongándose visiblemente a medida que avanzamos.

-¡Pero eso es imposible! -estalló Conway, añadiendo después-: Pasaremos a otra zona.

Comenzó a sentir cómo el sudor le caía por la frente, y junto a él el cuerpo larguirucho y frágil empezó a estremecerse... pero no por nada de lo que pudiera estar pensando el paciente. La propia radiación de Conway no era precisamente muy agradable en aquellos momentos, porque en la nueva zona y en otras dos escogidas al azar, se encontraron con el mismo resultado. Las raíces de las partes escamosas de la piel se introducían más y más profundamente a medida que observaban.

-Dejémoslo -dijo Conway con dureza.

Nadie habló durante un prolongado espacio de tiempo. Prilicla estaba temblando como si en la sala estuviera soplando un fuerte viento. El tralthano estaba manejando su equipo, con los cuatro ojos dirigidos hacia uno de los botones sin importancia. O'Mara observaba intensamente a Conway, calculando también las posibilidades y con una expresión de simpatía en sus firmes ojos grises. Sentía simpatía porque sabía darse cuenta de cuándo un hombre se encontraba realmente en un apuro y las posibilidades que estaba calculando se referían a determinar si el problema se debía o no a un fallo de Conway.

-¿Qué ha pasado, doctor? -preguntó con suavidad.

Conway sacudió la cabeza, de mal humor.

-No lo sé. Ayer, el paciente no respondió a la medicación. Hoy tampoco responde a la cirugía. Las reacciones que muestra ante todo lo que tratamos de hacer por él son locas, imposibles. Y ahora, nuestro intento por aliviar su enfermedad quirúrgicamente parece haber puesto en marcha algo que envía esas raíces a una profundidad suficiente como para penetrar en los órganos vitales en cuestión de minutos, siempre y cuando se mantenga su actual velocidad de crecimiento, y ya sabe usted lo que eso significa...

-La sensación de ansiedad del paciente está disminuyendo -informó Prilicla-. Todavía está implicada en un pensamiento resuelto.

El tralthano se unió entonces a la conversación y dijo:

Librodot

-He notado un hecho peculiar en esos zarcillos similares a raíces que unen las escamas enfermas de la piel con el cuerpo. Mi simbiótico posee una visión extremadamente sensible, ya lo saben, y me informa que las raíces están hincadas en cada extremo, de modo que resulta imposible decir si el crecimiento está atacando al cuerpo, o bien si es el cuerpo el que deliberadamente mantiene el crecimiento.

Conway sacudió la cabeza, con una actitud distraída. El caso estaba lleno de locas contradicciones y de extrañas imposibilidades. Para empezar, ningún paciente, al margen de lo enfermo que pudiera estar mentalmente, debería ser capaz de negar los efectos de un fármaco lo bastante potente como para proporcionar una curación completa en el término de media hora, haciendo todo esto en cuestión de pocos minutos. Y el orden natural de las cosas indicaba que un ser poseedor de una zona de piel enferma debería deshacerse de ella y sustituirla por tejido nuevo, y no agarrarse testarudamente a ella, sin importar lo que sucediera. Se trataba de un caso asombroso, desesperanzado.

Sin embargo, cuando el paciente llegó al hospital, pareció un caso simple, sencillo. Conway se había sentido más preocupado en considerar el pasado del paciente que su propia enfermedad, cuya cura había considerado como una cuestión de rutina. Pero a lo largo de sus investigaciones se había dejado algo. Conway estaba seguro de ello, y a causa de aquella tonta omisión el paciente moriría probablemente durante las horas siguientes. Quizá había establecido un diagnóstico demasiado rápido, estando demasiado seguro de sí mismo, con una actitud criminalmente irresponsable.

Siempre resultaba horrible perder a un paciente, y en el Sector General el perder un paciente era un suceso muy raro. Pero perder a uno cuya condición no habría sido considerada como especialmente grave por parte de ningún hospital de la galaxia civilizada... Conway lanzó un fuerte juramento, pero se detuvo, porque no tenía palabras para describir lo que sentía sobre sí mismo.

-Tómalo con tranquilidad, hijo.

Fue O'Mara quien lo dijo, acariciando su brazo y hablándole como un padre. Normalmente, O'Mara era un hombre de mal carácter, de voz chillona y un tirano al que resultaba muy difícil acercarse, y que cuando alguien acudía a él en busca de ayuda, permanecía sentado, haciendo observaciones sarcásticas mientras la persona afectada se retorcía y solucionaba avergonzadamente sus propios problemas. Su actual comportamiento, tan poco característico, demostraba algo, pensó Conway con amargura. Demostraba que Conway se encontraba ante un problema que ni el mismo Conway podía solucionar.

Pero en la expresión de O'Mara había algo más que una simple preocupación por Conway, y probablemente se trataba de que en lo más profundo del psicólogo éste se sentía un poco contento de que las cosas se hubieran desarrollado tal y como lo habían hecho. Conway no tenía nada que reprocharle a O'Mara porque sabía que, de haberse encontrado en su situación, el mayor habría tratado de curar al paciente con la misma fuerza que él mismo, si no más, y se habría sentido tan mal por el resultado. Pero, al mismo tiempo, el psicólogo jefe tendría que haberse sentido desesperadamente preocupado por la posibilidad de tener en el hospital a un ser con grandes y desconocidos poderes y que, además, se encontraba mentalmente desequilibrado y que, en un momento determinado, podría haber quedado suelto por el hospital. Por otra parte, O'Mara también habría podido preguntarse si, además de un EPLH consciente y vivo, no tendría el aspecto de un niño pequeño y desamparado...

-Volvamos a intentarlo desde el principio -dijo O'Mara, interrumpiendo sus propios pensamientos-. ¿Existe algo en el pasado del paciente que indique la posibilidad de que éste desee destruirse a sí mismo?

-¡No! -exclamó Conway con vehemencia-. ¡Al contrario! Desea vivir con verdadera desesperación. Ha estado sometiéndose a tratamientos no selectivos de rejuvenecimiento, lo

Librodot

que significa que toda la estructura celular de su cuerpo se ha estado regenerando periódicamente. Como el proceso de almacenamiento de la memoria es un producto de la edad en las células del cerebro, esto dejaría su mente prácticamente limpia después de cada tratamiento...

-Esa es la razón por la que esas cintas grabadas parecían memorándums -indicó O'Mara-. Eso es exactamente lo que eran. Sin embargo, prefiero nuestro propio método de rejuvenecimiento, aun cuando con ello no consigamos vivir tanto tiempo, regenerando únicamente los órganos dañados y permitiendo que el cerebro permanezca intacto...

-Lo sé -le interrumpió Conway, preguntándose por qué el normalmente taciturno O'Mara se sentía ahora, de repente, tan comunicativo.

¿Estaría tratando de simplificar el problema al exponerlo en términos no profesionales?

-Pero como usted mismo sabe -continuó-, el efecto de los tratamientos continuados de longevidad es proporcionar al poseedor un creciente temor a la muerte. A pesar de la soledad, el aburrimiento y, en general, una existencia poco natural, ese temor aumenta de forma continua con el paso del tiempo. Esa es la razón por la que siempre viajaba con su médico privado, porque sentía un temor desesperado a enfermar o a un accidente que le pudiera suceder entre los tratamientos, y ésta es la razón por la que simpatizo hasta cierto punto con sus sensaciones cuando el médico que se suponía debía mantenerle en buen estado permitió que enfermara, aunque la cuestión de habérselo comido después...

-Así es que está usted de su lado -dijo O'Mara con sequedad.

-Podría ser un buen argumento de autodefensa -replicó Conway-. Pero estaba diciendo que el paciente se sentía desesperadamente aterrorizado ante la posibilidad de morir, de modo que estaría tratando siempre de conseguir un médico mejor y más eficiente para sí mismo... |Oh!

-¿Oh... qué? -preguntó O'Mara.

Fue Prilicla, el sensible a la emoción, quien contestó.

-Al doctor Conway se le acaba de ocurrir una idea -dijo.

-¿Qué le ocurre ahora, pequeño cachorro? No hay ninguna necesidad de ser tan misterioso...

La voz de O'Mara había perdido ahora su tono paternal y amable, y había en sus ojos un brillo con el que indicaba su alegría por el hecho de que ya no fuera necesario mostrarse amable.

-¿Qué hay de malo con el paciente? -volvió a preguntar.

Sintiéndose feliz y excitado y al mismo tiempo muy inseguro de sí mismo, Conway se dirigió con pasos vacilantes hacia el intercomunicador y ordenó que le trajeran un equipo muy poco usual. Después, comprobando que el paciente estaba lo bastante bien sujeto como para no ser capaz de mover un solo músculo, dijo:

-Tengo la impresión de que el paciente está perfectamente sano y que nosotros nos hemos estado cegando con especulaciones psicológicas. Básicamente, el problema consiste en algo que comió.

-Habría apostado a que diría usted algo así en algún momento, en relación con este caso -dijo O'Mara, que parecía sentir náuseas.

Llegó el equipo... una vara delicada, de madera puntiaguda, y un mecanismo que la haría bajar por cualquier ángulo que se necesitara, a velocidades controladas. Con la ayuda

Librodot

del tralthano, Conway la montó y la puso en posición. Escogió una parte del cuerpo del paciente que contenía algunos órganos vitales que, sin embargo, estaban protegidos por casi quince centímetros de musculatura y adiposidades. Después, puso la vara en movimiento. Estuvo tocando la piel y haciéndola descender a una velocidad aproximada de cinco centímetros por hora.

-¿Qué demonios está haciendo? -rugió O'Mara-. ¡Se piensa que el paciente es un vampiro o algo por el estilo!

-Claro que no -replicó Conway-, Sólo estoy utilizando una vara de madera para darle al paciente una mejor oportunidad de defensa. No esperaría que pudiera detener una barra de acero, ¿verdad?

Hizo señas al tralthano para que se inclinara hacia adelante y los dos juntos observaron la zona en la que la vara estaba penetrando en el cuerpo del EPLH. A cada pocos minutos que pasaban, Prilicla informaba sobre las radiaciones emocionales. O'Mara paseaba de un lado a otro de la habitación, hablando ocasionalmente en voz baja consigo mismo.

La punta ya había penetrado casi medio centímetro cuando Conway notó la primera dureza y espesamiento de la piel. Se estaba produciendo en una zona más o menos circular, de unos diez centímetros de diámetro, cuyo centro era la herida creada por la vara. El equipo explorador de Conway indicaba que se estaba formando un crecimiento esponjoso y fibroso bajo la piel, hasta una profundidad aproximada de un centímetro. No cabía la menor duda de que el crecimiento se espesaba y se hacía más opaco a su equipo de exploración, y al cabo de diez minutos se había convertido en una placa dura y ósea. La vara había empezado a doblarse de un modo alarmante y estaba a punto de romperse.

-Yo diría que las defensas se están concentrando ahora en este punto -dijo Conway, tratando de mantener firme su voz-, así es que será mejor que lo saquemos.

Conway y el tralthano efectuaron una rápida incisión alrededor y cortaron la plancha ósea recién formada, que fue colocada inmediatamente en un receptáculo cubierto y estéril. Después, Conway preparó con rapidez una inyección -una dosis media del específico inyectado el día anterior-, lo inyectó y acudió a ayudar al tralthano a reparar la herida causada. Esto ya era trabajo rutinario y les llevó unos quince minutos. Cuando terminaron no cabía la menor duda de que el paciente estaba respondiendo favorablemente al tratamiento.

Por encima de las felicitaciones del tralthano y de las terribles amenazas de O'Mara -el psicólogo jefe quería que se le contestaran algunas preguntas y con rapidez-, Prilicla dijo:

-Ha llevado a cabo una cura, doctor, pero la ansiedad del paciente está aumentando notablemente. Ahora ya es casi frenética.

Conway sacudió la cabeza, sonriendo burlonamente.

-El paciente está profundamente anestesiado y no puede sentir nada. Sin embargo, estoy de acuerdo en que en este momento... -e hizo un gesto hacia el recipiente esterilizado- su médico personal debe de estar sintiéndose muy mal.

En el recipiente, el hueso extirpado había empezado a suavizarse y a emitir un líquido de un débil color purpúreo. El líquido se rizaba y chapoteaba suavemente en el fondo del recipiente, como si tuviera una mente propia. Lo que así era, en efecto...

Librodot

Conway se encontraba en el despacho de O'Mara terminando su informe sobre el EPLH, y el mayor se estaba comportando de un modo muy amable y elogioso, pero con un lenguaje que, en ocasiones, hacía imposible distinguir los elogios de los insultos. Pero ésta era la forma de actuar de O'Mara, según empezaba a darse cuenta el propio Conway, pues el psicólogo jefe únicamente se mostraba amable y compasivo cuando se sentía profesionalmente preocupado por una persona.

Todavía le estaba haciendo preguntas.

-...Una forma vital ameboide e inteligente, una colección organizada de células submicroscópicas del tipo viral, formarían el médico más eficiente que se pueda concebir -estaba contestando Conway a una de aquellas preguntas-. Esta forma residiría en el interior del paciente y, una vez conocida la información suficiente, controlaría cualquier enfermedad o malfuncionamiento orgánico desde el interior. A un ser que siente un terror patológico a la muerte, debió de parecerle algo perfecto. Y lo era, porque, en realidad, el problema que surgió no se debió a ningún error del médico. Surgió a través de la ignorancia del paciente sobre su propio pasado fisiológico.

»Tal y como lo veo -siguió diciendo Conway-, el paciente había estado sometiéndose *a* tratamientos de rejuvenecimiento en una fase ya temprana de su período de vida biológica. Quiero decir que no esperó a alcanzar una edad media o anciana para regenerarse a sí mismo. Pero en esta ocasión, ya fuera porque lo olvidó o bien porque no tuvo cuidado o porque había estado trabajando en una tarea que le ocupó más tiempo del usual, envejeció más de lo que lo había hecho previamente y adquirió así esta enfermedad de la piel. La patología dice que esto fue probablemente un tipo de reacción usual en su raza, y que el curso normal de la enfermedad para el EPLH habría sido desprenderse mediante escamas de la piel afectada y seguir como hasta entonces. Pero nuestro paciente había sufrido daños en su memoria, a causa del tipo de tratamiento de rejuvenecimiento y, en consecuencia, no sabía esto, de modo que su médico personal tampoco tenía forma de saberlo.

»Esta especie de médico residente -siguió diciendo Conway-, sabía muy poco sobre el pasado médico de su paciente, que era, al mismo tiempo, el cuerpo huésped que le albergaba a él. Pero, al parecer, su lema consistía en mantener a toda costa el *statu quo.* Cuando las partes del cuerpo de su paciente amenazaban con desprenderse, él las mantenía, sin darse cuenta de que esto podía haber sido una actuación normal como perder el cabello o como el periódico cambio de piel de una serpiente, especialmente porque su dueño habría insistido entonces en que lo que estaba sucediendo no era natural. Se tuvo que haber desarrollado así un fiero esfuerzo de lucha entre el cuerpo del paciente y su doctor, con lo que la mente del paciente también terminó por dirigirse contra su médico. A causa de esto, el médico tuvo que provocar la inconsciencia del paciente, lo mejor que podía hacer, considerando su actitud como la más correcta.

»Cuando le pusimos las inyecciones de prueba, el médico las neutralizó. Se trataba para él de sustancias extrañas que estaban siendo introducidas en el cuerpo del paciente. Y ya sabe lo que sucedió cuando tratamos de aplicar un tratamiento quirúrgico. Sólo cuando amenazamos con esa vara los órganos vitales subyacentes, obligando al médico a defender a su paciente en ese punto preciso...

-Cuando empezó usted por pedir una vara de madera -dijo O'Mara con sequedad-, pensé en ponerle una camisa de fuerza.

Conway sonrió burlonamente.

-Recomiendo que el EPLH vuelva a recuperar a su médico -dijo Conway-. Ahora que la patología le ha proporcionado una completa comprensión de la historia médica y fisiológica de su huésped, será el mejor de los médicos personales, y el EPLH es lo bastante astuto como para comprenderlo así.

Librodot

O'Mara le sonrió a su vez.

-Y yo estaba preocupado por lo que podría hacer cuando recuperara la conciencia. Pero resultó ser un tipo muy amistoso y agradable. De hecho, un tipo encantador.

Cuando Conway se levantó, dispuesto a marcharse, dijo astutamente:

-Será porque es un buen psicólogo por lo que siempre es agradable para todos...

Se las arregló para cerrar la puerta detrás de él antes de que el pisapapeles le alcanzara.

Librodot

La edad de la jubilación

Hal Lynch

El curso de la evolución muestra que los logros más elevados de una especie se convierten en un desarrollo embriónico hacia formas más elevadas. Y así ocurrirá, quizá, con la evolución cultural.

Ciento veinte kilómetros por debajo de nosotros se encontraba el continente sur del planeta Uriel. Di la orden y nos precipitamos hacia abajo, hacia la ciudad de Sathos, que nunca había conocido la noche y donde la luz de cuatro lunas llenaba el cielo cuando se había puesto el sol. El *Spacebolt* descendió a baja altura sobre la ciudad y arrojamos bombas de negrura. Una nube entintada se elevó de Sathos, detrás de nosotros, mientras nos elevábamos para regresar.

Miré a mis hombres, que esperaban junto a la escotilla.

-Tenemos orden de limpiar la ciudad, a excepción de los flickos, y ya saben dónde se estarán ocultando. Cuando lleguen a las calles, disparen contra todo aquello que se mueva.

El sargento Kregg sonrió burlonamente e hizo señal a sus hombres para conectar sus anuladores de gravedad. Volvíamos a estar de nuevo sobre la ciudad.

-Muy bien, sargento. ¡Adelante entonces! -grité.

Yo mismo dirigí la caída, a través de la escotilla abierta y hacia la oscuridad de Sathos, donde esperaba la banda de flickos. No habían esperado una bomba de negrura, estaban desparramados por todas partes y confundidos, pero aún sabían como luchar. Las armas paralizadoras crepitaban a medida que mis hombres llegaban a las calles y comenzaban a cazar a los flickos. El sargento Kregg y yo perseguimos a los jefes, que habían ido a ocultarse al centro de la ciudad. Disponían de un nauseador que rociaba las calles situadas frente a ellos, pero el sargento y yo nos las arreglamos para mantenernos fuera de su línea de fuego mientras nos movíamos. Les localizamos en el tercer piso de un edificio; ahora, todo era más fácil.

Desde detrás de una serie de escalones, el sargento gritó nuestro «¡Estamos aquí para ayudaros!». Ellos contestaron con una ráfaga de nauseador, pero no le pudieron alcanzar. Yo disparé un par de ráfagas atontadoras desde mi lado de la calle, pero ellos también estaban protegidos.

-¡Tozudos! -dijo Kregg-. Usted y yo les podemos coger, aunque no tardará en haber luz suficiente.

-Utilicemos el gas adormecedor. Tengo prisa -dije.

Su rostro adquirió una expresión de desilusión.

-¡Es una orden, sargento!

El gas hizo el trabajo. No tardamos en tenerlos a todos «reunidos y contados». Kregg llamó a la nave para que bajara a recogernos mientras yo registraba los detalles de la operación.

-¿Algún herido, sargento?

Uno de ellos tiene un codo pelado, eso es todo, señor.

Librodot

El y los hombres llevaron a los prisioneros a bordo de la nave. Después, el sargento regresó.

-La operación más rápida que he visto jamás dijo, en tono de confianza-. Apuesto a que será un récord de la Patrulla del Espacio, señor.

Yo sabía que lo era y me sentía muy bien por ello, pero, desde luego, no podía permitir que él lo supiera. Me limité a lanzar un gruñido y a devolverle el saludo de una forma brusca.

-Entréguelos a los psicomédicos locales y regrese con sus hombres al cuartel general de Marte. Yo no regreso con la nave; lo hago con el transmisor de materia, para asistir a la fiesta de retirada del comandante. ¡Tome el mando, sargento!

Había unos cuantos viejos en la estación del transmisor de materia, pero se apartaron a un lado al ver mi uniforme azul y dorado.

-¡Aquí, capitán! -dijo el ayudante, conduciéndome hacia la cabina más cercana.

Sentí una punzada de remordimiento cuando me acomodé entre los cojines. Hubiera preferido regresar con mi propia nave. El *Spacebolt* era sin duda alguna la nave más elegante y rápida de todo el sector y habría sido muy adecuado haber llegado con ella, pero no nos quedaba tiempo. Incluso viajando por el transmisor de materia, tendría mucha suerte si llegaba a tiempo para la ceremonia.

Cuando salí de la cabina receptora de patrulla en Marte, me encontré con Wenda, que me estaba esperando. Me saludó con una actitud elegante; más bonita que nunca con su vestido uniforme. Me di cuenta interiormente de que tenía que vigilarme a mí mismo. Tendría que permanecer apartado de ella si no quería encontrarme con un estorbo un par de años demasiado pronto.

-Tommv -me susurró mientras nos apresurábamos pasillo abajo-, nunca he estado antes en una parada final. ¿Son muy excitantes?

-Casi tan aburridos como viajar por transmisor de materia.

En realidad, no lo sentía así. Eran maravillosas. Pero no iba a disfrutar nada con ésta.

Empezamos a bajar las escaleras.

-Me pregunto cómo lo estará tomando el jefe. Quiero decir, sabiendo que ésta es la última para él y todo eso.

-Supongo que ya se habrá acostumbrado a la idea -comentó ella con indiferencia.

Ahora podíamos escuchar a la multitud moviéndose por todas partes fuera del campo.

De repente, tuve la urgente necesidad de contarle a alguien cómo me sentía.

-No es justo, Wenda. *¡No es nada justo!*

Ella se detuvo y me miró, con expresión de preocupación.

-¿Quieres decir obligar al jefe a retirarse? Es por el bien de la patrulla, Tommy... ya lo sabes. Eso da una buena oportunidad a los oficiales jóvenes.

-¡Ellos tendrán muchas oportunidades! Wenda, el jefe es mejor que nunca. Puede manejar cualquier cosa con la que le enfrenten. El...

-El retiro obligatorio a su edad es una de las más importantes reglas de la patrulla. Y ahora, date prisa... ¡llegaremos tarde!

Librodot

Cuando salimos al terreno donde se iba a celebrar la parada militar, el coronel Croslake se adelantó para encontrarse con nosotros. Saludó y me estrechó la mano.

-¡Felicidades, Tommy! -dijo sonriendo-. Acabo de oír que ha detenido a otra banda de desgraciados.

-¡Tommy! ¡No me lo habías dicho! -exclamó Wenda.

-Los atrapamos en Uriel. Fue todo muy rápido y suave. Tuvimos suerte. Unos cuantos disparos pero, en realidad, no surgió ningún problema.

El coronel me dio unas palmaditas en el hombro.

-Continúe haciendo esa clase de trabajo y no tardará en pertenecer a los altos mandos.

«Será mejor que me dé prisa -me dije a mí mismo-. Tal y como son las cosas aquí, será mejor que me dé prisa».

-¡Oh! Será mejor que ocupemos nuestros puestos. Ya suenan las cornetas.

Encontramos nuestros puestos mientras sonaban las cornetas. En el terreno de la parada militar permanecían rígidos y en silencio una fila tras otra de cadetes de rosadas mejillas. En el silencio, podíamos escuchar los distantes ruidos procedentes de las naves de cohetes, y la débil agitación cuando las primeras tropas marcharon hacia el extremo más bajo del campo. Entonces, apareció la guardia de color, seguida por la banda, que tocaba la inevitable *Patrulla alerta, y* detrás de ella los jefes, elegantes y duros con sus nuevos trajes azules.

Al final de todos llegaba el jefe, con Halligan, su sucesor, que caminaba a su lado. De algún modo, ya tenía un aspecto más viejo y diferente, aunque seguía marchando recto como un palo y cada centímetro de su cuerpo denotaba la actitud de un soldado. Ocupó su puesto en el podium de recepción; la banda atacó los compases de *Los colores* y el jefe observó a sus tropas marchando ante él, en desfile militar, por última vez. Eran hombres escogidos, y a pesar de ello y de todas sus antiguas campañas, sentían ver cómo se retiraba del servicio activo el comandante supremo de la patrulla del espacio. No me avergüenza decir que sentí ganas de llorar.

Tras haber desfilado la última unidad, hubo un momento de silencio. Después, el jefe pronunció un breve discurso. No recuerdo lo que dijo, pero fue algo grande. La forma en que lo hizo lo convirtió en algo grande. A continuación, se quitó el cinturón de ceremonial y lo colocó alrededor de la cintura del comandante Halligan, mientras la banda tocaba *Honor a la patrulla* y, nosotros cantábamos la letra con las lágrimas corriendo por nuestras mejillas. Después, le vitoreamos hasta que nos quedamos roncos, mientras él acudía junto a cada uno de los miembros de su equipo y le estrechaba la mano. Mientras estábamos vitoreándole, vi de pronto a mi hermano mayor, Bill, que permanecía en el pequeño grupo de gente mayor, en una de las esquinas del campo.

Nuestro nuevo jefe, el comandante Halligan, también pronunció un discurso, pero aquello fue como una especie de anticlímax. Después, se dio el último toque de corneta y con aquello terminó la parada final del jefe. Me habría gustado disponer de la oportunidad de decirle algo personalmente, pero sabía que nunca podría acercarme a él, entre toda aquella multitud. Así es que en cuanto Halligan gritó: «¡Rompan filas!», fui a ver a Bill. Evité a Wenda y me abrí paso por entre la multitud de bulliciosos cadetes y soldados, hacia donde esperaba mi hermano. Me miró con una sonrisa burlona.

-¡Eh, capitán!

Librodot

Parecía como un extraño con sus ropas de civil. Hablamos durante un minuto o dos sobre la familia -últimamente no les había visto tanto como debiera, y después le aparté un poco de la gente, dirigiéndonos hacia los cobertizos de los cohetes, el. ambiente se estaba tranquilizando ya y el sol comenzaba a ponerse.

-¿Qué tal van las cosas en esa... escuela de filosofía? -le pregunté, tratando de ser amable.

-Es interesante... incluso excitante a veces.

-¡Apostaría a que sí!

-En serio, Tommy. El otro día estuvimos analizando la relación existente entre la música y el pensamiento social, y eso... bueno, ya te lo explicaré en alguna otra ocasión. Es algo nuevo y maravilloso y contiene toda clase de posibilidades. Y, a propósito, he oído decir que vamos a tener entre nosotros a tu jefe, ahora que se ha jubilado.

-¿En tu escuela? ¡Estás loco, Bill!

-Es un hombre extraordinariamente inteligente. Podemos utilizarle.

Me detuve en nuestro paseo.

-Escucha, Bill, tengo que hablar contigo -le dije-. No entiendo esto. Realmente no lo capto.

-¿Cuál es el problema?

-¿Por qué tiene que jubilarse el jefe *ahora?* ¡Es el mejor que hemos tenido jamás! ¿Por qué le han obligado a retirarse?

-Si por «ellos» te refieres a los de fuera, te equivocas, Tommy. El retiro obligatorio es una regla de la propia patrulla. Nadie les forzó a implantarla desde el exterior. Los propios miembros del equipo de la patrulla determinaron la edad del retiro. Y, desde luego, esa norma es válida para todos; el rango de jefe no implica ninguna diferencia. Ha tenido que jubilarse, del mismo modo que tuve que hacerlo yo cuando alcancé su misma edad. Lo que sucede es que a esa edad ya no somos buenos, muchacho.

-¡No me digas eso! -exclamé, agarrándole por el brazo-. Durante mi último viaje de servicio me he pasado algún tiempo en la biblioteca. Estuve mirando algunos libros-visores antiguos y encontré algunas historias de la patrulla... de ta patrulla de hace cien años. En aquella época tenían soldados que llegaban hasta los treinta años.

-Claro, muchacho. Ya lo sé. Y puede que tú no lo sepas, pero si compruebas las leyes existentes antes de la formación de la patrulla, te encontrarás con que había en servicio hombres incluso más viejos. También los reclutaban a una edad más avanzada. Pero en la época en que se formó la patrulla se descubrió que las personas viejas no tenían la velocidad de reacción ni la coordinación necesaria para mantenerse a un nivel óptimo. Así es que empezaron a retirar a los hombres a una edad cada vez más temprana, reclutándolos más jóvenes aún.

«Después, hubo otro factor -siguió diciendo-: muchas menos matanzas. En estos días, los asesinatos son más raros que las nubes en Marte, pero supongo que ya te habrás dado cuenta por esas historias que los criminales utilizaban armas mortales. En estos días de armas que dejan sin sentido y de gas adormecedor, el someter a las personas que crean problemas es algo mucho menos peligroso que antes. Esto ayudó a descender la edad de reclutamiento y, a su vez, la edad de jubilación.

-¿Qué son los criminales?

Librodot

-Es una palabra antigua utilizada para designar a los desgraciados. Nunca has prestado mucha atención a la historia, Tommy. Tendrás que especializarte en ella cuando te hayas retirado.

-Ni siquiera deseo pensar en el retiro -gruñí-. Aún me quedan otros dos años. Quizá... quizá si llego alguna vez al equipo director consiga cambiar esa regla sobre la jubilación.

Aquello pareció divertir a Bill.

-No tendrás ni una sola oportunidad, Tommy. Lo han intentado hacer y la verdad es que no funciona de ninguna otra manera. Cuando llegas a los dieciséis, revista final y fuera... ¡por el bien del servicio!

-¿Estás intentando decirme que mi coordinación descenderá a los dieciséis?

-Mírame a mí -dijo, sonriendo con sorna-. A los diecinueve ya estoy acabado - después se puso serio y añadió-: No, muchacho, no es eso. Es algo más lo que falta... un cierto espíritu, o idealismo, o quizá una especie de instinto. Como comprenderás, nuestra raza ha cambiado durante el último par de siglos, Tommy. Por un lado, nuestro sistema educacional se ha elevado mucho, aceptamos responsabilidades mucho antes de lo que las aceptaron nuestros abuelos, y siguiendo la misma línea, nosotros... bueno, nos asentamos un poco antes. Nuestra expansión por el espacio nos ha puesto en contacto con docenas de otras culturas, algunas de las cuales son varios siglos más viejas y sabias que la nuestra. Así es que, de algún modo, nos hemos establecido como gente con una visión diferente sobre la vida, en relación a la que tenían nuestros antepasados.

Tenía la impresión de que se estaba apartando del tema, pero le dejé seguir hablando. Nos volvimos, regresando hacia el campo donde se había celebrado la parada militar; el sol ya se había puesto y empezaba a oscurecer rápidamente.

-Tommy, hemos empezado la gran aventura -siguió diciendo-. Hemos iniciado la gran exploración de todo, la exploración de nosotros mismos. Esto se ha convertido en algo tan importante para nosotros que no tenemos tiempo ni inclinación pan, otras cosas.

»Pero todavía hay desgraciados -continuó-, y supongo que siempre los habrá, independientemente de lo mucho que pueda cambiar el mundo. Alguien tiene que disponer del tiempo necesario, de tomarse la molestia de cogerlos y traerlos aquí para que sean sometidos a tratamiento. Alguien que posea aún la paciencia para asumir la autoridad y la rutina sin hundirse en la corrupción; alguien capaz de pensar sin dejarse obsesionar y de actuar sin sentir ansiedad por las consecuencias. Alguien que pueda luchar sin sentir odio y vivir sin sentir pena; alguien capaz de entregar todo su corazón a una causa que le proporcione poca cosa o nada a cambio.

»Así es que os hemos pasado el trabajo a vosotros, la generación joven. Os hemos proporcionado las armas y los conocimientos necesarios y vosotros habéis puesto... el corazón.

-Bill, no entiendo una sola palabra de lo que me estás diciendo. No termino de captarlo.

-Ya lo harás, Tommy, ya lo harás -dijo tranquilamente, en la oscuridad-. Dentro de unos pocos años comprenderás lo que te estoy diciendo. La patrulla ha descubierto que, después del quinceavo año, cada cual «aparta estas cosas» de algún modo. La gloria va muriendo a medida que van apareciendo nuevos anhelos, hasta que uno llega a sentirse un extraño con respecto a lo que solía ser. Así es que la patrulla te

Librodot

obliga a jubilarte antes de que llegues a ese punto, Tommy. Por eso se ha implantado la jubilación obligatoria, antes de que cada cual empiece a dejar de preocuparse.

-*¿Dejar de preocuparse por la patrulla?* ¡Eso es una locura!

-El problema es, Tommy, que uno ya no se preocupa cuando crece.

Librodot

Época de siembra

Pete Adams y Charles Nightingale

«Tú eres mi miel, mi flor dadora de miel, y yo soy la abeja...» La forma en que estas flores podían hacerse libar era suficiente para hacerle zumbar a uno.

Randy Richmond se sentía aburrido, excesiva, intolerablemente y lo que parecía ser eternamente aburrido. De hecho, se sentía tan aburrido que ya ni siquiera se preguntaba qué clase de programa habría bombeado el hipnocondicionador para hacerle regresar al sector XI-13 antes de volver a ser lanzado de nuevo al espacio. Fuera lo que fuese, no le causaría ninguna impresión en absoluto.

Se suponía que el hipnocondicionador alteraba el sentido del tiempo para relajar el intelecto y conseguir una plácida exploración de los más atrayentes caminos secundarios de las matemáticas espaciales, o de cualquier otro problema concebible con el que se encontraran los equipos planetarios de investigación. Como consecuencia de ello, se esperaba que uno terminara su viaje a través de las estrellas no sólo tan fresco como si el viaje acabara de comenzar aquella misma mañana, sino también en un estado inspirado que se aproximaba al nivel del genio. De este tratamiento se había predicho que era capaz de producir gigantescos saltos mentales para la humanidad, pero Randy aún tenía que conocer a cualquier viajero plus-luz que surgiera de la experiencia con cualquier otra cosa que no fueran ideas de la naturaleza más fundamental, por muy inventivas que algunas de ellas pudieran ser consideradas.

Suponía que alguien, en alguna parte, tendría que haberse dado cuenta de que el viaje plus-luz parecía actuar más como un estímulo físico que mental, porque los compañeros espaciales más recientes habían empezado a desarrollar accesorios notablemente sofisticados. Las computadoras siempre habían sido instrumentos esenciales en el espacio, desde luego, pero las nuevas computadoras CMP DIRAC-deriv. Mk IV Astg. multimedia podían proporcionar toda forma imaginable de entretenimiento, así como unas cuantas inimaginables, cuando el piloto se salía de sí. Ni siquiera se necesitaba estimularlas con un destornillador clandestino como los modelos antiguos. Proporcionaban una gran cantidad de diversión.

Pero hasta ellas tenían sus limitaciones, y después de nueve meses viajando en plus-luz con su compañera corriente, con su voluptuoso marco abrazando la pequeña cabina como un alocado edredón de plástico, Randy se encontró suspirando por alcanzar una realidad que la computadora no le podría proporcionar nunca. Dirigido hacia una estrella particularmente oscura, de clase K, situada en uno de los extremos de la espiral de la galaxia, aún tenía que enfrentarse a otros nueve meses de confinamiento. Los libros, las películas, las cintas y las obras de arte habían quedado exhaustas ya de toda su potencia, y Randy se veía ahora reducido a observar la revisión animada producida por la compañera de las ilustraciones de Beardsley «Bajo la colina», una de las videocintas *Favoritas Clásicas.* A juzgar por las crecientes desviaciones del original, parecía evidente que la computadora compartía la sospecha del piloto de que sus pasiones no volverían a surgir otra vez.

Fue en este momento crítico, tan perfectamente calculado como para invitar casi a extraer ciertas conclusiones sobre las motivaciones de la computadora, cuando la compañera anunció que sería deseable encontrar un planeta para repostar los suministros químicos de la nave. A sólo unas pocas horas de distancia se encontraba una estrella que poseía un planeta del tipo E, en el que había los materiales apropiados, a partir de los cuales la

Librodot

nave podría sintetizar lo que necesitaba. De acuerdo con los informes, el planeta estaba habitado por una raza del tipo humano que se encontraba en una fase de desarrollo bastante primitiva; perfectamente consciente de las estrictas directrices de la Federación en cuestiones de contacto intercultural, Randy proyectó aterrizar en una de las muchas islas deshabitadas desparramadas por el hemisferio oceánico norte.

Finalmente, la computadora seleccionó una isla exuberante, en forma cónica, que, según los detectores infrarrojos, no contenía una vida animal capaz de plantear grandes problemas, y la nave terminó por posarse en tierra con una cierta agitación. Las compañeras siempre disfrutaban con una oportunidad de dar un espectáculo y se habían conocido aterrizajes en los que las computadoras experimentaban una explosión de banderas, fuegos artificiales y el himno nacional del planeta de procedencia, echando a perder todas las esperanzas de establecer un contacto pacífico con las formas de vida locales. Pero, en esta ocasión, la puerta de la nave se limitó a abrirse con un susurro, y Randy salió al exterior con un enorme alivio.

Se encontraban en una planicie abierta y llena de hierba, cerca del reluciente mar zafiro, con una playa de arena blanca en contacto con sus bordes Aquí y allá surgían de la hierba intrigantes plantas en forma de vaina, con magníficas y aterciopeladas hojas verdes. Algunos árboles tenían frutos que la computadora comprobó eran aceptables para la constitución humana, y Randy les prestó una atención entusiasta; se hundieron suculentamente en sus manos, revelando jugos y carne que tenían un sabor embriagador. Cuando al final ya no pudo comer más echó a correr hacia las aguas claras y asombrosamente poco profundas del océano y eliminó de su mente nueve meses de plus-luz. Se revolcó bajo el sol, rió y gritó, saltó sobre su propia sombra e hizo las cosas más tontas que se pueden imaginar y, a su debido tiempo, volvió a recuperar la calma, enfrentándose con el problema que las fragancias y brisas de la isla no hacían nada por solucionar.

Una parte del problema consistía en que la nave no le necesitaba. Su brillante serpiente terrestre, dirigida por la computadora, investigaba la superficie del planeta en busca de vetas minerales adecuadas, mientras que la sección de laboratorio de la compañera zumbaba, llena de una autosatisfacíoria actividad. Se fueron probando muestras, se fundieron minerales, se mezclaron reactivos y se llevaron a cabo procesos de centrifugación; el tacleteo de la música puntuaba la murmurante letanía de las ecuaciones, una señal a la que el piloto ya se había resignado como indicación de que la computadora estaba profundamente enfrascada en pensar. Se encogió de hombros, tratando de librarse de la sensación de impotencia que amenazaba con hacerle regresar demasiado pronto, y se puso a explorar la isla. Sería muy bueno para él poder entregarse a un reparador sueño natural aunque sólo fuera por una vez, en lugar de tener que aceptar las nauseabundas drogas adormecedoras de la computadora, que, al margen de la forma y del color, y su amplitud parecía infinita, siempre le producían pesadillas de una decadencia demoledora.

La línea de la costa era una verdadera delicia y estaba compuesta por colores claros en ondas y curvas repentinas. Un sol de oro silencioso colgaba en el cielo, como si la tarde pudiera durar siempre, y el aire olía a perfume, una clase de perfume que parecía traer inesperados recuerdos de realización propia. Siguiendo ensoñadoramente el instinto de su nariz, Randy fue andando por entre un bosquecillo de árboles que le hizo apartarse de la vista de la nave y se detuvo de pronto en sus sombras, mientras desaparecían de su mente todas las consideraciones sobre los castigos que se imponían a causa de la interferencia cultural. En la llanura verde que había al otro lado, la realidad relucía, como si las propias ondas de luz se estuvieran fundiendo con el calor. Después, su visión se aclaró y allí apareció ante él, sentada en una especie de asiento hecho de hojas aterciopeladas, una criatura de tan

Librodot

espectacular belleza, que se encontró prometiéndose febrilmente a sí mismo no volver a perder jamás su tiempo con las figuras 3-D de la revista *Síagman.*

Ella parecía no haberle visto cuando dirigió unos ojos de mirada misteriosa hacia el mar, con su cuerpo lánguido y relajado sobre el amplio asiento. No llevaba nada, excepto una corta camisa azul de algún material complicadamente elaborado, y la luz del sol acariciaba su piel para formar un tapiz de brillantes curvas y exquisitas sombras. Actuando con suavidad, Randy se fue acercando a ella por un lado y, extrañamente, ella se volvió para darle la bienvenida, haciendo un movimiento a modo de prueba que él tomó como una invitación. Se sentó, guardó silencio por un momento, a punto de entablar la conversación, pero en lugar de hacerlo extendió la mano para acariciar el pelo moreno que ondulaba como un largo velo, bajándole por la espalda. Las palabras no eran necesarias porque los mensajes que se establecieron entre los dos, en el aire electrizado, así como la propia mujer, no mostraban signos de desear ninguna lección de lenguaje.

Ella suspiró como el murmullo de las hojas a mediados de verano y se extendió ante él, elevando suavemente la punta de su blusa para revelar zonas oscuras y apetitosas. Despedía un aroma que olía a canela, a almizcle y a violetas puras, sofocando así cualquier pensamiento racional. Randy se volcó como un borracho sobre ella y en ella, y se vio rodeado por la carne que se retorcía delicadamente contra su propia carne, mientras ella le acariciaba con unos dedos suavemente empolvados, mientras él se hundía, boqueaba y se estremecía. La tarde explotó entonces en fragmentos dorados.

Después, Randy se deslizó hacia un lado y permaneció echado sobre la arena blanca, convencido, como la compañera nunca había sido capaz de convencerle, de que ahora tenía una excelente oportunidad para comprender su lugar en el universo. Era como si, de repente, seres procedentes de alguna otra galaxia se hubieran dado cuenta de su presencia; pero mientras ellos empezaban a moverse para saludarle, él comenzó a temer el eco hueco de sus pensamientos, la música disonante de su conocimiento, y volvió a regresar a un estado de desvelo. Una neblina de verde retorcido y de sombras de color púrpura permaneció brevemente sobre sus ojos, y unas voces de advertencia susurraron mensajes instantáneamente olvidados. Pero la mujer seguía permaneciendo plácidamente sentada en su asiento y, ante su vista, la confusión de Randy desapareció por completo. El propósito y la anticipación le hicieron ponerse bruscamente en pie.

Ante su sorpresa, el gesto de bienvenida de ella no fue repetido. La mujer le sonrió, con una expresión ausente, y después volvió su mirada hacia el océano. Cuando intentó acariciarlo como antes, su carne pareció arrastrarse llena de disgusto, y no hizo ningún movimiento para tenderse hacia atrás, mientras su blusa permanecía recatadamente extendida hasta sus rodillas. Randy estaba ya medio inclinado para forzar la situación, pero las directrices de la Federación comenzaron a pulular de nuevo en el fondo de su mente y, finalmente, abandonó el intento. Prometiendo regresar pronto con regalos sin precio, oferta a la que ella no prestó la menor atención, Randy reanudó su exploración de la isla.

La línea costera volvió a producir una inclinación, y la mujer no tardó en desaparecer tras él. La abundante hierba se desgarraba al calor y el aire se estremecía con un olor picante que hizo acelerar la velocidad de su sangre; junto a él, el océano despedía millones de reflejos procedentes del cielo. Protegiéndose los ojos con las manos, observó, sin dar crédito a lo que veía, a una nueva mujer que estaba echada sobre su cama

Librodot

de terciopelo, ondulando su cuerpo con indudable delicia ante su aproximación. Podría haber sido la hermana de la magnífica criatura que acababa de dejar: el mismo pelo oscuro cayéndole en ondulaciones perfectas sobre la espalda, el mismo caleidoscopio de delicadas luces y sombras recogido por la luz del sol y extendido a lo largo de los suaves y flexibles miembros, el mismo aroma dulce extendiéndose y atrayéndole sobre la hierba. Hasta llevaba una blusa similar, aunque ésta era roja. Su textura era muy complicada, con diminutos diseños que cambiaban y fluían a medida que él trataba de seguirlos con la mirada; atractivos dibujos que le sugerían un simbolismo elusivo cuya comprensión se le escapaba.

No sintiéndose inclinado a poner en duda los regalos que el destino ponía tan raramente en su camino, Randy se apresuró a acudir reverentemente hacia el asombroso y hermoso fenómeno que le esperaba. Una vez más, podía desechar las palabras, por ser totalmente innecesarias. Los ojos de la mujer, profundos estanques violeta llenos de promesas, le recibieron agradablemente con una inequívoca invitación, reforzados por el cuerpo complaciente y receptivo. Llegó a perder el sentido de sí mismo, y se dejó llevar hacia un frenesí de sensaciones que se mezclaron las unas con las otras, hasta que una estrella nova pareció brillar ante él, y terminó por hundirse en un estado somnoliento en el que cada movimiento y cada gesto de la mujer parecía formar una parte de una comunicación oscura pero vital entre un extremo del universo y el otro. El se quedó mirando fijamente sus ojos, fascinado, mientras un hálito de gloriosos colores formaba una espiral sobre el lecho, y después tuvo que haberse quedado dormido, pues hubo un momento en que las hierbas y las enredaderas que alfombraban la isla parecieron explorarle con sus tentáculos, y en el que el musgo creció inconteniblemente bajo su espalda. El sol parecía tener un dorado más profundo y había descendido bastante en el cielo cuando Randy se remojó la cabeza en el océano y regresó, ya refrescado, hacia donde se encontraba su deliciosa compañera.

Cerca de ella, sintió cómo se reavivaba su deseo con tanta fuerza como si nunca hubiera quedado satisfecho, pero cuando trató de acercarse más la encontró tan inflexible como un bloque de madera, mientras su mirada permanecía fría y fija sobre el mar. Por mucho que lo intentó, fue incapaz de despertar su interés por los saludables propósitos atléticos que albergaba en su mente. Ella le ignoró tan completamente que él ni siquiera pudo estar seguro de que ella entendiera lo que deseaba. Finalmente, Randy decidió que tendría que dejarla allí, con la esperanza de que al día siguiente se encontraría en un estado de ánimo más tratable. Besó la boca inmóvil y emprendió el camino de regreso hacia la nave.

Fue chapoteando en las aguas bajas, a lo largo de la costa, mientras la arena se deshacía bajo sus pies y la brisa se agitaba por entre la hierba y hacía mover las ramas de los árboles. La mujer que llevaba puesta la blusa azul todavía estaba tomando baños de sol en el mismo lugar en que él la dejara, y Randy se detuvo al borde del agua, sin saber muy bien si debía saludarla con la mano y marcharse a toda prisa, o debía detenerse un momento para hablar con ella de su experiencia.

Su perfume solucionó la cuestión. A medida que se fue aproximando, dejándose dirigir de nuevo por su olfato, ella se movió y se extendió y su sonrisa pareció penetrarle el cuerpo, sonando en su interior como una verdadera orquesta. Ella le atrajo hacia sí con una urgencia irresistible y, una vez más, él volvió a sentirse suspendido en el interior de ella, con un incomprensible torrente de alegría y placer. Apartándole por completo la blusa, se abandonó totalmente a una extraordinaria sinfonía de ritmos y caricias eróticas. Era como si el propio planeta se hubiera abierto para tragarle, con la hierba y las gigantescas hojas verdes cerrándose sobre su cabeza.

Librodot

El clímax pareció desparramarle por todo el paisaje, como fragmentos de una vaina que acabara de estallar. Durante un largo tiempo, permaneció allí, incapaz de moverse, con fantásticas visiones de seres extraños y con una música extraordinaria bailándole a través de su mente. Los colores de la tarde que se iba yendo se fueron reuniendo lentamente hasta formar una magnífica puesta de sol, y cuando finalmente se puso de pie, ya estaba oscureciendo. La mujer estaba echada en su lecho, encogida sobre sí misma, y él no pudo hacer nada por despertarla. Renunciando de mala gana a llevarla a la nave, arriesgándose a despertar las sospechas de la compañera sobre sus actividades ilegales, extendió sobre ella la blusa y colocó algunas de las grandes hojas aterciopeladas sobre su cuerpo, como una forma de protección contra la noche, y reanudó su camino a través de la hierba.

La computadora estaba bastante pesada por haber sido abandonada durante tanto tiempo, pero, después de alguna discusión, consintió en apagar las luces. Randy se quedó dormido casi inmediatamente en su litera y las cápsulas para dormir terminaron por deslizársele del pecho, donde las había dejado, para caer al suelo.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, la compañera permaneció en extraño silencio, aunque las luces se encendían y apagaban aquí y allá, en su consola. Los cuadrantes de información indicaban que la tarea de la recarga química ya estaba completa, pero no aparecía ninguna indicación respecto a que ya se habían hecho los cálculos necesarios para reanudar el viaje. Preguntándose si debía echar un vistazo a la caja de fusibles, Randy se dio cuenta de repente de que la puerta de la nave estaba completamente abierta, poniendo al descubierto el mar, la arena y la luz del sol. El aire picante de la isla le atrajo y él respondió con placer.

Allá fuera todo aparecía poblado. Los lechos verdes estaban extendidos alrededor, al sol, cerca de la nave, pero también desperdigados por la hierba en todas direcciones, cubriendo la isla, por lo que podía apreciar Randy. Y sobre ellos permanecían reclinadas mujeres de todas las descripciones, tamaños y colores. Todas ellas llevaban blusas del diseño que ya le era familiar, con colores que comprendían todos los del arco iris, aunque, sin duda alguna, el azul y el rojo eran los favoritos. Por lo demás, las mujeres se parecían en el hecho de que todas ellas eran cegadoramente hermosas y en que sus profundos ojos claros estaban fijos en Randy, como si sus vidas hubieran sido especialmente construidas para este momento de éxtasis. Cuando él apareció, una oleada de placer se extendió sobre la audiencia, y él creyó haber escuchado a la propia isla suspirar en el estremecido silencio de la mañana. Sus fans le estaban esperando y había mucho que hacer allí. Su perfume le atrajo hacia adelante.

Randy estuvo extremadamente ocupado durante varias horas. Brazos, cuerpos y piernas le agarraron como en una trampa de espesa y voluptuosa carne, y el apetito y el placer se persiguieron el uno al otro con frenética urgencia. El se fue abriendo paso a través de la increíble plantación de piel bañada por el sol, encontrándose con las blusas ya levantadas y con voluptuosas bienvenidas, hasta que su respuesta se hizo demasiado dolorosa como para que valiera la pena seguir haciendo el esfuerzo, mientras que las pausas entre los encuentros se vieron ensombrecidas por incómodos sueños en los que todo su ser se fragmentaba y parecía desmenuzarse hasta convertirse en arena, con una inescrutable finalidad. Se felicitó confusamente a sí mismo por su realización, y al final hasta llegó a confiar en la idea de que podría pasarse el resto de sus días sin necesidad de dirigir sus ojos hacia otra forma femenina.

Librándose de las ansiosas filas de sus admiradoras, se bañó y flotó en el cálido océano hasta que una modesta confianza regresó a sus piernas, permitiéndole pensar que éstas podrían sostenerle de nuevo. Afortunadamente, las chicas no hicieron ningún intento por seguirle, sino que permanecieron adorándole desde la orilla, ondulándose

Librodot

tristemente en sus lechos de hojas. Randy comió alguna fruta y estuvo andando por el borde del agua, manteniéndose fuera de su alcance, conservando siempre una sonrisa amable y observando a las mujeres con mirada desapasionada, mientras se dedicaba a pensar.

De repente, descubrió entre las que tomaban baños de sol a la chica de la blusa azul que él había dejado envuelta en hojas la noche anterior. Evidentemente, la noche pasada no debió haber sido muy beneficiosa para ella. Permanecía alejada de las demás, inmóvil sobre el lecho petrificado y desgastado, y su blusa le caía sobre las piernas como si se tratara de un sudario corrompido. La piel relumbrante que había brillado ante él el día anterior, aparecía ahora pálida y apagada, aflojándose en algunos lugares para crear huecos de demacración; su mata de pelo moreno se había coagulado, formando una masa fláccida y repelente. Horrorizado ante la aparente consecuencia de sus atenciones, Randy se dirigió hacia ella; la compañera le había asegurado que, bajo circunstancias normales, no podía haber ninguna incompatibilidad entre las bacterias locales y la propia colección de Randy de virus extragalácticos; pero las circunstancias se habían dispersado, yendo mucho más allá de lo normal. Si aquella mujer tenía problemas, lo más probable era que Randy también los tuviera.

En un primer movimiento automático de diagnóstico, Randy le cogió la mano. Esta se partió inmediatamente, separándose de la aflojada masa de su cuerpo y permaneciendo fláccidamente en su propia mano, en forma de una materia verdosa que goteaba por la muñeca separada. Los dedos se rompieron y rezumaron en la palma de su mano, y el dedo gordo cayó al suelo, produciendo un suave chapoteo. Apartando con una convulsión revulsiva el tejido corrompido, volvió el rostro de la mujer hacia él. Se deshizo ante el contacto de su mano y sus dedos se hundieron en la gelatina negra donde habían estado sus ojos.

Randy echó a correr a toda prisa, saltando inconteniblemente a través de un paisaje lleno de encantadoras sonrisas. La isla parecía agitarse bajo sus pies y el sol pegaba como un martillo sobre su cráneo. Cuando llegó a la nave, iba arrastrándose y tuvo la impresión de que estaba haciendo mucho ruido. Cayó a través del umbral de la puerta y bajó el cierre de la escotilla.

La computadora recibió la confesión de Randy con el máximo desprecio. Si al menos se hubiera molestado en estudiar toda la información disponible antes de salir de la nave como un nudista yugoslavo (el indudable ardor apócrifo de esta raza legendaria formaba la base de una de las sagas más memorables del espacio), podría haber evitado, según la computadora, el convertirse a sí mismo en un tonto espectacular. Debía de haber sabido, añadió la compañera, que nada era desconocido o imprevisible para las computadoras CMP DIRAC-deriv. Mk IV Astg. multimedia, y que explosiones como la protagonizada por Randy no sólo no contaban con ninguna esperanza de permanecer en secreto, sino que eran incluso tan predecibles que hasta se podían calcular con toda exactitud, de acuerdo con una, ahora probada, constante en la que x era igual a quince raíces cuadradas de plus-luz, divididas simultáneamente por cero coma siete. Durante las horas en las que Randy había dejado de cumplir con sus obligaciones, confirmó la compañera, había tenido la oportunidad de preparar una tesis sobre este mismo tema, demostrando una amplitud de visión tan extraordinaria que la compañera estaba perfectamente convencida de que se le concederían los más elevados honores intergalácticos cuando terminara el viaje. Con una tosecilla modesta, la compañera desembuchó un volumen de seiscientas páginas de impresiones computarizadas, elegantemente encuadernadas en piel, con bordes dorados. La compañera sugirió que a Randy le podría interesar echar un vistazo a esta obra

Librodot

que marcaría una época, mientras preparaba su propio informe para la Federación, aunque, de todos modos, no sería probable que trataran su caso con mucha simpatía si lo presentaba de acuerdo con su estilo normalmente inarticulado.

Introduciendo débilmente el libro en el reciclador, Randy apretó el botón Bowman (el control de emergencia, conocido únicamente por el piloto en las naves plus-luz), y dejó que la computadora cantara canciones de cuna durante media hora, mientras él consumía un tubo entero de pasta nerviosa suavizante. Relajándose en la litera de control, volvió después a reajustar los bancos de información de la computadora y evocó todos los hechos y referencias disponibles sobre el planeta en el que se encontraban. La compañera había dejado de informarle, desde luego, de que el lugar ya había sido visitado con anterioridad, de modo que, en lugar de la lista, normalmente corta, de investigación aérea y de la información correspondiente, se disponía de voluminosos informes técnicos y ecológicos, la mayor parte de los cuales resultaban incomprensibles para el que no estaba especializado en el tema. Todos los datos fueron pasando por la pantalla informativa, y Randy frunció el ceño al observarlos, sin encontrar en ellos nada que le pudiera ayudar. Las deducciones biológicas que se habían establecido no parecían estar relacionadas en modo alguno con sus propias experiencias, y sólo uno de los grupos de los equipos de exploración había estado cerca, en alguna parte de las islas del hemisferio norte, pero sus propósitos y conclusiones estaban relacionadas simplemente con la botánica.

Después de presentar todos los textos principales, la computadora comenzó a presentar las notas a pie de página y las addenda. Haciendo que toda esta información pasara a una velocidad doble a la usual, Randy estaba a punto de abandonar toda esperanza cuando una pequeña imagen surgió repentinamente, como un débil acorde que volvió a desaparecer inmediatamente. Hizo retroceder la información, y después se la quedó mirando durante un largo rato. La ilustración, brillantemente iluminada, mostraba un corte transversal de una flor, y el artículo que la acompañaba, situado bajo un serio título latino, era un informe escrito por uno de los botánicos.

De las tres especies de *Bacchantius* que crecen en el planeta Rosy Lee, la más inusitada es quizá la *Gigantiflora.* La planta es herbácea y perenne, subsistiendo por medio de gruesos tubos almidonados. Florece anualmente en las condiciones adecuadas y es un miembro de la familia *Phorusorchidacae,* la familia local de las orquídeas. (Véase referencia Axaia, página 74.418 para la descripción de la evolución paralela de plantas floráceas de los mundos del tipo E. Véase referencia Modoinisk, página 731.111 para parámetros detallados de las condiciones del tipo E.) Normalmente, la *Gigantiflora* sólo florece después de haber recibido los productos de desecho transportados por el aire de las especies humanoides *Gaggus gaggus,* que habitan en el planeta Rosy Lee. Los brotes tardan unos cinco meses en madurar, pero no requieren ningún estímulo externo para iniciar la formación. Cuando se han desarrollado por completo, permanecen adormilados bajo una gruesa capa de hojas verdes aterciopeladas, una vez que la presencia de un humanoide ha despertado la respuesta tendente a la floración, los brotes se elevan de la noche a la mañana por encima de las hojas y se abren justo antes del amanecer. Las flores son enormes y poseen una configuración sorprendente. Los especímenes examinados alcanzaban alturas que oscilaban entre los 1,3716 y los 1,8315 metros.

Librodot

La fecundación se lleva a cabo por medio de la seudocopulación, como sucede con muchas especies de plantas, pero es excepcional en este caso en el que el agente fecundador es un macho *Gaggus.* Las flores son réplicas exactas de las mujeres nativas, y toda su estructura, compuesta por sépalos y pétalos unidos, es completa casi en cada uno de los detalles externos. Una de las pocas diferencias visibles es la fibra, similar a un hilo, aunque robusta, que emerge de la parte más pequeña de la zona posterior de la planta.

El pétalo, análogo al labio en otras *orchidacae,* es primariamente de un brillante color rojo o azul, aunque a menudo se pueden encontrar otros matices basados en estos colores. Ofreciendo el aspecto de una especie de blusa corta, está unido al perigonio únicamente por una junta diminuta situada en la nuca y puede ser apartada por completo sin producir ningún daño aparente, aunque se marchita con rapidez.

Las flores tienen un aroma muy intenso, y aunque la estructura química de éste aún tiene que ser determinada, se sabe que posee pronunciadas propiedades alucinatorias y afrodisíacas, por lo que se piensa que esto actuó originalmente para impedir que el *Gaggus* descubriera la verdadera naturaleza de la mujer con la que, aparentemente, se encontraba. Bajo la influencia del aroma, por ejemplo, el macho nota que los ojos de la planta parecen vivos y móviles, cuando, en realidad, son la parte menos lograda de toda la imitación.

Capaz de producir una serie bastante sofisticada de movimientos mecánicos, así como de reacciones, la *Gigantiflora,* al ser perturbada por un estímulo apropiado, emprenderá movimientos que se parecerán a los efectuados por una coqueta primitiva. El macho nativo *Gaggus* es a menudo completamente adicto a los placeres ofrecidos por estas flores, hasta el punto de llegar a repudiar a su propia esposa. El *Gaggus* hembra, por su parte, destruye estas plantas cada vez que las encuentra. Parece ser sostenible la teoría de que la población de Rosy Lee se ha mantenido a un bajo nivel debido al desperdicio de esfuerzo masculino en el cultivo de la *Gigantiflora.*

El polen se desarrolla ante el gineceo y forma un espeso polvo en la zona «púbica» de la planta. Durante la seudocopulación, este polen se adhiere al macho, y la próxima vez que éste se entretiene con una *Gigantiflora* es transferido a la zona que rodea el «ombligo» de la nueva flor, que es, en realidad, el estigma, completando así la fecundación o polinización. Inmediatamente después de este proceso, la flor es capaz de evitar nuevos intentos por parte del mismo macho, adoptando una postura rígida, de modo que se evite así la autopolinización.

Las semillas de la planta son como polvo y vuelan muchos kilómetros, atravesando incluso los océanos. En algunas de las numerosas islas no habitadas del planeta, se pueden encontrar colonias enteras de plantas; como el *Gaggus* no muestra tendencia a viajar, faltándole cualquier gran incentivo o energía para hacerlo así, se supone que estas colonias nunca alcanzan la fase de florecimiento. Cuando los miembros de la presente expedición aterrizaron en una de tales islas, las flores aparecieron al segundo día, en tan gran cantidad que se aproximaban a proporciones de infección, proporcionando el mismo efecto que un burdel abarrotado. Como quiera que el equipo estaba compuesto únicamente por mujeres, no fue posible juzgar el efecto sobre un hombre, pero la vista, el olor y los vapores alucinatorios fueron de tanta fuerza como para convencernos de que los efectos serían insuperables, incluso para un hombre civilizado.

Tengo que confesar (añadía el informe, adoptando de repente un tono personal) que, como botánico, las flores me parecieron fascinantes, aunque como mujeres las encontré profundamente perturbadoras, produciéndome casi una sensación de

Librodot

disgusto. Incluso cuando estaba cortando fragmentos del pétalo del «rostro», lo que representa un ejercicio bastante inquieto, la parte inferior de la planta llevó a cabo varios intentos de seducirme, a pesar de que, como bien sabíamos, únicamente los hombres pueden poner en marcha el mecanismo de la polinización. El hecho de que, en las regiones deshabitadas, las flores puedan reaccionar a las mujeres igual que a los hombres, nos llevaría a la interesante especulación sobre medios alternativos de polinización. Y aunque cada uno de los miembros de nuestro equipo demostraba un gran disgusto por estas flores, no cabe la menor duda de que algunas plantas colocaron sus semillas durante nuestra estancia en la isla, a pesar de la imposibilidad de la autopolinización.

Sin duda alguna, en [r]este campo se puede llevar a cabo una investigación posterior, pero aunque esto sería bastante divertido para los especialistas, no se puede anticipar ningún valor particular de esta clase de tarea. En botánica estamos familiarizados con los principios básicos de la seudocopulación, estudiada con detalle en la Tierra durante el pasado siglo. (Referencia: *Flores salvajes del mundo,* por Everard & Morley, reimpresión bajo la etiqueta de *Tesoros de la antigüedad:* «La forma del labio, similar a un insecto, y la fragancia de la flor en la *Ophrys* atrae a los machos de ciertos insectos y les estimula para llevar a cabo intentos malogrados de copulación. Durante esta seudocopulación, el insecto recoge diminutos granos de polen o bien transfiere el polen a los estigmas. Algunas orquídeas tropicales han demostrado igualmente poseer unos aromas particulares que excitan sexualmente a los insectos».) En consecuencia con todo lo anterior se recomienda un índice de Prioridad de Investigación a un nivel situado en un simple grado Z,

Seguían algunos aspectos técnicos sobre la morfología y la citología de la planta, pero Randy ya había leído suficiente. Su corazón le dolía de latir con tanta fuerza, mientras un torrente de ideas y esquemas cruzaban su mente con rapidez, y se dio cuenta de que el hipnocondicionamiento por el que había pasado a través del sector XI-13 iba a tener al fin la posibilidad de rendir frutos, gracias a su excepcional agotamiento. En rápidos fogonazos de inspiración, se dio cuenta de que estaba destinado a convertirse en el mayor jardinero jamás conocido. Cogió un destornillador y comenzó a trabajar.

El resto, desde luego, es historia. Randy esperó en Rosy Lee el tiempo suficiente para recoger diez vainas de semillas a las que él se refirió posteriormente en su autobiografía como su descendencia, y al cabo de unos pocos meses apareció en el planeta «seco» Bergia (donde la prostitución es ilegal), como el propietario de «Los jardines del placer de Rosy Lee». El escándalo llegó a producir un juicio que obligó a presentar un espécimen magnífico de *Bacchantius Gigantiflora* ante el encantado juez, y todas las acusaciones fueron rechazadas. Las noticias se extendieron por toda la galaxia y con ello Randy logró hacer una verdadera fortuna. Fue capaz de lograr la compra, sin precedentes, de una nave plus-luz, de la que él fue propietario. El trato lo hizo con la misma Federación, y la nave estaba dotada de su correspondiente compañera.

Siendo el viaje plus-luz tan complicado como es, había muy pocas personas capaces de seguirle las huellas hasta el planeta en el que Randy recogía sus suministros, pero quienes lograron llegar a las islas de Rosy Lee dijeron que sólo encontraron allí zonas desérticas, cubiertas de baja maleza y acantilados pelados. El lugar, según dijeron, tenía una atmósfera de terror, y se sintieron contentos de marcharse de allí; la población *Gaggus,* sin embargo, pareció no sentirse perturbada en

Librodot

lo más mínimo, a pesar de la extraña preferencia por parte de los machos por una especie de coliflor que emitía un hedor insoportable, similar a pulpa corrompida.

Parece ser que Randy y su destornillador, llevados hasta las máximas alturas de la creatividad por el hipnocondicionamiento que atravesaba su cerebro, logró que la compañera de la nave alcanzara nuevos niveles de realizaciones químicas. Cuando la computadora terminó con Rosy Lee, la brisa afrodisíaca que se extendía por el planeta había adquirido un matiz que pasó desapercibido para los *Gaggus,* pero que llenaba los sentidos humanos de la más fuerte revulsión. De este modo, Randy y su carnada conservan un cómodo monopolio. La compañera también demostró ser una maestra sin rival posible; las chicas de los «Jardines del placer», que se han convertido ahora en una atracción universal, son renovadas tanto en cuanto a su conversación seductora como en cuanto a sus habilidades físicas. Naturalmente, todas ellas son expertas en música adormecedora. Y las deformaciones híbridas desarrolladas con la ayuda de la computadora se hacen más deliciosas de año en año, especialmente cuando se trata de aquellos especímenes de elevado valor que tienen reputación de parecerse a famosas bellezas del pasado. El convulsionador Cleopatra, el frenesí a lo Bardot, y el paralizador Lazo de Amor, han pasado a la leyenda.

Esta es, chicas, la historia del famoso horticultor Randy Richmond, conocido en toda la galaxia como «míster Dedos Verdes» (aunque, según tengo entendido, los pilotos plus-luz tienen una versión ligeramente diferente). ¡Vigor para su abono y que su spray nunca se acabe! Y ahora, adentro. Otro grupo de visitantes acaba de detenerse ante nuestra casa verde.

FIN

Librodot

ÍNDICE

Presentación.....2

Volumen II. MADUREZ O CAÍDA

1. CABALLOS EN LA BODEGA DE LA NAVE ESPACIAL

El crimen y la gloria del comandante Suzdal, por Cordwainer Smith 7

El rebelde de Valkiria, por Alfred Coppel 20

La luminosidad cae del aire, por Idris Seabright..... 56

Inmigrante, por Clifford Simak 61

2. EL SERVICIO DE SANIDAD EN LOS CIELOS

Medico residente, por James White 109

La edad de la jubilación, por Hal Lynch.....129

Época de siembra, por Pete Adams y Charles Nightingale.....135